

La Letra Escarlata

Por

Nathaniel Hawthorne

***Free*editorial** 

I. LA PUERTA DE LA PRISIÓN

Una multitud de hombres barbudos, vestidos de colores sombríos y llevando sombreros grises puntiagudos como agujas de campanario, junto a algunas mujeres con capuchas sobre la cabeza y otras sin sombrero, estaba congregada frente a un edificio de madera cuya puerta era de grueso roble tachonado con clavos de hierro.

Los fundadores de una nueva colonia, cualquiera que sea la utopía de felicidad y virtud humana que proyecten originariamente, se dan cuenta siempre de que una de sus primeras necesidades prácticas es la de demarcar dos lotes del suelo virgen, uno para el cementerio y otro para la cárcel. De acuerdo con esta regla, puede suponerse sin temor a equivocarse que los primitivos pobladores de Boston construyeron la primera cárcel en algún lugar cerca de Cornhill, casi al mismo tiempo que trazaron el primer cementerio en las tierras de Isaac Johnson, donde se encontraba su tumba, la que más tarde vino a ser el centro de todos los sepulcros congregados en el viejo cementerio de King's Chapel. Lo cierto es que, unos quince o veinte años después de la fundación de la colonia, el edificio de madera de la prisión ostentaba ya las huellas del tiempo y la intemperie, lo que daba un aspecto aún más sombrío a su ceñuda y tétrica fachada. El orín, en el metal de la imponente herradura de su puerta de roble, hacía que aparentase ser más antigua que cualquier otra cosa en el Nuevo Mundo. Como todo lo que tiene que ver con el delito, daba la impresión de no haber sido nueva jamás. Ante este deslucido edificio y entre él y las feas huellas de carreta de la calle, había un trozo de prado cubierto de bardana, cizaña y manzana de Perú, y de todo tipo de malezas que, evidentemente, encontraron buena tierra en aquel terreno que desde el principio sirvió para acoger a las negras flores de una sociedad civilizada: la prisión. Pero a un lado del portal, con las raíces hundidas casi en el mismo dintel, crecía un rosal silvestre cubierto, durante este mes de junio, de delicadas joyas que podría imaginarse ofrecían su fragancia y frágil belleza al prisionero que allí entraba, lo mismo que al criminal condenado por la justicia que de allí salía a cumplir con su sentencia, como un símbolo de que el insondable corazón de la naturaleza podía compadecerlo y ser bondadoso con él.

El rosal, por una extraña casualidad, ha conservado su lozanía a través de la historia; pero si, en el erial donde se encontraba, sobrevivió tantos años a los austeros robles que antiguamente lo ensombrecían —¡oh sí!, hay motivos para creerlo: había brotado bajo los pies de la santa Ann Hutchinson cuando entró por la puerta de la cárcel—, no nos preocuparemos de averiguarlo. Al encontrarlo en el umbral de nuestra narración, que está a punto de surgir de

aquella puerta inclemente, no podemos menos que coger una de sus flores y ofrecérsela al lector. Nos servirá, esperamos, como símbolo de algún dulce capullo moral que encontraremos en nuestro camino, o para aliviar el oscuro final de esta historia de tristeza y fragilidad humanas.

II. LA PLAZA DEL MERCADO

En la calle de la Prisión, en el prado frente a ésta, una mañana de verano de hace no menos de dos siglos, se hallaban reunidos gran parte de los habitantes de Boston, todos con los ojos fijos en la puerta de roble tachoneada de clavos de hierro. En cualquier otro pueblo, o más tarde en la historia de Nueva Inglaterra, la sombría rigidez que endurecía los barbudos rostros de esa buena gente habría sido augurio de terribles acontecimientos. Habría significado que, por lo menos, esperaban la anunciada ejecución de algún criminal famoso, y que la sentencia de un tribunal legal no había hecho más que confirmar el veredicto del sentimiento popular respecto al entredicho. Pero, dada la severidad característica de las costumbres puritanas, no se podía hacer conjeturas de esta naturaleza. Podía muy bien ser que un siervo perezoso o un niño rebelde, entregado por sus padres a las autoridades civiles, fuera a ser azotado públicamente. Podía significar que un antinomian, un cuáquero o algún miembro de cualquier otra secta heterodoxa fuese expulsado ignominiosamente del pueblo, o que un indio vagabundo y holgazán, a quien el «agua-de-fuego» del hombre blanco había inducido a armar alborotos en las calles, fuera a ser arrojado al bosque con el cuerpo lleno de cardenales. También podía ser que una bruja, como la vieja señora Hibbins, la malhumorada viuda del juez de paz, fuese a morir en el cadalso. En cualquier caso, los espectadores adoptaban siempre la misma actitud solemne, como cuadraba a un pueblo para el cual la religión y la ley eran casi lo mismo, y cuyas instituciones estaban tan completamente entremezcladas, que tanto los más severos como los más simples castigos públicos se convertían en ceremonias. Así, era escasa y fría la compasión que el culpable podía esperar de la muchedumbre que rodeaba el patíbulo. Por otra parte, una sentencia que en nuestro tiempo provocaría sólo un reproche burlón solía entonces tener una dignidad tan estricta como si se tratase de la pena de muerte.

Era de notarse, en la mañana de verano que da comienzo a nuestra historia, que las mujeres, y había muchas, parecían tener un extraño interés en la sentencia penal que era de suponerse iba a ser aplicada. Las costumbres del tiempo no eran tan refinadas como para impedir a quienes vestían faldas y guardainfantes el salir a la calle a participar en las actividades públicas, e introducir sus corpulentas humanidades entre las filas más cercanas al patíbulo

los días en que se llevaba a cabo una ejecución. Moralmente, tanto como materialmente, estas matronas y doncellas de cuna y educación inglesa eran de contextura más tosca que la de sus bellas descendientes de seis y siete generaciones más tarde; a través de la cadena hereditaria, cada madre fue transmitiendo sucesivamente a sus hijas un colorido más suave, una belleza más delicada y menos duradera, así como un talle más fino, aunque no un carácter de menor fuerza y solidez que el suyo. Las mujeres que ahora se agolpaban junto a la puerta de la cárcel se hallaban a menos de medio siglo de la época en que la hombruna Isabel no era una representante inapropiada de su sexo. Eran compatriotas suyas; la carne y la cerveza de su tierra natal, y una dieta moral ni una pizca más refinada, formaban sus personalidades. El ardiente sol matutino brillaba, pues, sobre amplias espaldas y bien desarrollados bustos, y en rubicundas mejillas, maduradas en la lejana isla, que apenas habían palidecido o adelgazado algo en la atmósfera de la Nueva Inglaterra. El lenguaje de aquellas matronas, como parecían serlo la mayoría, era de una franqueza y robustez tal, que ahora nos espantaría, tanto en lo que se refiere a su contenido como a su tono.

—Mis buenas señoras —dijo una cincuentona de facciones austeras—, os diré lo que pienso. Sería de gran provecho público el que nosotras, las mujeres maduras y bien reputadas como miembros de la Iglesia, tuviéramos a nuestro cargo ocuparnos de delincuentes como esta Hester Prynne. ¿Qué pensáis, comadres? Si esa bribona fuera juzgada por nosotras cinco, las que estamos aquí ahora, ¿saldría con una sentencia como la que han dictado los honorables jueces? ¡Por la Madre, no lo creo!

—Dice la gente —intervino otra— que el reverendo doctor Dimmesdale, su santo pastor, está muy afectado por el hecho de que un escándalo de esta envergadura haya ocurrido entre los miembros de su congregación.

—Los jueces son caballeros temerosos de Dios, pero demasiado misericordiosos, ésa es la verdad —añadió otra otoñal matrona—. Por lo menos, deberían haber marcado con hierro candente la frente de Hester Prynne. Doña Hester se habría amilanado ante tal suerte, os lo aseguro. ¡Pero a ella, la muy zorra, poco le importará lo que le pongan en el corpiño de su vestido! Os advierto que es muy capaz de cubrirlo con un prendedor o cualquier adorno pagano por el estilo, y así pasearse por las calles tan oronda como siempre.

—Pero —interpuso con más suavidad una joven señora que llevaba un niño de la mano—, por más que cubra la marca, sentirá siempre una punzada de dolor en el corazón.

—¿A qué tanto hablar de marcas y señales, ya sean colocadas en el corpiño de su traje o en la piel de su frente? —chilló otra mujer, la más fea a la vez que

más despiadada de las que se habían constituido en jueces—. Esta mujer nos ha cubierto de vergüenza y debería morir. ¿No existe una ley para esto? Ciertamente que sí, tanto en las Escrituras como en el Libro de las Ordenanzas. ¡Y los jueces que dejan sin efecto estas leyes sólo podrán culparse a sí mismos si sus esposas o sus hijas se descarrían!

—Tened piedad de nosotros, buena mujer —exclamó uno de los hombres que por allí se encontraban—. ¿Es sólo virtuosa la mujer que teme al cadalso? ¡Vuestras palabras son muy duras! Pero callad, comadres: ya recorren los cerrojos de la cárcel y aquí viene ahora la señora Prynne en persona.

La puerta de la prisión se abrió de par en par desde el interior, apareciendo en primer término, como una sombra negra que emerge a la luz del sol, la figura ceñuda y tenebrosa del alguacil del pueblo, con una espada al cinto y la vara de su cargo en la mano. El aspecto de este personaje era como la imagen viva de la lúgubre severidad del código de leyes puritanas, cuyo deber era administrar su castigo al culpable con toda la diligencia y severidad del caso. Adelantando la vara con la mano izquierda, puso la derecha sobre el hombro de una mujer joven, impulsándola hacia delante hasta que, al llegar al umbral de la puerta de la cárcel, ella lo rechazó con un gesto lleno de auténtica dignidad y carácter, y salió al aire libre como si lo hiciese por su propia voluntad. Llevaba en sus brazos una niña, una criatura de unos tres meses de edad, que parpadeó antes de esconder su carita al sentir la vivísima luz del día; hasta ahora, su existencia la había familiarizado sólo con la media luz grisácea del calabozo y de otros apartamentos igualmente oscuros de la cárcel.

Cuando la joven —madre de esta niña— apareció a plena vista de la muchedumbre, su primer impulso fue estrecharla contra su pecho; no tanto por un gesto de amor maternal como para ocultar una prenda que tenía sujeta al vestido. Inmediatamente después, sin embargo, juzgando sensatamente que una de las prendas de su vergüenza mal podía servir para ocultar la otra, acomodó a la niña entre sus brazos y con las mejillas teñidas de un rubor abrasador, pero con una sonrisa altanera en los labios y una mirada que no se dejaba abatir, recorrió con la vista a sus conciudadanos y vecinos allí reunidos. En la pechera de su vestido, sobre una fina tela roja, elaboradamente bordada con fantásticos adornos de hilo de oro, aparecía la letra A. Estaba tan artísticamente bordada y con tan exuberante y magnífica fantasía, que daba la impresión de ser el toque final, la decoración más adecuada a su vestido; el cual era de un esplendor muy de acuerdo con el gusto de la época, pero también muy por encima de las galas permitidas por los reglamentos vigentes respecto al modo de vestir en la colonia puritana.

La joven era alta, de figura elegante y proporcionada. Sus cabellos negros, abundantes, reflejaban la luz del sol, produciendo leves destellos luminosos, y su rostro, además de ser bello debido a la regularidad de las facciones y a la

lozanía del cutis, impresionaba por el arco de sus cejas y la profundidad de sus ojos negros. Tenía también un aspecto muy señorial, a la manera de las damas nobles de su época, caracterizado más por cierta majestuosa dignidad que por la delicada y evanescente gracia que ahora se considera como su condición principal. Y nunca se vio a Hester Prynne más distinguida, en el antiguo sentido de la palabra, que al salir ese día de la prisión. Los que la conocían de antes y esperaban verla ahora apocada y entristecida por la sombra de la desgracia, se sorprendieron y hasta alarmaron al ver cómo su hermosura se destacaba y transformaba en el halo de desgracia e ignominia que la envolvía. Tal vez un observador perspicaz habría notado algo profundamente doloroso en todo ello. Su atuendo, que, efectivamente, ella misma había confeccionado en la cárcel para la ocasión y siguiendo los dictados de su propia fantasía, parecía expresar la actitud de su espíritu y la desesperada temeridad de su posición, por lo pintoresco y caprichoso de sus detalles. Pero el lugar hacia donde convergían todas las miradas y que lograba transfigurar a su dueña —de tal modo que los hombres y las mujeres que ya antes habían conocido y tratado a Hester Prynne quedaron impresionados como si la vieran por primera vez— era donde la letra escarlata lucía sobre su pecho, fantásticamente bordada y luminosa. Producía como un encantamiento que la sacaba del ámbito normal junto al resto de la humanidad y la encerraba a ella sola como dentro de una esfera.

—¡Tiene mucha habilidad con la aguja, eso es evidente! —dijo una de las espectadoras—. ¿Hubo jamás una mujer, antes que esta bribona descarada, que aprovechara un motivo semejante para lucirse? Pero, comadres, ¿qué es esto, si no una manera de reírse de nuestros venerables jueces y convertir en motivo de orgullo lo que ellos, respetables magistrados, quisieron que fuera un castigo?

—Lo que tendríamos que hacer —dijo la anciana de rostro más duro— es arrancar a la tal Hester su vestido, dejando al descubierto sus delicados hombros; y, por lo que respecta a la letra roja que ha bordado con tanta habilidad, le daré un trozo de mi propia franela contra el reumatismo para que se haga una letra más apropiada.

—¡Oh, piedad, vecinas, piedad! —susurró la más joven—. No dejéis que os oiga. No hay una sola puntada en esa letra roja que no le haya pinchado el corazón.

El sombrío alguacil hizo una señal con la vara.

—¡Dejad paso, buena gente, dejad paso en nombre de la ley! —gritó—. Abrid camino, y yo os prometo que la señora Prynne será colocada donde hombres, mujeres y niños puedan contemplar sus audaces vestiduras desde este momento hasta una hora pasado el mediodía. ¡Bendita sea la colonia de

Massachusetts, donde la iniquidad es revelada públicamente y expuesta a plena luz del día! ¡Ven, Hester, y muestra tu letra escarlata en el mercado!

Se abrió un pasadizo en medio de los espectadores. Entonces, presidida por el alguacil y seguida por una procesión de hombres de expresión severa y mujeres de rostros sin bondad, Hester Prynne se dirigió hacia el sitio señalado para su castigo. Un grupo de escolares impacientes y curiosos, que poco comprendían lo que estaba sucediendo, sólo que, gracias a ello, tenían medio día de asueto, corrían delante volviéndose continuamente para observarla, tanto a ella como a la criatura que pestañeaba en sus brazos y la ignominiosa letra escarlata bordada en su pecho. En aquellos tiempos no era grande la distancia que mediaba entre la puerta de la cárcel y el mercado. No obstante, a la prisionera le pareció enorme; pues, por muy altiva que fuera su actitud, tal vez sintiera una profunda angustia, como si hubiese arrojado su corazón a la calle para que todos lo despreciaran y pisotearan. La naturaleza humana tiene, sin embargo, un recurso tan maravilloso como misericordioso, y es que el que sufre no conoce la intensidad de lo que padece sino por el dolor que sigue a ese momento. Así pues, Hester Prynne mantuvo una actitud casi serena durante esta parte del castigo, hasta llegar a una especie de patíbulo erigido en el extremo oeste de la plaza del Mercado, casi exactamente bajo el alero de la iglesia más antigua de Boston y que parecía estar fijo allí.

Efectivamente, este patíbulo era parte de la maquinaria penal que desde hace dos o tres generaciones es sólo histórica y tradicional entre nosotros, pero en aquellos tiempos era considerada como un factor tan importante en la formación de buenos ciudadanos como lo fue en su tiempo la guillotina entre los terroristas de Francia. Era la plataforma del cepo y sobre ella se alzaba este instrumento de disciplina construido de tal modo que servía a la vez para inmovilizar la cabeza humana y para exponerla a las miradas del público. El concepto mismo de la ignominia tomaba cuerpo y se hacía patente en este instrumento de madera y hierro. No puede cometerse mayor ultraje en contra de la naturaleza —cualesquiera que sean las culpas cometidas— que el de impedir al culpable esconder su rostro avergonzado; y éste, en esencia, era el castigo. En el caso de Hester Prynne, sin embargo —y esto sucedía con no poca frecuencia en otras ocasiones—, la sentencia mandaba que permaneciese de pie durante cierto tiempo sobre la plataforma, pero sin que aquella abrazadera oprimiese su cuello y sujetase su cabeza, lo que constituía la característica más diabólica de la horrible máquina. Sabiendo bien su papel, ella subió las escaleras de madera, mostrándose de este modo a la multitud que la rodeaba, más o menos a la altura de los hombros de las personas sobre el nivel de la calle.

De haberse encontrado un papista entre el grupo de puritanos, podría haber visto en esta hermosa mujer, de porte y atavíos tan peregrinos, y con la niña en

los brazos, algo que le recordara la imagen de la divina maternidad, que tantos pintores ilustres rivalizaron entre sí por representar; algo que a éstos les recordaría, seguramente, pero sólo por el contraste que implicaba, la sagrada imagen de la maternidad sin pecado, cuyo fruto estaba destinado a redimir el mundo. Aquí, en cambio, estaba presente la mancha del peor pecado contra la cualidad más sagrada de la naturaleza humana, de tal modo que la belleza de esta mujer ensombrecía al mundo, y esa niña que llevaba en sus brazos era el símbolo de su perdición. La escena presentaba un ingrediente de terror, como tiene que ser en la contemplación de la vergüenza de otro ser humano, si es que la comunidad no ha llegado a corromperse tanto como para sonreír en vez de temblar ante esa vergüenza. Los testigos de la desgracia de Hester Prynne no habían superado esta simplicidad. Eran lo suficientemente severos para poder contemplar la muerte, si ésta hubiera sido la sentencia sin protestar contra la severidad del fallo, pero también carecían de la inhumanidad de otros estados sociales que sólo habrían encontrado motivos de chanza y risas en una exhibición como la presente. Y, aun si hubiera existido una leve propensión a ridiculizar el asunto, ésta habría sido reprimida y dominada por la solemne presencia del gobernador, varios consejeros, un juez, un general y los ministros de la ciudad, que se encontraban de pie o sentados en un balcón del Meeting House, mirando hacia la plataforma. Cuando estos personajes asistían al espectáculo, sin menoscabo de la majestad y reverencia de su cargo y rango, podía deducirse sin temor a equivocarse que la sentencia legal sería cumplida diligente y eficazmente. En consecuencia, la multitud presentaba un aspecto grave y sombrío. La infortunada prisionera se sostenía como podía, con sus escasas fuerzas femeninas, ante la mirada inexorable de mil ojos fijos en ella y concentrados en su pecho. Le era casi imposible tolerarlo. De naturaleza impulsiva y apasionada, había tratado de fortalecerse para aguantar los aguijones y las venenosas puñaladas de la animadversión pública, que descargaría sobre ella toda clase de insultos. Pero había algo mucho más terrible en la solemne actitud del pueblo; tanto, que ella habría preferido mil veces ver aquellos rostros distorsionados por una burla desdeñosa, siendo ella el objeto de esa burla. Si hubiera brotado un estallido de risa de la multitud — al que cada hombre, cada mujer, cada voz infantil contribuyese individualmente—, Hester Prynne habría podido corresponder con una amarga sonrisa cargada de desprecio. Pero, bajo el pesado castigo que era su sino soportar, por momentos sentía como si fuera a ponerse a gritar con toda la fuerza de sus pulmones y arrojarse del cadalso hacia el suelo, o volverse loca allí mismo.

Sin embargo, había instantes en que toda la escena, cuya figura más conspicua era ella, parecía desvanecerse; o, por lo menos, sólo aparecía confusamente ante sus ojos como una masa de imágenes espectrales imperfectamente dibujadas. Su mente, sobre todo su memoria, desarrollaba

una actividad casi sobrenatural, y continuamente presentaba ante sus ojos otras escenas bien diferentes a la de esta fea calle de un pequeño pueblo en la frontera de las estepas del Oeste; rostros distintos a los que se enfocaban hacia ella bajo el ala de sus sombreros puntiagudos como campanarios de iglesia. Reminiscencias, las más insignificantes y fútiles, episodios de su infancia y sus días escolares, los juegos, las riñas infantiles, las pequeñas características domésticas de sus años de soltera, se agolpaban en su mente, entremezclados con los recuerdos más serios y graves de los años subsiguientes; cada cuadro, tan vívido como el anterior, como si todos tuvieran la misma importancia o todo fuera sólo una comedia. Posiblemente era éste un recurso instintivo de su espíritu para aliviar, al exhibir esas formas fantasmagóricas, el peso cruel y duro de la realidad.

Sea como fuere, la plataforma del cepo era un punto de vista que reveló a Hester Prynne todo el camino que había recorrido desde los días felices de su infancia. Mientras permanecía de pie a aquella altura ignominiosa, vio nuevamente su pueblo natal en la vieja Inglaterra y su casa paterna: una deteriorada casona de piedra gris, de aspecto miserable, pero aún con un escudo de armas medio borroneado sobre el portal como insignia de antigua nobleza. Vio el rostro de su padre, de frente despejada y venerable barba blanca, que flotaba sobre la anticuada gorguera isabelina; también el de su madre, con ese aspecto de amorosa ansiedad y vigilancia que siempre conservaba en su recuerdo, y que, aun después de su muerte, había sido a menudo como un obstáculo de tierno reproche en la senda de su hija. Vio su propio rostro, iluminado por juvenil belleza, haciendo relumbrar el opaco espejo en que solía mirarse. Allí vio otro rostro, el de un hombre avanzado en años, un rostro delgado, pálido, de aspecto estudioso, con los ojos turbios y legañosos a causa de la luz artificial que le había servido para hundirse en la lectura de tantos sesudos volúmenes. No obstante, esos mismos ojos legañosos tenían un extraño poder de penetración cuando su dueño se proponía leer en el alma humana. Este personaje estudioso y casi monástico que la fantasía femenina de Hester Prynne no pudo menos de recordar era algo deforme, pues tenía el hombro izquierdo ligeramente más alto que el derecho. Luego surgieron ante ella, en la galería de sus recuerdos, las callejuelas, estrechas e intrincadas, las casas, altas y grises, las enormes catedrales y los edificios públicos, de factura antigua y pintoresca arquitectura, de una ciudad europea donde una nueva vida la esperaba, relacionada aún con el contrahecho erudito; una vida nueva que, sin embargo, se alimentaba de materias gastadas por el tiempo como el penacho de verde musgo sobre un muro en ruinas. Finalmente, en vez de las cambiantes escenas, apareció de nuevo la tosca plaza del Mercado del poblado puritano, con la muchedumbre reunida paseando sus severas miradas sobre Hester Prynne —sí, sobre ella misma—, que permanecía en la plataforma del cepo con una criatura en los brazos y la letra

A, de color escarlata, fantásticamente bordada con hilo de oro sobre su pecho.

¿Sería verdad? Estrechó a la niña con tanta fuerza entre sus brazos, que ésta dejó escapar un grito; volvió sus ojos hacia abajo para mirar la letra escarlata, tocándola incluso con el dedo para asegurarse de que tanto la niña como la letra eran reales. ¡Sí! ¡Éstas eran las realidades de su vida, y todo lo demás había desaparecido!

III. EL RECONOCIMIENTO

De esta intensa sensación de ser objeto de la universal y severa curiosidad, la portadora de la letra escarlata se sintió por fin aliviada al descubrir, entre los más alejados del grupo, a un personaje que tomó posesión irresistiblemente de su pensamiento. Había allí un indio vestido con su traje típico, pero los pieles rojas no eran visitantes poco frecuentes en los poblados ingleses, y uno de ellos no habría llamado la atención de Hester Prynne en aquellos momentos; y mucho menos habría excluido todos los demás objetos e ideas de su mente. Al lado del indio, y evidentemente relacionado con él, se hallaba un hombre blanco vestido con un extraño atavío, mezcla de las vestimentas de los indios y las de los hombres civilizados.

Era de estatura pequeña y rostro arrugado, aunque aún no podía considerársele viejo. Sus facciones reflejaban una notable inteligencia, como las de una persona que tanto ha cultivado sus facultades mentales, que éstas no han podido dejar de marcar las físicas y manifestarse con signos evidentes. A pesar de que con el aparente descuido de su heterogéneo vestido había conseguido esconder o disimular su peculiaridad, era evidente, para los ojos de Hester Prynne, que uno de los hombros de este señor era más alto que el otro. Apenas vislumbró el delgado rostro y la leve deformidad del cuerpo del hombre, estrechó una vez más a la criatura contra su pecho con tal fuerza, que la pobre niña lanzó otro grito de dolor. La madre pareció no oírlo.

Al llegar a la plaza del Mercado, y mucho antes de que ella lo viera, el forastero dirigió la mirada hacia Hester Prynne. Lo hizo descuidadamente al principio, como un hombre acostumbrado a mirar dentro de sí mismo y para el cual los hechos exteriores carecen de valor e importancia a menos que tengan alguna relación con lo que está pasando dentro de su mente. Muy pronto, sin embargo, su mirada se tornó intensa y penetrante. Un estremecimiento de horror recorrió sus facciones como una serpiente que se deslizara rápidamente sobre ellas, haciendo sólo una pequeña pausa que hizo posibles sus retorcidas evoluciones. Su rostro se ensombreció embargado por una poderosa emoción, que, sin embargo, controló instantáneamente por un esfuerzo de voluntad, de

modo que, excepto un momento, su expresión podía haberse considerado como muy serena.

Al poco rato, las convulsiones fueron casi imperceptibles, y finalmente se hundieron en las profundidades de su ser. Cuando descubrió los ojos de Hester Prynne fijos en los suyos y se dio cuenta de que ella parecía reconocerlo, lenta y calmosamente levantó un dedo, hizo con él un gesto en el aire y lo posó sobre sus labios.

Luego, tocando un hombro del lugareño que estaba a su lado, le dirigió la palabra con urbanidad y cortesía.

—Perdone usted, buen señor —le dijo—. ¿Quién es esa mujer? ¿Y por qué recibe esta humillación pública?

—Debe de ser usted extraño a estas regiones, mi amigo —contestó el lugareño mirando con curiosidad a su interlocutor y al salvaje que lo acompañaba—. De lo contrario, habría sin duda oído hablar de Hester Prynne y su malvada conducta. Ha provocado un gran escándalo, se lo aseguro, en la congregación del virtuoso doctor Dimmesdale.

—Tiene usted razón —replicó el otro—. Soy forastero y he sido un trotamundos contra mi voluntad. He sufrido grandes infortunios tanto en la tierra como en el mar y he estado prisionero mucho tiempo entre los salvajes del sur; ahora me ha traído aquí este indio para liberarme del cautiverio. ¿Podría decirme qué sucedió a Hester Prynne? ¿No es ése su nombre? ¿Qué faltas ha cometido esta mujer y qué la ha llevado al cadalso?

—De verdad, amigo, creo que tiene que ser motivo de alegría para su corazón, luego de lo que ha sufrido entre los salvajes —dijo el lugareño—, encontrarse finalmente en una tierra donde la iniquidad es perseguida y castigada a la vista de los gobernantes y del pueblo; como aquí, en nuestra santa Nueva Inglaterra. Ha de saber, señor, que aquella mujer era la esposa de un culto caballero, inglés de nacimiento, el cual vivió mucho tiempo en Ámsterdam, hasta que, hace bastante tiempo, se le ocurrió cruzar el océano y venir a probar suerte entre nosotros aquí, en Massachusetts. Con este fin, envió por delante a su esposa, quedándose él atrás para ocuparse de algunos asuntos ineludibles. Y durante los dos años que esta mujer ha pasado entre nosotros aquí, en Boston, buen señor, no ha recibido ninguna noticia de este culto señor Prynne; y su joven esposa, dese usted cuenta, dejada a su propia falta de criterio...

—¡Ajá! ¡Ajá! Ya comprendo —dijo el forastero, con una sonrisa amarga—. Un hombre tan culto, como usted dice que es, debería también haber aprendido esto en sus libros. ¿Y quién, si me hace usted el favor, señor, es el padre de aquella criatura (que debe de tener unos tres o cuatro meses, me

imagino) que la señora Prynne tiene en sus brazos?

—A decir verdad, amigo, ese asunto continúa siendo un enigma; y el Daniel que ha de interpretarlo no ha aparecido todavía —contestó el lugareño—. Hester rehúsa revelarlo, y los jueces han deliberado largamente en vano. Acaso el culpable esté entre nosotros observando el triste espectáculo, desconocido por los hombres y olvidando que Dios lo ve.

—El culto caballero —dijo el forastero, sonriendo nuevamente— debería venir personalmente a tratar de descifrar el misterio.

—Eso tendría que hacer, si aún vive —respondió el lugareño—. Ahora bien, buen señor, la magistratura de Massachusetts ha considerado que esta mujer es joven y bella, y que sin duda fue impulsada a caer en la tentación; y más aún: como lo más probable es que su marido esté en el fondo del mar, no ha querido poner en vigor toda la fuerza de nuestra justa ley contra ella, pues la pena es la de muerte. Así, con gran misericordia y ternura de corazón, ha condenado a la señora Prynne a permanecer solamente tres horas de pie sobre el tablado del cepo, y de allí en adelante, por el resto de su vida, llevar la marca de su vergüenza sobre el pecho.

—¡Sabia sentencia! —comentó el forastero inclinando solemnemente la cabeza—. Será como un sermón vivo predicado en contra del pecado hasta que la ignominiosa letra sea esculpida en la losa de su sepulcro. Me molesta, sin embargo, que el cómplice de su pecado no esté por lo menos junto a ella en el patíbulo. ¡Pero estoy seguro de que será descubierto! ¡Será descubierto! ¡Lo será!

Saludó cortésmente al locuaz ciudadano y, susurrando unas palabras en el oído del indio que lo acompañaba, se alejó con él abriéndose paso entre la multitud.

Durante todo este tiempo, Hester Prynne seguía de pie en su tarima, siempre con la vista fija en el forastero; una mirada tan fija que, en su absorta concentración, todos los demás objetos del mundo visible desaparecieron, dejándolos solos a él y a ella. Una entrevista con él habría sido, quizá, aún más terrible que verlo como ahora, con el ardiente sol del mediodía cayéndole de pleno sobre el rostro y encendiendo su vergüenza; con la prenda escarlata de la deshonra sobre su pecho; con el fruto del pecado en sus brazos; con todo el pueblo que allí había acudido, como quien va a una gran fiesta, a contemplar los rasgos que sólo tendrían que ser vistos bajo el suave resplandor del hogar, en la penumbra feliz de su casa, o bajo un casto velo en la iglesia. Por más espantoso que fuera, se sentía protegida por la presencia de esos mil testigos. Era mejor estar así, con tanta gente entre ella y él, que encontrárselo cara a cara, solos los dos. Se refugiaba en la contemplación de la muchedumbre, temiendo el momento en que le faltara su protección.

Envuelta en estos pensamientos, apenas oyó una voz detrás de ella, hasta que repitió su nombre más de una vez, con tono solemne y sonoro, oído por todo el pueblo.

—¡Atiende a lo que te digo, Hester Prynne! —dijo la voz.

Ya se ha dicho que directamente sobre la plataforma en que se hallaba Hester Prynne había una especie de balcón o galería abierta pegada al Meeting House. Era el lugar que se usaba para las proclamas en presencia de la asamblea de magistrados, con todo el complicado ceremonial que se desplegaba en aquellos tiempos para los actos públicos. Aquí se encontraba para presenciar el acto el propio gobernador Bellingham, rodeado por cuatro alguaciles que portaban alabardas, como guardia de honor. Lucía una pluma oscura en su sombrero, una capa con cenefa bordada y una túnica de terciopelo negro debajo; era un caballero de edad avanzada y las vicisitudes de una vida dura habían surcado de arrugas su rostro. Era la persona apropiada para encabezar y representar una comunidad que debía tanto sus orígenes como su progreso, y su actual estado de desarrollo, no a los impulsos de la juventud, sino a las austeras y controladas energías de la madurez, a la sombría sagacidad de la experiencia, habiendo logrado tantas cosas justamente porque habían imaginado y esperado tan poco.

Los otros eminentes personajes que rodeaban al jefe máximo se distinguían por la dignidad de su porte, tan característico de los tiempos en que las formas de la autoridad estaban investidas, se creía, del carácter sagrado de las instituciones divinas. Eran, indudablemente, buenas personas, justas, sabias, prudentes. Pero entre toda la familia humana no habría sido fácil elegir un número de personas sabias y virtuosas que fuesen menos capaces de juzgar el extravío de un corazón femenino y de desenmarañar la mezcla de bien y de mal que lo componen, que estos sabios de rígido aspecto hacia quienes dirigía ahora su rostro Hester Prynne. Parecía tener conciencia de que, si algo de simpatía lograba despertar, ésta se encontraría en el corazón más grande y cálido de todos los presentes en la multitud; pues, al levantar los ojos, la desdichada palideció y se puso a temblar.

La voz que había requerido su atención era la del famoso reverendo John Wilson, el clérigo más viejo de Boston, académico de nota, como la mayoría de sus colegas contemporáneos, y además hombre de espíritu bondadoso y cordial. Esta cualidad, sin embargo, había sido cultivada menos diligentemente que sus facultades intelectuales, y era, a decir verdad, más bien un motivo de vergüenza que de orgullo para él. Allí estaba, con una orla de rizados cabellos bordeando su casquete, y sus ojos grises, acostumbrados a la pálida luz de su estudio, pestañeaban como los de la niña de Hester bajo la inclemente luz del sol. Parecía uno de esos grabados oscuros que ilustran los viejos libros de sermones. Y no tenía más autoridad ni derecho que el que tendría uno de esos

viejos retratos para entrometerse, como lo hacía ahora, en asuntos de pasiones humanas, de dolores y culpas.

—Hester Prynne —dijo el clérigo—, he debatido largamente con mi joven hermano aquí presente, cuyas prédicas ha tenido usted el privilegio de escuchar. —El señor Wilson puso una mano sobre el hombro de un joven pálido que estaba de pie junto a él—. He tratado de persuadir a este virtuoso joven, como le digo, para que sea él quien trate con usted aquí, ante Dios y ante estos sabios y probos regidores, y en presencia de todo el pueblo, sobre la vileza de su pecado. Al conocer mejor que yo su temperamento, puede juzgar mejor que yo cuáles argumentos conviene usar, el temor o la ternura, para lograr prevalecer sobre su dureza y terquedad. No debe usted ocultar la identidad del hombre que la tentó hasta hacerla caer en este grave pecado. Pero él argumenta (con la exagerada clemencia de los jóvenes, a pesar de poseer una sabiduría muy superior a sus años) que sería traicionar la naturaleza femenina forzarla a revelar secretos de su corazón a plena luz del día y en presencia de tanta gente. En realidad, como traté de darle a comprender, la vergüenza está en el acto del pecado y no en el proclamarlo públicamente. ¿Qué me dice usted, una vez más, hermano Dimmesdale? ¿Le toca a usted hacerlo, o seré yo quien se ocupe del alma de esta pobre pecadora?

Se sintió un murmullo de voces entre los dignos y reverendos ocupantes del balcón; y el gobernador Bellingham, haciendo de portavoz, habló con un tono lleno de autoridad, aunque atemperado por el respeto que le inspiraba el joven clérigo al cual se dirigía.

—Virtuoso doctor Dimmesdale —dijo—, la responsabilidad de la salvación del alma de esta mujer se encuentra principalmente en sus manos. A usted le toca, pues, exhortarla al arrepentimiento y a la confesión como prueba y consecuencia de él.

La directa apelación al clérigo hizo que los ojos de la multitud convergieran hacia el reverendo doctor Dimmesdale. Era un joven clérigo que había venido de una de las grandes universidades inglesas, trayendo consigo todo el saber de la época a nuestras tierras vírgenes y salvajes. Su elocuencia y fervor religioso lo llevaron muy pronto a ocupar un cargo prominente y activo en su profesión. Era una persona de aspecto impresionante, de frente alta, blanca y despejada, grandes ojos oscuros y melancólicos, y una boca que, a menos que hiciese un esfuerzo para comprimirla, tendía a ser temblorosa, lo que expresaba a la vez sensibilidad nerviosa y gran dominio de sí mismo. Mas, a pesar de sus grandes dotes personales y sus éxitos académicos, tenía el joven ministro un aspecto extraño —sorprendido, aprensivo, asustadizo—, como el de un ser que se siente extraviado y hasta perdido en los caminos de la existencia humana y sólo está cómodo en su propio retraimiento. Así pues,

hasta tanto se lo permitiesen sus deberes, caminaba por los senderos laterales y sombreados de la vida, conservándose simple como un niño. Y cuando se daba la ocasión se expresaba con una frescura, una fragancia y una pureza de pensamiento que, como muchos decían, conmovía como la voz de un ángel.

Así era el joven a quien tanto el reverendo Wilson como el gobernador habían presentado al público, instándole a hablar, en presencia de todos para que todos pudiesen oír, dirigiéndose a ese misterio que es el alma femenina, sagrado incluso en su corrupción. La penosa situación en que se encontraba hizo palidecer sus mejillas y temblar sus labios.

—Hable usted a esta mujer, hermano mío —dijo el señor Wilson—. Es de gran importancia para su alma, y por lo tanto, como bien dice el honorable gobernador, también de trascendental interés para la suya propia, a cuyo cargo se encuentra. ¡Exhórtela usted a que confiese la verdad!

El reverendo doctor Dimmesdale agachó la cabeza, al parecer en silenciosa oración, y luego se dirigió a ella.

—Hester Prynne —le dijo, inclinándose sobre el balcón y mirándola fijamente a los ojos—, ha escuchado usted lo que este respetable caballero le ha dicho y comprende la responsabilidad que en esta triste misión me incumbe. Si siente usted que contribuirá a la paz de su alma y, con ello, el castigo terrenal será más eficiente para su salvación, le conjuro a pronunciar el nombre de su cómplice en el pecado y en el sufrimiento. No permanezca usted callada por un sentimiento de falsa piedad y ternura hacia él; pues créame, Hester: aunque tuviese él que descender de una encumbrada posición y bajar ahí, junto a usted, a su tarima de vergüenza e ignominia, le valdría más que esconder un corazón culpable durante toda su vida. ¿Qué puede hacer por él el silencio, sino tentarlo (sí, impulsarlo casi) a añadir a su pecado el de la hipocresía? El Cielo le ha concedido a usted un escarmiento público para que por él pueda luchar y triunfar sobre el dolor y el mal que se encuentra dentro de usted misma. Cuidado con lo que así niega usted a ese ser que quizá no tenga el valor de coger por sí mismo la amarga copa redentora que a sus labios se ofrece.

La voz del joven pastor era temblorosamente dulce, rica, profunda y entrecortada. El sentimiento que manifestaba tan abiertamente, más aún que sus palabras mismas, hizo que éstas vibraran en todos los corazones y confundieran, a quienes escuchaban, en un sentimiento universal de simpatía. Incluso la pobre criatura, en el regazo de Hester, sintió su influencia, pues dirigió su mirada, hasta ahora errante, hacia el doctor Dimmesdale, y alzó hacia él sus bracitos con un murmullo entre complacido y quejumbroso. Tan poderoso fue el llamamiento del ministro, que la gente creyó que Hester Prynne no podría sino pronunciar el nombre del culpable; o que, por lo menos,

el culpable mismo, sea cual fuere su baja o elevada posición, se vería impelido a mostrarse, atraído por una fuerza interior insoslayable, y subir las gradas del cadalso.

Hester sacudió la cabeza.

—¡Mujer, no traspase usted los límites de la misericordia celestial! —gritó el reverendo señor Wilson más duramente que antes—. Esa pequeña criatura ha recibido el don de la palabra para apoyar y confirmar el consejo que acaba usted de oír. ¡Pronuncie su nombre! Ello y su arrepentimiento pueden servir para arrancar la letra escarlata de su pecho.

—¡Jamás! —replicó Hester Prynne, pero no mirando al señor Wilson, sino, fijamente, a los ojos profundos y perturbados del clérigo más joven—. La marca está muy honda. No podrán quitármela. ¡Que se me permita sufrir por él su dolor agregado al mío!

—¡Habla, mujer! —dijo otra voz, fría y severa, procedente de la multitud que rodeaba el patíbulo—. ¡Habla y dale un padre a tu hija!

—¡No hablaré! —contestó Hester, poniéndose pálida como la muerte, pero contestando a la voz, que indudablemente reconocía—. Mi hija tendrá que buscar un padre en el Cielo, ya que no conocerá otro en esta tierra.

—¡No hablará! —murmuró el señor Dimmesdale, quien, apoyado sobre la balaustrada y con la mano en el corazón, esperaba el resultado de su exhortación—. ¡Portentosa fortaleza y generosidad del corazón femenino! ¡No hablará!

Percatándose del estado inabordable de la mente de la pobre prisionera, el clérigo más anciano, que se había preparado cuidadosamente para la ocasión, se dirigió a la multitud pronunciando un sermón sobre el pecado en todas sus ramificaciones, pero con continuas referencias a la ignominiosa letra. Tan tenazmente insistió sobre este símbolo en la hora o más durante la cual sus frases planearon sobre las cabezas de la gente, que infundió nuevos terrores en sus mentes; y la letra parecía derivar su resplandor escarlata de las mismas llamas de los abismos infernales. Hester Prynne, mientras tanto, permanecía sobre el pedestal de la vergüenza con ojos lustrosos y fijos, y un aire de hastiada indiferencia.

Había soportado, aquella mañana, todo cuanto la naturaleza humana puede soportar; y como su temperamento no podía hacer más que refugiarse bajo una pétrea corteza de insensibilidad mientras permanecían intactas todas las facultades de su vida animal. En este estado, la voz del predicador tronaba implacable pero inaccesible en sus oídos. La criatura, al final del proceso, rasgó el aire con sus gritos y gemidos; ella trató mecánicamente de hacerla callar, pero apenas parecía compadecerse de ella. No abandonó su aire duro y

altanero al ser llevada de vuelta a la prisión, y así desapareció de la vista del público detrás del portón tachonado de hierro. Los que se quedaron mirando hasta el final murmuraban que la letra escarlata alumbraba con tétrico resplandor el oscuro pasillo del interior de la prisión.

IV. LA ENTREVISTA

Después de su vuelta a la prisión, Hester Prynne se encontraba en tal estado de excitación nerviosa, que fue preciso mantenerla bajo constante vigilancia para evitar que cometiera algún acto de violencia contra sí misma o, medio enloquecida, dañara a la pobre criatura. Al llegar la noche, habiendo resultado inútiles las tentativas de dominar su insubordinación con repulsas y amenazas de castigos, Bracket, el carcelero, encontró prudente requerir la presencia de un médico. El facultativo, dijo, era un hombre no sólo muy versado en todas las modalidades cristianas de las ciencias médicas, sino igualmente al tanto en todo lo que pudieron enseñarle los salvajes respecto a las hierbas y raíces medicinales que crecen en el bosque. A decir verdad, había gran necesidad de asistencia médica, no sólo para Hester misma, sino, con mayor urgencia aún, para la niña; ésta, sacando su sustento del pecho materno, parecía haberlo ingerido con toda la agitación, angustia y desesperación que se habían adueñado del cuerpo de su madre. Se retorció con dolorosas convulsiones y su pequeño cuerpecito era un fiel reflejo de la agonía moral que Hester Prynne había soportado aquel día.

Siguiendo de cerca al carcelero, que lo conducía hacia el lúgubre recinto, apareció aquel individuo de aspecto singular cuya presencia entre la multitud tanto había afectado a la portadora de la letra escarlata.

Estaba hospedado en la prisión, no porque se sospechara que hubiese cometido ofensa alguna, sino por ser el sitio más conveniente y apropiado para ubicarlo, hasta que los magistrados hubieran llegado a un acuerdo con los sagamores indios sobre su rescate. Anunciósele con el nombre de Roger Chillingworth. El carcelero, luego de introducirlo en la habitación, se quedó maravillado ante la calma que, comparativamente hablando, se produjo a su llegada; Hester se había tranquilizado y estaba quieta como una muerta, aunque la niña seguía gimiendo.

—Le ruego, amigo, que me deje a solas con mi paciente —dijo el médico—. Tenga usted confianza en mí, señor carcelero, que muy pronto la paz reinará en su casa; y le prometo que de ahora en adelante la señora Prynne será más dócil ante los mandatos de la justicia y de la autoridad que lo que ha sido hasta ahora.

—Si vuestra excelencia logra hacer eso —contestó Bracket—, reconoceré que es usted un hombre muy hábil. Pues la verdad es que esta mujer ha estado como poseída; y poco me falta para arrojar a Satanás de su cuerpo a latigazos.

El forastero había penetrado en la habitación con la tranquilidad característica de la profesión a la que decía pertenecer. Tampoco cambió su actitud cuando el alejamiento del encargado de la prisión lo dejó cara a cara con la mujer, cuya absorta contemplación de su persona en medio de la multitud indicaba la existencia de una relación íntima entre ambos. Su primer cuidado fue para con la criatura; sus gritos, mientras se retorció en la cuna, reclamaban inmediata atención y obligaban a postergar cualquier asunto para calmarlos. Examinó cuidadosamente a la criatura y luego procedió a abrir un cartapacio de cuero que sacó de debajo de sus vestiduras. Parecía contener algunos preparados medicinales, uno de los cuales mezcló con una taza de agua.

—Mis viejos estudios de alquimia —dijo él— y mi permanencia durante más de un año entre gentes bien versadas en las benéficas propiedades de las plantas medicinales, me han convertido en un médico más hábil que muchos de los que pueden alardear de poseer el título. ¡Toma, mujer! Esta criatura es tuya (no es nada mío); tampoco reconocerá en mi voz ni en mi aspecto a su padre. Dale esta pócima con tu propia mano.

Hester rechazó la medicina que se le ofrecía, a la vez que miraba con profunda aprensión al rostro del que se la brindaba.

—¿Serías capaz de vengarte en esta pobre criatura inocente? —susurró ella.

—¡Estás loca, mujer! —contestó el médico apaciguándola con frialdad—. ¿Qué habría de inducirme a causar daño a esta pobre criatura mal nacida? La medicina es buena y eficiente; y si fuera mi hija (sí, mía y tuya), no podría hacer más por ella.

Pero como ella aún dudaba, pues de verdad no estaba en condiciones de razonar, Chillingworth tomó la criatura en sus brazos y él mismo le administró el medicamento. Éste demostró muy pronto su eficacia dándole la razón al galeno. Se apaciguaron los quejidos de la pequeña enferma, sus convulsiones cesaron gradualmente y unos momentos más tarde, como suele suceder con los niños cuando se sienten aliviados de sus dolores, cayó en un sueño profundo y tranquilo. El médico, como con justicia merecía ser llamado, se dedicó entonces a atender a la madre. Le tomó el pulso, le miró los ojos —con una mirada que estremeció su corazón haciéndola temblar, por tan conocida y, sin embargo, tan fría e intensa— y finalmente, satisfecho con el resultado de su examen, procedió a mezclar otra pócima.

—No conozco a Lethe ni a Nepenthe —dijo él—, pero he aprendido muchos secretos en los bosques, y he aquí uno de ellos: una receta que me enseñó un indio a cambio de unas lecciones que yo le di, tan viejas como Paracelso. ¡Bébela! Puede que sea menos reconfortante que una conciencia sin mancha de pecado. Pero eso no te lo puedo dar yo. Y esto calmará las agitaciones de tu pasión como aceite que se vierte sobre las olas de un mar tempestuoso.

Ofreció la taza a Hester, que la recibió observándolo con una mirada lenta e intensa; no con expresión precisamente de miedo, sino llena de interrogación y duda, como si tratase de averiguar cuáles eran sus intenciones. Miró también a su niña dormida.

—He pensado en la muerte —dijo ella—. La he deseado; habría incluso rezado para que me llegase, si alguien como yo tuviese el derecho de rezar. Sin embargo, si la muerte se encuentra en esta taza, te ruego reconsideres lo que haces antes de que la beba. ¡Ves! Ahora mismo está en mis labios.

—Bebe pues —respondió él, siempre con la misma tranquilidad y fría compostura—. ¿Tan poco me conoces, Hester Prynne? ¿Suelen ser tan superficiales mis proyectos? Aunque urdiese proyectos de venganza, nada podría servir mejor a ellos que dejarte vivir, que proporcionarte medicinas contra todos los peligros que pudieran dañar o poner en peligro tu vida, a fin de que esta vergüenza abrasadora siga ardiendo sobre tu pecho.

Mientras hablaba tocó con un dedo largo y flaco la letra escarlata, que desde entonces pareció quemar el pecho de Hester como si fuese un hierro candente. Notó su gesto involuntario de repulsa y sonrió.

—Vive, pues, y arrastra contigo tu condena ante los ojos de los hombres y de las mujeres, y ante los ojos de aquel que un día llamaste esposo. Y ante los ojos de esta criatura. Para que puedas vivir, bebe esta pócima.

Sin más comentarios y dilaciones, Hester Prynne apuró el contenido de la taza obedeciendo a un gesto del facultativo, se sentó en la cama donde dormía la niña mientras él acercaba al lecho la única silla que había en la celda y se sentaba junto a ella. No podía menos que temblar ante estos preparativos, pues sentía que, habiendo hecho él todo lo que un sentido humanitario o sus principios, o si acaso una crueldad refinada, lo impulsaban a hacer para aliviar su dolor físico, ahora iba a tratar con ella como el hombre a quien más profunda e irreparablemente había ofendido y agraviado.

—Hester —dijo él—, no pregunto cómo ni cuándo has caído al abismo, o más bien ascendido al pedestal de la vergüenza donde te encontré. No es necesario buscar muy lejos la causa: mi insensatez y tu debilidad. Yo, hombre inteligente, devorador de innumerables libros, maduro y empezando a

envejecer luego de haber empleado mis mejores años en alimentar el sueño hambriento de la sabiduría, ¿qué tenía que ver con la juventud y la belleza, como tú? Deforme de nacimiento, ¿cómo pude engañarme pensando que las dotes intelectuales podían velar las deformidades físicas ante los ojos de una muchacha joven? Los hombres me encuentran sabio. Si los sabios usaran su sabiduría en provecho propio, yo podría haber previsto todo esto. Podría haber sabido que, al salir de las vastas y desoladas estepas, al penetrar en este poblado cristiano, lo primero que verían mis ojos sería a ti, a Hester Prynne, de pie como una estatua erigida a la ignominia ante la vista del pueblo. No, desde que juntos descendimos las viejas escaleras de la iglesia como marido y mujer, ya entonces podía haber vislumbrado la luz de la letra escarlata brillando al final de nuestro camino.

—Tú bien sabes —dijo Hester, pues con lo deprimida que estaba no pudo soportar esta última puñalada, aunque blanda, dirigida al testimonio de su vergüenza—, bien sabes que fui franca contigo. No sentía amor ni pretendí sentirlo.

—¡Es cierto! —replicó él—. ¡Ésa fue mi locura! Ya lo he dicho. Pero hasta entonces había vivido en vano. Mi mundo era un mundo sin alegría. Mi corazón era una habitación suficientemente grande para albergar a muchos huéspedes, pero solitaria y fría, y sin un fuego que la calentara. ¡Anhelaba tanto encender uno! No me parecía que fuese un sueño tan disparatado, a pesar de ser viejo, melancólico y deforme, que la simple felicidad, desparramada por todas partes, al alcance de toda la humanidad, pudiese también ser mía. Y así, Hester, te introduje en mi corazón, en su rincón más profundo, y traté de comunicarte el calor que tu presencia allí producía.

—Te he ofendido mucho —murmuró Hester.

—Nos hemos ofendido mutuamente —contestó él—. Mía fue la primera ofensa, cuando traicioné tu juventud en flor llevándola a una innatural y falsa relación con mi decrepitud. Siendo así, no proyecto hacerte ningún daño. Entre tú y yo, el fiel de la balanza está equilibrado. Pero, Hester, el hombre que nos ha traicionado a los dos está vivo. Dime quién es.

—¡No me lo preguntes! —replicó Hester Prynne, mirándolo fijamente a los ojos—. ¡Eso nunca lo sabrás!

—¿Nunca, dices? —le contestó con una oscura sonrisa, inteligente y segura—. ¡No conocerlo jamás! Créeme, Hester, hay pocas cosas (ya sea en el mundo exterior o, hasta cierto punto, en la esfera invisible del pensamiento), pocas cosas que permanezcan ocultas al hombre que se dedica intensa y exclusivamente a resolver un misterio. Puedes esconder tu secreto ante la curiosa multitud; puedes incluso ocultárselo a los ministros y magistrados, como lo hiciste hoy, cuando trataron de arrancar el secreto de tu corazón y

darte un compañero para compartir tu pedestal. Pero, en lo que a mí respecta, el enigma tiene otra significación, y usaré otros medios, diferentes a los de ellos, para resolverlo. Buscaré a este hombre; lo buscaré como busqué la verdad en los libros, como he buscado el oro en la alquimia. Habrá como una afinidad que me hará conocerle, y lo veré temblar, y yo me estremeceré repentinamente. ¡Tarde o temprano, va a ser mío!

Los ojos del letrado brillaron con tal intensidad en su rostro arrugado, que Hester Prynne instintivamente se llevó las manos al corazón ante su mirada, como si temiera que pudiera leer allí su secreto.

—¡No quieres revelar su nombre! A pesar de ello, es mío —añadió con una expresión de seguridad, como si el destino estuviera en sus manos—. Él no lleva una letra infamante cosida a su ropa, como tú; pero yo la leeré en su corazón. ¡No temas por él! No pienses que interferiré con los designios celestiales para su expiación; ni yendo contra mis propios intereses lo entregaré a las garras de la justicia humana. Tampoco te imagines que tramaré algo contra su vida; no, ni contra su reputación, si, como me parece, es hombre de buena fama. ¡Que lo dejen vivir! ¡Déjenlo que se esconda tras externos honores si puede! ¡No por eso dejará de ser mío!

—Tus actos parecen estar llenos de misericordia —dijo Hester aturrida y asustada—. ¡Pero tus palabras infunden terror!

—Quiero pedirte algo, a ti, que fuiste mi mujer —continuó diciendo Chillingworth—. Has conservado el secreto de tu amante. Guarda también el mío. No hay nadie en estas tierras que me conozca. No confíes a nadie que una vez me llamaste esposo. Aquí, en este rústico confín del mundo, levantaré mi tienda; pues, siempre errante, aislado de los intereses humanos, he encontrado a una mujer, a un hombre y a una criatura, y entre ellos y yo existen los lazos más fuertes. Nada importa que sean de amor o de odio; nada, si para bien o para mal. Tú y los tuyos, Hester Prynne, me pertenecen. Mi lugar está donde tú estés y donde él está. ¡Pero no me traiciones!

—¿Por qué quieres que así sea? —preguntó Hester rechazando, no sabía bien por qué, estos lazos secretos—. ¿Por qué no te presentas abiertamente y me repudias de una vez?

—Podría ser —contestó él— porque no quiero sufrir la deshonra que recae sobre el marido de una mujer infiel. Basta ya; es mi propósito vivir y morir desconocido. Deja, pues, que tu marido sea para el mundo un hombre muerto, de quien nunca más se tendrá noticia. ¡No me reconozcas jamás, ni de palabra, ni con un gesto, ni con una mirada! No menciones el secreto, sobre todo, al hombre con quien me traicionaste. Si en esto me fallas, ten cuidado: su fama, su posición, su vida, estarán en mis manos. ¡Ten cuidado!

—Guardaré tu secreto como he guardado el suyo —dijo Hester.

—¡Júralo! —replicó él.

Ella juró solemnemente.

—Y ahora, señora Prynne —dijo el viejo Roger Chillingworth, como se le llamaría de ahora en adelante—, te dejo sola; sola con tu niña y con la letra escarlata. ¿Cómo te sientes, Hester? ¿Te obliga tu condena a llevar la letra prendida a tu pecho hasta cuando duermes? ¿No tienes miedo a las pesadillas y a los malos sueños?

—¿Por qué me sonríes así? —preguntó Hester, preocupada por la expresión de sus ojos—. ¿Acaso eres como el Hombre Negro, que pena en el bosque que nos rodea? ¿Me has instigado, entonces, a hacer una promesa que acabará siendo la ruina de mi alma?

—¡No de tu alma! —le contestó él con otra sonrisa—. No, ¡de la tuya no!

V. HESTER BORDANDO

Los días de cárcel de Hester Prynne se acercaron a su término. La puerta de la prisión fue abierta de par en par y ella salió al sol luminoso, que, aunque brillaba igual sobre todos, le parecía a su pobre corazón enfermo no tener otro fin que el de hacer resaltar la letra escarlata sobre su pecho. Quizá sus primeros pasos sin escolta, al salir de la prisión, fueron aún más dolorosos que en la procesión y espectáculo descritos anteriormente, cuando fue ella objeto del escarnio público y se llamó al pueblo entero para señalarla con el dedo. Entonces se sostuvo gracias a la tensión de sus nervios o a la energía combativa de su carácter, lo que le permitió convertir la escena en una especie de macabro triunfo. Era, por lo demás, un suceso aparte y aislado que sólo tendría lugar una vez en su vida, y para afrontarlo, por lo tanto, no tuvo necesidad de economizar la fuerza vital que le habría bastado para pasar muchos años tranquilos. El mismo poder que la condenara —como un gigante de facciones severas, pero con el vigor suficiente para sostenerla o para aniquilarla en sus brazos de hierro— la había apoyado durante su terrible prueba. Pero ahora, con este recorrido sin escolta desde la puerta de la prisión, empezaba su diario vivir, y ella tenía que soportarlo y seguir adelante con los recursos de su naturaleza, o hundirse para siempre. Ya no podía pedir fuerzas prestadas al porvenir para que la sostuvieran en su tribulación presente. El mañana traería consigo su propia carga, y así el día siguiente y el subsiguiente; cada uno su carga propia y, sin embargo, la misma, que ya ahora era casi imposible de soportar. Los días del lejano futuro se irían sucediendo, siempre

con el mismo peso que acarrear sobre sus pobres hombros, nunca para rechazarlo. Los días, acumulándose uno tras otro, y luego los años, se sucederían amontonando el dolor sobre el fardo de su vergüenza. Durante todo este tiempo, despojándose de su individualidad, se convertiría en el símbolo viviente que podían usar como escarmiento los predicadores y moralistas, y al que podrían señalar como prueba viviente de la fragilidad femenina y de sus pecaminosas pasiones. Así los jóvenes puros aprenderían a mirarla, con su letra escarlata flameando sobre el pecho —a ella, hija de padres honorables, a ella, madre de una criatura que llegaría un día a ser mujer, a ella, que fue inocente un día—, como la figura, el cuerpo, la realidad misma del pecado. Y, sobre su tumba, la ignominia que con ella arrastraría sería su único epitafio.

Podrá parecer extraordinario que, teniendo ante sí todo el ancho mundo —ya que su condena no contenía cláusula alguna que la obligara a permanecer dentro de los límites del poblado puritano, tan remoto y desconocido—, siendo libre de volver a su país natal o a cualquier otro país de Europa y allí esconder su reputación e identidad tan completamente como si se convirtiera en otra persona, y teniendo, además, los caminos del oscuro e inescrutable bosque abiertos ante ella, donde la fogosidad de su naturaleza podría asimilarse a las gentes cuya vida y costumbres eran ajenas a las leyes que la habían condenado, puede parecer extraordinario que esta mujer continuara considerándose en su casa en aquel pueblo, el único donde era el obligado ejemplo de la vergüenza. Pero hay una fatalidad, una sensación que casi invariablemente impulsa a los seres humanos a deambular y penar como fantasmas alrededor del sitio donde algún suceso grande e importante ha marcado sus vidas, y tanto más irresistiblemente cuanto más oscura sea la marca que les haya dejado. Su pecado, su ignominia, eran las raíces que había echado en aquel suelo. Era como si un nuevo nacimiento, con lazos más fuertes que el primero, hubiera convertido esos bosques y montes, tan ariscos aun para los demás peregrinos y aventureros, en el eterno, aunque salvaje y triste, hogar de Hester Prynne. Todos los otros escenarios de la tierra —incluso el pueblo en el campo de Inglaterra, donde una feliz infancia y una adolescencia inmaculada parecían estar aún al cuidado de su madre, como vestidos guardados hace mucho tiempo— le eran ajenos en comparación. La cadena que la ataba era de eslabones de hierro que le desollaban el alma, pero ella se veía incapaz de romper.

Podría ser también —e indudablemente lo era, aunque escondía el secreto incluso de sí misma, y palidecía apenas intentaba escabullirse de su corazón como una serpiente que sale de su agujero—, podría ser también que otro sentimiento la retuviese en aquel escenario y aquel sendero que tan fatales le habían sido. Allí moraba, allí, caminaban los pies de alguien con quien se consideraba ligada en una unión que, no siendo reconocida en esta tierra, los reuniría ante el tribunal del juicio final, que se convertiría en su altar nupcial

ante el cual se juntarían para siempre en un futuro de felicidad sin fin. Una y otra vez la imaginación de Hester se había entretenido con estas imágenes para luego reírse de sí misma, de la alegría apasionada y desesperada con que las acogía y luego trataba de rechazarlas. Apenas se atrevía a mirarlas de soslayo y luego se apresuraba a encerrarlas en su calabozo. Lo que se obligó a sí misma a creer —la conclusión a la cual finalmente llegó, razonando sobre el motivo que tenía para seguir residiendo en Nueva Inglaterra— era una verdad a medias, y a medias un engañarse a sí misma. Aquí, se decía, era donde había cometido su culpa y éste era el lugar designado para su castigo terrenal; así, quizá, la tortura de su diaria vergüenza purgaría a la larga su alma y forjaría otra pureza que la que había perdido: una pureza santificada por el martirio.

Hester Prynne, pues, no huyó. En los alrededores del pueblo, dentro de los límites de la península pero alejada de toda otra habitación humana, había una pequeña cabaña con techo de paja. Construida por uno de los primeros pobladores, fue abandonada luego porque la tierra que la rodeaba era demasiado estéril y no se podía cultivar, a la vez que su relativa lejanía la dejaba fuera de la esfera de las actividades sociales que entonces marcaban las costumbres de los emigrantes. Quedaba en la playa, sobre una ensenada en el mar, mirando hacia las montañas cubiertas de bosques por el oeste. Un grupo de árboles raquíticos, de los que sólo crecen en la península, no llegaban a ocultar la cabaña, sino más bien parecían señalar que aquí había un objeto que no debería existir o que, por lo menos, debería permanecer escondido. En esta pequeña habitación solitaria, con los escasos recursos que poseía, y con permiso de los magistrados, que aún mantenían una vigilancia inquisitiva sobre su persona, Hester se instaló con su pequeña criatura. Una misteriosa sombra de recelo envolvió de inmediato el lugar. Los niños, demasiado pequeños para comprender por qué esta mujer se encontraba excluida de la esfera de las caridades humanas, se acercaban lo suficiente para verla trabajando en sus labores junto a la ventana de la cabaña, o de pie en el umbral de la puerta, o cultivando su pequeño jardín, o llegar por el sendero que conducía al pueblo; y, al vislumbrar la letra roja en su pecho, huían con un extraño miedo contagioso.

A pesar del aislamiento de la situación de Hester, sin un amigo que se atreviese a frecuentarla, no corría, sin embargo, ningún riesgo de sufrir necesidades. Poseía un arte que le bastaba —incluso en una región que ofrecía comparativamente poco campo para su desarrollo— para alimentarse ella y alimentar a su preciosa niña. Era el arte —entonces, como ahora, casi el único al alcance de la mujer— del bordado. Llevaba sobre el pecho, en la letra tan artísticamente bordada, una muestra de su habilidad llena de delicadeza e imaginación, de la que gustosamente habrían hecho uso las damas de una corte para agregar el adorno más rico y espiritual del ingenio humano a sus suntuosos vestidos de seda y oro. Aquí, realmente, en la parda sencillez que

caracterizaba el modo de vestir de los puritanos, rara vez había necesidad de su trabajo. Sin embargo, el gusto de la época, que exigía que los trabajos de este tipo fueran muy complicados y elaborados, no dejó de extender su influencia sobre nuestros severos progenitores, quienes habían desechado tantas modas que al parecer eran más indispensables. Las ceremonias públicas, tales como ordenaciones, toma de posesión de magistrados y todo lo que pueda dar majestad a las formas con las cuales un nuevo gobierno se manifiesta ante el pueblo, se distinguían —y ello era una medida política— por un majestuoso y bien ordenado ceremonial y una sombría pero estudiada magnificencia. Anchas gorgueras, fajas exquisitamente trabajadas y guantes preciosamente bordados eran considerados necesarios al estado oficial de los hombres que tomaban las riendas del poder; y se concedían fácilmente a los personajes enaltecidos por el rango o la riqueza, aun cuando las leyes suntuarias prohibían estas y otras extravagancias similares a los plebeyos. También en las pompas funerarias —ya sea para las vestiduras del muerto o para demostrar, con múltiples recursos simbólicos de paño negro o níveo linón, el dolor de los sobrevivientes— había frecuentes y característicos pedidos de labores como las que podía proporcionar Hester Prynne.

Los ajuares de los recién nacidos —pues entonces las criaturas usaban ropajes ceremoniales— ofrecían también oportunidades de trabajo y de emolumentos.

Poco a poco sus bordados se pusieron, como diríamos ahora, de moda. Ya sea por compasión hacia una mujer desgraciada, o por la morbosa curiosidad que da un valor ficticio aun a las cosas más corrientes y sin valor, o por cualquiera de esas intangibles circunstancias que entonces, como ahora, eran suficientes para conceder a algunas personas lo que otras buscan en vano, o, en fin, porque verdaderamente Hester llenaba un vacío que de otra manera habría permanecido sin llenar, lo cierto es que tenía bastante trabajo, y suficientemente retribuido, para ocupar todas las horas que ella quisiera dedicar a sus labores. Bien podría ser que la vanidad se mortificara poniéndose, para las ceremonias de pompa y majestad, atuendos confeccionados por sus manos pecadoras. Sus bordados lucían en la golilla del gobernador, los militares los usaban en sus fajas y el ministro en su banda; adornaban los gorritos de los recién nacidos; se encerraban, para ser devorados por los gusanos y convertirse en polvo, en los féretros de los muertos. Pero no hay constancia de que ni una sola vez se hubiese requerido su destreza para bordar el blanco velo destinado a cubrir los puros rubores de una novia. La excepción confirmaba el sempiterno y empedernido vigor con que la sociedad condenaba su pecado.

Hester no trató de ganar más que lo necesario para subsistir de la manera más simple y ascética ella misma y para darle una sencilla abundancia a su

niña. Sus propios vestidos eran siempre de los materiales más toscos y de tonos siempre sombríos, pero con ese único adorno: la letra escarlata que estaba condenada a llevar. Las vestiduras de la niña, por otra parte, se distinguían por una fantasía o, mejor diríamos, una fantástica ingeniosidad, la cual servía, verdaderamente, para acrecentar el gracioso encanto que muy pronto empezó a desarrollarse en ella, pero que parecía tener también un significado más profundo. Puede que hablemos de ello más adelante. A excepción de ese pequeño despilfarro en el adorno de su hija, Hester gastaba todo el dinero que le sobraba en caridades, en gente menesterosa, aunque menos desgraciada que ella, que a menudo insultaba a la mano que la alimentaba. Gran parte del tiempo que muy bien podía haber dedicado a confeccionar sus mejores obras lo empleaba en hacer toscas vestiduras para los pobres. Es muy probable que hubiese cierta intención de penitencia en esta ocupación, y que hiciese un verdadero sacrificio al dedicar tantas horas a estas burdas labores. Tenía su naturaleza tales características de riqueza y voluptuosidad, tanto gusto por lo suntuosamente bello, que, exceptuando las exquisitas obras de su aguja, no encontraba otra cosa, dentro de las posibilidades de su vida, en qué ejercitarse. Las mujeres encuentran un placer, incomprensible para el sexo opuesto, en la delicada labor de la aguja. Para Hester Prynne, fue quizá una manera de expresar y calmar la pasión de su vida. Rechazaba todos los demás placeres como si fueran pecado. Este morboso entremeterse de la conciencia con una sustancia inmaterial sugería, es de temer, no una penitencia genuina, sino algo dudoso, algo que en el fondo podía ser profundamente erróneo.

Y así fue como Hester Prynne, gracias a su natural energía y rara habilidad, encontró su lugar en el mundo. Éste no podía rechazarla completamente, aunque la había marcado con un estigma más intolerable para el corazón de una mujer que el que selló en la frente de Caín. En sus relaciones con la sociedad, nada la hacía sentir que perteneciese a ella. Los gestos, las palabras e incluso el silencio de aquéllos con los que entraba en contacto sugerían, y a menudo expresaban claramente, que era una mujer proscrita, y tan sólo como si viviera en otro mundo o se comunicara con la naturaleza con otros órganos y otros sentidos que el resto de la humanidad. Permanecía ajena a los intereses morales, pero cerca de ellos, como un fantasma que vuelve a visitar el hogar familiar y no puede hacerse ver ni sentir; ni sonreír con las alegrías familiares, ni sufrir con las penas de la casa, o, si lograba manifestar su prohibida participación, sólo despertaba terror y una horrible repugnancia. Estas sensaciones, en efecto, y el más amargo desprecio, además, parecían ser la única porción que conservaba del corazón universal. No eran aquellos tiempos blandos ni delicados; y su posición, aunque la captaba perfectamente y corría poco peligro de olvidarla, le era recordada continuamente con alusiones que su delicada sensibilidad sentía como un nuevo dolor al ser rozado torpemente su

punto más débil. Los pobres, a los que, como ya dijimos, buscaba para socorrer con su generosidad, a menudo injuriaban la mano que se adelantaba para ayudarlos, y las damas de alto rango, cuyas puertas atravesaba por razones de su oficio, acostumbraban destilar gotas de amargura en su corazón; a veces por medio de la alquimia, de una suave maldad, con que las mujeres logran preparar sutiles venenos valiéndose de nimiedades; y a veces, también, con palabras más bruscas que caían en el desamparado pecho de la pobre mujer como un fuerte golpe sobre una herida ulcerada. Hester no contestaba nunca a los ataques, excepto con un rubor que subía incontrolable por sus pálidas mejillas y de nuevo se hundía en las profundidades de su seno. Era paciente —una mártir, en realidad—, pero temía rezar por sus enemigos, por si, a pesar de sus deseos de perdón, sus palabras, que bendecían, se retorcieran, acabando por convertirse en maldiciones.

Continuamente y de mil otras maneras sentía las angustias tan sutilmente tramadas para ella por la inmortal, la siempre activa sentencia del tribunal puritano. Los clérigos la detenían en la calle para pronunciar palabras de exhortación que atraían a grupos que las escuchaban con gestos entre burlones y acusadores, rodeando a la pobre pecadora. Si entraba en una iglesia, esperando compartir la sabática sonrisa del Padre universal, a menudo tenía la desgracia de descubrir que era ella el tema de la prédica. Aprendió a tener pavor de los niños, porque ellos habían heredado de sus padres la vaga sensación de que algo terrible envolvía a esta desgraciada mujer queambulaba por el pueblo sin más compañía que la de una niña. Al verla, dejándola pasar primero, la perseguían a distancia lanzando agudos gritos y pronunciando una palabra que no tenía mayor significación para ellos, pero que no por esto era menos terrible para Hester, al proceder de labios que la emitían inconscientemente, demostrando así la amplia repercusión de su vergüenza, como si toda la naturaleza la supiera. Si las hojas de los árboles murmuraran entre ellas su tenebrosa historia, no habría sentido un dolor más profundo, ni si la brisa veraniega la susurrara, o el viento invernal la pregonase a gritos. Otro tipo de tortura era el sentirse observada por nuevas miradas. Cuando los forasteros observaban con curiosidad la letra escarlata —y ninguno dejó jamás de hacerlo—, era como si marcaran de nuevo con un hierro candente el alma de Hester, la cual apenas lograba reprimir el gesto de esconder el símbolo con la mano. Por otro lado, también las miradas de siempre tenían su propia capacidad de hierirla; su fría familiaridad le era intolerable. Del primero al último, Hester Prynne sentía un terrible dolor cuando unos ojos humanos se posaban sobre su emblema; y no encalleció jamás aquel lugar: parecía, al contrario, volverse más sensible cada vez por efecto de la diaria tortura.

Pero de vez en cuando, durante muchos días o muchos meses, sentía una mirada, una mirada humana que caía sobre la marca ignominiosa, y esa mirada parecía prestarle un alivio momentáneo, como si por fin pudiera compartir

siquiera la mitad de su sufrimiento. Pero al instante todo volvía nuevamente, y con una agonía más dolorosa aún; porque en ese breve intervalo había pecado nuevamente. ¿Había pecado sola?

Su imaginación se hallaba algo afectada, y, de haber sido de una constitución moral e intelectual más débil, lo habría estado más aún a causa de la extraña y solitaria angustia de su vida. Caminando de un lado para otro con pasos solitarios, en el pequeño mundo con el cual se relacionaba exteriormente, a veces a Hester le parecía —y, si no era más que una fantasía, era demasiado potente para resistirla—, sentía o creía sentir, entonces, que la letra escarlata le había otorgado un sexto sentido. Se estremecía al pensar, y sin embargo no podía evitarlo, que había adquirido una percepción muy especial, llena de comprensión por los pecados escondidos en otros corazones. Estaba aterrorizada por las revelaciones que así tuvo. ¿Qué eran? ¿Podían ser otra cosa que murmuraciones insidiosas del ángel malo? ¿Quería éste persuadir a la pobre mujer —que se resistía y aún era sólo a medias su víctima— de que la apariencia exterior de la pureza no era más que una mentira, de que, si la verdad se revelara por doquier, una letra escarlata flamearía en muchos pechos además del de Hester Prynne? ¿O tendría que reconocer que esas insinuaciones, oscuras y sin embargo tan claras, eran la verdad? En toda su desgraciada experiencia, nada había tan terrible ni tan detestable como este nuevo sentido. La dejaba perpleja, a la vez que la escandalizaba, por la inoportunidad irreverente de las ocasiones que lo provocaban. A veces, el infame objeto rojo sobre su pecho latía comprensivamente cuando se cruzaba con un venerable ministro o magistrado, modelo de piedad y de justicia al cual, en aquellos tiempos tan inclinados a la veneración, la gente consideraba como uno de esos seres privilegiados que alternan con los ángeles. «¿Qué es esta perversión que siento cerca?», se decía Hester dialogando consigo misma. Y al alzar los ojos atemorizada no encontraba nada al alcance de su vista, nada, fuera de la figura del santo varón. Nuevamente una mística hermandad se afirmaba obstinadamente al encontrarse con el severo gesto lleno de santidad de alguna matrona que, según los rumores, había conservado su seno helado como la nieve durante toda su vida. Esa nieve sin sol en el pecho de la matrona y la lacerante vergüenza en el de Hester Prynne ¿qué tenían en común? Y de nuevo el eléctrico temblor le daba la señal de alerta: «¡Mira, Hester: aquí tienes a una compañera!»; y, levantando los ojos, distinguía los de una joven que observaba la letra escarlata tímidamente y de soslayo, pero que luego apartaba rápidamente la mirada con un leve y helado rubor en las mejillas, como si su pureza de alguna manera se manchara, aunque momentáneamente, con aquella mirada. ¡Oh Espíritu maligno, cuyo talismán es este símbolo fatal!, ¿no dejaréis nada, ni joven ni viejo, digno de reverencia para esta pobre pecadora? Esa pérdida de la fe es una de las más tristes consecuencias del pecado. Pero hay que reconocer, como prueba de que no

todo estaba corrompido en esta pobre víctima de su propia debilidad y de la dura ley de los hombres, que Hester Prynne se esforzaba por creer que no existía ser humano tan culpable como ella.

El vulgo, que en aquellos tiempos terribles agregaba siempre una grotesca truculencia a todo lo que le llamaba la atención había inventado una historia sobre la letra escarlata que podríamos fácilmente elaborar y convertir en una aterradorizante leyenda. Aseguraba que la letra no era simplemente de paño escarlata, teñido con tintes terrenales, sino que era de rojo candente alimentado con fuego infernal, y que podía verse reluciendo en toda su brillantez cuando Hester Prynne salía de noche. Hemos de agregar que quemaba tan hondamente el pecho de Hester, que quizá había mayor verdad en el rumor que lo que nuestra moderna incredulidad nos permite aceptar.

VI. PEARL

Hasta ahora apenas hemos hablado de la niña, esa pequeña criatura cuya inocente vida había brotado por algún inescrutable designio de la Providencia, como una flor hermosa e inmortal, de la fértil exuberancia de una pasión culpable. ¡Qué extraño le parecía esto a la triste madre, cuando observaba cómo crecía y contemplaba su belleza, que de día en día se hacía más luminosa, y su inteligencia, que esparcía su temblorosa luz sobre las pequeñas facciones de la criatura! ¡Su Perla! Pues así la llamaba, aunque no porque el nombre recordara su figura, que nada tenía que ver con el quieto, blanco y desapasionado Oriente que podría invitar a hacer la comparación. Le puso el nombre de Pearl por ser grande su precio, adquirida con todo lo que tenía, el único tesoro de su madre. ¡Qué extraño, en realidad!

Los hombres habían marcado el pecado de esta mujer con una letra escarlata que era de una potencia y eficacia tan desastrosas, que no había compasión humana que pudiera alcanzarla, a menos de ser pecaminosa como ella. ¡Dios, como consecuencia directa de este pecado que el hombre así castigaba, le había dado una hermosa niña cuyo lugar estaba también allí, en ese mismo seno deshonorado, para relacionar a su madre para siempre con la raza y descendencia de los mortales, y para llegar a ser finalmente un alma bendita en el cielo! Sin embargo, estos pensamientos llenaban a Hester Prynne más de recelo que de esperanza. Sabía que su acción había sido mala; no podía creer, por lo tanto, que su resultado fuera bueno. Día tras día observaba con temor cómo iba creciendo la niña; siempre temía descubrir en ella alguna oscura y extravagante peculiaridad que correspondiera a la culpa que encarnaba.

No tenía ningún defecto físico. Por su forma perfecta, su vigor y su gracia natural al ejercitar cada nuevo movimiento, la criatura merecía haber nacido en el Paraíso; merecía que la hubieran dejado allí, para ser juguete de los ángeles, después de que los primeros padres fueron expulsados. La niña tenía esa gracia natural que no coexiste necesariamente con la belleza intachable; su vestimenta, por más simple que fuera, siempre impresionaba al espectador como si fuera precisamente lo que le sentaba mejor. Pero la pequeña Pearl no vestía rústicos lutos. Su madre, con un morbosos propósito que podrá comprenderse mejor más adelante, había comprado los géneros más ricos que podían conseguirse y daba a sus facultades imaginativas plena libertad en el arreglo y ornamento de los vestidos que llevaba en público la niña. Tan magnífica era la pequeña Pearl, brillando a través de suntuosos ropajes que habrían apagado una belleza más débil, que realmente había como un círculo de luminosidad a su alrededor en el oscuro suelo de la cabaña. Y, sin embargo, un traje tosco, roto y sucio por el juego violento de la niña, componía un cuadro de ella tan perfecto como el otro. El aspecto de Pearl estaba imbuido de un hechizo de variedades infinitas; en esta niña única había muchos niños, incluyendo toda la gama existente entre la belleza de florecilla silvestre de una pequeña aldeana y la pompa, en miniatura, de una princesita. Sin embargo, a través de todo esto había un rasgo de pasión, cierta profundidad de matiz que ella nunca perdía; y si, en alguno de sus múltiples cambios, se hubiese debilitado, habría dejado de ser ella misma, ya no habría sido Pearl.

Esta mutabilidad exterior era la manifestación, aunque apenas la expresaba, de la riqueza de su vida interior. Su naturaleza parecía tener profundidad además de variedad; pero —a menos que los temores de Hester la engañaran— carecía de referencias para adaptarse al mundo en que había nacido. La niña no se amoldaba a ninguna regla. Al darle la vida se había roto una ley importante, y el resultado era un ser cuyos elementos eran quizá hermosos y brillantes, pero desordenados; o con un orden peculiar, entre los que era difícil o imposible descubrir un rasgo que los compaginara. Hester sólo podía comprender el carácter de la niña —e incluso aquí de la manera más vaga e imperfecta— recordando lo que ella misma había sido durante aquel importantísimo período en que Pearl estaba nutriendo su alma con elementos del mundo espiritual y su cuerpo con su materia orgánica. El estado de pasión de la madre había sido el medio a través del cual fueron transmitidos a la criatura nonata los rasgos de su vida moral; pero éstos, por más blancos y puros que fueran originariamente, habían tomado las profundas manchas de carmín y oro, el ardiente brillo, las sombras oscuras y la excesiva luz del estado de pasión. Las luchas del espíritu de Hester, en aquella época, se perpetuaban en Pearl. Le era fácil reconocer en ella su impetuosidad, su desesperación, sus actitudes desafiantes, su genio caprichoso, e incluso las nubes de melancolía y desaliento que habían ensombrecido su corazón. Ahora

su carácter se hallaba iluminado por el resplandor matutino del genio infantil, pero más tarde, durante el transcurso de la jornada de la existencia terrestre, sin duda podría llegar a ser fecundo en tormentas. En aquellos tiempos, la disciplina familiar era mucho más rígida que ahora. Los reproches, las duras reprimendas, la frecuencia en propinar azotes apoyándose en la autoridad de las Escrituras se usaban no simplemente como castigo por ofensas presentes, sino como un régimen saludable para el desarrollo y promoción de las virtudes infantiles. Hester Prynne, sin embargo, madre solitaria de esta única hija, corría poco riesgo de caer en severidades inmerecidas. Consciente, no obstante, de sus propios errores y desgracias, muy pronto trató de imponer un tierno pero estricto control sobre el alma inmortal de la criatura a su cargo. Pero la tarea fue superior a sus fuerzas. Después de probar con sonrisas y regaños, y comprobando que ninguno de los dos métodos le daba mayor resultado, Hester se vio obligada a apartarse y permitir que la niña se dejara llevar por sus propios impulsos. El sujetarla o apremiarla físicamente daba resultado, por supuesto, mientras duraba el castigo. Pero en lo que respecta a todo otro tipo de disciplina, ya sea dirigida a su mente o a su corazón, la pequeña Pearl podía o no acogerla según el capricho que la dominaba en aquel momento. Su madre, mientras Pearl era aún pequeñita, se acostumbró a reconocer cierta mirada que le advertía que era vano tratar de persuadir, insistir o rogar. Era una mirada tan inteligente y, sin embargo, tan inexplicable, tan petulante y a veces tan maliciosa, aunque generalmente acompañada por un despliegue de dislocada energía, que Hester no podía evitar preguntarse en esos momentos si Pearl sería una criatura humana. Más parecía un hada fugaz que, luego de realizar sus fantásticas piruetas por unos instantes en la puerta de la cabaña, se esfumaría con una sonrisa burlona. Siempre que esa mirada se asomaba a sus ojos brillantes y maliciosos, de un negro profundo, la rodeaba de una extraña lejanía e impalpabilidad, como si estuviera revoloteando en el aire y pudiera desaparecer cual tenue luz vacilante que no sabemos de dónde llega ni tampoco adónde va. Al verla así, Hester se sentía obligada a correr tras la niña —a perseguir a su pequeña hada en la fuga que invariablemente emprendía o a cogerla en su regazo, estrechándola con fuerza y cubriéndola de besos—, no sólo por efecto de su amor desbordante, sino para asegurarse de que Pearl era de carne y hueso, no un ser ilusorio. Pero la risa de Pearl cuando la cogía, aunque llena de música y alegría, hacía dudar más aún a su madre.

Descorazonada ante estos asombrosos y engañosos trances que a menudo se interponían entre ella y su único tesoro que tan caro le había costado y que constituía todo su mundo, Hester solía verter lágrimas desesperadas. Entonces, quizá —pues nunca sabía cómo esto le afectaría—, Pearl fruncía el ceño, cerraba sus pequeños puños y endurecía sus diminutas facciones, componiendo su rostro en un gesto áspero, de desagrado, sin compasión. A menudo reía nuevamente, y con más fuerza que antes, como alguien incapaz

de tristezas que la inteligencia humana pudiera comprender. O —pero esto rara vez sucedía— era presa de convulsiones de dolor, sollozaba su amor por su madre con palabras entrecortadas y parecía decidida a romper su corazón para probar que lo tenía. Pero Hester casi no podía confiar en aquella impetuosa ternura, pues pasaba con la misma rapidez que había llegado. Meditando sobre todas estas cosas, la madre se sentía como alguien que ha evocado un espíritu pero que, por alguna falla en el proceso de la conjura, no logra formular la palabra clave para controlar esta nueva e incomprensible existencia. Su verdadero alivio era cuando la niña yacía plácidamente dormida. Entonces se sentía segura de ella, y disfrutaba de largas horas tranquilas, tristes y, sin embargo, deliciosamente felices; hasta que —quizá con esa maliciosa expresión brillando bajo sus párpados entreabiertos— la pequeña Pearl despertaba.

¡Qué pronto —con una rapidez realmente extraña— llegó Pearl a la edad en que fue capaz de una relación más allá de la sonrisa siempre atenta de su madre y sus palabras sin sentido! ¡Y qué feliz habría sido Hester Prynne de poder oír su voz, clara como el trino de un pajarillo, mezclarse con el griterío de otras voces infantiles, y poder distinguir las entonaciones de su propia pequeñuela en medio de los confusos gritos de un grupo de niños jugando! Pero esto no podía ser. Pearl nació proscrita del mundo infantil. Un duendecillo del mal, emblema y producto del pecado, no tenía derecho a estar entre los niños bautizados. Nada era más sorprendente que el instinto con que la niña captaba su soledad, ese destino que había trazado un círculo inviolable a su alrededor, su extraña posición respecto a los demás niños. Nunca, desde que salió de la prisión, había Hester Prynne hecho frente a las miradas de la gente sin Pearl. En todas sus caminatas por el pueblo, la niña iba siempre con ella; al principio como un lactante en sus brazos y más tarde como la niña pequeña, compañera de su madre, cogiendo su dedo índice con toda la manita y caminando a su lado, dando dos o tres saltitos por cada paso de Hester. Ella veía a los niños del poblado en los bordes de pasto de las calles o en los umbrales de sus casas, jugando sombríos juegos de acuerdo con su mentalidad puritana. Quizá jugaban a que iban a la iglesia, o a que azotaban a los cuáqueros, o a quitar el cuero cabelludo a los indios en fingidas batallas, o bien se asustaban unos a otros con monstruos, imitando brujerías. Pearl los observaba con gran atención, pero nunca trató de hacer amistad con ellos. Si le hablaban, ella no les contestaba. Si los niños la rodeaban, como a veces lo hacían, Pearl se ponía frenética de ira y cogía piedras para tirárselas, con gritos agudos e incoherentes que hacían temblar a su madre, porque sonaban a anatemas de brujas en un lenguaje desconocido.

La verdad era que estos pequeños puritanos pertenecientes a la generación más intolerante que jamás haya pisado la tierra tenían una vaga idea de que había algo raro, extraterrenal o distinto a lo acostumbrado, en la madre y la

hija; y por ello las despreciaban interiormente y con frecuencia las insultaban. Pearl captaba estos sentimientos y los correspondía con el odio más amargo que pueda suponerse sea capaz de albergar una niña. Estos exabruptos de terrible mal genio tenían un valor, e incluso eran un consuelo para su madre, porque había por lo menos una intensidad comprensible en el sentimiento que los impulsaba, en vez de los inciertos caprichos de su hija. La aterraba, sin embargo, discernir en esto, de nuevo, un reflejo del mal que había existido en ella. Toda esta hostilidad y pasión que Pearl heredara de ella, por un derecho inalienable, venía directamente del corazón de Hester. Madre e hija estaban juntas en el mismo círculo de aislamiento de la sociedad humana, y en la naturaleza de la niña parecían perpetuarse esos elementos turbadores que habían inquietado a Hester Prynne antes del nacimiento de Pearl, pero que desde entonces empezaron a suavizarse gracias a las tranquilizadoras influencias de la maternidad. En casa, dentro y alrededor de la cabaña de su madre, a Pearl no le faltaba un amplio círculo de relaciones. El soplo de la magia de la vida manaba de su espíritu siempre creativo, y se comunicaba con mil objetos como una antorcha enciende una llama donde sea que la apliquen. Las cosas más insospechadas, un palo, un montón de trapos, una flor, eran los títeres de la magia de Pearl, y, sin sufrir ningún cambio exterior, se adaptaba espiritualmente a cualquier acción dramática que ocupara el escenario de su mundo interno. Su voz infantil le servía para hablar con innumerables personajes imaginarios, viejos y jóvenes. Los pinos, viejos, negros y solemnes, exhalando quejas y otros melancólicos sonidos producidos por la brisa, no necesitaban muchas transformaciones para convertirse en dignatarios puritanos; las hierbas más feas de su jardín eran sus hijos, a quienes Pearl aplastaba y arrancaba sin compasión. Era maravillosa la gran variedad de formas que creaba su intelecto, sin ninguna continuidad, pero saltando y bailando siempre en un estado de actividad sobrenatural —cayendo a menudo como agotada por tan afiebrado y tumultuoso fluir de vida—, y seguido por otras formas similares de extraordinaria y salvaje energía. A nada se parecía tanto como a los fantasmagóricos fuegos de la aurora boreal. En el ejercicio de la fantasía, sin embargo, y en el retozo de una mente en desarrollo, poco había que no pudiera observarse en otros niños inteligentes, excepto que, debido a la ausencia de compañeros de juegos, estaba más obligada a arreglárselas con las multitudes imaginarias que ella misma creaba. Lo singular era la hostilidad con que la niña trataba a estos engendros de su propio corazón y su propia inteligencia. Nunca creaba un amigo; más bien parecía estar siempre abriendo los dientes del dragón, de donde emergían tropes de enemigos armados contra los que se apresuraba a batallar. Era terriblemente triste —¡y, cuán profundo sería el dolor de su madre, que sentía en su propio corazón el motivo!— observar, en alguien tan joven, este constante reconocimiento de la adversidad del mundo y el intenso entrenamiento de las energías que

necesitaría para defender su causa en las adversidades con las que sin duda tendría que enfrentarse. Mirando a Pearl, Hester Prynne a menudo abandonaba su trabajo y gemía con un dolor que bien le habría gustado esconder, pero que salía por sí solo más como un gemido que como palabras. «¡Oh Padre que estás en los Cielos, si todavía eres mi Padre! ¿Qué es este ser que he traído al mundo?». Y Pearl, al oír la exclamación, o consciente por algún medio más sutil de esos espasmos de angustia, giraba su rostro, tan bello y vivaz, para mirarla, le sonreía con malicia de duende y seguía jugando.

Queda aún por relatar una peculiaridad de la conducta de la niña. Lo primero que ésta había notado en su vida era... ¿Qué era? No la sonrisa de su madre, a la cual poder corresponder como otros niños con un leve embrión de sonrisa de su boquita, tan difícilmente recordada después, al discutirse tiernamente sobre si era en realidad una sonrisa. ¡De ninguna manera! El primer objeto que pareció notar Pearl fue, ¿para qué decirlo?, la letra escarlata en el pecho de Hester. Un día, al inclinarse su madre sobre la cuna, los ojos de la niña fueron atraídos por el brillo del bordado de oro de la letra; y, adelantando su manita, lo cogió, sonriendo confiada, con un gesto decidido que confirió a su rostro una expresión de niña mucho mayor. Entonces, faltándole la respiración, Hester Prynne cogió la prenda fatal tratando de arrancársela por ser tan infinita la tortura que le producía el roce comprensivo e inteligente de las manitas de Pearl. Como si el gesto angustioso de su madre no tuviera otro fin que el de divertirla, la pequeña Pearl la miró fijamente a los ojos y sonrió. Desde aquel momento, fuera de cuando la niña estaba dormida, Hester nunca tuvo un minuto de paz, ni un solo momento para poder disfrutarlo tranquilamente. Semanas enteras, es cierto, pasaban a veces sin que la mirada de Pearl se fijara en la letra escarlata; pero de pronto aparecía nuevamente, como el golpe de una muerte repentina, y siempre con esa curiosa sonrisa y la extraña expresión de sus ojos.

Una vez, esta expresión fantástica y caprichosa apareció en los ojos de la niña cuando Hester estaba mirando su propio reflejo en ellos, como tanto les gusta hacer a las madres; y de pronto —pues las mujeres solitarias y con corazones perturbados son presa a menudo de fantasías— le pareció que no veía su propio retrato en miniatura, sino otro rostro, en el pequeño espejo negro de los ojos de Pearl. Era un rostro diabólico, lleno de burlona maldad y, sin embargo, muy parecido a un rostro que conocía mucho pero que rara vez sonreía, y nunca con expresión de malignidad. Era como si un espíritu maligno poseyera a la niña, y que recién entonces se hubiera asomado a sus ojos para burlarse de ella. En muchas otras ocasiones tuvo Hester, aunque con menos claridad, la misma fantasía.

Un día de verano por la tarde, cuando Pearl ya había crecido suficientemente para corretear sola, se entretuvo cogiendo manojos de flores

silvestres y tirándolas una por una al pecho de su madre; luego saltaba y brincaba como un diablillo cada vez que tocaba la letra escarlata. La primera reacción de Hester fue la de cubrirse el pecho con las manos entrelazadas. Pero, ya sea por orgullo o por resignación, o porque pensaba que cumpliría mejor su penitencia sufriendo esta indecible tortura, resistió el impulso y permaneció sentada muy derecha, pálida como la muerte, mirando tristemente los ojillos caprichosos de Pearl. Mientras continuaba la embestida de las flores, casi invariablemente fallando el blanco, iba cubriendo todo el pecho de su madre de heridas para las que era imposible encontrar un bálsamo en este mundo, ni tampoco sabía ella cómo buscarlo en el otro. Al final, cuando agotó sus proyectiles, la niña se quedó quieta observando a su madre con cara de burlón diablillo, atisbando —aunque no atisbara, su madre se lo imaginaba así— desde los insondables abismos de sus ojos negros.

—Niña, tú, ¿qué eres? —gritó la madre.

—¡Soy tu pequeña Pearl! —contestó la niña.

Pero, al decirlo, Pearl rio y se puso a bailar de un lado para otro con los graciosos ademanes de un diablillo cuyo próximo capricho podría ser huir volando por el hoyo de la chimenea.

—¿Eres mi hija? ¿De veras? —preguntó Hester.

No era una pregunta hecha al azar, sino, en aquel momento, con auténtica preocupación; pues era tal la maravillosa inteligencia de Pearl, que su madre casi sospechaba que estuviera al tanto de la secreta magia de su existencia y fuera capaz de revelarla en ese momento.

—¡Sí: yo soy tu pequeña Pearl! —repetía la niña, continuando sus travesuras.

—¡Tú no eres mi niña! ¡Tú no eres mi Pearl! —dijo la madre un poco en broma, porque a menudo le sucedía que un impulso juguetón se apoderaba de ella en medio de sus sufrimientos más intensos—. Dime, entonces, ¿quién eres y quién te mandó aquí?

—¡Dímelo tú, madre! —dijo la niña, muy seria, acercándose a Hester y estrechándose contra sus rodillas—. Dímelo tú a mí.

—¡Tu Padre celestial te mandó! —contestó Hester Prynne.

Pero lo dijo con una vacilación que no escapó a la agudeza de la niña. Ya sea debido a su carácter extravagante y antojadizo o porque algún espíritu maligno la impulsara, Pearl estiró su pequeño índice y tocó la letra escarlata.

—¡Él no me mandó! —gritó con decisión—. ¡Yo no tengo un Padre celestial!

—¡Calla, Pearl, calla! ¡No debes hablar así! —contestó la madre reprimiendo un gemido—. Él nos mandó a todos a este mundo. Él me mandó incluso a mí, a tu madre. Entonces, con más razón a ti. Si no, extraña criatura hechizada, ¿de dónde has venido?

—¡Dímelo! ¡Dímelo! —repetía Pearl, ya no con seriedad, sino riendo, mientras brincaba por la habitación—. ¡Eres tú quien tiene que decírmelo!

Pero Hester no podía resolver la incógnita, ya que ella misma estaba sumergida en un terrible laberinto de dudas. Recordaba, entre sonriente y horrorizada, las murmuraciones de los vecinos del pueblo tratando infructuosamente de descubrir la paternidad de la niña, y que, al observar alguna de sus extrañas cualidades, habían hecho correr el rumor de que la pequeña Pearl era hija del demonio; como, desde los viejos tiempos del catolicismo, a veces se veían por el mundo el fruto de los pecados de una madre destinado a cumplir algún oscuro y malvado propósito. Lutero, según las escandalizadas murmuraciones de los monjes enemigos, era una criatura de esa raza. Pero Pearl no era el único niño al que los puritanos de Nueva Inglaterra atribuían este desgraciado origen.

VII. LA MANSIÓN DEL GOBERNADOR

Un día Hester Prynne fue a la mansión del gobernador Bellingham llevando un par de guantes que había bordado por encargo suyo y que éste necesitaba para lucir en una importante ceremonia oficial; pues, aunque las contingencias de una elección popular habían forzado a este antiguo gobernante a descender uno o dos grados desde el más alto rango, conservaba aún un puesto honroso e influyente entre los magistrados de la colonia.

Otro motivo más importante que la entrega de un par de guantes bordados había inducido a Hester, esta vez, a pedir una entrevista con un personaje tan poderoso y activo en los asuntos del pueblo. Había llegado a sus oídos el rumor de que algunos de los vecinos más importantes tenían la intención, deseosos de mantener la rigidez más estricta en los principios de la religión y el gobierno, de quitarle a su hija. Basándose en la suposición de que Pearl era de origen demoníaco, esa buena gente alegaba que el interés cristiano por el alma de la madre obligaba a retirar semejante obstáculo de su camino. Si la niña, por otro lado, era capaz de recibir una educación moral y religiosa, y poseía los elementos necesarios para su salvación eterna, entonces, con toda seguridad, tendría mayores posibilidades de aprovechar estas ventajas al ser entregada a otras manos mejores y más sabias para que se encargaran de su educación. Se decía que el gobernador Bellingham era uno de los más

empeñados en llevar a cabo este proyecto.

Puede parecer extraño, e incluso bastante ridículo, que un asunto de este tipo, el cual en tiempos posteriores habría sido de la incumbencia de un tribunal no más importante que el de las autoridades pertinentes del pueblo, fuera entonces un asunto discutido públicamente y en el que eminentes hombres de estado tomaban diferentes partidos. En esa época de prístina sencillez, sin embargo, asuntos de interés público aún menor, y de un peso intrínseco muy inferior a lo que atañe al bienestar de Hester y su niña, eran curiosamente entremezclados, incorporados a las deliberaciones de los legisladores y los asuntos de gobierno. En una época apenas anterior a la de nuestra historia, una pelea respecto al derecho de propiedad de un cerdo no sólo era causa de un feroz y amargo debate en el cuerpo legislativo de la colonia, sino que daba por resultado una importante modificación de la estructura de la legislatura misma.

Muy preocupada entonces —para estar segura de sus propios derechos que apenas parecía aquello lo que en realidad era: una batalla dispar entre el público, por un lado, y una mujer sola apoyada por la simpatía de la naturaleza, por el otro—, Hester Prynne se puso en camino desde su solitaria cabaña. La pequeña Pearl, por supuesto, la acompañaba, y estaba en edad de correr ligera al lado de su madre, y, acostumbrada estar en constante movimiento desde el alba hasta el anochecer, podría haber hecho un trayecto muchísimo más largo que el que tenía ante ella. A menudo, sin embargo, más por capricho que por necesidad, exigía que la tomaran en brazos, pero muy pronto pedía con la misma insistencia que la dejaran en el suelo de nuevo, y salía brincando delante de Hester por los senderos bordeados de pasto, dando muchos tropezones y sufriendo no pocas caídas sin importancia. Hemos hablado ya de la belleza opulenta y exuberante de Pearl, una belleza que vibraba con tonalidades profundas y vívidas. Su cutis era luminoso; sus ojos, tan profundos como brillantes, y la cabellera, ahora de un color marrón profundo y reluciente, años más tarde se volvería casi negra. Había fuego en toda ella; era el fruto inesperado de un momento de pasión.

Su madre, al confeccionar el vestido de la niña, había dejado que se desbordara su extravagante imaginación, ataviándola con una túnica de terciopelo carmesí de extraño corte y profusamente adornado con bordados en hilo de oro. La fuerza del colorido, que habría hecho palidecer otras mejillas menos rozagantes, estaba maravillosamente adaptada a la belleza de Pearl y hacía de ella la más brillante llamita que jamás danzara sobre la tierra.

Una de las cualidades notables de este vestido, y, en realidad, del aspecto general de la niña, era que irresistible e inevitablemente recordaba al observador la prenda que Hester Prynne estaba condenada a llevar sobre el pecho. La misma madre —como si la roja ignominia estuviese tan

profundamente marcada en su mente que todos sus pensamientos adquiriesen por ello su forma— había confeccionado cuidadosamente esa similitud, dedicándole muchas horas de morbosa actividad y destreza inventiva para crear así una analogía entre el objeto de su afecto y el emblema de su culpa y su tortura. Pero, en verdad, Pearl era lo uno a la vez que lo otro; y sólo como consecuencia de esa identidad había logrado Hester representar tan perfectamente la letra escarlata en la apariencia de la niña.

Al entrar dentro de los límites del poblado, los hijos de los puritanos dejaron sus juegos —o lo que hacía las veces de juegos para aquellos sombríos granujillas— para mirarlas y se dirigieron solemnemente la palabra unos a otros:

—Mirad, mirad: allí está la mujer con la letra escarlata; y, realmente, allí está también la imagen de la letra escarlata brincando a su lado. ¡Vamos a tirarles barro!

Pero la pequeña Pearl, que era una criatura indómita, frunció el ceño, dio unas patadas en el suelo, sacudió sus manecitas con gestos amenazadores y de pronto se abalanzó contra sus enemigos, que se dieron a la fuga. Su furiosa persecución parecía una fiebre infantil, una diminuta peste, la escarlatina, o una especie de alado ángel justiciero cuya misión era castigar los pecados de la nueva generación. También gritaba y chillaba con una fuerza terrible, lo que indudablemente hacía temblar los corazones de los fugitivos. Lograda la victoria, Pearl volvió tranquilamente al lado de su madre y la miró sonriendo.

Sin más aventuras, llegaron a la casa del gobernador Bellingham. Era ésta una gran casa de madera construida en un estilo del cual aún se encuentran especímenes en las calles de nuestras ciudades más antiguas, ahora cubiertas de musgo, cayendo en ruinas llenas de melancolía en el corazón por los múltiples incidentes alegres o tristes, recordados u olvidados, que ocurrieron allí y se extinguieron en sus polvorientas habitaciones. En aquel entonces, sin embargo, la fachada estaba nueva y sus soleadas habitaciones emanaban la alegría de las casas en que aún no ha entrado la muerte. Tenía, en realidad, un aspecto muy alegre; las paredes estaban cubiertas con una especie de estuco sobre el que habían colocado fragmentos de vidrios de colores en gran cantidad y variedad, de modo que, cuando el sol caía oblicuamente sobre la fachada del edificio, ésta brillaba y relucía como si le hubieran echado encima puñados de diamantes. Estaba, además, decorado con figuras y diagramas extraños, al parecer cabalísticos, muy de acuerdo con el pintoresco gusto de la época, dibujados sobre el estuco cuando éste estaba fresco aún, pero eran ahora fuertes y durables, para la perpetua admiración de futuras generaciones.

Pearl, al ver este brillante portento, se puso a brincar y bailar, pidiendo imperativamente que toda la radiación de la luz solar fuera arrancada a la

fachada de la casa, y se la dieran para jugar con ella.

—¡No, mi pequeña Pearl! —dijo su madre—. Tú tienes que coger tu propia luz, tu propio sol. ¡Yo no tengo sol para dártelo!

Se acercaron a la puerta: era en forma de arco y flanqueada en ambos lados por extrañas torres o proyecciones del edificio, en las que había ventanas de celosías con persianas de madera para cubrirlas cuando fuera necesario. Levantando el martillo de hierro que colgaba del portal, Hester Prynne dio un aldabonazo, con lo que acudió uno de los siervos del gobernador; inglés y libre de nacimiento, era ahora esclavo desde hacía siete años. Durante ese tiempo era propiedad de su amo como una mercancía que puede ser comprada o vendida, como un buey o un taburete de madera. El siervo llevaba una casaca azul, uniforme habitual de los hombres de servicio en aquellos tiempos y, mucho antes, en las viejas casonas hidalgas de Inglaterra.

—¿Está en casa su señoría el gobernador Bellingham? —preguntó Hester.

—¡Vaya, vaya! —contestó el siervo, mirando con ojos desmesuradamente abiertos la letra escarlata; por ser un recién llegado, no la había visto antes—. Sí, su señoría está dentro, pero está con uno o dos virtuosos clérigos y también con un médico. Usted no puede ver a su señoría ahora.

—Sin embargo, entraré —contestó Hester Prynne; y el siervo, impresionado quizá por el aire decidido de ésta y por el brillante símbolo que tenía en el pecho, pensó que sería una dama muy principal del lugar, y no se opuso.

Así, la madre y la pequeña Pearl fueron admitidas en el recibidor. Con muchas variaciones, determinadas por la naturaleza de los materiales de construcción, la diferencia de clima y las distintas formas de vida social, el gobernador Bellingham había planificado su nueva vivienda inspirándose en las residencias de los caballeros de su tierra natal. Ahora Hester se encontraba en un amplio y espacioso recibidor que se extendía por toda la casa, constituyendo un medio de comunicación general, más o menos directo, con todos los demás departamentos. Por un extremo, esta espaciosa habitación estaba iluminada por las ventanas de las dos torres, que hacían pequeños recodos a cada lado del portal. El otro extremo, aunque en parte sombreado por una cortina, estaba mejor iluminado con uno de esos amplios ventanales de los que tanto nos hablan los libros antiguos, y que estaba provisto de un cómodo y mullido asiento. Aquí, sobre un almohadón, había un libro encuadernado, probablemente las Crónicas de Inglaterra o literatura así de pesada, como en nuestros días se usa dejar volúmenes lujosamente encuadernados en la mesa del centro para que los hojeen los visitantes. El mobiliario consistía en unas cuantas sillas grandes y pesadas, con los respaldos elaboradamente tallados con guirnaldas de flores de encina. Había también

una mesa del mismo tipo; el conjunto era del estilo del tiempo de la reina Isabel o quizá de un poco antes, herencia de la casa paterna en Inglaterra, y transportado a América. En la mesa —como demostrando que el sentimiento de la vieja hospitalidad inglesa no se había quedado atrás— había un gran cántaro de peltre en cuyo fondo, si Hester o Pearl hubiesen mirado, habrían podido ver aún los espumeantes restos de cerveza recién bebida.

De las paredes colgaba una fila de retratos que representaba a los antepasados del linaje de los Bellingham, algunos cubiertos con armaduras y otros con tiesas gorgueras y los nobles trajes de ceremonia de los tiempos de paz. A todos los caracterizaba la severidad que invariablemente asumen los retratos antiguos, como si fuesen los fantasmas, más que los retratos, de importantes caballeros desaparecidos que miraran con áspero e intolerante aire de censura las tareas y diversiones de los vivos.

Más o menos en el centro de los paneles de roble que cubrían la habitación, estaba colgada una cota de malla. Ésta no era, como los retratos, una reliquia ancestral, sino, por el contrario, de fabricación moderna, confeccionada por un hábil armero de Londres el mismo año que el gobernador Bellingham vino a Nueva Inglaterra. Había un casco de acero, una coraza, una gorguera y grebas, con un par de guanteletes y una espada colgando debajo; todo, especialmente el casco y el peto, estaba tan bien bruñido que relucía con una luz blanca que esparcía su brillo por todo el suelo. Esta centelleante panoplia no era un simple adorno: había sido usada por el gobernador en muchas paradas solemnes, en los campos de ejercicio, y había brillado, lo que es más, a la cabeza de un regimiento en la guerra de Pequot. Pues, aunque abogado de profesión y pudiendo mencionar a Bacon, Coke, Noye y Finch como socios suyos, las exigencias de la vida en este nuevo país habían transformado al gobernador Bellingham, haciendo de él un soldado, a la vez que político y regidor.

La pequeña Pearl —que estaba tan encantada con la reluciente armadura como lo había estado con la brillante fachada de la casa— pasó un buen rato observando el bruñido espejo del peto.

—Madre —gritó—, te veo aquí. ¡Mira! ¡Mira!

Hester miró por complacer a la niña y vio que, debido al efecto peculiar de este espejo convexo, la letra escarlata se reflejaba en él con proporciones gigantescas; tanto, que era, con mucho, el detalle más importante de su figura. Ella, en realidad, parecía estar escondida detrás de él. Pearl señaló hacia arriba, a un retrato similar en el casco, sonriendo a su madre con esa malicia de duendecillo que era una de las expresiones más usuales de su pequeña fisonomía. Aquella mirada de traviesa alegría estaba reflejada también en el espejo con tanta amplitud e intensidad, que le hizo sentir a Hester Prynne que no podía ser la imagen de su propia hija, sino la de un diablillo que estaba

tratando de amoldarse a la imagen de Pearl.

—¡Ven, Pearl! —dijo Hester alejándola de allí—. Ven a mirar este hermoso jardín. Puede que aquí haya flores más hermosas que las que encontramos en los bosques.

Pearl, entonces, corrió hacia el ventanal que se encontraba al extremo del recibidor y miró hacia el jardín, donde había un sendero alfombrado de pasto recién cortado y bordeado por algo que trataba de ser un seto. Pero el dueño de la casa parecía haber abandonado ya, por imposible, el esfuerzo para perpetuar a este lado del Atlántico, en tierra dura y en medio de una ruda lucha por la subsistencia, el gusto típicamente inglés por los jardines ornamentales. Las coles crecían a plena vista; y una guía de calabazas, cuyas raíces estaban plantadas a cierta distancia, introduciéndose en el espacio adjunto, había depositado uno de sus gigantescos frutos directamente debajo del ventanal del recibidor, como para demostrar al gobernador que este enorme trozo de oro vegetal era lo más rico que podía ofrecer como ornamento el suelo de Nueva Inglaterra. Había unos cuantos rosales, sin embargo, y un grupo de manzanos, probablemente descendientes de aquellos plantados por el reverendo señor Blackstone, el primer poblador de la península, ese personaje casi mitológico que cabalga por nuestras primitivas crónicas montado en un toro.

Pearl, al ver los rosales, se puso a llorar porque quería una rosa roja, y no había forma de calmarla.

—¡Calla, niña, calla! —le decía su madre, azarada—. ¡No llores, Perlita querida! Oigo voces en el jardín. Ahí viene el gobernador acompañado por unos caballeros.

Efectivamente, por la avenida del jardín se veía acercarse a un grupo de personas. Pearl, desdeñando los esfuerzos de su madre por calmarla, lanzó un chillido agudo y luego se quedó silenciosa; no por obediencia, sino porque la aparición de aquellos nuevos personajes excitó su vivaz y mudable curiosidad.

VIII. LA NIÑA-DUENDE Y EL PASTOR

El gobernador Bellingham, vestido con una amplia bata y un gorro casero —como gustan usar los caballeros de edad cuando están en la intimidad de sus hogares—, caminaba delante de todos y parecía estar enseñándoles sus dominios y explicándoles sus proyectos de mejoras. La amplia circunferencia de una elaborada gola, bajo su barba gris, al antiguo estilo de la época del rey Jaime, daba a su cabeza un aspecto no poco parecido al de Juan Bautista sobre la fuente. La impresión que producía su aspecto, tan rígido y severo, tocado

por la nieve de años más que otoñales, no estaba muy de acuerdo con las comodidades mundanas con que, evidentemente, había hecho todo lo posible por rodearse. Pero es un error suponer que nuestros austeros antepasados — aun estando acostumbrados a hablar y pensar sobre la existencia humana como de un estado transitorio de pruebas y luchas, y a pesar de estar sinceramente dispuestos a sacrificar sus bienes y sus vidas en aras del deber— se hicieran problema de conciencia el rechazar los medios de comodidad e incluso de lujo que estuvieran razonablemente al alcance de su mano. Una doctrina semejante no fue nunca predicada, por ejemplo, por el venerable pastor John Wilson, cuya barba, blanca como un copo de nieve, podía verse ahora por encima de los hombros del gobernador Bellingham mientras su dueño sugería que quizá tanto las peras como los melocotones podrían aún aclimatarse en Nueva Inglaterra, y que tal vez iba a ser posible que uvas purpúreas maduraran en la soleada pared del jardín. El viejo clérigo, alimentado en el rico seno de la Iglesia de Inglaterra, tenía desde hacía mucho tiempo un auténtico gusto por las cosas buenas y confortables; y, por más severo que pudiera parecer en el púlpito o en su pública censura de transgresiones morales como la de Hester Prynne, la jovial benevolencia de su vida privada le había granjeado afectos más cálidos que los que se dispensan normalmente a cualquiera de sus colegas contemporáneos.

Detrás del gobernador y del señor Wilson venían dos huéspedes más; uno, el reverendo Arthur Dimmesdale, a quien el lector puede recordar por haber tomado parte, aunque brevemente y a regañadientes, en la escena de la humillación de Hester Prynne; y, junto a él, el viejo Roger Chillingworth, un señor muy entendido en ciencias que desde hacía dos o tres años estaba instalado en el pueblo. Se sabía que este culto caballero era el médico a la vez que el amigo del joven ministro, cuya salud estaba severamente quebrantada debido a la abnegación y dedicación absolutas con que cumplía los deberes de su ministerio.

El gobernador, adelantándose a sus visitantes, subió una o dos escaleras y, abriendo de par en par las puertas del gran ventanal del recibidor, se encontró con la pequeña Pearl. La sombra de la cortina cayó sobre Hester Prynne, escondiéndola parcialmente.

—¿Qué es esto? —dijo el gobernador Bellingham mirando sorprendido a la pequeña figura escarlata que tenía ante sí—. Confieso que nunca he visto nada parecido desde mis años mozos y frívolos en la época del viejo rey Jaime, cuando consideraba un gran favor el ser invitado a un baile de máscaras en la corte. Había cantidades de pequeñas apariciones como ésta en época de fiestas; y nosotros las llamábamos «hijos del lord de Misrule». Pero ¿cómo llegó este huésped a mi casa?

—¡Pues sí! —gritó el bondadoso anciano señor Wilson—. ¿Qué pajarito de

plumaje escarlata es éste? A mí me parece haber visto figuritas así, al brillar el sol a través de una ventana ricamente pintada, trazando diseños de oro y escarlata por el suelo. Pero eso era en la vieja Inglaterra. Dime, pequeña: ¿quién eres?, ¿y cómo se le ha ocurrido a tu madre vestirse de esta extraña manera? ¿Eres una niña cristiana? ¡Ajá! ¿Sabes tu catecismo? ¿O eres uno de esos pícaros duendes o esas traviesas hadas que creíamos haber dejado atrás junto con otras reliquias papistas en la alegre Inglaterra?

—Soy la hija de mi madre —contestó la visión escarlata—, y mi nombre es Pearl.

—¿Pearl? ¿Perla? ¡Rubí, más bien! ¡O coral! ¡O rosa roja, por lo menos, a juzgar por el tono de tu vestido! —agregó el viejo ministro, extendiendo en vano su mano tratando de acariciar las mejillas de la pequeña Pearl—. Pero ¿dónde está tu madre? ¡Ah! Ya veo —agregó; y, dirigiéndose al gobernador Bellingham, susurró—: Ésta es la niña de la que hemos estado hablando; y he aquí a esa desgraciada mujer, Hester Prynne, su madre.

—¿Qué dice usted? —exclamó el gobernador—. Debíamos haber adivinado que la madre de una niña así tenía necesariamente que ser una mujer escarlata, un valioso ejemplar de la mujer de Babilonia. Pero viene muy a tiempo; y nos ocuparemos ahora mismo de este asunto.

El gobernador Bellingham atravesó el ventanal del recibidor seguido de sus tres huéspedes.

—Hester Prynne —dijo, fijando su mirada naturalmente severa sobre la portadora de la letra escarlata—, hemos hablado mucho de ti últimamente. El asunto ha sido discutido a fondo; el de si nosotros, que tenemos autoridad y jurisdicción, estamos actuando según los dictados de nuestra conciencia al confiar un alma inmortal, como la de esta niña, a los cuidados y dirección de alguien que ha tropezado y caído en las tentaciones de este mundo. ¡Habla tú, la propia madre de la niña! Piénsalo bien. ¿No sería lo mejor para el bienestar temporal y eterno de la pequeña que te la quiten, que la vistan con sobriedad, la eduquen estrictamente y la instruyan sobre las verdades del Cielo y la tierra? ¿Qué puedes hacer tú por la niña en este sentido?

—¡Puedo enseñar a mi pequeña Pearl lo que he aprendido de esto! —contestó Hester Prynne, poniendo su dedo sobre la letra.

—¡Mujer, ésa es la divisa de tu vergüenza! —contestó el severo magistrado—. Es justamente a causa de esa mancha que pensábamos transferir tu niña al cuidado de otras manos.

—Sin embargo —dijo la madre con calma, pero poniéndose muy pálida—, esta divisa me ha enseñado, me enseña diariamente y me está enseñando en este momento, lecciones que pueden ser de gran provecho para mi niña, para

que sea mejor y más prudente, aunque a mí ya de nada me sirvan.

—Deliberaremos con calma y prudencia —dijo Bellingham— y veremos con mucho cuidado lo que debemos hacer. Reverendo Wilson, le ruego que examine usted a esta Pearl (ya que éste es su nombre) y vea si tiene la instrucción cristiana que corresponde a una niña de su edad.

El viejo ministro se sentó en un sillón y trató de colocar a Pearl entre sus rodillas. Pero la niña, como no estaba acostumbrada a que la tocaran, ni a ninguna familiaridad con nadie que no fuera su madre, huyó a través de la ventana abierta y se detuvo en el escalón más alto. Parecía un extraño pájaro tropical de ricos plumajes, listo para remontar por los aires. El señor Wilson, no poco sorprendido ante esta reacción —pues era un personaje bonachón y gran favorito de los niños, por lo general—, trató, sin embargo, de proseguir con el examen.

—Pearl —dijo entonces con gran solemnidad—, tienes que escuchar las instrucciones que se te den, de modo que, a su debido tiempo, puedas llevar en tu pecho una perla de gran valor. ¿Puedes decirme, hija mía, quién te hizo?

Pearl sabía muy bien quién la había hecho, pues Hester Prynne, que pertenecía a un hogar piadoso, poco después de su conversación con la niña sobre el Padre celestial, había empezado a enseñarle las verdades que el espíritu humano, por más inmaduro que sea, absorbe con tanto interés. Y era tanto lo que Pearl había aprendido en sus tres años de vida, que habría podido muy bien pasar un examen del New England Primer, el Abecedario de Nueva Inglaterra, o la primera columna del Catecismo de Westminster, aunque no conociera el aspecto exterior de ninguna de esas famosas obras. Pero esa perversidad que tienen casi todos los niños, y la cual la pequeña Pearl poseía en gran cantidad, ahora, en el momento más inoportuno, tomó posesión de ella, y selló sus labios o la impulsó a hablar desatinadamente. Después de ponerse el dedo en la boca y negarse con descortesía a contestar las preguntas que le hacía el buen señor Wilson, la niña anunció categóricamente que nadie la había hecho, sino que había sido arrancada por su madre del arbusto de rosas silvestres que crecía junto a la puerta de la prisión.

Sin duda se le ocurrió esta fantasía por la proximidad de las rosas del gobernador, ya que se encontraba fuera de la ventana; asociando aquéllas al recuerdo del rosal de la prisión, que había visto al ir a la casa del gobernador.

Sonriendo, el viejo Roger Chillingworth susurró algo al oído del joven clérigo. Hester Prynne miró a aquél y, a pesar de que su destino pendía de un hilo, no pudo dejar de darse cuenta, llena de asombro, del cambio que habían sufrido sus facciones, de cuánto más feas estaban, de cómo su oscura tez se había vuelto más cenicienta y su figura más contrahecha desde los tiempos en que lo trataba íntimamente. Sus ojos se encontraron un momento, pero

enseguida se vio obligada a dedicar toda su atención a la escena que se estaba desarrollando ante ellos.

—¡Esto es terrible! —gritó el gobernador, recuperándose lentamente del asombro que le había producido la respuesta de Pearl—. ¡Una niña de tres años que es incapaz de decir quién la ha hecho! ¡Sin duda, está igualmente a oscuras en lo que respecta a su alma, su depravación actual y su destino futuro! Yo creo, caballeros, que no necesitamos indagar más.

Hester cogió a Pearl por la fuerza y la retuvo en sus brazos, enfrentándose al viejo magistrado puritano con una expresión casi feroz. Sola en el mundo, expulsada de él y con éste su único tesoro para mantenerla viva, sentía que tenía derechos inalienables, y estaba lista a defenderlos hasta la muerte.

—¡Dios me dio esta criatura! —gritó—. Él me la dio en compensación por todo lo que ustedes me han quitado. ¡Ella es mi felicidad! ¡Ella es mi tortura! ¿No ven acaso que ella es la letra escarlata, sólo capaz de ser amada, y así poseedora del poder de hacerme expiar mi pecado? ¡No me la quitarán! ¡Antes la muerte!

—¡Pobre mujer! —dijo no sin bondad el viejo ministro—. La niña estará muy bien cuidada, mucho mejor de lo que tú puedes hacerlo.

—Dios la puso bajo mi tutela —repitió Hester Prynne levantando la voz de tal forma que casi gritaba—. ¡No la entregaré!

Y luego, presa de un repentino impulso, se dirigió al joven clérigo, al reverendo Dimmesdale, que hasta ese momento parecía no haberle dirigido la mirada.

—Hable usted en mi favor —lo conminó ella—. Usted era mi pastor, usted tenía mi alma a su cargo y me conoce mejor que nadie. ¡No estoy dispuesta a perder a mi hija! ¡Defiéndame! ¡Usted lo sabe todo, usted posee la caridad que estos hombres no tienen, usted sabe lo que hay en mi corazón y cuáles son los derechos de una madre, y cuánto más fuertes son cuando la madre no tiene más que a su hija y la letra escarlata! ¡Arrégleselas usted! ¡Yo no voy a perder a mi niña! ¡Arrégleselas usted!

Ante esta llamada tan singular, tan llena de desesperación, y que indicaba que la situación de Hester Prynne la había llevado casi hasta los límites de la locura, el joven clérigo se adelantó inmediatamente, muy pálido y con la mano puesta sobre el corazón, como solía hacerlo cuando algo excitaba su temperamento nervioso. Se le veía ahora más preocupado, más débil, más agotado que cuando lo describimos en la escena de la degradación pública de Hester Prynne; y, ya sea por su quebrantada salud o por cualquier otra causa desconocida, sus grandes ojos reflejaban un mundo de dolor en sus perturbadas y melancólicas profundidades.

—Su alegato es acertado —comenzó a decir el ministro con voz dulce, trémula, pero potente; tanto, que hizo retumbar el salón y la antigua armadura—. Hay verdad en lo que dice Hester y en el sentimiento que la inspira. Dios le dio la criatura y le dio también un conocimiento instintivo de su naturaleza y sus necesidades, evidentemente tan peculiares, y que ningún otro ser podrá comprender como ella. Y, más aún, ¿no existe una relación terriblemente sagrada entre esta madre y esta niña?

—¿Cómo es eso, buen doctor Dimmesdale? —interrumpió el gobernador—. Le ruego que me lo explique.

—Debe ser así —continuó el ministro—. Pero, si lo consideramos de otra manera, ¿no estamos reconociendo entonces que el Padre celestial, el Creador de todos los hombres, ha tomado a la ligera una acción pecaminosa y no hace ninguna diferencia entre la pasión fuera de la ley de Dios y el amor santificado? Esta hija de la culpa de su padre y de la vergüenza de su madre ha salido de las manos de Dios para tener muchas clases de influencias sobre el pobre corazón que implora tan intensamente y con tanta amargura por el derecho a conservarla. Su misión es la de bendecir; de ser la única bendición en la vida de esta mujer. Su función es, también, como la misma madre ha dicho, expiatoria: una tortura que la atenaza en los momentos más impensados, una punzada, una quemadura, una agonía repetida siempre en medio de una felicidad llena de perturbaciones. ¿Acaso no expresa este pensamiento en el atuendo de la niña, que con tanta fuerza nos recuerda el símbolo que le quema el pecho?

—¡Muy bien dicho! —exclamó el buen señor Wilson—. Yo temía que la mujer esta no tuviera otro pensamiento que el de hacer que su niña parezca un saltimbanqui.

—¡Oh! ¡No es así, no es así! —siguió diciendo Dimmesdale—. Ella reconoce, créanmelo, el solemne milagro que Dios ha obrado al otorgar la existencia a esta niña. Y yo creo que también siente que esta merced le fue otorgada sobre todo para conservar viva el alma de la madre y preservarla de las profundidades más negras del pecado en las que Satanás, de otro modo, pudo haber tenido la intención de arrojarla. Por lo tanto, está muy bien que esta pobre pecadora tenga consigo una pobre almita inmortal (un ser capaz de alcanzar la eterna felicidad o la eterna desgracia) confiada a su cuidado, para que ella la conduzca por el camino del bien y la rectitud, para recordarle a cada momento su caída, pero para enseñarle también, como si fuera un sagrado compromiso con el Creador, que, si ella guía a la niña hasta el Cielo, la niña, a su vez, conducirá allí a su madre. En esto es más feliz la madre pecadora que el padre pecador. Así pues, por el bien de Hester Prynne, no menos que por el bien de la niña, ¡dejémoslas como la Providencia consideró apropiado dejarlas!

—Habla usted, amigo mío, con una extraña vehemencia —dijo el viejo Roger Chillingworth, sonriéndole.

—Y hay un profundo significado en lo que ha dicho mi joven hermano —agregó el reverendo Wilson—. ¿Qué dice usted, honorable master Bellingham? ¿No encuentra usted que ha alegado con justicia en favor de la pobre mujer?

—En efecto —contestó el magistrado—. Y ha aducido tales argumentos, que incluso dejaremos el asunto como está, por lo menos mientras esta mujer no dé más motivos de escándalo. Hay que preocuparse, sin embargo, de que la niña se someta a un examen formal apropiado en lo que respecta al catecismo, ya sea en sus manos o en las del doctor Dimmesdale. Además, a su debido tiempo los celadores se preocuparán de que asista al colegio y a los servicios religiosos.

El joven ministro, al terminar de hablar, se había alejado unos cuantos pasos del grupo y permanecía de pie con el rostro parcialmente oculto por los pesados pliegues de la cortina de la ventana, mientras la sombra de su figura, proyectada por el sol sobre el suelo, oscilaba aún con la vehemencia de su alegato. Pearl, aquel caprichoso y movedizo duendecillo, se escabulló suavemente para dirigirse a él y, tomando su mano entre las suyas, apoyó sobre ella su mejilla. Fue una caricia tan llena de ternura y a la vez tan discreta, que la madre, al observarla, no pudo dejar de preguntarse: «¿Es mi Pearl?». Aunque ella sabía que en el corazón de la niña había amor, éste se revelaba más frecuentemente en forma de pasión, y apenas dos veces en su vida se había suavizado con la gentil ternura de ese momento. El ministro —ya que, fuera de las ansiadas miradas femeninas, nada hay más dulce que estas demostraciones de cariño infantil otorgadas espontáneamente, por instinto, y que por lo tanto parecen indicar que hay en nosotros algo que merece realmente ser amado—, el ministro miró a su alrededor, puso su mano sobre la cabeza de la niña, vaciló un instante y la besó en la frente. No duró más la expansión sentimental, tan poco usual como indeseada, de la pequeña Pearl; se rio y atravesó brincando el salón, con una gracia alada que hizo que master Wilson se preguntara si, por lo menos, las puntas de sus pies tocaban el suelo.

—Esa pequeña tiene algo de bruja, os lo aseguro —dijo a Dimmesdale—. ¡Sólo le hace falta una escoba para salir volando!

—¡Extraña niña! —dijo el viejo Roger Chillingworth—. Es muy fácil ver la herencia de la madre en ella. ¿Creen ustedes, caballeros, que sería imposible, para la investigación de un filósofo, analizar la naturaleza de la niña, y por su forma y hechura atreverse a adivinar la del padre?

—No; sería pecado, en este asunto, seguir las normas de la filosofía profana —dijo el señor Wilson—. Mejor es hacer ayunos y rezar; y mejor aún

dejar el misterio como lo hemos encontrado, a no ser que la Providencia nos lo revele por voluntad propia. Y así todo buen cristiano tiene derecho a demostrar la bondad de un padre a esta pobre criatura abandonada.

Habiéndose resuelto tan satisfactoriamente el asunto, Hester Prynne, con Pearl, se fue a casa. Mientras bajaba las escaleras, según se dice, se abrieron las celosías de una de las habitaciones y apareció a plena luz del día el rostro de la señora Hibbins, la mal gestada hermana del gobernador Bellingham, la misma que unos años más tarde fue quemada por bruja.

—¡Psit, psit! —llamó, echando su sombra de mal agüero sobre la soleada fachada de la casa—. ¿Vendrás con nosotros esta noche? Habrá un grupo muy alegre en el bosque; y yo poco menos que le prometí al Hombre Negro que la hermosa Hester Prynne formaría parte de él.

—¡Dele usted mis excusas, se lo ruego! —contestó Hester con una sonrisa triunfante—. Debo permanecer en casa para cuidar a mi pequeña Pearl. Si me la hubieran quitado, con gusto me habría ido con usted al bosque, y también habría puesto mi firma en el libro del Hombre Negro. ¡Y lo habría hecho con mi propia sangre!

—¡Ya te tendremos muy pronto por allí! —dijo la dama-bruja frunciendo el ceño y retirando su cabeza.

Y he aquí —si suponemos que esta entrevista entre la señora Hibbins y Hester Prynne sucedió auténticamente, y no es sólo moraleja— que tenemos una demostración práctica de los razonamientos del joven ministro en contra de romper la relación de una madre caída con el fruto de su flaqueza. Tan temprano empezó la niña a librarla de las garras de Satanás.

IX. EL GALENO

Bajo el nombre de Roger Chillingworth, como recordará el lector, se escondía otro nombre cuyo antiguo dueño había decidido que no sería pronunciado nunca más. Se ha relatado cómo, entre la muchedumbre que contemplaba la humillante exhibición de Hester Prynne, había un hombre ya mayor, agotado por los viajes, que recién llegado de las peligrosas tierras del interior vio a la mujer en que esperaba encontrar personificados el calor y la alegría de un hogar, expuesta ante el público como la personificación misma del pecado. Y su honor de mujer casada pisoteado por todos los hombres.

Las murmuraciones infamantes se divulgaban por todas partes en la plaza del Mercado. Para sus parientes, si las noticias llegaron jamás a sus oídos, y para el compañero de su vida intachable, ya nada les quedaba más que

soportar el contagio de su deshonor, que no dejaría de ser distribuido de acuerdo con la intimidad y santidad de su antigua relación. ¿Por qué, entonces —ya que la elección residía en sí mismo—, debía aquél cuyos lazos con la mujer caída fueron los más sagrados adelantarse para reivindicar sus derechos a una herencia tan poco deseable? Fue él quien decidió no estar junto a ella en el pedestal de la vergüenza. Desconocido para todos menos para Hester Prynne y poseedor del candado y la llave que sellaban su silencio, optó por retirar su nombre del registro de la humanidad, desaparecer de la vida tan completamente como si en realidad estuviera en el fondo del mar, donde el rumor popular lo había hundido hacía mucho tiempo. Una vez logrado este propósito, surgirían inmediatamente nuevos intereses, e igualmente un nuevo propósito; sombrío, es cierto, si no culpable, pero con suficiente fuerza para comprometer todas sus facultades.

Con el objeto de llevar a cabo sus propósitos, se instaló en este poblado puritano presentándose como Roger Chillingworth, sin otras credenciales que la sabiduría y la inteligencia que en medida poco común poseía. Por sus estudios en un período anterior de su vida, era gran conocedor de la ciencia médica de su época, y fue como médico que se presentó y como tal fue cordialmente recibido. Hombres hábiles en las profesiones médicas y quirúrgicas no abundaban en las colonias. Parece ser que rara vez participaban del celo religioso que impulsó a los otros emigrantes a cruzar el Atlántico. En sus investigaciones sobre el cuerpo humano, podría ser que las facultades más latas y sutiles de tales hombres se materializaran, y así ellos perdieran la visión espiritual de la existencia en medio de las complejidades de ese maravilloso mecanismo que parecía comprender todo el arte necesario para incluir dentro de él todo lo que implica la vida. En todo caso, la salud de la buena ciudad de Boston, en lo que a la medicina respecta, había estado hasta ahora en manos de un viejo farmacéutico cuya piedad y virtuosa conducta eran credenciales más importantes a su favor que las que habría podido presentar en forma de diploma. El único cirujano era uno que compartía la práctica ocasional de ese noble arte con la cotidiana y rutinaria función de la navaja de afeitar. Roger Chillingworth fue una brillante conquista para esta profesión. Muy pronto demostró su conocimiento de la pesada e imponente complejidad de la química antigua; según ella, cada remedio contenía una multitud de extraños y heterogéneos ingredientes tan elaboradamente confeccionados como si el resultado propuesto fuera nada menos que el «elixir de la vida». Durante su cautiverio con los indios había adquirido, además, grandes conocimientos de las propiedades de las hierbas y raíces autóctonas; y tampoco escondía a sus pacientes que estas simples medicinas, especie de merced otorgada por la Naturaleza al inculto aborigen, le merecían tanta confianza como la farmacopea europea elaborada a través de cientos de años por el concurso de tantos sabios doctores.

Este culto forastero era ejemplar en lo que respecta, al menos, a las fórmulas exteriores de su vida religiosa, y a poco de llegar había escogido como consejero espiritual al reverendo doctor Dimmesdale. El joven clérigo, cuya fama perduraba aún en Oxford, era considerado por sus admiradores más fervientes poco menos que un apóstol consagrado por el Cielo, destinado, si vivía y trabajaba durante el término de la vida normal de aquellos tiempos, a hacer grandes cosas para la ahora débil Iglesia de Nueva Inglaterra, como los primeros colonizadores las habían hecho por la fe cristiana. Pero más o menos por este tiempo la salud del doctor Dimmesdale empezó a decaer. Según los que conocían mejor sus costumbres, la palidez de las mejillas del joven ministro se debía a su exagerada dedicación al estudio, al celo con que cumplía sus deberes parroquiales, y, más que nada, a los ayunos y vigiliass que practicaba a menudo con el fin de evitar que la tosca vida terrenal empañara y oscureciera la lámpara de su espíritu.

Algunos llegaban a declarar que si el doctor Dimmesdale efectivamente muriese, sería porque el mundo ya no merecía ser hollado por sus pies. Él, por su parte, con su humildad característica, declaraba que si la Providencia decidiera su muerte sería por su propia incapacidad para realizar su humilde misión sobre la tierra. A pesar de estas diferencias de opinión respecto a la causa de su decaimiento, el hecho mismo no se podía negar. Enflaqueció a ojos vista; su voz, aunque sonora aún, y muy suave, tenía un tono que parecía profetizar su melancólico fin; observábase a menudo que, cuando por algo se alarmaba, aunque levemente, o sucedía cualquier cosa, se llevaba la mano al corazón, primero ruborizado y luego con una palidez que evidenciaba su dolor.

Ése era el estado del joven clérigo: la perspectiva de que se apagase permanentemente la débil llamita de su vida parecía inminente cuando Roger Chillingworth llegó al pueblo. Su primera aparición en escena —y poca gente podía decir cuándo sucedió, cayendo como del cielo o emergiendo de las profundidades de la tierra— tenía un aire de misterio que pronto fue elevado a la categoría de milagro. Era ahora conocido como un hombre de grandes habilidades; se le veía coleccionar hierbas y capullos de flores silvestres, escarbar las raíces y arrancar tallos de los árboles del bosque, como quien está al tanto de las ocultas virtudes de lo que no tiene ningún valor ante los ojos del común de los mortales. Se le oyó hablar de sir Kenelm Digby y de otros hombres famosos —cuyos logros científicos eran considerados poco menos que sobrenaturales— en calidad de colegas o corresponsales suyos. ¿Por qué, entonces, teniendo un rango tan alto en el mundo de la ciencia, había venido aquí? ¿Qué podía él, cuyo ambiente estaba en las grandes ciudades, estar buscando en estas tierras hostiles? En respuesta a estas interrogantes creció el rumor —que, por más absurdo que fuera, era defendido por mucha gente sensata— según el cual el Cielo había hecho un verdadero milagro al transportar a este eminente doctor en medicina de una universidad alemana,

corpóreamente, por los aires, depositándolo en la puerta del despacho del reverendo Dimmesdale. Otras personas cuya fe era más inteligente, y que sabían que el Cielo cumple con sus designios sin necesidad de los efectos teatrales de lo que se llama interposición milagrosa, creían también ver la mano de la Providencia en la llegada tan oportuna de Roger Chillingworth. Esta idea se acentuó al ser evidente el profundo interés que manifestó el médico por la salud del joven clérigo; se hizo feligrés de su parroquia, y trató de granjearse la simpatía y amistad de esta sensibilidad naturalmente tan reservada. Expresó gran alarma ante el estado de salud de su pastor, demostrándose ansioso de conseguir su curación y declarando que cuanto más pronto comenzase, más fe tendría en que el resultado fuese favorable. Los dignatarios, los diáconos, las maternas señoras y las jóvenes y bellas doncellas del rebaño del joven Dimmesdale estaban de acuerdo con él e importunaban a su pastor para que aceptara los servicios que se le brindaban. Dimmesdale rechazaba suavemente sus ruegos.

—No necesito medicinas —decía.

Pero ¿cómo podía decir una cosa así el joven ministro, cuando durante los oficios se le veían cada vez más pálidas las mejillas y se oía su voz más trémula que antes, cuando ahora se había convertido en un hábito constante, en vez de un gesto ocasional, el ponerse la mano sobre el corazón? ¿Estaría agotado por el trabajo? ¿Querría morir? Estas preguntas le fueron propuestas seriamente al reverendo Dimmesdale por los ministros mayores, los dignatarios de la Iglesia de Boston y los diáconos de su parroquia, quienes, para usar sus propias palabras, «se enfrentaron con él» sobre el pecado de rechazar lo que la Providencia tan manifiestamente le brindaba. Escuchó en silencio y prometió hablar con el médico.

—Si fuera la voluntad de Dios —dijo el reverendo doctor Dimmesdale cuando, en cumplimiento con su promesa, recurrió a los servicios profesionales del viejo Roger Chillingworth—, yo me daría por satisfecho si mis trabajos, mis penas, mis pecados y mis dolores acabaran pronto conmigo y todo lo que en ellos haya de terrenal se enterrara en mi tumba, y lo espiritual siguiera conmigo al sitio que me tenga reservado la eternidad. Mucho más satisfecho que el que ponga usted a prueba su pericia en beneficio mío.

—¡Ah! —replicó Roger Chillingworth con esa calma que, fingida o natural, caracterizaba todas sus actitudes—. ¿Es así como debe hablar un joven pastor? Los hombres jóvenes, como no han echado raíces profundas, renuncian fácilmente a su contacto con la vida. Y los hombres virtuosos, que caminan con Dios sobre la tierra, desearían estar fuera para caminar con él por las doradas calles de la Nueva Jerusalén.

—No, no es eso —replicó el joven ministro, poniendo una mano sobre su

corazón con gesto de dolor—. Si fuera digno de caminar allí, estaría más contento de penar y trabajar acá.

—Los hombres buenos siempre se interpretan injustamente —dijo el facultativo.

Y así el misterioso Roger Chillingworth se convirtió en el consejero médico del reverendo doctor Dimmesdale. Como no sólo la enfermedad interesaba al médico, sino también observar el carácter y las cualidades de su paciente, estos dos hombres, de edades tan distintas, poco a poco llegaron a pasar juntos gran parte de su tiempo. En beneficio de la salud del ministro y para permitir al galeno recoger plantas que contenían bálsamos curativos, hacían largos paseos por la playa o el bosque, entremezclando su variada charla con el murmullo y reventar de las olas y con el solemne canto del viento entre las copas de los árboles. A menudo, igualmente, uno era huésped del otro en su lugar de estudio y reposo. El ministro sentía una especie de fascinación por la compañía del hombre de ciencia, en el que reconocía una cultura profunda junto a una variedad y libertad de ideas que en vano habría buscado entre los miembros de su propia profesión. En realidad, estaba muy sorprendido, y hasta alarmado, de encontrar estas cualidades en el médico. Arthur Dimmesdale era un verdadero sacerdote, un verdadero religioso, su sentido reverencial estaba muy desarrollado, y su inteligencia ordenada de tal manera que se dirigía a sí misma vigorosamente por el camino del credo, labrando su huella cada vez más profundamente con el paso del tiempo. En ningún tipo de sociedad habría podido considerársele como un hombre de ideas liberales; le sería siempre esencial a su paz de espíritu sentir la presión de la fe en torno suyo, apoyándolo, a la vez que lo confinaba dentro de su armazón de hierro. No era menos, sin embargo, aunque con vacilante satisfacción, el alivio ocasional que sentía al mirar el universo por medio de otro tipo de intelecto que aquéllos con los que acostumbraba alternar. Era como si se abriera de par en par una ventana, dejando entrar una atmósfera más libre en el cerrado y sofocante estudio donde se estaba consumiendo su vida entre la luz de las lámparas o los interceptados rayos de sol, y el rancio perfume sensual o moral que exhalan los libros viejos. Pero el aire era demasiado fresco y helado para absorberlo demasiado tiempo con comodidad. De modo que el ministro, y el médico con él, se retiró nuevamente tras los límites de lo que su Iglesia definía como ortodoxo.

Así, Roger Chillingworth examinaba cuidadosamente a su paciente, ya observando cómo actuaba en su vida diaria, siguiendo su camino habitual en el orden de los pensamientos que le eran familiares, ya viéndolo cuando las circunstancias lo arrojaban en medio de otro escenario cuya novedad podría hacer surgir algo nuevo a la superficie de su personalidad. Parece que consideraba esencial conocer bien al hombre antes de tratar de sanarlo. Donde

sea que haya un corazón y un intelecto, las enfermedades del cuerpo están marcadas por las peculiaridades de éste. En Arthur Dimmesdale, la imaginación y el pensamiento eran tan activos, y la sensibilidad tan intensa, que una enfermedad física tenía muchas probabilidades de haberse originado allí. De modo que Roger Chillingworth —el hombre hábil, el médico bondadoso y amigo— trató de profundizar en su paciente, sondeando sus principios, atisbando en sus recuerdos y auscultándolo entero, con gesto cauteloso, como quien busca un tesoro en una caverna oscura. Pocos secretos pueden permanecer escondidos ante un investigador que tenga oportunidad y permiso para acometer tal empresa, y pericia para llevarla adelante. El hombre que está agobiado por un secreto debería evitar toda intimidad con su médico. Si es que este último posee el don de la sagacidad, y un algo extra, difícil de calificar, llamémosle intuición; si no demuestra un egoísmo que pueda interferir, ni características importantes que sean desagradables; si tiene el poder, que debe ser innato en él, de conducir su mente a una relación de tal afinidad con la de su paciente que éste sin querer hable lo que crea sólo haber pensado; si tales revelaciones son recibidas sin grandes alaracas y acogidas no tan a menudo con palabras de simpatía que en silencio, con un suspiro articulado, y aquí y allá alguna palabra para indicar que se ha comprendido todo; si a estas virtudes de confidente se le agregan las ventajas que le confiere su condición de médico, entonces, en algún momento inevitable, el alma del sufriente se disolverá y fluirá con un torrente oscuro pero transparente, revelando todos sus secretos y exponiéndolos a la luz del sol. Roger Chillingworth tenía todos o la mayoría de los atributos enumerados. Sin embargo, el tiempo pasaba. Cierta intimidad, como ya dijimos, creció entre estas dos inteligencias cultas, que tenían un campo tan amplio como la esfera total del pensamiento y el estudio humano para encontrarse. Discutían sobre toda clase de temas de religión y ética, de asuntos públicos y de carácter privado; hablaron mucho de asuntos que les parecían personales; sin embargo, ningún secreto como el que se imaginaba el médico que tenía que existir se escapó jamás de la conciencia del ministro para alcanzar el oído de su compañero. Este último sospechaba incluso que la naturaleza de la enfermedad física del doctor Dimmesdale nunca había sido revelada enteramente. ¡Extraña cautela!

Después de algún tiempo y a raíz de una sugerencia de Roger Chillingworth, los amigos de Arthur Dimmesdale se las arreglaron para que ambos hombres se alojaran en la misma casa, de modo que todas las altas y bajas del fluido vital del ministro pasasen ante los ojos de su ansioso y abnegado médico. Hubo gran alegría en el pueblo al conseguir este arreglo tan deseado. Se la consideraba como la mejor medida posible para el bienestar del joven pastor; a menos que, como a menudo le aconsejaban aquellos que se sentían con autoridad para hacerlo, hubiese escogido a una de las florecientes

doncellas, espiritualmente afectas a él, para que se convirtiese en su fiel esposa. Esto último, sin embargo, tenía pocas probabilidades de ser aceptado por Arthur Dimmesdale; rechazaba todas las sugerencias al respecto como si el celibato sacerdotal fuese uno de los artículos de la disciplina eclesiástica. Condenado por su propia voluntad, como lo estaba tan evidentemente el joven Dimmesdale, a comer su insípido pan en una mesa ajena y aguantar el frío de por vida que es la suerte del que busca calentarse en el hogar de otro, parecía verdaderamente que este sagaz, experimentado, benevolente y anciano médico, con su combinación de amor paternal y reverencial por el joven pastor, fuese el ser más apropiado en toda la humanidad para estar siempre al alcance de su voz.

La nueva morada de los dos amigos era con una piadosa viuda de buena posición social que vivía en una casa que ocupaba casi todo el solar en que luego fue construida la venerable estructura de King's Chapel. Tenía el cementerio, que en un principio fue solar de Isaac Johnson, a un lado, de modo que estaba muy bien situado para provocar serias reflexiones, apropiadas a sus respectivas actividades, tanto en el ministro como en el médico. La maternal preocupación de la bondadosa viuda por el pastor hizo que designara para Arthur Dimmesdale el departamento del frente, que daba del lado del sol y tenía una pesada cortina para protegerlo del resplandor excesivo del mediodía cuando fuera necesario. Las paredes estaban cubiertas por tapicerías que se decía provenían de los telares de los gobelinos, y que en todo caso representaban la historia bíblica de David y Betsabé, y la de Natán el Profeta, en colores aún no desteñidos, pero que hacían que la hermosa mujer de la escena pareciera casi tan torvamente pintoresca como la vaticinadora de desgracias. Aquí, el pálido clérigo organizó sus libros, entre los cuales abundaban los volúmenes, empastados en pergamino, de los Padres de la Iglesia, de la tradición rabínica y de la erudición monástica, a los que los sacerdotes protestantes, a pesar de que difaman y desacreditan ese tipo de escritores, se ven sin embargo obligados a menudo a recurrir. En el otro lado de la casa arregló su estudio y su laboratorio el viejo Roger Chillingworth, no como un moderno hombre de ciencia consideraría ni remotamente adecuado, aunque tenía al menos un aparato destilador, y los medios necesarios para elaborar drogas y productos químicos que el hábil alquimista sabía muy bien emplear para sus propósitos. Así, con toda comodidad, los dos estudiosos se instalaron, cada uno en su propio terreno, pero pasando a menudo de uno a otro apartamento y demostrando un interés mutuo el uno en los asuntos del otro, interés no desprovisto de cierta curiosidad.

Los amigos más sensatos del reverendo Arthur Dimmesdale, como ya hemos insinuado, se imaginaban con mucha razón que la mano de la Providencia había hecho todo esto con el propósito —implorado en tantas públicas, domésticas y secretas rogativas— de restablecer la salud del joven

ministro. Pero tenemos que reconocer ahora que otra parte de la comunidad empezaba a adoptar su propio punto de vista respecto a las relaciones entre el doctor Dimmesdale y el misterioso médico. Cuando una multitud inculta trata de ver las cosas con sus propios ojos tiene grandes probabilidades de engañarse. Cuando, sin embargo, formula sus juicios, como a menudo lo hace, basándose en intuiciones de su grande y tierno corazón, las conclusiones a las que llega de esta manera son a menudo tan profundas y verdaderas, que parecen verdades reveladas por medios sobrenaturales. La gente, en el caso del que hablamos, no podía justificar sus prejuicios contra Roger Chillingworth con hechos o argumentos que justificaran una refutación seria. Había un viejo artesano, es cierto, que había vivido en Londres en tiempos del asesinato de sir Thomas Overbury, unos treinta años antes, y aseguraba haber visto al médico en compañía del doctor Forman, el famoso nigromante que estuvo implicado en el caso Overbury. Dos o tres personas afirmaron que el galeno, durante su cautiverio, había acrecentado sus conocimientos médicos participando en los conjuros mágicos de los sacerdotes indios, los cuales eran reconocidos universalmente como poderosos hechiceros, y que a menudo lograban curaciones aparentemente milagrosas gracias a la práctica de la magia negra. Muchas personas —entre las cuales las había muy observadoras y de buen juicio, y cuyas opiniones eran consideradas valiosas en otros asuntos— afirmaban que el aspecto de Roger Chillingworth había variado notablemente desde que estaba en el pueblo, especialmente desde que vivía bajo el mismo techo que Arthur Dimmesdale. Al principio, la expresión de su rostro era tranquila, meditativa, típica del hombre de estudio. Ahora había algo feo y perverso en su rostro, algo que no se notó antes y que, a medida que pasaba el tiempo y cada vez que se lo miraba, era más evidente. De acuerdo con la opinión del vulgo, el fuego de su laboratorio provenía de las regiones subterráneas y estaba alimentado con combustible infernal; de modo que, como era de esperarse, su rostro se veía cada vez más ceniciento por el contacto con el humo.

Para resumir el asunto, diremos que llegó a ser opinión muy difundida que el reverendo Arthur Dimmesdale, como muchos otros santos en todos los tiempos de la era cristiana, estaba siendo tentado, ya sea por el mismo Satanás, ya por un emisario de éste en la forma del viejo Roger Chillingworth. Este diabólico agente tenía el permiso divino, por una temporada, para hurgar en la vida íntima del clérigo y conspirar contra su alma. Ningún hombre sensato podía llegar a dudar, se decía, sobre quién saldría victorioso. La gente esperaba, con incommovible esperanza, ver al clérigo saliendo triunfante de esta prueba, transfigurado con la gloria que indudablemente ganaría. Mientras tanto, de todas maneras, era muy triste pensar en la mortal agonía por la que tenía que pasar para alcanzar la victoria.

Pero, ¡ay!, a juzgar por la oscuridad y el terror que se veía en las

profundidades de los ojos del ministro, la batalla era, desgraciadamente, muy difícil, y la victoria todo menos segura.

X. EL GALENO Y EL PACIENTE

El viejo Roger Chillingworth fue durante toda su vida hombre de temperamento tranquilo y bondadoso, aunque no de cálidos afectos. Pero siempre, en todas sus relaciones con el mundo, un caballero puro y recto. Empezaba la presente investigación, según se imaginaba él, con la severa y ecuánime integridad de un juez que sólo desea descubrir la verdad, como si el asunto no implicara más que las figuras y líneas, trazadas en el aire, de un problema geométrico, en vez de humanas pasiones y agravios hechos a su persona. Sin embargo, durante el transcurso de sus investigaciones, una fascinación terrible, una especie de feroz aunque todavía tranquila necesidad agarró al viejo apresándolo en sus garras, y no lo dejó en paz hasta que cumplió con todo lo que ésta exigía. Ahora hurgaba en el corazón del pobre clérigo como un minero en busca de oro, o más bien como un sepulturero cavando una tumba, posiblemente en búsqueda de una joya sepultada en el regazo del muerto pero con probabilidades de encontrar sólo podredumbre mortal. ¡Desgraciada su pobre alma, si era esto lo que buscaba!

Algunas veces, una luz brillaba en los ojos del médico, ardiendo con una claridad azul siniestra, como el reflejo de un horno o, digámoslo, como uno de esos rayos de fuego fantasmal que salían del horrible portal de Bunyan en la falda de la montaña y vibraban en el rostro de los peregrinos. La tierra donde trabajaba este oscuro minero le había dado quizá indicios alentadores.

«Este hombre —se decía a sí mismo en esos momentos—, tan puro como la gente cree que es, tan espiritual como parece, ha heredado una naturaleza animal muy fuerte, ya sea de su padre o de su madre. ¡Sigamos excavando por este camino!». Luego, después de haber escudriñado a fondo la intimidad del clérigo y estudiado cuidadosamente los valiosos materiales que ésta le ofrecía bajo el aspecto de sublimes aspiraciones por el bien de la humanidad, pureza de sentimientos y piedad natural —todo esto reforzado por el pensamiento y el estudio, e iluminado por ocasionales revelaciones—, siendo de un valor incalculable, le resultaba al investigador tan inservible como un montón de basura. Entonces volvía atrás descorazonado, encaminando sus investigaciones por otros derroteros. Seguía tanteando a hurtadillas, con paso tan cauteloso y mirada tan alerta como el que entra en una habitación donde yace un hombre sólo medio dormido —o, quizá, completamente despierto— con el propósito de robarle su tesoro más preciado; y, a pesar de que toma

extremadas precauciones, el suelo cruje de vez en cuando, igual que sus ropas al rozar con los muebles, y la sombra de su presencia, en un lugar prohibido, se proyecta sobre su víctima. En otras palabras, Arthur Dimmesdale, cuya sensibilidad nerviosa a veces le servía de intuición espiritual, percibió vagamente que algo hostil que afectaba su paz de espíritu se había introducido en relación con él. Pero el viejo Roger Chillingworth tenía también percepciones que eran casi intuitivas; y, cuando el ministro lo observaba con ojos alarmados, el médico se sentaba tranquilamente, convirtiéndose en el amigo bondadoso, vigilante y comprensivo, pero no intruso.

No obstante, Dimmesdale se habría dado mejor cuenta del carácter de este individuo si cierta morbosidad a la que están inclinados los corazones enfermos no lo hiciera desconfiar de toda la humanidad. Al no confiar en ningún hombre como amigo, era incapaz de reconocer un enemigo cuando éste se presentaba. Por lo tanto, mantuvo un intercambio familiar con él, recibiendo diariamente al médico en su estudio o visitándolo en su laboratorio, y, a modo de entretenimiento, observando el proceso por el cual las hierbas se convertían en drogas potentes.

Un día, apoyando la frente en la mano y el codo en el borde de la ventana abierta que daba sobre el cementerio, conversaba con el viejo Roger Chillingworth mientras éste examinaba un manojo de plantas muy feas y extrañas.

—¿Dónde —preguntó, mirándolas de reojo, porque era típico del clérigo en esta época el que nunca mirara de frente a ningún sujeto, ya fuera humano o inanimado—, dónde, mi buen doctor, ha encontrado usted esas hierbas, de hojas tan oscuras y lacias?

—En el cementerio, aquí cerca —contestó el médico, siguiendo con lo que hacía—. Son nuevas para mí. Las encontré en una tumba que no tenía lápida ni ningún otro recuerdo del muerto, excepto estos feos hierbajos que se han adjudicado la función de mantener vivo su recuerdo. Las raíces brotaban de su corazón para simbolizar, quizá, algún horrible secreto enterrado con él y que mejor habría hecho en confesar durante su vida.

—Quizá —dijo Dimmesdale— lo deseara intensamente, pero no pudo.

—¿Y por qué no? —replicó el médico—. ¿Por qué no? Si todos los poderes de la naturaleza incitan enérgicamente a la confesión de los pecados, podría ser que estas oscuras hierbas broten de un corazón sepultado para sacar a la luz un crimen oculto.

—Eso, mi buen señor, no es más que una fantasía suya —replicó el ministro—. No puede haber, si mi juicio es acertado, ningún poder fuera del de la divina Providencia que sea capaz de revelar, ya sea por la palabra, por un

ejemplo, o por símbolos, los secretos escondidos en el corazón humano. El corazón, al hacerse culpable de tales secretos, tiene forzosamente que conservarlos hasta el día en que todo lo escondido será revelado. Tampoco he interpretado las Sagradas Escrituras de forma que se entienda que la revelación de los pensamientos y hechos humanos que se hará entonces se considere como parte de la expiación. Ése, seguramente, sería un aspecto muy superficial del asunto. No; estas revelaciones, a menos que mucho me equivoque, tienen simplemente el propósito de estimular la satisfacción intelectual de todos los seres inteligentes, que estarán esperando, aquel día, poder ver claro el oscuro problema de la vida. El conocimiento de los corazones de los hombres será necesario para la completa solución de este problema. Y a mí me parece, lo que es más, que los corazones que guarden tan terribles secretos como los de que usted habla los revelarán, en ese último día, no con vacilación, sino con una alegría indecible.

—Entonces, ¿por qué no revelarlo aquí? —preguntó Roger Chillingworth mirando disimuladamente y de soslayo al ministro—. ¿Por qué los culpables no se proporcionan antes este indecible solaz?

—Generalmente lo hacen —dijo el clérigo, oprimiéndose el pecho con fuerza como si sintiera un dolor inoportuno—. Muchas, muchas pobres almas se han confiado a mí, no sólo en su lecho de muerte, sino estando aún en la flor de la vida y gozando de una buena reputación. Y siempre, después de aquellos desahogos, he comprobado que mis hermanos pecadores sienten un gran alivio. Igual que alguien que al fin respira una bocanada de aire puro después de haber estado ahogándose con su propio aliento contaminado. ¿Cómo podría ser de otra manera? ¿Por qué un pobre desgraciado, culpable, digamos, de asesinato, preferiría conservar el cadáver sepultado en su propio corazón, en vez de arrojarlo fuera enseguida y dejar que el universo se encargue de él?

—Sin embargo, algunos hombres entierran así sus secretos —observó el tranquilo hombre de ciencia.

—Es cierto: hay hombres así —contestó el joven Dimmesdale—. Pero, para no sugerir razones más obvias, quizá guarden silencio por razones de su misma naturaleza. ¿No podemos suponer, por más culpables que sean, que su celo por la gloria de Dios y el bien de la humanidad eviten el que se exhiban tan inmundos y oscuros ante la vista de los hombres? Porque desde aquel momento no podrán hacer ya ningún bien, ningún pecado del pasado podrá ser redimido por una vida ejemplar. De modo que, sufriendo indecibles tormentos, viven junto a su prójimo aparentando ser tan puros como copos de nieve recién caídos, mientras que sus corazones están manchados por iniquidades de las que no pueden liberarse.

—Esos hombres se engañan a sí mismos —dijo Roger Chillingworth con más énfasis que el acostumbrado y haciendo un ligero gesto con su dedo índice—. Tienen miedo de asumir la vergüenza que con toda justicia les corresponde. Su amor por los hombres, su celo en el servicio de Dios, estos santos impulsos, pueden o no coexistir en sus corazones con los malvados huéspedes a los que su culpa ha abierto la puerta y que necesariamente tienen que propagar una casta diabólica con ellos. Pero, si es que tratan de glorificar a Dios, ¡que no se permitan levantar hacia el cielo sus manos impuras! Si quieren servir a la humanidad, ¡que lo hagan manifestando el poder y la realidad de la conciencia al obligarse a hacer penitencia rebajándose! ¿Querrá usted hacerme creer, sabio y virtuoso amigo, que una falsa actitud puede ser mejor, puede ser más conducente a la gloria de Dios y el bien de la humanidad, que la pura verdad de Dios? Créame, esos hombres se engañan a sí mismos.

—Puede que así sea —dijo el joven clérigo con indiferencia, como rehuyendo una discusión que consideraba fuera de propósito e inconveniente; tenía, en realidad, gran agilidad para rehuir cualquier tema que pudiera perturbar su temperamento demasiado sensible y nervioso—. Pero ahora querría yo preguntar a mi hábil facultativo si es que de verdad encuentra que he sacado provecho de los bondadosos cuidados que ha prodigado a este mi pobre cuerpo.

Antes de que Roger Chillingworth pudiera contestar, oyeron el claro y alegre sonido de una risa infantil que procedía del cementerio adjunto. Mirando desde la ventana abierta —pues era verano—, el ministro divisó a Hester Prynne y a la pequeña Pearl pasando por el sendero que atravesaba el cercado. Pearl estaba bella como el día, pero se hallaba en uno de aquellos estados de voluntariosa alegría que cuando ocurrían parecían alejarla de la esfera del contacto humano. Saltaba irreverentemente de una tumba a otra; hasta que, al llegar a la amplia, plana y blasonada lápida de algún notable desaparecido —quizá la del mismo Isaac Johnson—, empezó a bailar sobre ella. En respuesta a las órdenes y ruegos de su madre para que se comportara con más decoro, la pequeña Pearl se detuvo para recoger las espinosas semillas de una alta bardana que crecía junto a la tumba. Cogiendo un manojo de ellas, las arregló alrededor de las líneas del trazado de la letra escarlata que decoraba el pecho materno, a las que las semillas, por su naturaleza, se pegaron tenazmente. Hester no se las quitó.

Roger Chillingworth se había acercado a la ventana y sonreía sombrío.

—No hay leyes, ni respeto a la autoridad, ni miramientos por las ordenanzas u opiniones humanas, acertadas o equivocadas, que formen parte de la extraña personalidad de esta criatura —dijo él, tanto como hablando consigo mismo como a su compañero—. La vi el otro día salpicar con agua al

mismo gobernador en el abrevadero de Spring Lane. ¿Qué es, en nombre de Dios? ¿Es un duendecillo completamente malvado? ¿Siente afectos? ¿La anima algún desconocido principio de vida?

—Ninguno, salvo la libertad que da una ley transgredida —contestó Dimmesdale con voz calmada, como si hubiera estado debatiendo el tema consigo mismo—. Si es capaz de algún bien, yo no lo sé.

La niña sin duda oyó sus voces; pues, mirando hacia la ventana con una radiante pero maliciosa sonrisa llena de alegría y comprensión, le tiró una de las espinosas semillas al reverendo doctor Dimmesdale. El sensible clérigo rehuyó, con un temor nervioso, el ligero proyectil. Al darse cuenta de su perturbación, Pearl batió sus pequeñas manos con una especie de éxtasis exagerado. Hester Prynne, a su vez, había mirado involuntariamente hacia arriba, y estas cuatro personas, viejas y jóvenes, se contemplaron en silencio hasta que la niña soltó una carcajada y gritó:

—¡Ven, madre! ¡Ven, o aquel Hombre Negro te cogerá! Ya ha atrapado al ministro. ¡Ven, madre, o te atrapará! ¡Pero no podrá atrapar a la pequeña Pearl!

Y así alejó a su madre, saltando, bailando y brincando con extravagancia entre las tumbas, como una criatura que nada tiene en común con una generación pasada y enterrada ni se reconoce pariente de ella. Era como si hubiera sido hecha de nuevo, usando nuevos elementos, y a la que por lo tanto se le debería permitir vivir su propia vida y guiarse con sus propias leyes, sin que sus excentricidades sean consideradas como un delito.

—He ahí una mujer —siguió diciendo Roger Chillingworth después de una breve pausa— que, sean cuales sean sus faltas, nada tiene del misterio del pecado oculto que usted encuentra tan difícil sobrellevar. ¿Es Hester Prynne, cree usted, menos desgraciada por llevar esa letra sobre su pecho?

—Lo creo muy sinceramente —contestó el clérigo—. Sin embargo, no puedo contestar por ella. Había una expresión de dolor en su rostro que preferiría no haber visto. Pero, con todo, soy de la opinión de que forzosamente tiene que ser mejor para el que sufre poder mostrar su dolor, como el caso de esta pobre mujer, Hester, que tener que ocultarlo dentro del corazón.

Hubo otra pausa; y el hombre de ciencia empezó de nuevo a examinar y arreglar las plantas que había recogido.

—Usted me preguntó hace poco —dijo finalmente— mi opinión en lo que respecta a su salud.

—Sí, lo hice —contestó el clérigo—. Y me gustaría saberla. Le ruego que hable francamente, aunque sea un asunto de vida o muerte.

—Libremente, pues, y simplemente —dijo el médico, ocupado aún con sus plantas, pero sin dejar de observar al doctor Dimmesdale—. La dolencia es muy extraña; no tanto en sí misma, sino por sus manifestaciones exteriores, en lo que respecta, al menos, a los síntomas que se me ha permitido observar. Mirándolo diariamente, mi buen amigo, y observando los síntomas de su aspecto tanto interiores como exteriores desde hace meses, yo lo consideraría muy enfermo, pero no tanto como para que un médico bueno y abnegado pierda las esperanzas de curarlo. Pero ¡no sé qué decir!, la enfermedad es lo que yo creo conocer y, sin embargo, no conozco.

—Habla usted en acertijos, culto caballero —dijo el pálido ministro echando una mirada por la ventana hacia fuera.

—Entonces, voy a hablar más claramente —continuó el médico—, y le pido perdón, señor, si es que considera que hay necesidad de perdonar, por esta forzosa claridad de mis palabras. Déjeme preguntarle, como amigo, como el que tiene a su cargo, providencialmente, su vida y su bienestar físico: ¿me han sido reveladas todas las causas y síntomas de esta enfermedad, y se me han mostrado con franqueza?

—¿Cómo puede usted dudarlo? —preguntó el ministro—. Sería infantil llamar al médico y luego esconder la herida.

—¿Quiere decirme, entonces, que lo sé todo? —dijo Roger Chillingworth deliberadamente y fijando su brillante mirada, de intensa y concentrada comprensión, en el rostro del ministro—. Digamos que así es. Pero, de nuevo, el que sólo conoce el mal exterior y físico sabe a menudo sólo la mitad del mal que se le pide que cure. Una enfermedad del cuerpo, a la que miramos como un todo y entera en sí misma, puede ser, después de todo, sólo un síntoma de una enfermedad del espíritu. Le pido perdón nuevamente, señor, si mis palabras tienen siquiera la sombra de una ofensa. Usted, entre todos los hombres que he conocido, es aquél cuyo cuerpo está más íntimamente ligado, imbuido e identificado, por así decirlo, con el espíritu del que es su instrumento.

—Entonces, ya no necesito preguntar nada más —dijo el clérigo, levantándose algo apresuradamente de su silla—. Me imagino que usted no se ocupa de remedios para el alma.

—Así, pues, una enfermedad —continuó Roger Chillingworth, siguiendo con el tema, pero sin alterar el tono de su voz ni hacer caso de la interrupción; se puso de pie, en cambio, haciendo frente al macilento clérigo su baja, oscura y deforme figura—. Una enfermedad, un sitio dolorido, si así podemos llamarlo; un lugar herido de su espíritu se manifiesta inmediatamente en su constitución física. ¿Quiere usted que su médico le cure el mal de su cuerpo? ¿Cómo puede ser, a menos que usted le abra la herida y le muestre el malestar

de su alma?

—¡No! ¡A ti, no! ¡A un médico terrenal, no! —gritó el joven Dimmesdale apasionadamente y mirando al viejo Roger Chillingworth con los ojos muy abiertos y brillantes, y con una especie de ferocidad—. ¡No; a ti no! ¡Si se trata de una enfermedad del alma, me encomendaré al único Médico de las almas! Él, si es su santa voluntad, puede sanar o matar. Déjale que haga conmigo lo que en su sabiduría y justicia considere lo mejor. Pero ¿quién eres tú que te entrometes en este asunto y te atreves a introducirte entre el hombre que sufre y su Dios?

Con un gesto desesperado, salió huyendo de la habitación.

«Me alegra haber dado este paso —se dijo Roger Chillingworth con una grave sonrisa, contemplando al ministro que se alejaba—. ¡Nada se ha perdido! Volveremos a ser amigos. Pero veamos ahora cómo la pasión se apodera de este hombre y lo pone fuera de sí. ¡Ha hecho algo! ¡Cómo actúa con una pasión así! ¡Ahora sí que ha hecho una tontería este piadoso doctor Dimmesdale, impulsado por la ardiente vehemencia de su corazón!».

No resultó difícil restablecer la intimidad de los dos compañeros en el mismo grado que antes. El joven clérigo, luego de unas horas de soledad, se dio cuenta de que el desorden de sus nervios lo había impulsado a un ataque inesperado e indecoroso y que nada había en las palabras del médico que pudiera excusarlo o atenuarlo. Le asombraba, realmente, la violencia con que había refutado al bondadoso anciano, cuando él sólo le daba consejos que era su deber darle y que el ministro le había pedido expresamente. Con estos sentimientos de arrepentimiento, no tardó en darle todo género de excusas y rogarle que continuara prodigándole los cuidados que, si bien no habían logrado devolverle la salud, habían, con toda seguridad, prolongado su precaria existencia.

Roger Chillingworth aceptó inmediatamente las excusas y continuó tratando al ministro. Hizo todo lo que podía por él, con la mayor buena fe, pero siempre retirándose del apartamento de su paciente, al final de sus entrevistas profesionales, con una sonrisa misteriosa e intrigada en sus labios. Esta expresión no era visible en presencia de Dimmesdale, pero se hacía evidente apenas el médico cruzaba el umbral de la puerta.

«¡Qué caso tan extraño! —masculló—. Tengo que llegar al fondo de él. ¡Qué extraña compenetración de su cuerpo con su alma! Aunque sólo fuera por amor al arte, tengo que investigar este caso todo lo que pueda».

No mucho después de la escena que acabamos de describir, sucedió que un mediodía el reverendo Arthur Dimmesdale, sin darse cuenta, cayó en un profundo sopor sentado en su silla, con un gran libro de letras negras abierto

ante él sobre la mesa. Debe de haber sido un trabajo de gran importancia perteneciente a algún aburrido género literario. La pesadez y profundidad del sueño en que se hallaba sumido el ministro eran tan sorprendentes porque él era una de esas personas cuyo sueño, normalmente, es liviano y desapacible, fácil de ahuyentar, como un pajarito que salta de una rama. Sin embargo, ahora su espíritu se había recluso en lejanías tan indeseadas, que ni se movió en su silla cuando el viejo Roger Chillingworth, sin ninguna precaución especial, penetró en la habitación. El médico avanzó directamente hacia su paciente, puso una mano sobre su pecho y le arrancó el hábito que hasta este momento lo había cubierto, ocultándolo incluso de los ojos de su médico.

Sólo entonces, en efecto, Dimmesdale se estremeció, y hasta se movió ligeramente.

Luego de una breve pausa, el médico se alejó.

¡Pero con qué mirada de asombro, de alegría y horror! ¡Con qué espantoso éxtasis, como si fuera demasiado grande para expresarse sólo con los ojos y las facciones, y por eso estallando a través de toda la fealdad de su figura y haciéndose desenfrenadamente manifiesto por los exagerados y extravagantes gestos con los que echó sus brazos hacia el techo y golpeó el suelo con los pies! Si alguien hubiera visto al viejo Roger Chillingworth en medio de su éxtasis, no habría tenido necesidad de preguntar cómo se comporta Satanás cuando un alma valiosa se ha perdido para el Cielo y la ha ganado para su reino.

Pero la diferencia entre el regocijo del distinguido médico y el de Satanás era el gesto de asombro que en el médico acompañó a ese regocijo.

XI. EL INTERIOR DE UN CORAZÓN

Después del incidente recién narrado, las relaciones entre el clérigo y el médico, aunque en la superficie parecían mantenerse sin cambios, adquirieron un carácter diferente al que hasta entonces habían tenido. La inteligencia de Roger Chillingworth veía ahora ante sí un camino muy claro. No era precisamente el que había pensado seguir. Aunque de aspecto tranquilo, amable y desapasionado, es probable que existiera en este desgraciado anciano una profundidad maligna hasta entonces latente, pero ahora activa, que lo llevó a tramar una venganza más terrible que la que mortal alguno descargara sobre su enemigo: convertirse en su único amigo de confianza, aquél a quien se pueden revelar todo el temor, todo el remordimiento, la angustia y el inútil arrepentimiento, y también el retorno de los pensamientos pecaminosos

expulsados en vano. Toda la tristeza cargada de culpa escondida de aquél cuyo corazón sin duda habría sido capaz de compadecer y perdonar, se le revelaría a él, el despiadado, a él, el implacable. Todo ese oscuro tesoro sería dado como obsequio al hombre para el cual nada fuera de esto podía saldar la deuda de la venganza.

La reserva tímida y sensitiva del clérigo había frustrado este proyecto. Sin embargo, Roger Chillingworth estaba apenas menos satisfecho con el aspecto que presentaba ahora el asunto, con el cambio que la Providencia —usando al vengador y su víctima para sus recónditos propósitos y quizá perdonando cuando podía parecer más propio castigar— había realizado contra los tenebrosos proyectos de Chillingworth. Casi podía decirse que había recibido una revelación. Para lo que él pretendía, poco importaba que fuera de origen celestial o de otras regiones. En todas las relaciones que mantuvo con el doctor Dimmesdale, no solamente la apariencia externa sino también la profunda intimidad de su alma parecían revelarse ante sus ojos, de modo que podía ver y comprender cada uno de sus movimientos. Y desde entonces se convirtió no sólo en espectador, sino en protagonista del mundo interior del pobre ministro. Podía jugar con él como se le antojara. ¿Sería interesante suscitar una palpitación de angustia en él? La víctima estaba siempre dispuesta; sólo era necesario conocer el resorte que controlaba la maquinaria, y el médico lo conocía muy bien. ¿O sería preferible sorprenderle con un repentino golpe de terror? Cual si fuera convocado por la varita de un mago, surgía el macabro fantasma, o mil fantasmas, de muchas formas, que encarnaban la muerte, o una desgracia peor, acosando todos al clérigo y señalando su pecho con el dedo.

Todo esto se llevó a cabo por medios tan perfectos y sutiles, que el pastor, aunque se daba cuenta vagamente de que una influencia maligna se cernía sobre él, era incapaz de descubrir su procedencia. Es verdad que miraba con temor y con duda —algunas veces incluso con el horror y la amargura del odio— a la figura deforme del viejo médico. Sus gestos, su manera de andar, su barba entrecana, el más pequeño e inocuo de sus actos, hasta la ropa que vestía, le eran repulsivos; lo que sin duda era una prueba irrefutable de que existía en el espíritu del clérigo una antipatía más profunda que la que él mismo estaba dispuesto a reconocer. Porque, como le era imposible encontrar una razón que justificara tal desconfianza y aborrecimiento, Arthur Dimmesdale, consciente de que el veneno de una mancha podrida estaba infectando la sustancia de su corazón, atribuía sus presentimientos a este motivo. Se sentía culpable por su falta de simpatía hacia Roger Chillingworth; no aprovechó la lección que podía haberle enseñado este sentimiento e hizo todo lo posible por arrancárselo de raíz. Incapaz de hacerlo, y por cuestión de principios, continuó con sus costumbres de familiaridad social con el anciano, y así continuó dándole constantemente oportunidades para perfeccionar el

proyecto al cual el vengador —pobre ser desamparado, aún más desgraciado que su víctima— dedicaba toda su vida.

Así pues, afecto de una enfermedad física, roído y torturado por una tenebrosa aflicción del alma y víctima de las maquinaciones de su peor enemigo, el reverendo Dimmesdale había logrado, sin embargo, una brillante popularidad en el desempeño de su sagrado ministerio. En realidad, la ganó en gran parte debido a estas mismas penas. Sus dotes intelectuales, sus virtudes morales, su capacidad de experimentar y comunicar emoción eran mantenidas en un estado de exaltación por el aguijonazo y la angustia de su vida diaria. Su fama, aunque había empezado a crecer recientemente, ya sobrepasaba las reputaciones más sobrias de otros clérigos eminentes. Entre ellos, algunos letrados que habían pasado más años perfeccionando sus profundos conocimientos religiosos y todo lo relacionado con el sagrado ministerio, que años de vida tenía Arthur Dimmesdale; y que, por lo tanto, poseían sin duda conocimientos más sólidos y valiosos que los de su joven colega. Entre ellos, muchos poseían una estructura mental más resistente que la suya y una porción muy superior de comprensión dura, férrea, aguda y granítica de la vida; la cual, combinada con una proporción considerable de conocimientos doctrinales, constituye una especie clerical muy respetada, eficaz y poco amable. También otros santos varones, poseedores de facultades perfeccionadas por el tenaz estudio de los libros y pacientes meditaciones, se habían convertido en seres etéreos gracias a su comunicación con el otro mundo, de modo que la pureza de sus vidas había llegado casi a transportar a estos santos personajes a las esferas superiores vestidos aún con sus ropajes terrenales. Lo único que les faltaba era el don que descendió sobre los discípulos en Pentecostés en forma de lenguas de fuego; y estas lenguas de fuego, según parece, no eran el símbolo de poder hablar en lenguas desconocidas y extranjeras, sino del don de dirigirse a la hermandad entera de los hombres con el idioma propio del corazón. A estos pastores, en otros sentidos tan apostólicos, les faltaba la última y más rara confirmación celestial de su ministerio: la lengua de fuego. Habían buscado en vano —si jamás se les ocurrió buscar— la manera de expresar las verdades más santas a través del medio más sencillo, el de las palabras e imágenes familiares. Sus voces descendían lejanas y borrosas desde las alturas donde habitualmente moraban.

A esta última clase, por los rasgos de su personalidad y por su naturaleza, habría podido pertenecer el joven Dimmesdale. Habría podido ascender a aquellas cumbres de fe y santidad, si esta inclinación no se hubiese torcido por el peso, sea cual fuere, del pecado y la angustia, bajo el cual estaba condenado a caminar con pasos tambaleantes. Él lo mantuvo a ras de tierra, al nivel de los más bajos; aunque, si las circunstancias hubieran sido distintas, los mismos ángeles habrían podido escuchar su voz y responderle. Pero este mismo dolor, esta misma angustia, le permitían compenetrarse más íntimamente con la

humanidad pecadora, de modo que su corazón vibraba al unísono con ella y en él recibía sus penas, transmitiendo las vibraciones de su propio dolor a miles de corazones, en sentidos párrafos de triste y persuasiva elocuencia. ¡Sí, persuasiva generalmente, aunque a veces era también terrible! Los fieles no llegaban a comprender qué era lo que los conmovía de esta manera. Para ellos, el joven ministro era un milagro de santidad, el portavoz de mensajes celestiales de sabiduría, de penitencia y de amor. Ante sus ojos, el suelo mismo que pisaba quedaba santificado por su contacto. Las vírgenes de su parroquia palidecían en su presencia, víctimas de una pasión tan imbuida de sentimientos religiosos, que la imaginaban producto de su fervor religioso y no la ocultaban, luciéndola en sus blancos pechos para ofrendarla ante el altar como el sacrificio más apropiado. Los hombres mayores de su congregación, al verlo tan frágil y compararlo con ellos mismos, tan vigorosos en su ancianidad, sentían que él subiría al cielo antes que ellos y rogaban a sus hijos que sepultaran sus viejos huesos lo más cerca posible de la santa tumba del pobre pastor. Y es muy posible que en esos mismos momentos, cuando el desgraciado pastor pensaba en su propia tumba, se preguntara si era posible que alguna vez creciera pasto sobre ella, ya que lo que allí estaría sepultado era un cuerpo maldito.

Esta veneración pública lo hacía sufrir terriblemente; su impulso natural era amar la verdad y considerar todas las cosas cual sombras carentes de peso y valor si carecían de la vida divina dentro de su propia vida. ¿Qué era él, entonces, sustancia o sólo una sombra opaca? Anhelaba hablar desde el púlpito con voz muy alta y poderosa para revelar a los fieles allí reunidos la verdad sobre su persona: «Yo, a quien veis luciendo los negros hábitos del sacerdocio; yo, que subo a este sagrado púlpito y torno mi rostro hacia el cielo para comulgar en vuestro nombre con el Supremo Hacedor; yo, en cuya vida diaria podéis discernir la santidad de Enoch; yo, cuyos pasos dejan un resplandor en los caminos de esta tierra para guiar a los peregrinos hacia las regiones de los bienaventurados; yo, que he puesto la mano del bautismo sobre la frente de vuestros hijos; yo, que he murmurado la oración del adiós junto a vuestros amigos moribundos, que escucharon mi amén lejos del mundo que ya habían abandonado; yo, vuestro pastor, que tanta reverencia os inspira y tanta confianza... yo, soy un inmundo y un mentiroso».

Más de una vez Dimmesdale había subido al púlpito con el propósito de no volver a bajar sus gradas hasta haber dicho palabras como las anteriores. Más de una vez había tosido, aspirado profunda y temblorosamente una bocanada de aire que al ser expelida debía ir cargada con el tenebroso secreto de su alma. Más de una vez —no, más de cien veces— había hablado, efectivamente. ¡Hablado! Pero ¿cómo? Manifestando ante su congregación que era un hombre vil, un vil compañero de los más viles, el peor de los pecadores, un ser abominable, un objeto de iniquidad inimaginable; y que lo

único sorprendente era que ellos no vieran que su cuerpo se retorció ante sus ojos abrazado por la indignación del Todopoderoso. ¿Podía haber lenguaje más claro que éste? ¿Por qué los que lo escuchaban no se levantaban de sus asientos y, con un impulso simultáneo, lo arrojaban del púlpito que su presencia profanaba? No sucedió así. Escucharon sus palabras respetuosamente, sintiendo aún más veneración por su persona. Les era imposible adivinar el secreto mortal que escondían esas palabras con las que se condenaba a sí mismo. «¡Qué joven tan virtuoso! —decían entre sí—. ¡Un verdadero santo! Si es capaz de percibir tanto pecado en su propia alma impoluta, ¡qué espectáculos más horrendos verá en las nuestras!». El pastor, hipócrita, sutil y lleno de remordimientos, sabía muy bien cómo recibirían los fieles su vaga confesión. Había tratado de engañarse a sí mismo al confesar las culpas que atormentaban su conciencia, pero sólo había cometido otro pecado más reconociendo su vergüenza, sin obtener alivio: dijo la verdad, pero al hacerlo la transformó en la más absurda mentira. Y, sin embargo, por naturaleza amaba la verdad y odiaba la mentira como pocos hombres. Por lo tanto, sobre todo se odiaba a sí mismo, a su pobre y miserable persona.

Su tormento interior lo llevó a prácticas que más se parecían a la viga y corrompida fe de Roma, que a la luz más clara de la Iglesia en que había nacido y se había criado. Bajo llave, en un cajón secreto, el joven Dimmesdale guardaba un látigo ensangrentado. A menudo este pastor, protestante y puritano, había azotado sus hombros con él; y al hacerlo reía amargamente, azotándose con mayor crueldad aún para castigar su amarga risa. También acostumbraba ayunar, como muchos piadosos puritanos, pero no como ellos, con el fin de purificar el cuerpo y convertirlo en vehículo más apropiado para las revelaciones celestiales, sino rigurosamente, como un acto de penitencia, y hasta que sus rodillas flaqueaban. Noche tras noche velaba solitario, alumbrado sólo con el débil resplandor de un candel; y, de vez en cuando, para ver su propia máscara en el espejo, iluminado por la luz más potente que podía conseguir. Así efectuaba la constante introspección con la cual solía atormentarse, pero que no lograba purificarlo. Durante estas largas vigiliás, su inteligencia perdía el equilibrio y a menudo le pareció ver visiones; quizá las percibía vagamente, y con una débil luz propia, en la remota penumbra de su cuarto, o más vívidamente y muy cerca de él, dentro del espejo. A veces era una horda de formas diabólicas que se reían y escarnecían al pálido pastor y lo llamaban para que las siguiera; a veces era un grupo de ángeles luminosos que ascendían pesadamente hacia el cielo, como si estuvieran cargados de sufrimientos, y la ascensión los volvía cada vez más etéreos. Luego veía desfilar a los amigos de su juventud, muertos ya, seguidos de su padre, con la barba blanca y el ceño fruncido, como un santo, y su madre, que le volvía la espalda al verlo pasar. ¡Si por lo menos el fantasma de su madre hubiera mirado a su hijo con compasión! Y luego, atravesando la terrible habitación

poblada por estos pensamientos espectrales, pasaba Hester Prynne llevando a su pequeña Pearl ataviada con un traje escarlata y señalando con su pequeño índice, la letra roja que campeaba sobre el pecho de su madre, y luego el pecho del ministro.

Ninguna de estas visiones llegó jamás a engañarlo completamente. En cualquier momento, con un esfuerzo de voluntad, lograba discernir las sustancias más allá de su vaporosa insubsistencia y convencerse a sí mismo de que no tenían verdadera solidez, como aquella mesa de encina tallada o como aquel texto sacro, grande, cuadrado, empastado en cuero y con hebillas de bronce. Sin embargo, a pesar de todo y en cierto sentido, estas cosas eran más verdaderas que la vida del pobre pastor. La indecible amargura de una vida tan falsa como la suya roba la esencia y la sustancia de cualquier realidad que nos rodee, realidad creada por el cielo para nutrir y regocijar el espíritu. Para el hombre falso, el universo entero es falso, impalpable, y al ser tocado por él se encoge hasta llegar a ser nada y desaparecer. Y él mismo, por el hecho de mostrarse bajo una apariencia falsa, se transforma en una sombra y deja de existir. Lo único que mantenía vivo a Arthur Dimmesdale, dándole una existencia real en este mundo, era la angustia que sentía en lo más profundo de su alma, y que era evidente en su aspecto físico. Si hubiera tenido fuerzas para sonreír y lucir una expresión alegre, aquel hombre no existiría.

Durante una de esas horribles noches que sólo hemos esbozado, el ministro se paró repentinamente de puntillas. Se le había ocurrido una idea completamente nueva e insólita. Gracias a ella, quizá lograra un momento de paz. Se vistió cuidadosamente, como si se preparase para asistir a una ceremonia pública, y exactamente de la misma manera se deslizó por la escalera sin hacer ruido, abrió la puerta y salió.

XII. LA VIGILIA

Caminando como un sonámbulo bajo el velo del sueño, Arthur Dimmesdale llegó al sitio donde mucho tiempo atrás Hester Prynne pasó las primeras horas de su vergüenza y público castigo. Era la misma plataforma o cadalso, negro y manchado por el sol y las tormentas de siete largos años, aún más gastado que antes por las pisadas de los reos que desde entonces lo usaron. Seguía colocado bajo el balcón de la iglesia. El ministro subió a la plataforma.

Era una oscura noche de principios de mayo. Un tupido palio cubría el cielo del cenit al horizonte. Si la misma multitud que presencié el castigo de Hester Prynne pudiera ser convocada nuevamente, no vería rostro alguno

sobre la plataforma ni apenas divisaría la silueta de una forma humana confundida con la oscuridad gris de la medianoche. Pero el pueblo dormía y el pastor no corría ningún peligro de que lo vieran. Podía permanecer allí, si así lo deseaba, hasta que la mañana enrojeciera el oriente, sin correr más peligro que el de que el aire helado y húmedo de la noche penetrara en su cuerpo, endureciera sus articulaciones con el reumatismo y atascara su garganta con un catarro y tos, defraudando así al auditorio que se disponía a escuchar las oraciones y el sermón del día siguiente. Nadie podía verlo. Salvo aquel que nunca duerme y que lo había visto en su habitación manejando el sangriento látigo. ¿Por qué, entonces, acudió a este sitio? ¿Era sólo, acaso, un simulacro de penitencia? No era un simulacro, sino un juego peligroso en el que su alma jugaba consigo misma, un simulacro ante el cual los ángeles enrojecían y sollozaban mientras los demonios se regocijaban festejándolo con risas burlonas. Lo impulsó al sacrificio aquel remordimiento que lo perseguía por todas partes, hermano e íntimamente relacionado con la cobardía, que invariablemente lo sujetaba y retenía en su trémulo puño cuando el otro impulso lo llevaba hasta el borde mismo de la autorrevelación. ¡Pobre desgraciado! ¿Cómo era posible que una naturaleza tan endeble como la suya cargara con el peso de un crimen? El crimen es para los que tienen los nervios de acero, para los que tienen capacidad de soportarlo; o, en caso de verse urgidos, ejercer su fiera y salvaje fuerza para descartarlo de una vez y deshacerse de él. Este endeble espíritu sensitivo no era capaz de hacer ninguna de las dos cosas; sin embargo, continuamente hacía una o la otra, las cuales, entretejidas, anudaban en un mismo nudo inextricable la angustia de la culpa que desafiaba al cielo y el vano arrepentimiento.

Así pues, mientras estaba de pie sobre el cadalso, en este vano simulacro de expiación, Arthur Dimmesdale sintió en su mente un gran horror, como si el universo entero estuviese mirando una marca escarlata en su pecho desnudo, sobre su corazón. En ese sitio, desde hacía mucho tiempo, sentía el ponzoñoso diente del dolor físico que no dejaba de roerlo. Sin ningún esfuerzo de su voluntad y sin ningún poder para refrenarse, dio un grito; un grito que atravesó la noche y repercutió de una casa a otra, reverberando desde los cerros lejanos, como si una cohorte de demonios, al percibir en este grito tanto dolor y tanto pavor, hubieran convertido el sonido en un juguete y lo lanzaran de un lado a otro.

«¡Ya está hecho! —murmuró el clérigo, cubriéndose el rostro con las manos—. ¡Todo el pueblo se despertará, saldrá corriendo y me encontrará aquí!».

Pero no fue así. Es probable que su grito sonase con mucha mayor fuerza ante sus propios oídos sorprendidos que en la realidad. El pueblo no se despertó; o, si se despertó, sus soñolientos habitantes confundieron el grito con

algo tenebroso de sus propios sueños o con el ruido de las brujas. En esa época, las voces de las brujas se oían a menudo cuando pasaban volando sobre los poblados o sobre las cabañas solitarias, acompañando a Satanás, que surcaba los aires. Por lo tanto, el clérigo, al no oír ningún síntoma de conmoción, descubrió sus ojos y miró a su alrededor. En una de las ventanas de los dormitorios de la mansión del gobernador Bellingham, situada a cierta distancia, en otra calle, percibió la silueta del viejo magistrado con una lámpara en la mano, un blanco gorro de dormir en la cabeza y envuelto en su largo camisón. Parecía un fantasma invocado extemporáneamente de su tumba. Era evidente que el grito lo había sorprendido. En otra ventana de la misma casa apareció la anciana mistress Hibbins, hermana del gobernador, también con una lámpara, cuya luz, aun a esa distancia, mostraba la expresión agria y descontenta de su rostro. Sacó la cabeza entre las celosías y miró sobresaltada hacia arriba. Sin lugar a duda, esta venerable dama-bruja había oído el grito de Dimmesdale e interpretado sus múltiples ecos y reverberaciones como provenientes del clamor de monstruos y brujas, con las cuales, era cosa sabida, solía hacer incursiones por el bosque.

Al percibir el resplandor de la lámpara del gobernador Bellingham, la anciana dama apagó rápidamente la suya y desapareció. Es posible que volase hasta las nubes. El clérigo ya no pudo seguir observando sus movimientos. El magistrado, después de escudriñar cuidadosamente la oscuridad —en la cual, sin embargo, podía ver muy poco más de lo que habría visto al escudriñar una piedra de molino—, se retiró de su ventana.

El clérigo se tranquilizó un poco. Sin embargo, sus ojos pronto encontraron una minúscula luz que brillaba y que, muy alejada al principio, se iba acercando por la calle. Al avanzar arrojaba pequeños rayos que permitían reconocer aquí un poste, allá la valla de un jardín, más allá las celosías de una ventana o una bomba hidráulica con su pila llena de agua, y más allá, de nuevo, el arco de una puerta de encina con su llamador de hierro y un rudo tronco como escalón de entrada.

El reverendo Arthur Dimmesdale notó todos estos detalles, aunque estaba firmemente convencido de que lentamente se iba acercando la fatalidad con el ruido de pasos que ahora escuchaba; y que el resplandor de la lámpara caería dentro de unos minutos sobre el secreto escondido durante tanto tiempo. Cuando la luz estuvo más cerca, pudo percibir dentro de su círculo de claridad a su hermano en religión —o, para decirlo con más exactitud, su superior a la vez que querido amigo— el reverendo master Wilson, el cual, según las conjeturas del joven Dimmesdale, vendría sin duda de velar junto a la cama de algún moribundo. Así era, en efecto. El anciano y buen clérigo acababa de dejar la habitación del gobernador Winthrop, quien había abandonado este mundo una hora antes. El padre Wilson, rodeado como los santos personajes

de la antigüedad por un halo radiante que lo glorificaba en medio de esta noche sombría del pecado —como si el fallecido gobernador le hubiera dejado la herencia de su gloria o como si hubiera captado para sí la distante luminosidad de la ciudad celestial al mirar hacia ella para ocuparse de la entrada triunfante del peregrino—, se dirigió ahora a su casa iluminando sus pasos con una linterna encendida. El resplandor de ésta sugirió al joven Dimmesdale estas imágenes, y pudo sonreír —no, casi se rio de ellas—, y entonces pensó que quizá se estaba volviendo loco. Cuando el reverendo Wilson pasó junto al cadalso embozándose cuidadosamente en su capa de Ginebra y llevando la linterna delante de él, el ministro no pudo contener sus palabras: «Buenas noches, venerable padre Wilson; suba usted, se lo ruego, y pasaremos juntos un rato charlando agradablemente».

¡Dios mío! ¿Sería verdad que el doctor Dimmesdale había hablado? Por un instante creyó que realmente sus labios habían susurrado estas palabras. Pero era sólo su imaginación. El venerable padre Wilson continuó su camino lentamente, mirando con cuidado el borroso camino por el que se aventuraban sus pies, sin volver la cabeza ni una sola vez hacia la plataforma del pecado. Cuando la luz de la linterna se desvaneció completamente, el clérigo se dio cuenta, por la debilidad que lo embargaba, de que acababa de pasar por una terrible crisis de ansiedad, aunque su mente hubiera hecho un esfuerzo involuntario para aliviarse intentando aquella penosa broma.

Poco después, esta espantosa jocosidad se infiltró nuevamente entre los solemnes fantasmas de su pensamiento. Sintió que sus miembros se entumecían con el inusitado frío nocturno y dudó de que fuera capaz de descender los escalones del cadalso. Sin duda, el amanecer lo encontraría todavía allí. El vecindario comenzaría a moverse. Quien se levantara más temprano, avanzando en la débil penumbra, percibiría una silueta apenas definida en el lugar del castigo y la vergüenza; y, casi enloquecido por la curiosidad, iría alarmado golpeando de puerta en puerta para llamar a todo el mundo con el fin de que acudieran a contemplar el fantasma, que creerían ser el de algún pecador difunto. Un tumulto de tonos sombríos agitaría sus ropajes dirigiéndose de una casa a otra. Entonces —mientras la luz de la mañana iba aumentando—, los viejos patriarcas se levantarían con premura, vestidos con sus camisones de franela, y también las matronas, olvidando cambiarse sus atuendos nocturnos. La tribu entera de decorosos personajes, quienes hasta ahora jamás se habían mostrado ni siquiera con un cabello fuera de lugar, irrumpiría a la vista del público con el desorden de una pesadilla. El viejo gobernador Bellingham, muy serio, aparecería con su golilla estilo King James; y la señora Hibbins, su hermana, con ramitas de los árboles del bosque aún cogidas a sus faldas, y con un aspecto aún más agrio que de costumbre, como si no hubiera podido dormir ni una pestañada después de su cabalgata nocturna; y el buen padre Wilson, luego de haber pasado la noche junto a un

lecho de muerte, incómodo porque lo despertaban tan temprano haciendo desvanecerse sus sueños sobre los santos del cielo. Aquí también acudirían los magistrados y los diáconos de la iglesia del doctor Dimmesdale, y las jóvenes vírgenes que idolatraban a su pastor y habían hecho para él un santuario en sus blancos pechos; que ahora, en medio de la prisa y la confusión, habrían apenas cubierto con sus pañolones. En una palabra, todo el mundo saldría dando tropezones en los umbrales de las puertas y volviendo hacia el cadalso sus rostros, asombrados y desfigurados por el horror. Y entonces, ¿a quién verían allí, con la roja luz del oriente iluminándole la frente? ¿Quién, si no el reverendo Arthur Dimmesdale medio muerto de frío, humillado por la vergüenza, de pie en el mismo lugar que antes ocupara Hester Prynne?

Sin darse cuenta y arrastrado por el horror grotesco de este cuadro, el pastor, muy sorprendido de sí mismo, se dio cuenta de que soltaba una carcajada. Inmediatamente le respondió una risa ligera, infantil, liviana, en la cual, con un vuelco del corazón, pero sin saber si era de placer doloroso o de dolor exquisito, reconoció la voz de la pequeña Pearl.

—¡Pearl! ¡Pequeña Pearl! —exclamó él, después de un momento de silencio; y luego, bajando la voz, añadió—: ¡Hester! ¡Hester Prynne! ¿Estás ahí?

—¡Sí, soy Hester Prynne! —replicó ella con un tono de sorpresa en la voz, mientras el pastor escuchaba sus pasos, que se aproximaban desde la vereda—. Soy yo, y mi pequeña Pearl.

—¿De dónde vienes, Hester? —preguntó el ministro—. ¿Y qué fuiste a hacer allí?

—Estaba velando junto a un moribundo —respondió Hester Prynne—; junto al lecho de muerte del gobernador Winthrop. Acabo de tomar medidas para hacerle un sudario. Ahora regresaba a casa.

—Sube aquí, Hester; tú y la pequeña Pearl —dijo el reverendo master Dimmesdale—. Ambas habéis estado aquí antes, pero yo no he estado nunca con vosotras. Subid de nuevo ahora, ¡y esta vez estaremos aquí los tres juntos!

Ella subió a la plataforma en silencio y permaneció de pie junto al clérigo, con la pequeña Pearl cogida de la mano. El pastor buscó la otra mano de la niña y se la tomó. En el momento mismo que lo hizo sintió como una tumultuosa renovación de su vida, otra vida distinta a la propia volcándose como un torrente en su corazón y corriendo por sus venas como si la madre y la hija comunicaran calor vital a su propia naturaleza, tibia y medio adormecida. Los tres formaban una cadena eléctrica.

—Reverendo... —susurró la pequeña Pearl.

—¿Qué quieres decirme, niña? —preguntó el religioso.

—¿Estará usted aquí, junto a nosotras, mañana al mediodía? —preguntó Pearl.

—¡No; no puede ser, mi pequeña Pearl! —contestó el clérigo; pues de pronto todo el miedo al público escarnio había vuelto a apoderarse de él; temblaba ya, aunque con un extraño placer, pensando en la situación en que se encontraba en este momento—. No podrá ser, hija mía. Estaré junto a vosotras, junto a tu madre y a ti, otro día, pero mañana no.

Pearl se rio y trató de retirar su mano. El clérigo se la sujetó con fuerza.

—¡Aguarda aún un momento, hija mía! —dijo.

—Pero ¿me lo prometes? —preguntó Pearl—. ¿Me prometes que mañana al mediodía nos cogerás de la mano a mi madre y a mí?

—No; mañana no, Pearl —dijo el pastor—. ¡Lo haré sin falta en otra ocasión!

—¿En qué ocasión? —insistió la niña.

—¡En el gran día del juicio final! —susurró el clérigo; y, extrañamente, la sensación de que su profesión le obligaba a enseñar la verdad lo impulsó a hablar así a la niña—. Allí y entonces, ante el tribunal del juicio final, tu madre y tú, y yo, estaremos juntos. ¡Pero la luz meridiana de este mundo no verá nuestro encuentro!

Pearl se echó a reír de nuevo.

Pero, antes de que el doctor Dimmesdale hubiese terminado de hablar, una luz resplandeció a través del cielo encapotado. Indudablemente, provenía de uno de esos meteoros que a menudo ven los noctámbulos, quemando su propia luz hasta consumirse en las vacías regiones de la atmósfera. Tan poderoso era su resplandor, que iluminó completamente la densa capa de nubes entre el cielo y la tierra. La gran bóveda brilló como la cúpula de una inmensa lámpara, iluminando el escenario familiar de la calle con la claridad del mediodía, pero también con la solemnidad aterradorizante de los objetos familiares vistos bajo una luz desacostumbrada. Las casas de madera, con sus salientes guardillas, y sus pintorescos y puntiagudos aleros; los escalones de las puertas y sus umbrales, con briznas de hierbas tempranas brotando entre ellos; los pequeños jardines, negros por la tierra recién removida; los surcos de las ruedas en la calle e incluso en el mercado, bordeada de verde por ambos lados; todo fue de pronto visible, pero con un aspecto tan singular, que parecía que las cosas de este mundo tuviesen una diferente interpretación moral que la que habían tenido hasta entonces. Y allí estaba el pastor con la mano sobre su corazón; y Hester Prynne con la letra bordada brillándole en el pecho; y la

pequeña Pearl, ella misma un símbolo, y el eslabón que conectaba a aquellos dos seres. Permanecieron allí, en el mediodía de ese extraño y solemne resplandor, como si fuera la luz destinada a revelar todos los secretos y el amanecer que unirá a todos aquellos que pertenecen el uno al otro.

Destellos de brujería centelleaban en los ojos de la pequeña Pearl; y su rostro, al mirar hacia el del pastor, tenía esa traviesa sonrisa que confería a su rostro una expresión mágica como de duendecillo. Sacó su mano de entre las de Dimmesdale y señaló al frente, en dirección a la calle. Pero él entrelazó las manos sobre su pecho y alzó los ojos hacia el cielo.

Era muy común en aquellos tiempos interpretar todas las apariciones meteóricas, y otros fenómenos de la naturaleza que ocurren con menos regularidad que el levantarse y ponerse del sol y la luna, como revelaciones de poderes de origen sobrenatural. Así pues, una lanza resplandeciente, un sable de fuego o un haz de flechas en llamas, al ser vistos en el cielo de medianoche, prefiguraban una guerra con los indios. Se decía que la peste se había anunciado con una lluvia de luces rojas. No sabemos de ningún acontecimiento notable en Nueva Inglaterra, sea para bien o para mal, que no haya sido previamente anunciado por algún espectáculo de esta naturaleza, desde su fundación hasta los tiempos de la Revolución. A veces daba testimonio de estos fenómenos un grupo de gente. Pero con más frecuencia daba fe de ello un solo testigo, el que presencié el portento, interpretándolo con la ayuda de su imaginación, coloreando, aumentando y distorsionando el hecho, y dándole una forma más concisa más tarde, al recordarlo. Realmente, ¡qué idea tan sublime pensar que el destino de las naciones se revela por medio de terribles jeroglíficos dibujados en la bóveda celeste! El pergamino celestial es lo suficientemente ancho para que la Providencia pueda escribir en él el destino de los hombres. Esta creencia era muy difundida entre nuestros antepasados, como para demostrar que la joven patria se encontraba bajo la protección del cielo de manera muy especial, íntima y estrecha. Pero ¿qué podemos decir cuando un individuo descubre un mensaje dirigido a él solo, desplegado sobre toda la amplitud de la página? Puede ser síntoma de un estado mental sumamente perturbado, cuando un hombre, morbosamente egocéntrico de tanto contemplarse a sí mismo debido a un largo, intenso y secreto dolor, extiende su egoísmo a través de toda la expansión del universo, hasta que el mismo firmamento llega a ser sólo una página donde inscribirán la historia y el destino de su alma.

Por lo tanto, atribuimos exclusivamente a la enfermedad de sus ojos y de su corazón que el pastor, al mirar hacia arriba, hacia el firmamento, viera aparecer allí una inmensa letra, la letra A, grabada con trazos de luz roja y lúgubre. Puede ser que el meteoro se mostrase en ese momento, ardiendo a través de un velo de nubes; pero no con la forma que le otorgaba su culpable

imaginación; o, por lo menos, tan poco definida, que la culpa de otro podría muy bien haber visto en ella otro símbolo.

Otra circunstancia muy singular, característica del estado psicológico en que se encontraba el joven Dimmesdale, fue que durante todo el tiempo que estuvo mirando hacia arriba, hacia el cielo, tuvo plena conciencia de que la pequeña Pearl apuntaba con su dedito al anciano Roger Chillingworth, que se encontraba no muy lejos de la plataforma del cadalso.

El pastor parecía verlo con la misma mirada con que observaba la letra milagrosa. Tanto a sus facciones como a todos los demás objetos, la meteórica luz les otorgaba una nueva expresión; o podría ser también que el médico no se cuidara entonces, como siempre lo hacía, de esconder la maldad con que observaba a su víctima. Ciertamente, que si el meteoro iluminaba el cielo y descubría la tierra con una luz tan espeluznante que preconizaba el día del juicio final, tanto para Hester Prynne como para el ministro, Roger Chillingworth podía personificar al mismísimo demonio de pie ante ellos, sonriente y ceñudo, esperando para reclamar lo que le pertenecía. Era tan vívida su expresión o tan intensa la percepción que de ella tuvo el pastor, que parecía haber quedado pintada en la oscuridad, después de la desaparición del meteoro, con tal intensidad, que hacía el efecto de que la calle y todas las demás cosas hubieran desaparecido.

—¿Quién es ese hombre, Hester? —susurró el pastor, sobrecogido de terror—. ¡Tiemblo ante su presencia! ¿Conoces tú a ese hombre? ¡Lo odio, Hester!

Ella recordó su juramento y calló.

—Te lo digo de veras: mi alma tiembla ante él —masculló nuevamente el ministro—. ¿Quién es él? ¿Quién es? ¿No puedes hacer nada por ayudarme? Siento un miedo terrible de ese hombre.

—El doctor Dimmesdale —dijo la pequeña Pearl—, yo puedo decirte quién es.

—¡Dímelo pronto, pequeña! —suplicó el clérigo, inclinándose para poner su rostro lo más cerca posible de sus labios—. ¡Deprisa y lo más bajo que puedas!

Pearl musitó en su oído algo que se parecía al lenguaje humano pero que sólo era la jerigonza que usan los niños para divertirse cuando están juntos. En todo caso, si daba alguna información secreta respecto al viejo Roger Chillingworth, fue dicha en una lengua desconocida para el culto sacerdote y sólo logró aumentar el desconcierto de su mente. Entonces la traviesa niña se echó a reír.

—¿Ahora te burlas de mí? —dijo el clérigo.

—¡No tuviste valor! ¡No fuiste leal! —contestó la niña—. ¡No quisiste prometer que cogerías mi mano, y la de mi madre, mañana al mediodía!

—¡Apreciable señor! —dijo el médico, que había avanzado hasta llegar al pie de la plataforma—. ¡Piadoso doctor Dimmesdale! ¿Es posible que sea usted? Bueno, bueno; realmente, ¡no sé qué decir! Nosotros, los estudiosos, con nuestras cabezas siempre en los libros, necesitamos que nos vigilen cuidadosamente. Soñamos cuando estamos despiertos y caminamos cuando estamos dormidos. ¡Venga usted, mi buen señor y querido amigo! Le ruego que me permita acompañarle a casa.

—¿Cómo supo usted que yo estaba aquí? —preguntó el clérigo, mostrándose muy asustado.

—De verdad le digo, y con toda sinceridad —contestó Roger Chillingworth—, yo nada sabía de este asunto. Pasé la mayor parte de la noche a la cabecera de la cama del honorable gobernador Winthrop, haciendo todo lo que podía con mi pobre saber para ayudarlo y calmar sus angustias y dolores. Se marchaba ya hacia un mundo mejor cuando esa extraña luz empezó a brillar. Venga conmigo, se lo ruego, reverendo; de otra manera, estará en muy malas condiciones para cumplir con sus deberes dominicales mañana. ¡Ajá! Es evidente que esos libros perturban la mente. No hay que exagerar. Debería usted estudiar menos, mi buen señor, y permitirse alguna distracción; de lo contrario, estos caprichos nocturnos se convertirán en una costumbre.

—Volveré a casa con usted —dijo el reverendo Dimmesdale.

Completamente entregado, casi como un niño, como quien acaba de despertar sin fuerzas de una pesadilla, se entregó al médico, que se lo llevó de allí.

Al día siguiente, como era domingo, predicó un sermón que fue considerado como el más elocuente y vigoroso, el más imbuido de inspiraciones celestiales de todos los que jamás salieron de sus labios. Muchas almas, se dice, muchas, fueron atraídas hacia la verdad por la eficacia de ese sermón, y se prometieron a sí mismas guardar eterna gratitud al doctor Dimmesdale. Pero, al descender las gradas del púlpito, el barbudo sacristán se le acercó con un guante negro en la mano, que el ministro inmediatamente reconoció como suyo.

—Lo encontraron —dijo el sacristán—, esta mañana, en el patíbulo, donde se expone a los malhechores a la pública vergüenza. Sin duda el mismo Satanás lo dejó caer allí para hacerle una mala pasada a vuestra reverencia. Pero, realmente, estaba ciego y tonto, como siempre. ¡Una mano pura no necesita guante para cubrirla!

—Gracias, mi buen amigo —dijo el clérigo muy serio, pero con el corazón sobresaltado por la emoción; eran tan confusos sus recuerdos, que casi había logrado convencerse a sí mismo de que los sucesos de la pasada noche no habían sido más que visiones—. Sí, en efecto, parece que es mi guante.

—Y, ya que Satanás encontró que lo más apropiado era robárselo, vuestra reverencia debe manejarlo sin guantes de ahora en adelante —comentó el viejo sacristán con una sonrisa sombría—. Pero ¿acaso no ha oído hablar vuestra reverencia del portento que se vio anoche? Una enorme letra roja en el cielo, la letra A, que pensamos podría querer decir «Ángel». Puesto que nuestro buen gobernador Winthrop voló al cielo convertido en ángel la pasada noche, sin duda lo apropiado era que ello se demostrara en forma palpable.

—No... —contestó el pastor—; no he oído decir nada...

XIII. OTRO ASPECTO DE HESTER

En la última entrevista, por cierto muy singular, que tuvo Hester con Arthur Dimmesdale, ella quedó muy impresionada por el estado de salud del clérigo. Su vitalidad parecía estar completamente agotada. Su energía, reducida hasta ser, en su estado de debilidad, inferior a la de un niño, daba la impresión de arrastrarse por el suelo, aun cuando sus facultades mentales mantenían su vigor de antaño, o quizá habían adquirido una potencia morbosa que sólo podía ser producto de su enfermedad. Conociendo ella una serie de circunstancias que los demás ignoraban, podía fácilmente darse cuenta de que, fuera de la legítima actividad de su propia conciencia, una terrible maquinaria se había puesto en marcha y estaba funcionando en contra del bienestar y la tranquilidad del joven Dimmesdale. Sabiendo lo que antes había sido este pobre hombre, su alma entera se conmovió ante el terror con que había acudido a ella, la mujer repudiada, para que lo apoyara y ayudara en su lucha contra el enemigo descubierto por su instinto. Hester comprendió entonces que él no sólo merecía, sino que tenía derecho a que ella lo ayudara en todo lo que fuera posible. Debido a su prolongado aislamiento, estaba muy poco acostumbrada a medir sus ideas sobre el bien y el mal con cualquier patrón fuera del suyo propio, y Hester vio, o creyó ver, que tenía una gran responsabilidad frente al pastor, responsabilidad que no tenía ante ninguna otra persona, ni tampoco ante el resto del mundo. Los lazos que otrora la unían al resto de la humanidad habían sido rotos, y esta ruptura era, a su vez, el lazo de hierro del crimen cometido en común, que ni él ni ella podían romper. Como todas las demás ataduras, traía consigo muchas obligaciones.

Hester Prynne ya no tenía en la sociedad del poblado la misma situación

que conocimos durante los primeros tiempos de su repudio. Los años llegaron y pasaron. Pearl tenía ahora siete años. Su madre, con la letra escarlata en el pecho y el fantástico bordado siempre reluciente, era desde hacía mucho tiempo un personaje familiar para la gente del pueblo. Como suele suceder cuando una persona ocupa cualquier lugar prominente en una comunidad y no interfiere con los intereses y conveniencias públicas o privadas, una especie de respeto general rodeaba últimamente a Hester Prynne. Una de las cualidades que tiene la naturaleza a su favor es que, a menos que entre en juego su egoísmo, ama más fácilmente que odia. El odio, por un proceso lento y gradual, puede incluso llegar a convertirse en amor a menos que este cambio se frustre por una irritación continua del primitivo sentimiento de hostilidad. En el caso de Hester Prynne no había hostilidad ni fastidio. Nunca luchó contra la gente, más bien se sometió a sus peores abusos; nunca exigió nada en compensación por sus sufrimientos; nunca contó con su compasión ni simpatía. Y también la pureza sin mancha de su vida durante todos los años que permaneció alejada de todos, purgando su pecado, añadió puntos que contaron mucho a su favor. Sin tener ya nada que perder ante los ojos del mundo y sin ninguna esperanza ni deseo, al menos aparentemente, de obtener nada, sólo podía atribuírsele un verdadero respeto y amor por la virtud, que había devuelto a la pobre vagabunda a la senda del bien.

Era también evidente que, a pesar de que Hester nunca pretendió participar en absoluto de los privilegios de este mundo, como no fuera respirar el aire que a todos nos rodea y ganar el pan de cada día para la pequeña Pearl y para ella con el honrado trabajo de sus manos, no vacilaba en reconocer su hermandad con los seres humanos, cuando podía ayudar a alguien. Nadie era tan pronto como ella para dar de su escaso peculio a fin de ayudar a los pobres en sus necesidades; aunque el amargado mendigo retribuyera con un insulto la comida que se le traía diariamente a su puerta o las vestimentas confeccionadas para él por manos que podían haber bordado la túnica de un monarca. Nadie tan abnegado como Hester cuando la peste azotó al pueblo. En épocas de desastre, la repudiada de la sociedad encontraba inmediatamente su puesto. Venía no como un huésped, sino como por derecho propio, a la casa afectada por una calamidad; como si la penumbra fuese el único medio en que le era permitido relacionarse con sus semejantes. Allí brillaba cómodamente la letra roja, con su fulgor extraterreno. El emblema del pecado era luz consoladora en la habitación del enfermo, arrojando incluso sus reflejos sobre sus últimos momentos a través de los límites del tiempo; como si le enseñara dónde posar el pie cuando la luz de la tierra empezaba a oscurecerse y él empezaba a vislumbrar la luz del otro mundo. En esas ocasiones, la naturaleza de Hester se mostraba cálida y rica; era un verdadero manantial de ternura humana que jamás rehuía una verdadera necesidad ni se agotaba nunca. Su pecho, con el estigma de la vergüenza, era mullido almohadón para la frente

que necesitara apoyo. Era una especie de hermana de la caridad autoconsagrada; o podría decirse más bien que la pesada mano del mundo la había consagrado como tal, cuando ni ella ni el mundo esperaban ni deseaban este fin. La letra era el símbolo de su vocación. Estaba siempre tan dispuesta a ayudar en todo, tenía tanta capacidad para comprender y compadecer, que mucha gente rehusaba interpretar el significado de la letra A en su sentido original. Decían que significaba «Aptitud»; tal era la fuerza de Hester Prynne, tal el vigor de su femineidad. Sólo podían recibirla las casas sumidas en la penumbra y la oscuridad. Al volver el sol, ya no se encontraba allí. Su sombra se había esfumado por el umbral de la puerta. La asistente había partido sin echar ni una mirada hacia atrás para recoger la recompensa de la gratitud, si es que la sentían aquéllos a quienes había servido tan abnegadamente. Al encontrárselos por la calle, nunca levantaba la cabeza para acoger sus saludos. Y, si ellos se mostraban decididos a abordarla, ella ponía un dedo sobre la letra escarlata y seguía su camino. Lo que podía interpretarse como orgullo, tanto se parecía a la humildad, que obraba con la suave influencia de esta cualidad sobre la imaginación popular.

El genio del público es despótico; es capaz de rehusar la justicia ordinaria cuando se la pide con demasiada insistencia, como un derecho; y con la misma facilidad es capaz de conceder más de lo que es justo cuando la petición se hace, como gusta a los déspotas que se haga, dejándola enteramente a su generosidad. Al interpretar la conducta de Hester Prynne como una apelación de esa naturaleza, la sociedad se sentía inclinada a mostrar a su antigua víctima un semblante más benigno que el que ella misma pretendía e incluso merecía.

Los gobernantes, los sabios y los letrados de la comunidad demoraron más que el pueblo en reconocer la influencia de las buenas cualidades de Hester. Los prejuicios que con él compartían estaban reforzados en ellos por un esquema de razonamientos férreos que dificultaban su expulsión. Día a día, sin embargo, sus rígidas y agrias arrugas se iban ablandando hasta convertirse, con el transcurso de los años, en una expresión casi benévola. Ésta era la actitud de los hombres de posición que por su elevado rango debían velar por la moral pública. Entretanto, la gente del pueblo ya había perdonado completamente a Hester Prynne; más aún, empezaba a mirar la letra escarlata como un emblema no de ese único pecado por el cual hacía tanto tiempo que penaba, sino de las múltiples buenas obras que hiciera desde entonces. «¿Ve usted a esa mujer con un emblema bordado? —solían decir a los forasteros—. ¡Es nuestra Hester, nuestra propia Hester, tan buena con los pobres, que auxilia a los enfermos con tanta devoción y es tan compasiva con los afligidos!». Luego, es cierto, cedían a la propensión de la naturaleza humana para relatar lo peor de sí misma cuando acontece a otra persona, y repetían la historia del negro escándalo de los pasados años. Sin embargo, no es menos cierto que,

ante los ojos de los mismos hombres que así hablaban, la letra escarlata producía el efecto de una cruz en el pecho de una monja. Concedía a quien la llevaba una especie de carácter sagrado que le permitía caminar con toda seguridad en medio de cualquier peligro. Si hubiese caído en manos de ladrones, la letra la habría salvado. Se decía, y muchos lo creían, que un indio había disparado una flecha contra la letra, y que aquélla, al tocarla, cayó al suelo sin causarle ningún daño.

El efecto producido por aquel símbolo —o más bien la posición respecto a la sociedad indicada por él— en la mente de la propia Hester Prynne era muy particular y poderoso. Toda la gracia y alegría de su carácter habían desaparecido consumidas por el calor abrasador de esta marca candente, y hacía tiempo que su hermosura era como una flor marchita, que mostraba sólo un contorno áspero y descubierto que podría llegar a ser repulsivo. Todo el atractivo físico de su persona sufrió este cambio. Quizá se debiera a la estudiada austeridad de su manera de vestir y, en parte, a la apatía de sus modales. Era triste también la transformación que obraba sobre su aspecto la ausencia de su rica y exuberante cabellera, la cual, o se la había cortado, o estaba tan completamente escondida bajo una cofia, que ni uno solo de sus relucientes rizos jamás volvió a brillar a la luz del sol. En parte se debía a todos estos motivos, pero más aún a otra cosa. Era que en el rostro de Hester ya no había nada que pudiera inspirar amor; nada en la figura de Hester, aunque estatuaría y majestuosa, que hiciera soñar con un abrazo lleno de pasión; nada en el pecho de Hester que pudiera nuevamente convertirlo en refugio del cariño. Algo había desaparecido, algo esencial para preservar su condición de mujer. Éste es a menudo el destino, y éste el austero devenir, del carácter y la persona de la mujer cuando le toca vivir una experiencia particularmente severa. Si es toda ternura, morirá. Si sobrevive, la ternura quedará completamente aplastada, o —y en este caso la apariencia exterior sigue siendo la misma— tan hundida dentro de su corazón, que no podrá mostrarse nunca más. La última es quizá la teoría más auténtica: la que una vez fue mujer y dejó de serlo puede en cualquier momento convertirse nuevamente en mujer; depende sólo del toque mágico que logre efectuar la transfiguración. Veremos si Hester Prynne fue más tarde tocada por aquella varita mágica, y de ese modo transfigurada.

Mucha de la frialdad marmórea del aspecto de Hester debe atribuirse al hecho de que su vida había cambiado completamente, sustituyendo con el pensamiento y la inteligencia al sentimiento y la pasión. Como estaba sola en el mundo —sola en lo que respecta a cualquier tipo de dependencia de la sociedad— y teniendo a la pequeña Pearl a quien proteger y guiar, sola y sin ninguna esperanza de recuperar su antigua posición aunque no la desdeñara, como era su caso, se deshizo de lo que quedaba de los lazos rotos. Su inteligencia no reconocía ni aceptaba las leyes del mundo. Era la época en que

el intelecto humano, recién emancipado, había alcanzado un margen mucho más amplio y activo que durante los siglos anteriores. Hombres de capa y espada derrocaron a reyes y nobles. Hombres más valientes aún derrocaron y rearreglaron —no de hecho, sino dentro del ámbito de las teorías, lo que era ahora su refugio más seguro— todo el sistema de los antiguos prejuicios con los que estaban ligados muchos de los antiguos principios. Hester Prynne estaba imbuida de este espíritu renovador. Su mente se permitía una libertad de pensamiento que, aunque común o corriente al otro lado del Atlántico, habría sido considerada por nuestros antepasados, de haberla conocido, como un crimen más grave que el que merecía el estigma de la letra escarlata. En su solitaria cabaña, cerca de la playa, la visitaban pensamientos que no se habrían atrevido a penetrar en ninguna otra casa de Nueva Inglaterra; huéspedes sombríos, peligrosos como demonios para sus anfitriones, de habérselos visto aunque fuera tan sólo golpeando a su puerta.

Es curioso que las personas que se atreven a dejar que su imaginación especule libremente sean a menudo las que se amoldan con mayor tranquilidad a los reglamentos externos de la sociedad. El pensamiento les basta, sin necesidad de investirlo con la carne y la sangre de la acción. Éste parecía ser el caso de Hester. Sin embargo, de no haber sido por la pequeña Pearl, todo podía haber sido distinto. Hester habría podido pasar a la historia, de la mano de Ann Hutchinson, como la fundadora de una secta religiosa. Podía también haber sido en alguna etapa de su vida una profetisa. Podía, y probablemente así habría sido, haber muerto condenada por los severos tribunales de la época, por pretender socavar los cimientos de las instituciones puritanas. Pero en la educación de la niña la fantasía del pensamiento de la madre encontró un campo propicio para desahogarse. Al darle esta pequeña criatura, la Providencia puso en manos de Hester un germen de femineidad destinado a florecer y a ser apreciado y amado en medio de un sinfín de dificultades. Todo estaba contra ella. El mundo le era hostil. La naturaleza misma de la niña tenía algo extraño que recordaba que su existencia se debía a la pasión culpable de la madre y a menudo impulsaba a Hester a preguntarse a sí misma, con gran amargura en su corazón, si el nacimiento de la pobre criatura había sido para bien o para mal.

En realidad, esta sombría interrogación se le presentaba con referencia al sexo femenino en general. ¿Les valía la pena vivir, incluso a las más felices? En lo que a ella se refería, su respuesta era negativa, y descartó el asunto dándolo por solucionado.

La tendencia a entregarse a meditaciones especulativas, aunque puede tranquilizar a las mujeres, como sucede con los hombres, tiende más bien a entristecerlas. Probablemente porque las obliga a entregarse a una tarea sin esperanzas. Ya que el primer paso debe ser el de destruir la sociedad

constituida y volverla a edificar. Entonces, la naturaleza misma del sexo opuesto, o su larga costumbre hereditaria convertida en una segunda naturaleza, tiene que ser modificada en su esencia antes de que la mujer pueda asumir la que tiene que ser su posición justa y verdadera. Finalmente, cuando todas las dificultades se hayan vencido, las mujeres no podrán aprovechar todas estas reformas preliminares hasta que ellas mismas hayan cambiado completamente; cuando, quizá, se evapore la esencia etérea que constituye su verdadera vida. La mujer nunca llega a superar estos problemas por medio del pensamiento. No tienen solución, o sólo una. Si su corazón tiene la preeminencia, los problemas dejan de existir. Así, Hester Prynne, cuyo corazón había perdido su ritmo sano y regular, vagaba sin guía por los oscuros laberintos de su mente; de pronto retrocedía ante un precipicio insuperable y luego comenzaba de nuevo, retornando a las profundidades del vacío. A su alrededor el paisaje era hosco y lúgubre, y en parte alguna encontraba el amor y el calor de un hogar. A veces un terrible dilema se apoderaba de su alma. ¿No sería acaso mejor despachar inmediatamente al cielo a Pearl y partir ella misma hacia el destino que la justicia eterna le tenía asignado?

La letra escarlata no había cumplido su misión.

Sin embargo, su entrevista con el reverendo Dimmesdale, la noche de su vigilia, le proporcionó un nuevo tema de meditación, brindándole un objetivo que merecía cualquier esfuerzo o sacrificio que ella pudiera hacer para conseguirlo. Fue testigo de la profunda desesperación contra la cual tenía que luchar el pobre clérigo, o, para decirlo más exactamente, contra la que había cesado de luchar. Se dio cuenta de que se encontraba al borde de la locura, si no era ya víctima de ella. Era indudable que, por más eficaces que fueran las punzadas del secreto aguijón de su remordimiento, lo era más aún el mortal veneno instilado en su ser por la mano que se ofrecía para sanarlo. Un enemigo encubierto se encontraba siempre junto a él, aparentando ser un amigo deseoso de ayudarlo, y así pudo aprovechar todas las oportunidades que se le ofrecían para manipular las delicadas cuerdas de la personalidad de Arthur Dimmesdale. Hester no podía menos de preguntarse si no habría sido desde el principio un error, una falta de sinceridad, de valor y lealtad de su parte, permitir que el pastor se encontrara en una situación semejante, de la que tanto mal podía esperarse y tan poco bien. Su única justificación residía en el hecho de que no había encontrado un modo mejor de evitarle una desgracia aún más negra que la que se había abatido sobre sí misma, que someterse a los proyectos de Roger Chillingworth. Creyendo hacerlo mejor, había escogido la peor de las dos alternativas. Decidió pues redimir su error en todo lo que aún fuera posible. Fortalecida por largos años de duras pruebas, ya no se sentía incapaz de enfrentarse con Roger Chillingworth como aquella noche durante la cual, humillada por el pecado y enloquecida por la vergüenza que acababa de sufrir, conversaron en la celda de la cárcel.

Desde aquel entonces, las cosas habían mejorado para ella y ahora tenía una posición mucho más elevada. El anciano, por otra parte, se había acercado a su nivel, o había descendido aún más bajo por efectos de la venganza que urdía y que lo rebajaba.

En suma, Hester Prynne decidió tener una entrevista con su ex esposo y hacer cuanto estuviese en su poder para salvar a la víctima que, evidentemente, tenía cogida entre sus garras. La ocasión no se hizo esperar. Una tarde que paseaba con Pearl por un apartado lugar de la península, divisó al viejo galeno con una cesta bajo el brazo y un bastón en la otra mano, inclinándose sobre la tierra en busca de raíces y hierbas que le servirían para preparar sus medicamentos.

XIV. HESTER Y EL MÉDICO

Hester mandó a la pequeña Pearl que fuera a jugar con las caracolas y algas a la orilla del mar hasta que ella hubiese terminado de hablar con el señor que recogía hierbas más allá. Entonces la niña se alejó veloz como un pajarillo y, descalzándose, se puso a corretear por la húmeda arena de la playa. De vez en cuando se detenía y observaba con curiosidad las pequeñas lagunas que se hacían en la arena al retirarse las aguas y que eran como espejos para que se mirara la niña. En ellas veía reflejada la imagen de una niña con rizos oscuros y sedosos adornándole la cabeza y una sonrisa de duendecillo en los labios. Como Pearl no tenía con quien jugar, la invitaba a que se cogieran de la mano y corrieran por la playa. Por su parte, la pequeña niña reflejada le hacía señas, pareciendo decirle: «¡Aquí se está mejor! ¡Ven tú más bien aquí adentro!». Y Pearl, metiéndose en el agua hasta la rodilla, veía en el fondo sus blancos piecitos; y desde un lugar aún más profundo surgía el resplandor de una sonrisa fragmentada flotando de un lado a otro en las agitadas aguas.

Mientras tanto, su madre se había acercado al médico.

—Querría hablar unas palabras con usted —dijo ella— sobre algo muy importante para nosotros.

—¡Ajá! ¿De modo que la señora Hester tiene algo que decir al viejo Roger Chillingworth? —respondió él, incorporándose—. ¡Encantado! ¡Si no oigo más que hablar bien de usted por todos lados, señora mía! Ayer, sin ir más lejos, un magistrado, hombre sabio y virtuoso, hablaba de usted, señora Hester, y me comentó que trataron de sus asuntos en el Consejo. Se debatió sobre si, sin perjuicio del bien público, podría permitírsele quitarse la letra escarlata que luce usted sobre el pecho. ¡Y le doy mi palabra de honor, Hester,

de que rogué encarecidamente al magistrado que así se hiciera!

—No depende del favor de los magistrados el sacarme este estigma —contestó tranquilamente Hester—. Si yo mereciera no llevarlo, se caería por sí solo o se transformaría en algo que tuviese un significado muy distinto.

—Está bien, siga llevándolo pues, si así le conviene más —respondió él—. Las mujeres deben seguir sus propias fantasías en lo que respecta al arreglo de su persona. La letra está alegremente bordada y brilla con valentía sobre su pecho.

Mientras hablaban, Hester observaba detenidamente al anciano, horrorizada a la vez que sorprendida por el cambio que se había producido en él en los últimos siete años. No era que hubiese envejecido, pues aunque las huellas del tiempo eran visibles en su persona, llevaba bien sus años y parecía conservar cierto vigor, nervioso y vivaz. Pero su antiguo aspecto de hombre de letras, estudioso, tranquilo y apagado, que era lo que más recordaba de él, había desaparecido completamente, dejando en su lugar una mirada ansiosa y ávida, pero cuidadosamente disimulada. Parecía ser su propósito y su deseo disfrazar esta expresión con una sonrisa; pero aquella sonrisa lo traicionaba, pues más parecía una mueca burlona que distorsionaba su rostro, permitiendo a quien lo miraba apreciar mejor toda la sordidez que encerraba. Una y otra vez, también, refulgía en sus ojos una luz roja, como si el alma del anciano estuviese incendiándose y conservara brasas vivas dentro de su pecho hasta que un irreprimible soplo de pasión avivara el fuego, produciendo una momentánea llamarada. Trataba de reprimir estos impulsos lo más rápidamente posible y aparecer como si nada hubiese sucedido.

En pocas palabras, Roger Chillingworth era un ejemplo palpable de la facultad que tiene el hombre de convertirse en demonio sólo por el hecho de desempeñar su oficio durante cierto tiempo. Este pobre ser había logrado esta transformación al dedicarse durante siete años al análisis constante de un corazón atormentado, lo que le procuraba gran regocijo, y contribuyendo, al agregar combustible, a las ardientes torturas que analizaba y tanto deleite le producían.

La letra escarlata quemaba el pecho de Hester Prynne. Estaba frente a otro ser deshecho y sentía que era suya la responsabilidad.

—¿Qué es lo que ve usted en mi rostro —preguntó el médico—, que me mira con tanta atención?

—Algo que me haría llorar si hubiera lágrimas suficientemente amargas —contestó Hester—. Pero dejémoslo estar. Es sobre aquel pobre desgraciado, que quiero hablarle.

—¿Qué le pasa? —exclamó Roger Chillingworth con avidez, como si le

encantara el tema y estuviera muy contento de tener una oportunidad de comentarlo con la única persona a la que podía confiarse—. En honor a la verdad, señora Hester, ahora mismo estaba pensando en él. Así pues, hable usted con toda franqueza y libertad; yo le responderé igualmente.

—La última vez que usted y yo hablamos —dijo Hester—, hace ya siete años, quiso usted, y lo logró, arrancarme la promesa de que guardaría el secreto de nuestra antigua relación. Como la vida y la reputación de aquel hombre estaban en sus manos, no tuve más remedio que guardar silencio, de acuerdo con sus deseos. Pero no fue sin gran recelo que me comprometí a actuar así; pues, habiendo desechado mis deberes hacia otros seres humanos, me restaba sólo uno, y ése era respecto a él; y algo me decía en mi interior que lo traicionaba al comprometerme a cumplir sus deseos. Desde aquel día, nadie ha estado tan cerca de él como usted. Usted sigue todos sus pasos. Está junto a él de noche y de día, dormido o despierto. Usted escudriña sus pensamientos. Irrita y corroe su corazón. Domina usted completamente su vida, y es el culpable de que muera mil muertes todos los días. ¡Al permitir esto he sido desleal al único hombre a quien aún podía ser leal!

—¿Qué otra cosa podía hacer usted? —preguntó Roger Chillingworth de nuevo—. Mi dedo acusador, apuntando hacia ese hombre, lo habría arrojado del púlpito al calabozo, y de allí posiblemente al patíbulo.

—¡Habría sido mejor! —dijo Hester Prynne.

—¿Qué daño he hecho yo a ese hombre? —preguntó nuevamente Roger Chillingworth—. Créame, Hester Prynne, los más ricos honorarios pagados por monarca alguno no habrían logrado pagar los cuidados que he desperdiciado en este sacerdote miserable. Si no hubiera sido por mí, su vida se habría consumido, devorada por los tormentos, a los dos años de haber cometido el crimen, que es también suyo. Ya que, Hester, su espíritu carece de la fortaleza del suyo para sobrellevar como lo ha hecho usted el peso de la letra escarlata. ¡Oh, qué hermoso secreto podría yo descubrir! ¡Pero basta ya! Todo lo que humanamente se puede hacer lo he hecho por él. Todo lo que puede la ciencia lo he agotado por él. Y, si ahora respira y se arrastra por el mundo, a mí me lo debe.

—¡Más le habría valido morirse entonces! —insistió Hester Prynne.

—¡Sí, mujer, tiene usted razón! —gritó Roger Chillingworth, mientras el cárdeno fuego de su corazón le brillaba en los ojos—. ¡Más le habría valido morirse inmediatamente! Jamás mortal alguno sufrió lo que este hombre ha sufrido. ¡Y todo el tiempo ante los ojos de su peor enemigo! Él ha sentido mi presencia, ha sentido el peso de una influencia poderosa agobiándolo como una maldición. Él sabía, por medio de algún sentido especial y espiritual, pues el Creador jamás hizo un ser más sensible que éste, sabía que no era una mano

amiga la que pulsaba las fibras de su corazón, que unos ojos lo estaban mirando siempre con curiosidad, unos ojos que sólo buscaban el mal, y lo encontraron. ¡Pero no sabía que la mano y los ojos eran míos! Con la superstición característica de los de su especie, se creyó poseído por un demonio que lo torturaba con sueños espantosos y pensamientos sin esperanza, y era responsable de las punzadas del arrepentimiento y la desesperanza de alcanzar el perdón. Era como un anticipo de lo que le esperaba después de la muerte. Pero no, ¡aquello era la sombra constante de mi presencia! ¡La íntima proximidad del hombre al que más vilmente había engañado! Del hombre cuya existencia depende ahora del veneno perpetuo de su propósito de vengarse. ¡Sí, es verdad! ¡Un ser humano, que en un tiempo tuvo corazón de hombre, convertido en demonio con el fin de atormentarlo!

El pobre galeno levantó las manos con un gesto de horror al pronunciar estas palabras, como si hubiera visto un horrible espectro, que le costaba reconocer, usurpando el lugar de su propia imagen en el espejo. Fue uno de esos momentos, que suelen ocurrir sólo a veces, una en varios años, en que el calibre moral de un hombre se revela fielmente ante sus ojos. Es posible que nunca se hubiese visto a sí mismo como ahora.

—¿No lo has atormentado suficientemente? —preguntó Hester al captar la mirada del anciano—. ¿No te lo ha pagado todo ya?

—¡No! ¡No! ¡Sólo ha acrecentado la deuda! —contestó el médico; y, al continuar hablando, sus modales perdieron ferocidad y se volvieron lúgubres, dando paso a una profunda melancolía—. ¿Recuerdas, Hester, cómo era yo hace nueve años? Ya en aquel entonces estaba en la plena madurez otoñal de mi existencia, no en el principio. Mi vida había transcurrido apaciblemente a través de largos años de dedicación al estudio y el pensamiento, empleados con plena conciencia en enriquecer mi propio saber y, por fin, también (aunque este último propósito era secundario y dependiente del primero), consciente y lealmente, para el avance del bienestar de la humanidad, para el progreso del ser humano. Pocas vidas habrían sido más tranquilas, pacíficas e inocentes que la mía; pocas vidas tan ricas. ¿Te acuerdas de mí? ¿No era yo, aunque me consideraras frío, un hombre preocupado por el bienestar de los demás, que no exigía, ni necesitaba, ni ansiaba casi nada o muy poco para sí mismo, bondadoso, sincero, justo y de afectos constantes, ya que no cálidos? ¿No era yo todo esto?

—Todo esto y más —dijo Hester.

—¿Y qué soy ahora? —preguntó él, mirándola fijamente a los ojos, dejando a la vez que toda la maldad concentrada en su persona se reflejase en las facciones de su rostro—. ¡Ya te he dicho lo que soy! ¡Un demonio! ¿Quién me convirtió en esto? ¿A quién le debo ser así?

—¡A mí! —gritó Hester, temblando—. Fui yo, no menos que él. ¿Por qué no te has vengado de mí también?

—A ti te he dejado la letra escarlata —contestó Roger Chillingworth—. Si ello no me ha vengado, más no puedo hacer.

Puso un dedo sobre el estigma con una sonrisa siniestra en los labios.

—¡Te ha vengado! —contestó Hester Prynne.

—Creo que sí —dijo el galeno—. Y ahora dime: ¿qué quieres de mí en lo que respecta a ese hombre?

—Debo revelarles el secreto —contestó Hester con firmeza—. Debe saber quién eres. No sé qué pasará. Pero yo le debo una vieja deuda de lealtad. He sido su ruina y su perdición, y debo pagarla. En cuanto a la pérdida o conservación de su buen nombre y su posición en el mundo, e incluso quizá su propia vida, eso está en tus manos. Yo, a quien la letra escarlata ha castigado de tal modo que sólo puedo aceptar la verdad, aunque sea la verdad del hierro candente penetrando en el alma, yo, no creo que gane mucho al seguir viviendo esa vida vacía y horrible, y por eso no necesito doblegarme para implorarte clemencia. ¡Haz con él lo que quieras! ¡Ya no hay ninguna posibilidad de paz para él ni para mí ni para ti! ¡No hay paz para la pequeña Pearl! ¡No existe un camino que pueda guiarnos para salir de este funesto laberinto!

—Mujer, ¡yo bien podría llegar a tener compasión de ti! —dijo Roger Chillingworth no pudiendo contener su admiración, pues tenía mucho de majestuoso el modo como Hester expresaba su desesperación—. Tú tienes grandes condiciones. Quizá, si te hubieras encontrado antes con un amor mejor que el mío, este mal no habría sucedido. Te compadezco por todo lo bueno desperdiciado en tu persona.

—Y yo a ti —contestó Hester Prynne—, por el odio que ha transformado a un hombre justo y sabio en un demonio. ¿Lo expulsarás de ti y volverás a convertirte nuevamente en un ser humano? Si no por él, por ti mismo. Perdónalo y deja el resto de su castigo en manos del Poder que lo llevará a cabo. Acabo de decirte que no habrá paz ni bien posible para él ni para ti ni para mí, que ambulamos juntos por este lúgubre laberinto de perversión y maldad, tropezando a cada paso con la culpa que hemos sembrado en nuestro camino. ¡No es así! Puede haber paz para ti, para ti solo, ya que has sido tan profundamente engañado, y sólo de ti depende el perdonar. ¿No aprovecharás ese privilegio único? ¿Rechazarás aquel beneficio de incalculable valor?

—¡Calla, Hester, calla! —contestó el anciano con melancólica severidad—. No me es dado perdonar. De mí no depende el perdonar. No tengo el poder que dices que tengo. Mi vieja fe, tan olvidada, vuelve a mí y me explica todo

lo que hacemos y todo lo que sufrimos. Al dar tu primer paso en falso, plantaste el germen del mal, pero desde aquel instante todo ha sido inevitablemente necesario. Tú, que me has engañado, no eres pecadora más que con la imaginación; no es como si yo tuviera tendencias demoníacas y hubiera arrebatado su papel al demonio. Es nuestro destino. ¡Deja que la oscura flor florezca como pueda! Y ahora sigue tu camino y haz lo que quieras con aquel hombre.

Hizo un ademán con la mano y volvió nuevamente a recoger hierbas.

XV. HESTER Y PEARL

De esta manera, Roger Chillingworth —un anciano deforme cuyo rostro duraba en el recuerdo de los hombres— se despidió de Hester Prynne y continuó, encorvado, recorriendo el terreno. Recogía alguna hierba aquí y allá o arrancaba alguna raíz, poniéndolas luego en la cesta que llevaba en el brazo. Su barba gris casi rozaba el suelo conforme avanzaba por su camino. Hester permaneció un momento contemplándolo, observando con curiosidad llena de fantasía si el tierno pasto de la temprana primavera no se marchitaba bajo sus pasos, mostrando su rastro tambaleante y oscuro en medio de su alegre verdor. Sentía curiosidad. Se preguntó qué tipo de hierbas eran las que recogía tan diligentemente. ¿No reaccionaría la tierra, estimulada por la maldad de su mirada, saludándolo con arbustos ponzoñosos de especies hasta ahora desconocidas que se erguirían al contacto de sus dedos? ¿O le bastaría que toda planta salutífera se convirtiera en maligna y venenosa a su contacto? ¿Y el sol, que brillaba con tanta intensidad en todas partes, lo iluminaría también a él? ¿O había, como daba la impresión, un círculo tenebroso que se desplazaba con él, envolviendo su forma contrahecha, sea por donde fuere? ¿Y adónde iba ahora? ¿No se hundiría de pronto y, tragado por la tierra, dejaría el sitio estéril y marchito, y en él, con el tiempo, crecería la mortífera belladona, el cornejo, el beleño o cualquier otro tipo de vegetación maligna que podía producirse en ese clima, todo él floreciente de horrible lujuria? ¿O extendería unas alas de murciélago y saldría volando, más horrible a cada instante, mientras se remontaba hacia el firmamento?

—¡Sea o no pecado —dijo Hester Prynne amargamente, mientras continuaba observándolo—, odio a ese hombre!

Se reprochó a sí misma por abrigar ese sentimiento, pero no pudo dominarlo ni disminuirlo. Al tratar de hacerlo, pensó en aquellos días pasados en una lejana tierra, cuando solía abandonar al atardecer la reclusión de su estudio y sentarse junto al amor del hogar de su casa, bañándose en la luz de

su sonrisa nupcial. Necesitaba calentarse con el calor de aquella sonrisa, de modo que el hielo de tantas horas solitarias pasadas junto a sus libros se derritiera en su corazón. Aquellas escenas no dejaban de parecerle felices; pero ahora, al volverlas a ver con la triste perspectiva de su vida, le parecían horrendas. Se maravillaba del hecho de que tales escenas hubieran podido ocurrir. No comprendía cómo se dejó convencer de que se casara con él. Uno de los errores de su vida que mayor arrepentimiento le producían era el haber soportado y hasta correspondido al tibio apretón de su mano, y que la sonrisa de sus labios y sus ojos se mezclara con las de él. Y le parecía que la ofensa cometida por Roger Chillingworth al inducirla a imaginarse que era feliz a su lado era peor aún que todas las que le había hecho desde aquel entonces.

—¡Sí, lo odio! —repitió Hester, más amargamente que la vez anterior—. ¡Él me engañó! ¡Me hizo más daño que yo a él!

¡Tiemblen los hombres que conquistan la mano de una mujer, si con ella no conquistan el calor de su corazón! Pues, de lo contrario, su triste suerte puede ser, como en el caso de Roger Chillingworth, que el contacto con una presencia más poderosa despierte todas sus sensibilidades, y ella le reproche incluso la paz, la marmórea imagen de felicidad que se le había impuesto como única realidad. Pero Hester debería haber olvidado mucho tiempo antes esta injusticia. ¿Qué significaba? ¿Acaso los siete largos años bajo la tortura de la letra escarlata sólo produjeron dolor sin lograr arrepentimiento?

Las emociones que sintió Hester Prynne durante los escasos momentos que permaneció observando la torcida figura del viejo Roger Chillingworth arrojaron una luz tenebrosa sobre el estado de ánimo de Hester Prynne, revelándole muchas cosas con las que de otro modo no se habría enfrentado.

Al verlo desaparecer, llamó a su niña.

—¡Pearl! ¡Pequeña Pearl! ¿Dónde estás?

A Pearl, con su espíritu siempre activo, no le habían faltado diversiones mientras su madre hablaba con el recolector de hierbas. Primeramente, como ya dijimos, había coqueteado con su propia imagen en un espejo de agua, llamando a la aparición para que saliera, y, como ésta rehusaba hacerlo, trató de hacerse paso y penetrar en su esfera de tierra impalpable y cielo inalcanzable. Pero, al descubrir muy pronto que o ella o la imagen no eran reales buscó entretenimientos mejores en otros sitios. Hizo pequeñas barcas con cortezas de abedul y las estibó con caracolas, enviándolas al océano para enfrentarse con mayores aventuras que cualquier mercader de Nueva Inglaterra, pero muchas barcas zozobraban junto a la playa. Cogió un cangrejo vivo por la cola, atesoró estrellas de mar y dejó una aguaviva derriéndose al calor del sol. Luego tomó la blanca espuma que bordeaba la orilla de la fluctuante marea y la lanzó al viento, corriendo tras ella con pasitos alados

para recoger los grandes copos de nieve al caer. Viendo la bandada de aves marinas que picoteaban y revoloteaban por la playa, la traviesa niña se llenó el delantal de guijarros y, deslizándose de roca en roca, demostró gran destreza en apedrearlos. Un pequeño pajarito gris con pecho blanco fue alcanzado por un guijarro y se alejó aleteando con dificultad, porque tenía un ala rota. Entonces la niña-duende suspiró entristecida y abandonó sus juegos; le apenaba haber hecho daño a un pequeño ser que era tan travieso como la brisa marina o tanto como la misma Pearl.

Su última ocupación consistió en juntar algas marinas de diversas especies y hacerse con ellas una faja, un manto y una peluca, asumiendo así el aspecto de una pequeña sirena. Había heredado el don de su madre de crear vestidos y drapeados. Y, como toque final a su atuendo de sirena, Pearl copió lo mejor que pudo en su propio pecho, con algas finas, la decoración que le era tan familiar en el de su madre: ¡una letra, la letra A, pero verde y fresca en vez de escarlata! La niña inclinó la cabeza sobre su pecho y contempló este adorno con extraño interés, como si su único fin en este mundo fuera el de desentrañar su secreto significado.

«¿Me preguntará mamá qué es lo que significa?», pensó Pearl.

En ese preciso momento oyó la voz de su madre, por lo que, brincando liviana como una de las aves marinas, se presentó ante Hester Prynne bailando, riendo y señalando con un dedo la decoración de su pecho.

—Mi pequeña Pearl —dijo Hester, tras un momento de silencio—, la letra, verde y en tu pecho infantil, no tiene objeto. Pero ¿sabes tú, mi niña, qué significa esta letra que tu madre está condenada a llevar?

—Sí, madre —dijo la niña—. Es la letra A mayúscula. Tú misma me la has enseñado en el abecedario.

Hester observó detenidamente su pequeño rostro; pero, aunque tenía esa expresión tan singular que a menudo había observado en sus negros ojos, no llegó a darse cuenta de si Pearl atribuía algún significado al símbolo. Sintió unos deseos morbosos de aclarar eso.

—¿Sabes tú, niña, por qué tu madre lleva esta letra?

—¡Claro que lo sé! —contestó Pearl, mirando a su madre con picardía—. ¡Por el mismo motivo por el cual el pastor se pone la mano sobre el corazón!

—¿Y qué motivo es ése? —preguntó Hester, sonriendo ante la absurda incongruencia de la observación de la niña, pero palideciendo al recapacitar—. ¿Qué tiene que ver la letra con otro corazón fuera del mío?

—Basta, madre, he dicho todo lo que sé —dijo Pearl, con mayor seriedad que de costumbre—. Pregúntaselo a aquel viejo con el que has estado

hablando. Quizá te lo pueda decir él. Pero, en serio ahora, madre querida, ¿qué significa esta letra escarlata? ¿Por qué la llevas sobre tu pecho? ¿Por qué el pastor se pone la mano sobre el corazón?

Cogió la mano de su madre en las suyas y se la quedó mirando a los ojos con una intensidad que rara vez demostraba su natural travieso y caprichoso. A Hester se le ocurrió que la niña estaba realmente tratando de abordarla con infantil confianza y, haciendo lo que podía, tan inteligentemente como podía, establecer un punto de contacto y comprensión. Mostraba Pearl un aspecto inesperado, casi indeseado. Hasta entonces, la madre, aunque amaba a su hija con la intensidad de un único afecto, se había preparado para no esperar en pago más de lo que puede brindar la veleidad de la brisa de abril, que gasta su tiempo en juegos caprichosos, con ráfagas repentinas de inexplicable pasión y llena de petulancia, helando con mayor frecuencia que acariciando al rozarnos las mejillas; y, para compensar estas jugarretas, a veces, siguiendo sus vagos propósitos, besaría esa mejilla con una especie de dudosa ternura y jugaría suavemente con los cabellos, alejándose luego en pos de sus ociosos propósitos, dejando un placer melancólico en el corazón. Esto era lo que la madre sentía que podía ser el estado de ánimo de su hija. Un extraño habría podido observar unos cuantos rasgos poco atractivos y darles una coloración más sombría. Pero ahora una idea se apoderó con fuerza de la mente de Hester, la de que Pearl, con su notable precocidad y agudeza, había quizá alcanzado la edad en que podía hacer de ella una amiga y confiarle penas que no ofendieran el pudor de la madre ni de la niña. En el pequeño caos del carácter de la pequeña Pearl, se podía ver brotar, y así fue desde el principio, los rasgos característicos de un valor a toda prueba, de un orgullo tenaz que podía ser dirigido hacia el respeto de sí misma, así como un amargo desprecio por muchas cosas que, al examinarlas, podían parecer falsedades. ¿Sentía afectos, aunque hasta ahora ásperos y desagradables como suelen ser los sabores de la fruta no madura? Con todos estos atributos tan sólidos, pensó Hester, el mal heredado de su madre tenía que ser muy grande para impedir que esta niña-duende se convirtiera con el tiempo en una mujer noble y digna.

La tendencia inevitable de Pearl de divagar sobre el enigma de la letra escarlata parecía ser una cualidad innata en su persona. Desde el principio de su vida consciente, mostró esta tendencia como si fuese una misión que le hubiese sido asignada. Hester pensaba frecuentemente que la Providencia tenía designios de justicia y castigo al dotar a esta niña con tan marcada tendencia; pero nunca, hasta ahora, se le había ocurrido preguntarse si, unido a ese oscuro designio, no habría también una intención benéfica y caritativa. Si la pequeña Pearl fuese tratada con fe y confianza, como a un espíritu mensajero a la vez que una criatura humana, ¿no podría ser su misión la de suavizar la tristeza del corazón de su madre, que lo convertía en una tumba? ¿Ayudarla a doblegar la pasión, antaño tan irrefrenable y aun ahora ni muerta ni adormecida, sino tan

sólo prisionera de aquel sepulcral corazón?

Éstos eran algunos de los pensamientos que pasaban por la cabeza de Hester Prynne y la conmovían tan vivamente como si alguien se los hubiera susurrado al oído. Y allí estaba la pequeña Pearl, siempre con la mano de su madre entre las suyas, volviendo su pequeño rostro hacia arriba al hacerle una y otra vez la misma pregunta insistente, de nuevo, por tercera vez.

—¿Madre, qué significa esa letra? ¿Y por qué la llevas tú? ¿Por qué tiene siempre el ministro la mano sobre su corazón?

«¿Qué puedo decir? —pensó Hester—. ¡No! Si éste es el precio que tengo que pagar por la comprensión de la niña, ¡no puedo hacerlo!».

Entonces habló en voz alta.

—¡Niña boba! —dijo—, ¿qué preguntas son éstas? Hay muchas cosas en este mundo que las niñas no pueden saber ni preguntar. ¿Qué sé yo del corazón del ministro? Y, en cuanto a la letra escarlata, la uso porque me gusta el hilo de oro con que está bordada.

Jamás, durante los últimos siete años, había sido Hester Prynne desleal al símbolo que llevaba sobre su pecho. Quizá porque era el talismán de un rígido y severo espíritu guardián que ahora la abandonaba; como reconociendo que, a pesar de la estricta vigilancia que mantenía sobre su corazón, una nueva maldad se había deslizado dentro de él, o alguna de las antiguas no había sido expulsada aún. En lo que respecta a la pequeña Pearl, su rostro pronto dejó de tener esa expresión de ansiedad.

Sin embargo, la niña no quiso abandonar el tema. Dos o tres veces, mientras caminaba hacia casa con su madre, y varias veces durante la cena, y mientras Hester la acostaba, y una vez más cuando ya parecía estar casi dormida, Pearl la miró con esa expresión burlona en sus ojos negros.

—Madre —le preguntó—, ¿qué significa la letra escarlata?

Y a la mañana siguiente la primera señal que dio la niña de estar despierta fue levantar vivazmente la cabeza de la almohada y hacer esa otra pregunta, que tan inexplicablemente asociaba a sus indagaciones sobre la letra escarlata.

—¡Madre! ¡Madre! ¿Por qué tiene el pastor la mano siempre sobre el corazón?

—¡Calla de una vez, niña traviesa! —contestó su madre con una aspereza que antes nunca se había permitido usar—. No me fastidies más, o te encerraré en el cuarto oscuro.

XVI. UN PASEO POR EL BOSQUE

Hester Prynne se mantuvo firme en su propósito de revelar al doctor Dimmesdale, sea cual fuere el riesgo de dolor inmediato o de consecuencias posteriores, la verdadera identidad del hombre que se había introducido en su intimidad. Durante varios días, sin embargo, buscó en vano una oportunidad para hablar con él durante las cavilosas caminatas que ella sabía tenía él costumbre de hacer por la orilla de la península o por los bosques cercanos. El que lo visitase en su propio estudio no habría sido motivo de escándalo ni habría hecho peligrar la sagrada blancura de la buena fama del clérigo; allí, muchos penitentes confesaron pecados quizá tan graves como el que indicaba la letra escarlata. Pero, en parte, temía la secreta o abierta interferencia del viejo Roger Chillingworth; en parte, su sensible corazón creía ver sospechas donde no podía haberlas; y, en parte, tanto ella como el clérigo necesitarían de todo el espacio del mundo para respirar a sus anchas mientras hablaran juntos. Por todos estos motivos, Hester nunca pensó en encontrarse con él más que al aire libre, bajo el cielo abierto.

Finalmente, cuando asistía a casa de un enfermo donde había sido llamado el reverendo Dimmesdale para rezar por su salud, se enteró que había ido, el día anterior, a visitar al apóstol Eliot, que vivía entre sus indios conversos. Probablemente volvería a la tarde del día siguiente. Temprano pues, al día siguiente, Hester se llevó consigo a la pequeña Pearl, que era la compañera forzosa de todas las salidas de su madre, por más inconveniente que fuera su presencia, y salió.

El camino por donde las dos caminantes cruzaron desde la península hacia las tierras interiores no era más que un sendero. Salvando obstáculos se internaba por el monte salvaje. Éste lo encerraba tan estrechamente y lo flanqueaba tan denso y negro, descubriendo imperfectamente algún trozo de cielo, que a Hester le daba la sensación de representar cabalmente el confuso yermo moral por el cual ella vagaba desde hacía ya tanto tiempo.

El día era helado y sombrío. Grandes extensiones de nubes grises se agitaban apenas con la brisa, y entonces un rayo de sol titubeante podía quizá verse jugueteando solitario por el sendero. Esta pasajera visión alegre sucedía siempre al extremo más lejano de un largo panorama a través del bosque. El rayo de sol que jugueteaba —que jugueteaba apenas, ya que predominaba la melancolía del día y de la escena— se retiraba siempre cuando ellas se le acercaban, y los lugares donde había danzado quedaban entonces más sombríos porque ellas habían tenido la esperanza de encontrarlos iluminados.

—Madre —dijo la pequeña Pearl—, el rayo de sol no te quiere. Huye y se esconde porque siente temor por algo que guardas en tu pecho. ¡Mira! Ahí está

jugando un poco más allá. Quédate aquí y déjame correr para agarrarlo. Yo soy sólo una niña. No huiré de mí, porque yo aún no llevo nada sobre mi pecho.

—Y espero que jamás lo llevarás —dijo Hester.

—¿Por qué no, madre? —preguntó Pearl deteniéndose de pronto al iniciar su carrera—. ¿No será natural que lo lleve cuando sea mujer?

—Corre, hija —respondió la madre—, y anda a agarrar ese rayo de sol. Pronto desaparecerá.

Pearl partió a gran velocidad y Hester sonrió al darse cuenta de que su hija, realmente, lograba atrapar el rayo de sol y, riendo, quedaba de pie en medio de él, iluminada por su esplendor, deslumbradora con la luz que refractaban sus rápidos movimientos. La luz se quedó rezagada junto a la niña solitaria, como si estuviera contenta de haber encontrado a alguien con quien jugar, hasta que su madre casi llegó tan cerca como para ingresar, también, dentro del círculo mágico.

—¡Ahora desaparecerá! —exclamó Pearl sacudiendo la cabeza.

—¡Mira! —respondió Hester, sonriente—, ahora puedo adelantar la mano y coger un poco de luz.

Al intentar hacerlo, el rayo desapareció; o, a juzgar por la alegre expresión que bailaba en los rasgos de Pearl, su madre podía haberse imaginado que la niña había absorbido ella misma toda la luz, y que emitiría de nuevo como un resplandor que iluminara su camino si se aventuraban por la sombra más tenebrosa. Ninguna de las cualidades de Pearl la impresionaba tanto como el lozano vigor en su naturaleza, como su perpetua vivacidad; no tenía la enfermedad de la tristeza que la mayor parte de los niños de estos tiempos heredan de sus atribulados antepasados junto con la escrofulosis. Quizá era ésta también una enfermedad, y nada más que el reflejo de la indómita energía con que Hester había luchado contra sus penas antes del nacimiento de Pearl. Era indudablemente un encanto dudoso que impartía un lustre metálico al carácter de la niña. Le faltaba lo que a mucha gente le falta durante toda su vida, un dolor que la conmoviera profundamente, humanizándola y dándole la posibilidad de ser comprensiva. ¡Pero aún tenía tiempo la pequeña Pearl para esas cosas!

—¡Ven, niña mía! —dijo Hester mirando a su alrededor desde el lugar donde Pearl había estado iluminada por la luz del sol—. Nos sentaremos un poco más allá, en el bosque, y descansaremos.

—Yo no estoy cansada, madre —replicó la niña—. Pero tú puedes sentarte y me cuentas un cuento.

—¡Un cuento! —dijo Hester—. ¿Sobre qué?

—Un cuento sobre el Hombre Negro —contestó Pearl cogiendo el vestido de su madre y mirando hacia arriba con una expresión entre ansiosa y pícara—. Cómo deambula por el bosque llevando un libro, un libro grande y pesado, con cerraduras de hierro; y cómo este horrible Hombre Negro ofrece su libro y una pluma a todos los que encuentra aquí, entre los árboles, para escribir sus nombres en él con su propia sangre. Y entonces él los marca con su sello en el pecho. ¿Te has encontrado tú alguna vez con el Hombre Negro, madre?

—¿Quién te contó esta historia, Pearl? —preguntó su madre, reconociendo en ella una superstición muy común en aquellos tiempos.

—La señora vieja que estaba sentada en el rincón junto a la chimenea en la casa donde velaste anoche —dijo la niña—. Pero ella creía que yo estaba dormida cuando hablaba. Dijo que miles de personas se habían encontrado aquí con él y se habían inscrito en su libro, y él las había marcado. Y que esa señora malhumorada, la señora Hibbins, era una de ellas. Y, madre, la señora vieja dijo que la letra escarlata era la marca que te había puesto el Hombre Negro, y que brilla con un resplandor rojizo cuando te encuentras con él a medianoche aquí, en la oscuridad del bosque. ¿Es cierto, madre? ¿Sales a encontrarte con él por las noches?

—¿Te has despertado alguna vez por la noche y encontrado que tu madre se había marchado?

—No, que recuerde —dijo la niña—. Si tienes miedo de dejarme en casa, podrías llevarme contigo. ¡Yo iría muy contenta! Pero, madre, dímelo de una vez: ¿existe verdaderamente ese Hombre Negro? ¿Y te lo has encontrado alguna vez? ¿Y es éste su sello?

—¿Me dejarás finalmente en paz, si te lo digo? —preguntó su madre.

—Sí, si me lo dices todo —contestó Pearl.

—Una vez en mi vida me encontré con el Hombre Negro —dijo su madre—. Esta letra escarlata es su sello.

Y así, conversando, se internaron suficientemente por el bosque como para asegurarse de que ningún transeúnte que casualmente pasara por el sendero del bosque las pudiese ver. Ahí se sentaron sobre un montón de musgo que en el siglo anterior había sido un pino gigantesco cuyo tronco y raíces se ocultaban en el lugar más sombrío, y su copa se alzaba por encima de los demás árboles. Se instalaron en una quebrada, sobre un montículo cubierto de hojas caídas y aplastadas. Los árboles que se erguían en sus orillas dejaban caer grandes ramas de trecho en trecho; ramas que contenían la corriente del agua formando remansos profundos y oscuros en algunas partes, y pequeños canales de

guijarros y arena tostada y reluciente en los lugares por donde fluía más rauda. Dejando que la vista siguiera el curso del arroyuelo, se divisaban claros de luz reflejados en el agua, adentrándose un poco por el bosque, pero muy pronto se perdía todo rastro en medio del laberinto de troncos y malezas y grandes rocas cubiertas de líquenes grises. Parecía ser la intención de todos estos árboles gigantescos y rocas de granito que el curso del arroyuelo fuese secreto y misterioso, temiendo quizá que su locuacidad incesante pudiese susurrar historias del corazón del viejo bosque de donde venía, o reflejar sus revelaciones en la pulida superficie de algún charco. Y, de veras, incesantemente, mientras fluía por su cauce, el arroyuelo no cesaba su parloteo, quieto, bondadoso, tranquilizador, pero lleno de melancolía, como la voz de un niño que pasa su infancia sin juegos y no sabe estar alegre entre tristes parientes y sombríos sucesos.

—¡Oh, pequeño arroyo! ¡Oh, tonto y cansado arroyuelo! —gritó Pearl, luego de escuchar un rato su charla—. ¿Por qué estás tan triste? ¡Anímate, no te pases el tiempo suspirando y murmurando!

Mas la corta vida del arroyuelo había transcurrido entre los árboles del bosque y sus experiencias eran tan graves y solemnes, que no podía parar de hablar de ellas, y parecía no tener nada más que decir. Pearl se parecía al arroyuelo, puesto que la corriente de su vida emanaba de una fuente tan misteriosa y había transcurrido en medio de escenas igualmente sombreadas por profundas tristezas. Pero, contrariamente al pequeño curso de agua, bailaba y corría chispeante y parloteaba alegremente por su camino.

—¿Qué dice este riachuelo tan triste, madre? —preguntó.

—Si tuvieras una pena propia, el arroyuelo podría hablarte de ella —contestó su madre— igual que me está hablando a mí de la mía. Pero atiende, Pearl: oigo pasos por el sendero y el rumor de alguien que separa las ramas de su camino. Querría que te fueras a jugar por ahí y me dejaras a mí hablar con el señor que viene acercándose.

—¿Es el Hombre Negro? —preguntó Pearl.

—¿Quieres irte a jugar, niña? —repitió su madre—. Pero no te alejes demasiado en el bosque y está atenta para venir en cuanto te llame.

—Sí, madre —contestó Pearl—. Pero, si es el Hombre Negro, ¿no me dejarás un momento para poder mirarlo con su gran libro debajo del brazo?

—¡Vete, tontuela! —dijo su madre con impaciencia—. ¡No es el Hombre Negro! Mira, ahí, entre los árboles: es el ministro.

—¡Sí, es él! —dijo la niña—. Y tiene la mano puesta sobre el corazón. ¿Será porque, cuando el pastor puso su nombre en el libro, el Hombre Negro

le dejó una marca allí? Pero ¿por qué no lleva su marca fuera, sobre el pecho, como lo haces tú, madre?

—Vete ya, niña. Otro día me harás todas las bromas que quieras — exclamó Hester Prynne—. Pero no te alejes de donde oigas el murmullo del arroyo.

La niña se alejó cantando, siguiendo el curso del arroyuelo y tratando de entremezclar una melodía más liviana con aquella melancólica voz. Pero el pequeño arroyo no se dejaba consolar, y siguió contando el ininteligible secreto de algo muy triste y misterioso que había sucedido, o lamentándose proféticamente por algo que iba a suceder dentro del lúgubre bosque. De modo que Pearl, cuya pequeña vida ya era bastante sombría, decidió romper toda relación con el quejumbroso arroyuelo. Se dedicó entonces a coger violetas y anémonas silvestres, y columbinas escarlatas que encontró en los resquicios de una roca muy alta.

Cuando su niña-duende se alejó, Hester Prynne dio uno o dos pasos en dirección al sendero que cruzaba el bosque, permaneciendo siempre dentro de la profunda sombra de los árboles. Vio al pastor avanzando por el camino, completamente solo y apoyándose en una vara que arrancó del borde del camino. Estaba pálido y demacrado, y con un aspecto de postración nerviosa que nunca demostraba en sus caminatas por el pueblo ni en ningún otro momento en que lo pudieran ver. Aquí, en el inmenso aislamiento y soledad del bosque, era penosamente evidente, pues, en sí misma, esta soledad era ya una pesada prueba para el espíritu. Su manera de caminar era tan lenta, tan impregnada de una penosa apatía, que parecía no poder dar un paso más, ni encontrar motivo para hacerlo, sino que, por el contrario, se habría alegrado de poder echarse a la sombra del árbol más cercano y allí quedarse para siempre. Las hojas de los árboles lo cubrirían y la tierra se amontonaría gradualmente formando un pequeño montículo sobre su persona sin preocuparse de si tenía vida o no. La muerte era algo demasiado definitivo para ser deseada e incluso evitada.

Ante los ojos de Hester, el reverendo Arthur Dimmesdale no presentaba síntomas de sufrimientos positivos y agudos, excepto que, como había observado la pequeña Pearl, tenía una mano colocada sobre el corazón.

XVII. EL PASTOR Y SU FELIGRESA

Lentamente, como acostumbraba caminar el pastor, casi pasó de largo antes de que Hester Prynne lograra elevar la voz para llamar su atención. Por

fin lo consiguió.

—¡Arthur Dimmesdale! —dijo, quedamente al principio y luego más alto, pero con voz más ronca—. ¡Arthur Dimmesdale!

—¿Quién habla? —preguntó el clérigo.

Componiéndose rápidamente, se irguió como un hombre sorprendido en el momento en que menos querría tener testigos. Dirigiendo sus ojos ansiosamente en dirección de la voz, percibió vagamente una forma bajo los árboles, vestida con ropajes tan sombríos, que tan poco se destacaban de la tenue luminosidad del cielo nublado y el espeso follaje que oscurecía el mediodía, que no pudo darse cuenta de si era una mujer o una sombra. Podría ser que por el camino de su vida rondase siempre un espectro que escapaba a sus pensamientos.

Se adelantó unos pasos y descubrió la letra escarlata.

—¡Hester! ¡Hester Prynne! —dijo él—. ¿Eres tú? ¿Tú misma, viva?

—¡Así es! —contestó ella—. Si cuento estos últimos siete años como vividos. Y tú, Arthur Dimmesdale, ¿vives todavía?

No era raro que se preguntaran el uno al otro sobre su existencia presente y corpórea, y que dudasen de la propia. Era tan extraño este encuentro en la espesura del bosque como el primer encuentro de dos espíritus que hubiesen estado ligados en su vida anterior, pero que ahora temblaran temerosos el uno del otro en su primer encuentro más allá de la tumba; como si no estuviesen aún familiarizados con su nuevo estado ni desearan relacionarse con otros seres incorpóreos. Tan fantasma el uno como el otro, y amedrentándose mutuamente. Estaban también asustados de sí mismos porque la crisis presente les devolvía su plena conciencia, revelando a cada corazón su historia y experiencia como jamás lo hace la vida, excepto en épocas de gran desaliento. El alma se vio reflejada en el espejo del momento presente. Temerosamente, casi temblando y como si fuera por una lenta y desganada necesidad, Arthur Dimmesdale adelantó su mano, helada como la muerte, y tocó la helada mano de Hester Prynne. Aquel contacto, por más frío que fuera, despejó la melancolía del encuentro. Se sentían ellos mismos ahora, o, por lo menos, habitantes de la misma esfera.

Sin hablar ni una palabra más, sin llevar la delantera ni uno ni otro, como con un consentimiento inexpresado, se internaron de nuevo en las sombras del bosque de donde había salido Hester, y se sentaron sobre el montón de musgo donde antes estuvieran ella y Pearl. Cuando encontraron su voz, pudieron hablar. Al principio fue sólo para hacerse las observaciones y preguntas propias de dos amigos cualesquiera sobre el cielo nublado, la tormenta que amenazaba y, luego, sobre la salud de cada uno. De este modo fueron

abordando, no abiertamente, sino paso a paso, los temas que pesaban con más fuerza sobre sus corazones. Estaban tan alejados por el destino y las circunstancias, que necesitaban algo leve y casual para ir delante y abrir de par en par las puertas de la comunicación.

Al cabo de un rato, el ministro fijó sus ojos en los de Hester Prynne.

—Hester —dijo él—, ¿has encontrado paz?

—¿La has encontrado tú? —preguntó ella.

—¡Ninguna! Nada, sólo desesperación —contestó él—. ¿Qué otra cosa podía esperar, siendo lo que soy y llevando la vida que llevo? Si fuera un ateo, un hombre sin conciencia, un desalmado con instintos toscos y brutales, puede que hubiese encontrado paz hace mucho tiempo. Más aún, no la habría perdido nunca. Pero, en el estado en que están las facultades de mi alma, las buenas cualidades que pudiese tener, los dones divinos más escogidos, todo, todo, sólo sirve para atormentarme más y más. ¡Soy profundamente desgraciado, Hester!

—La gente te venera —dijo Hester—. Y la verdad es que te desvelas por tu congregación. ¿No te produce eso ningún alivio? ¿No te consuela?

—¡Me hace sufrir más, Hester! ¡Mucho más! —contestó el clérigo, con una amarga sonrisa—. En lo que respecta al bien que aparento practicar, no tengo ninguna fe en él. Es todo falsedad. Tiene que serlo; porque ¿qué puede hacer un alma perdida como la mía para redimir otras almas? ¿Qué puede hacer un alma podrida como la mía para lograr su purificación? Y, en cuanto a la veneración de la gente, más me valdría que se volviera odio y desprecio. ¿Crees que puede ser un consuelo subir al púlpito y recibir las miradas de tantos ojos fijos en mi rostro como si irradiara una luz celestial?, ¿ver a mis feligreses hambrientos de verdad y escuchando mis palabras como si la lengua pentecostal estuviera hablando?, ¿ver dentro de mí mismo la oscura realidad de lo que ellos adoran? Me he reído con el corazón lleno de amargura y dolor, del contraste entre lo que soy y lo que aparento ser. ¡Y Satanás también se ríe!

—Eres injusto contigo mismo —dijo Hester, suavemente—. Te has arrepentido profunda y dolorosamente. Tu pecado quedó atrás hace mucho mucho tiempo. Tu vida presente no es menos santa de lo que parece. ¿No vale, acaso, la penitencia atestiguada y sellada por tantas buenas obras? Y eso, ¿por qué no habría de darte paz?

—¡No, Hester, no! —contestó el clérigo—. Mi penitencia no tiene solidez ninguna. Es fría y muerta, y no puede ayudarme en nada. ¡Es verdad que ya he hecho bastante penitencia! Pero no he logrado verdadero arrepentimiento. Pues de lo contrario ya habría descartado hace mucho tiempo estas vestiduras de falsa virtud y me habría mostrado ante el mundo como me verán en el día

del juicio final. ¡Feliz tú, Hester, que llevas la letra escarlata sobre tu pecho! La mía me quema en secreto. ¡No puedes imaginarte el alivio que es para mí, luego de siete años de mentira, mirar unos ojos que saben lo que soy! ¡Si tuviera un solo confidente, aunque fuera mi peor enemigo, a quien acudir cuando me siento hastiado de las alabanzas de los demás hombres, y sentir el alivio de que me reconozcan por lo que soy: el más vil entre los pecadores! Creo que entonces mi alma podría sobrevivir. Aunque sólo fuera un mínimo de verdad, podría salvarme. ¡Ahora, en cambio, todo es falsedad, todo vacío, todo muerte!

Hester Prynne fijó su mirada en el rostro del pastor, pero no se atrevió a hablar. Sin embargo, al dar rienda suelta a sus emociones por tanto tiempo controladas, y con tal vehemencia, sus palabras le brindaron una estupenda oportunidad para interpretar lo que quería decirle. Se sobrepuso a sus temores y habló.

—¡La amistad que tanto deseas —dijo ella—, con quien llorar tus pecados, la tienes en mí, tu cómplice! —Dudó nuevamente, pero por fin pronunció las palabras con gran esfuerzo—. ¡En cuanto al enemigo, hace tiempo que lo tienes, y vives con él bajo el mismo techo!

El pastor se incorporó de un salto, acezando, y oprimiéndose el corazón como si quisiera arrancárselo del pecho.

—¿Qué dices? —gritó—. ¡Un enemigo! ¡Un enemigo bajo mi propio techo! ¿Qué quieres decir?

Hester Prynne se dio cuenta entonces de la profunda afrenta que había hecho a este hombre permitiéndole permanecer durante tantos años, y aunque hubieran sido sólo unos momentos, a merced de alguien cuyos propósitos eran obviamente maléficos. La mera proximidad de su enemigo, bajo cualquier máscara tras la cual se escondiera, bastaba para perturbar la esfera magnética de un ser tan sensible como Arthur Dimmesdale. En un tiempo, Hester no se dio cuenta de esta situación; o quizá, dentro del aislamiento de su propio problema dejó que el clérigo sobrelleva lo que a ella le parecía un destino más tolerable. Pero últimamente, desde la noche de su vigilia, sus sentimientos de compasión hacia él se habían dulcificado y revitalizado. Ahora se daba mejor cuenta de lo que pasaba en su corazón. Ya no le cabía duda alguna de que la continua presencia de Roger Chillingworth, ese secreto veneno de su maldad, infectaba todo el aire con su presencia, autorizada por su condición de médico de los males tanto físicos como morales del pastor. Sin duda, estas ocasiones fueron empleadas para llevar a cabo crueles propósitos. Por medio de ellos, la conciencia del paciente se había mantenido en estado de irritación constante, dirigida no a sanar por medio del dolor edificante, sino a desorganizar y corromper su bienestar espiritual. Su resultado en la tierra no

podía ser más que la locura, y en el más allá la eterna alienación del Bien y la Verdad, de lo que la locura es quizá su expresión terrenal. Ésta era la ruina que había ocasionado a este hombre, antes y (¿por qué no hablar francamente?) aún ahora tan apasionadamente amado. Hester sintió que el sacrificio del buen nombre del clérigo y la muerte misma, como ya había dicho a Roger Chillingworth, habrían sido infinitamente preferibles a la alternativa que había escogido. Y ahora, en vez de verse obligada a confesar una ofensa tan terrible, habría mil veces preferido recostarse sobre las hojas de los árboles del bosque esparcidas por el suelo y morir allí, a los pies de Arthur Dimmesdale.

—¡Oh, Arthur —exclamó Hester—, perdóname! ¡He tratado de ser leal y no mentir en todo lo demás! La verdad era la única virtud a la que podía aferrarme y a la que me aferré en todas las circunstancias extremas; excepto cuando tu bienestar, tu vida, tu reputación estaban en juego. Entonces consentí en el engaño. Pero la mentira nunca está bien aunque sea con amenaza de muerte. ¿No ves lo que quiero decirte? Ese anciano, el médico, al cual llaman Roger Chillingworth... ¡era mi marido!

El pastor la miró unos instantes con toda la violencia de una pasión que, entremezclada, en diversas formas, con sus cualidades más elevadas, más puras y más suaves, era, en efecto, la parte de su persona que reclamaba el demonio y por medio de la cual trataba de vencer al resto. Nunca se vio un ceño más adusto ni más fiero y lúgubre. Mientras duró, sólo unos instantes, fue como una transfiguración terrible. Pero su carácter se había debilitado tanto con el sufrimiento, que sus energías eran incapaces de mantener más que un esfuerzo leve y de corta duración. Se desplomó en la tierra y hundió su rostro entre las manos.

—¡Debí haberlo adivinado! —murmuró—. ¡Lo sabía! ¿Acaso no se me reveló el secreto en el instintivo rechazo de mi corazón la primera vez que lo vi y, desde entonces, cada vez que lo veo? ¿Cómo no comprendí? ¡Oh, Hester Prynne!, ¿no te das cuenta del horror de todo esto? ¿Y la vergüenza, la falta de pudor, el espanto de desnudar un corazón enfermo y culpable ante los ojos que disfrutaban dichosos de ese espectáculo? ¡Mujer, tú eres responsable de todo esto! ¡No puedo perdonarte!

—¡Tienes que perdonarme! —gritó Hester cayendo sobre las hojas secas junto a él—. Deja que Dios castigue. ¡Tú perdonarás!

Con una ternura intempestiva y desesperada, echó sus brazos alrededor de él oprimiéndole la cabeza contra su pecho, importándole muy poco que su mejilla se apoyase en la letra escarlata. El pastor trató en vano de zafarse de los brazos que lo sujetaban. Hester no lo dejaba por miedo de que la mirara con dureza. Todo el mundo la había mirado severamente: durante siete largos años, esta pobre mujer solitaria había sido objeto de las miradas duras y

severas de sus semejantes, y siempre soportó todo sin bajar su rostro, firme y triste. El cielo la había mirado también con severidad y ella no murió. Pero la severidad de este pobre hombre pálido, débil, pecador y agobiado por las penas era lo que Hester no podía soportar sin dejar de vivir.

—¿Me perdonarás? Perdóname, te lo pido —repetía una y otra vez—. ¿Dejarás de mirarme así? ¿Me perdonarás?

—Sí, te perdono, Hester —contestó el clérigo, finalmente, con un gran suspiro salido del abismo de un dolor profundo y sin ira—. Tú y yo no somos los pecadores más grandes del mundo. ¡Hay por lo menos uno peor que el sacerdote impuro! La venganza del anciano ha sido más negra aún que mi pecado. Él violó a sangre fría el sagrado secreto de un corazón humano. Tú y yo, Hester, nunca hicimos algo semejante.

—¡Nunca, nunca! —susurró ella—. Lo que hicimos tenía su propia consagración. ¡Así lo sentimos! ¡Nos lo dijimos el uno al otro! ¿Lo has olvidado acaso?

—¡Calla, Hester! —dijo Arthur Dimmesdale, levantándose del suelo—. No; no lo he olvidado.

Se sentaron nuevamente, muy juntos, con las manos entrelazadas, sobre el tronco musgoso de un árbol caído. Jamás les había deparado la vida un momento tan melancólico; era el punto hacia donde los llevaban sus pasos desde hacía mucho tiempo, caminando por un sendero cada vez más oscuro. Y, sin embargo, estaba impregnado de magia y un encanto tal, que los forzaba a demorarse un momento, y otro, y luego otro más. El bosque estaba muy oscuro alrededor de ellos y gemía ante una ráfaga que lo atravesaba. Las pesadas ramas se mecían pesadamente sobre sus cabezas, mientras un viejo árbol solemne crujía con tristeza como si le contase a otro la dolorosa historia de la pareja o pronosticase nuevas desgracias para el porvenir.

Seguían sin moverse. ¡Qué lúgubre se veía el sendero que los llevaría de nuevo al poblado, donde Hester volvería a cargar con el peso de su ignominia y el sacerdote seguiría viviendo la burla de su fama intachable! Esperaron un momento. Jamás un dorado rayo de sol les había sido tan precioso como la oscuridad de este lúgubre bosque. Aquí, observada sólo por los ojos de él, la letra escarlata no quemaba el pecho de la mujer caída. Y aquí sólo ante los ojos de Hester, Arthur Dimmesdale, falso ante Dios y los hombres, podía ser por unos instantes él mismo.

De pronto, visiblemente alarmado, le confió un pensamiento que acababa de ocurrírsele.

—Hester —gritó—, me acabo de dar cuenta de algo terrible. Roger Chillingworth está enterado de tu propósito de revelar su verdadera identidad.

¿Seguirá entonces conservando nuestro secreto? ¿Qué dirección tomará ahora su venganza?

—Tiene un carácter extrañamente discreto y reservado —replicó Hester pensativa—. Se le ha ido desarrollando con las prácticas secretas de su venganza. No creo posible que revele el secreto. Buscará sin duda otros medios para saciar su pasión.

—¿Y yo? ¿Cómo voy a seguir viviendo bajo el mismo techo y respirando el mismo aire que respira mi mortal enemigo? —exclamó Arthur Dimmesdale, encogiéndose y presionando una mano sobre su corazón, con un gesto que era ahora completamente natural en él—. Piensa por mí, Hester. Tú eres fuerte. Decide tú por mí.

—No debes seguir viviendo en la misma casa que ese hombre —dijo Hester tranquilamente pero con firmeza—. ¡Tu corazón no debe seguir expuesto a sus pérfidas miradas!

—¡Sería para mí peor que la muerte! —replicó el clérigo—. Pero ¿cómo evitarlo? ¿Qué puedo hacer? ¿Recostarme nuevamente sobre estas hojas marchitas, donde me desplomé cuando me dijiste quién era? ¿Hundirme en ellas para morir ahora mismo?

—¡Qué desgracia tan atroz ha caído sobre ti! —dijo Hester con los ojos llenos de lágrimas—. Te dejarás morir por tu propia debilidad. ¡No existe otro motivo!

—El juicio de Dios pesa sobre mí —contestó el sacerdote, agobiado por el peso de su conciencia—. Es demasiado para que pueda luchar contra él.

—El cielo tendría misericordia de nosotros —agregó Hester—, si tan sólo tuvieras la fuerza precisa para poder aprovecharla.

—¡Tú tienes que ser fuerte por mí! —contestó él—. Aconséjame qué debo hacer.

—¿Acaso es el mundo tan pequeño? —exclamó Hester Prynne fijando sus profundos ojos en los del pastor y ejerciendo instintivamente un poder magnético sobre aquel espíritu tan destrozado y sumiso que apenas podía mantenerse en pie—. ¿Acaso termina el universo en los límites del pueblo, que hasta hace muy poco no era más que un desierto salpicado de hojas marchitas, tan solitario como el bosque que nos rodea? ¿Hacia dónde lleva aquel rústico sendero? ¿De vuelta hacia el poblado, dices tú? Sí. ¡Pero también más allá! Se interna más y más profundamente en la espesura, cada vez menos visible; hasta que, a algunas millas de aquí, las hojas amarillas no mostrarán siquiera vestigios del paso de los hombres blancos. ¡Allí eres libre! ¡Un corto viaje te llevaría, desde un mundo donde has sido tan desgraciado, hasta otro donde aún

puedes ser feliz! ¿No hay acaso sombra suficiente en este bosque infinito para ocultar tu corazón de las miradas de Roger Chillingworth?

—Sí, Hester, ¡pero sólo bajo las hojas caídas! —replicó el clérigo con una sonrisa llena de tristeza.

—¡Existe también el ancho camino del mar! —continuó Hester—. Por él viniste. Y, si tú quieres, te llevará de vuelta. En nuestra tierra natal, ya sea en una remota aldea rural o en el extenso Londres, y con toda seguridad en Alemania, en Francia o en la encantadora Italia, estarías fuera del alcance de su poder y su conocimiento. ¡Y qué tienes tú que ver con estos hombres de hierro, con sus opiniones y juicios! Hace demasiado tiempo que tienen como rehén lo mejor de ti mismo.

—¡No puede ser! —contestó el clérigo, escuchándola hablar como si se le propusiera realizar un sueño—. No puedo irme. Desgraciado y pecador como soy, no he tenido otro pensamiento que arrastrar mi existencia terrena en la esfera donde me colocó la Providencia. ¡Perdida como está mi propia alma, puede aún hacer mucho por otras almas! No me atrevo a abandonar mi puesto, a pesar de ser un centinela infiel cuya recompensa será con toda seguridad la muerte y el deshonor cuando mi penosa guardia haya concluido.

—Te sientes aplastado por el peso de estos siete años de penurias —contestó Hester, decidida a levantarle el ánimo con el vigor de su propia fuerza—. Pero dejarás todo tras de ti. Nada estorbará tus pasos mientras camines por el sendero del bosque; ni tampoco cargará con ese peso el barco, si prefieres cruzar el mar. ¡Deja este desastre y esta desgracia aquí donde sucedió! ¡No te enredes más con ella! ¡Empieza todo de nuevo! ¿Acaso has agotado todas las posibilidades con esta única prueba? ¡No puede ser! El futuro está lleno aún de penas y alegrías. ¡La felicidad es posible! ¡Se puede hacer mucho bien! Cambia esta falsa vida tuya por una verdadera. Sé, si tu espíritu te impulsa a tal empresa, el maestro y el apóstol de los pieles rojas. O, más de acuerdo con tu naturaleza, sé un estudioso, un letrado entre los sabios más famosos del mundo civilizado. ¡Predica! ¡Escribe! ¡Haz algo! ¡Haz lo que sea, excepto dejarte morir! Abandona el nombre de Arthur Dimmesdale y adopta otro, uno muy alto, que puedas llevar sin miedo ni vergüenza. ¿Por qué tienes que continuar, aunque sea un solo día, sufriendo los tormentos que han consumido tu vida? ¿Tanto te han debilitado, que ya no puedes hacer nada, que no tendrás fuerzas siquiera para arrepentirte? ¡Anda, levántate y muévete!

—¡Oh, Hester! —gritó Arthur Dimmesdale, en cuyos ojos ardió una luz encendida por el entusiasmo, brilló y luego se apagó—. ¡Hablas de correr una carrera a un hombre cuyas rodillas tambalean de debilidad! Debo morir aquí. No me quedan ya fuerzas ni valor para aventurarme solo en el amplio, extraño y difícil mundo.

Fue la última expresión de abatimiento de su espíritu quebrantado. No tenía energías suficientes para agarrar la posibilidad de una vida mejor que parecía estar al alcance de su mano.

Repitió la palabra:

—¿Solo, Hester?

—¡No estarás solo! —contestó ella, con un hondo suspiro.

¡Todo había sido dicho!

XVIII. UN RAYO DE LUZ

Arthur Dimmesdale observaba el rostro de Hester con una mirada llena de alegría y una especie de pavor ante el atrevimiento con que había dicho lo que él apenas se atrevió a insinuar, jamás a pronunciar.

Pero Hester Prynne tenía una inteligencia muy ágil y valiente, la cual, por haber estado tanto tiempo no sólo alejada sino fuera de la ley de la sociedad, se había acostumbrado a planear por alturas desconocidas para el clérigo. Deambulaba, sin reglas, ni guías, ni directrices, por un desierto moral tan vasto, tan intrincado y sombrío como el bosque salvaje en cuya penumbra mantenían este coloquio que había de decidir el destino de ambos. Su inteligencia y su corazón moraban, por así decirlo, en descampados y desiertos, donde erraban con la misma libertad que un indio salvaje por el bosque. Durante muchos años observó desde este apartado punto de vista las instituciones humanas y todo lo que tanto los legisladores como los sacerdotes habían dictaminado, criticándolo todo, casi con la misma falta de reverencia que sentiría un indio por el hábito sacerdotal, la toga, la picota, las galeras, el fuego hogareño o la iglesia. Las circunstancias de su suerte y su destino le otorgaron una libertad inusitada. La letra escarlata fue su pasaporte hacia regiones donde otras mujeres no se atrevían a viajar. ¡La vergüenza, la desesperación y la soledad! Éstas fueron sus maestras, severas y atrevidas, y le habían dado temple y fortaleza, aunque mucho de lo que le enseñaron era equivocado.

El clérigo, por otro lado, no había tenido jamás experiencias que habrían podido llevarlo más allá de las fronteras de las leyes establecidas; aunque, por una sola vez, atropelló sin miedo una de las más sagradas. Pero éste había sido un pecado de pasión, no de principios, ni siquiera de intención. Desde aquel terrible momento, cuidó con celo morbosos y exagerado no sólo sus actos — ésos eran fáciles de controlar—, sino cada soplo de emoción y cada uno de sus pensamientos. En su puesto a la cabeza de la escala social que en aquellos

tiempos correspondía al clero, estaba más trabado por sus reglas, sus principios e incluso sus prejuicios. Como sacerdote, la estructura de su investidura, inevitablemente, lo ataba. Como hombre que pecó una vez, conservó siempre viva y dolorosamente sensible esa irritación constante de una herida mal curada que lo colocaba en una posición más segura, detrás de la línea demarcadora de la virtud, que si nunca hubiese pecado.

Así, por lo que respecta a Hester Prynne, parecía que los siete años de ilegalidad e ignominia que pasó fuera de la ley fueron poco más que preparatorios para aquella hora. ¡Pero Arthur Dimmesdale...! Si un hombre así cayese nuevamente, ¿qué podría alegarse como paliativo de su crimen? Nada; a menos que pudiera aducirse en su favor que estaba quebrantado por un largo y profundo sufrimiento; que su mente estaba ofuscada y confundida por el mismo remordimiento que lo acosaba; que, entre huir como un criminal confeso y quedarse como un hipócrita, a su conciencia le costaría encontrar el equilibrio, optar por una de las dos posiciones; que era humano evitar el peligro de muerte y la difamación, y las maquinaciones inescrutables de un enemigo; que, finalmente, apareciera ante este pobre peregrino un atisbo de simpatía en su triste y solitario camino, la posibilidad de una vida nueva auténtica y sin falsedades, a cambio del pesado castigo en que se había convertido su vida en expiación de su culpa. Y la dura verdad es que las huellas que la culpa deja en las almas no se pueden reparar en este mundo. Se puede tener mucho cuidado y vigilar celosamente para que el enemigo no se introduzca nuevamente en la ciudadela, e incluso hacer que, al atacar nuevamente, escoja otros medios que los que le dieron antes tan buen resultado. Pero allí está aún la muralla en ruinas, y, cerca de ella, el solapado paso del enemigo que aspira nuevamente a repetir sus triunfos.

Es inútil describir la lucha que se llevó a cabo en su espíritu. Baste decir que el clérigo decidió huir, y no solo, sino acompañado.

«Si, durante estos siete años —pensó—, pudiera yo recordar un solo instante de paz y esperanza, seguiría resistiendo gracias a la misericordia divina. Pero ahora, ya que estoy condenado irrevocablemente, ¿por qué no aprovechar el consuelo que es concedido al condenado antes de su ejecución? O, si fuese éste el camino hacia una vida mejor, como Hester trata de convencerme, ciertamente no dejo ninguna perspectiva mejor al intentarlo. Tampoco puedo seguir viviendo sin su compañía; es tan fuerte para sostenerme y apoyarme, tan tierna para consolarme... ¡Oh, Tú, a quien no me atrevo a alzar los ojos!, ¡oh, Tú!, ¿me perdonarás algún día?».

—¡Irás! —dijo Hester con calma, al encontrarse con la mirada de sus ojos.

Una vez tomada la decisión, su pecho se encendió con un resplandor de extraña alegría. Era el estímulo vigorizante que siente el prisionero que acaba

de escapar del calabozo de su propio corazón, al respirar la atmósfera libre de las regiones no redimidas, sin leyes ni religión. Su espíritu se elevó súbitamente, alcanzando una perspectiva del cielo más clara que la lograda por todas las penurias que lo tenían arrastrándose por los suelos. Al ser un temperamento profundamente religioso, sus sensaciones estaban inevitablemente marcadas por un exaltado fervor.

—¿Es posible que sienta de nuevo alegría? —gritó, asombrado de sí mismo—. ¡Creí que ya no podía, que había muerto dentro de mí toda posibilidad! ¡Oh, Hester, tú eres mi ángel bueno! Siento que aquí caí enfermo, manchado de pecados, aplastado por el dolor, aquí, sobre estas hojas del bosque, y que me incorporo como nuevo y con nuevas fuerzas para glorificar a Aquel que ha sido misericordioso con nosotros. ¡Ésta es ya una vida mejor! ¿Por qué no la buscamos antes?

—No miremos hacia atrás —contestó Hester Prynne—. ¡El pasado ha desaparecido! ¿Para qué detenernos recordándolo ahora? ¡Mira! Con este símbolo lo destruyo todo, y lo convierto en lo que nunca fue.

Al decir esto, se quitó el broche que sujetaba la letra escarlata y, arrancándola de su pecho, la arrojó lejos, en medio de las hojas marchitas. El místico símbolo cayó a orillas del arroyuelo. Un poco más y habría caído en el agua, cargando al pequeño torrente con otra pena más para llevar consigo, además de la ininteligible historia que seguía musitando a su paso. Pero allí estaba la letra bordada, brillando como una joya perdida que recoge a su paso algún desafortunado caminante, que desde entonces se siente perseguido por extraños fantasmas de culpa, tristezas del corazón y desgracias sin fin.

Al verse liberada del estigma, Hester dio un profundo suspiro que alejó de su espíritu el peso de la angustia y la vergüenza. ¡Qué alivio tan maravilloso! ¡No se había dado cuenta de su verdadero peso hasta que se sintió libre de él! Y, dejándose llevar por un nuevo impulso, se quitó la toca que sujetaba sus cabellos, los cuales cayeron pesados y oscuros sobre sus hombros, manchados de luz y sombra, y dotando a sus facciones de una luz suave y seductora. Alrededor de su boca y sus ojos jugueteaba una sonrisa radiante y llena de ternura que parecía brotar de las entrañas mismas de su femineidad. Sus mejillas, siempre tan pálidas, estaban ahora teñidas por un arrebol carmesí. Su sexo, su juventud y la fuerza de su belleza retornaron de lo que los hombres llaman el pasado irrevocable, para incrustarse, junto con sus anhelos de mujer y una alegría antes desconocida, dentro del círculo mágico de aquella hora. Y, como si la oscuridad y melancolía del cielo y la tierra no hubieran sido más que el reflejo de estos corazones humanos, desapareció junto con sus penas. Súbitamente, como si de pronto el cielo sonriese, salió el sol, inundando con su luz el bosque oscuro, alegrando el verde de las hojas, convirtiendo en oro el amarillo marchito y haciendo relucir los troncos grises de los viejos árboles

solemnes. Todo lo que antes proyectara sombras ahora emanaba luz. El paso del pequeño arroyuelo podía distinguirse por su alegre resplandor, internándose en el corazón misterioso del bosque, convertido ahora en un misterio de alegría.

Tal era la compenetración de la naturaleza —aquella naturaleza salvaje y pagana del bosque, jamás subyugada por ley humana, ni iluminada por elevadas verdades— con la felicidad de estos dos seres. El amor, ya sea recién nacido o recién despertado de un adormecimiento parecido a la muerte, siempre produce rayos de sol, llenando los corazones humanos de tal resplandor, que acaba desbordándose sobre el mundo exterior. Así pues, aunque el bosque hubiese permanecido en tinieblas, estaría igualmente lleno de rayos de luz ante los ojos de Hester y de Arthur Dimmesdale.

Hester lo miró con la emoción de una nueva alegría.

—¡Tienes que conocer a Pearl! —dijo—. ¡Nuestra pequeña Pearl! Tú la has visto ya, sí, lo sé, pero ahora la verás con otros ojos. Es una niña muy extraña; casi no puedo entenderla. Pero tú la querrás entrañablemente, igual que yo, y me aconsejarás sobre cómo debo tratarla.

—¿Tú crees que la niña se alegrará de conocerme? —preguntó el pastor, algo inquieto—. Generalmente, huyo de los niños, porque ellos siempre se muestran incómodos en mi presencia, como desconfiados. ¡He tenido miedo incluso de la pequeña Pearl!

—¡Ay! ¡Eso es muy triste! —contestó la madre—. Pero te querrá tiernamente, y tú a ella. No está muy lejos. La llamaré. ¡Pearl! ¡Pearl!

—Veo a la niña —dijo el pastor—. Por allí está, bañada por un rayo de sol, bastante lejos, al otro lado del arroyo. Así pues, ¿crees que la niña me querrá?

Hester sonrió nuevamente a Pearl, que estaba a cierta distancia, donde había dicho el clérigo, como una visión luminosa en el rayo de sol que caía sobre ella a través de un arco de ramas. El rayo se agitaba de un lado a otro ocultando o haciendo resaltar su figura, mostrándola de pronto con aspecto humano y de pronto como un espíritu, bajo las oscilaciones de la luz. Oyó la voz de su madre y se acercó caminando lentamente entre los árboles.

Pearl no se había aburrido mientras su madre conversaba con el clérigo. El gran bosque negro —severo y solemne ante los que traían las culpas y penas de este mundo a su seno— fue para la solitaria niña el mejor compañero de juegos. Sombrío como era, se puso sus mejores galas para recibirla. Le ofreció encarnadas moras, retoños del pasado otoño que sólo maduran en la primavera y que ahora lucían como húmedas gotas de sangre sobre las hojas marchitas. Pearl cogió unas cuantas y disfrutó de su extraño sabor. Los pequeños residentes de la floresta ni se molestaban en cederle el paso. Una perdiz con

sus diez polluelos, que se la había enfrentado, luego se arrepintió, claqueando para reconfortar a sus crías y que no tuviesen miedo. Un pichón, posado sobre una rama muy alta, permitió que Pearl se le pusiera debajo, emitiendo un sonido que tanto podía ser un saludo como un toque de alarma. Una ardilla, desde la cumbre de su casa sobre un árbol, animadamente enfadada o quizá contenta —pues las ardillas son unos pequeños personajes tan burlones y malhumorados que es difícil distinguir sus estados de ánimo—, parloteando con la niña, le tiró una nuez a la cabeza. Era una nuez del año anterior, ya roída por sus agudos dienteillos. Un zorro, despertando de su siesta por el leve rumor de los pasos de Pearl, miró a la niña con curiosidad, como dudando sobre si sería mejor escabullirse o renovar su siesta en el mismo lugar. Se dice también que un lobo —pero aquí la historia resulta improbable— se acercó a Pearl y le olfateó los vestidos, ofreciendo su fiera cabeza a las caricias de la niña. En todo caso, parece ser verdad que la madre naturaleza y los animalitos salvajes que allí moran se reconocían afines a la indómita niña.

Y era aquí más suave y gentil que en las calles bordeadas de pasto del poblado, o que en la cabaña de su madre. Las flores parecían saberlo; una y otra, todas, decían a su paso: «¡Adórnate conmigo, hermosa niña, adórnate conmigo!». Y, para agradecerlas, Pearl cogía violetas, anémonas, columbinas y algunas ramitas del verde más fresco que los viejos árboles ponían a su paso, con todo lo cual decoró su cabello y su pequeña cintura, y se convirtió en una ninfa infantil o una pequeña dríada, o cualquier otro ser en armonía con el viejo bosque. Así se encontraba ataviada Pearl cuando oyó la voz de su madre, y lentamente regresó hacia ella.

Lo hizo lentamente porque vio al clérigo.

XIX. LA NIÑA JUNTO AL ARROYO

—La querrás mucho —repitió Hester Prynne, mientras observaba a la pequeña Pearl sentada junto al clérigo—. ¿No te parece hermosa? Mira con cuánto arte se ha adornado con esas sencillas flores. Aunque hubiera recogido perlas, diamantes y rubíes en el bosque, no le sentarían tan bien. Es una niña preciosa. Pero sé muy bien de quién es su frente...

—¿Lo sabes, Hester? —dijo Arthur Dimmesdale con una sonrisa temerosa—. ¿Sabes que esta niña, siempre brincando a tu lado, me preocupaba mucho? De pronto pensaba alarmado (¡oh, Hester, qué pensamiento tan horrible, y qué horrible tenerlo!) que mis propias facciones se reflejaban en parte en su rostro, y de manera tan clara que nadie podía dejar de advertirlo. Pero en realidad se parece más a ti.

—No; más, no —contestó la madre con una tierna sonrisa—. Espera un poco y ya no necesitaremos tener miedo de decir de quién es hija. ¡Pero qué bella se ve con esas flores silvestres en el cabello! Es como si una de las hadas que dejamos atrás en nuestra querida Inglaterra la hubiera vestido y adornado para venir a buscarnos.

Con una sensación que nunca había experimentado ninguno de los dos, permanecieron sentados, observando cómo la niña avanzaba lentamente hacia ellos. Era evidente en ella el lazo que los unía. Ante el mundo se presentaba como un jeroglífico vivo, capaz de revelar el secreto que tan celosamente trataban de ocultar, claramente expresado en aquel símbolo, abiertamente manifiesto en él. ¡Habría habido quizá algún mago o profeta suficientemente hábil para leer aquellas letras de fuego! Pearl era la suma de esos dos seres hechos uno. Sea cuales fueren las desgracias pasadas, ¿cómo podían dudar de que el futuro uniría sus existencias terrenas, cuando veían ante sí reunidas la unidad material y la idea espiritual, donde se encontraban y en la que vivirían eternamente? Pensamientos como éste, y quizá otros que no querían reconocer o definir, los rodeaban con una aureola de magia y asombro mientras Pearl avanzaba hacia ellos.

—No dejes que note nada extraño en tu manera de dirigirte a ella; nada de ansiedad, ni de efusiones —susurró Hester—. Nuestra Pearl es como un pequeño duende caprichoso y fantástico; y, sobre todo, poco tolerante con las efusiones cuando no entiende por qué y para qué. Pero es capaz de sentir afectos muy fuertes. A mí me quiere mucho, y también te querrá mucho a ti.

—¡No te puedes imaginar —exclamó el pastor, mirando de lado a Hester Prynne— cuánto anhela mi corazón esta entrevista, y cuánto la teme! Pero la verdad es que, como ya te he dicho, por lo general los niños son poco amables conmigo. No se suben a mis rodillas, ni me hablan al oído, ni contestan mis sonrisas; se mantienen más bien alejados de mí, mirándome de un modo extraño. Incluso las criaturas pequeñas lloran cuando las cojo en brazos. Sin embargo, Pearl, dos veces en su corta vida, ha sido amable conmigo. La primera vez, tú sabes muy bien cuándo fue. Y la última cuando la llevaste a casa del venerable gobernador.

—¡Y tú hablaste con tanta valentía en favor de ella y de mí! —contestó la madre—. Lo recuerdo perfectamente; y lo recordará también la pequeña Pearl. ¡Nada temas! Puede que parezca rara y hosca al principio, pero pronto aprenderá a quererte.

Mientras tanto, Pearl había alcanzado la orilla del arroyo y estaba muy quieta en el extremo más alejado, mirando silenciosamente a Hester y al clérigo, los cuales seguían sentados el uno al lado del otro sobre el tronco cubierto de musgo, esperando que se acercara. Justo donde se había detenido,

el arroyuelo formaba una pequeña laguna, tan límpida y quieta, que reflejaba perfectamente la imagen de la pequeña con todo el pintoresco resplandor de su belleza la cual hacían resaltar las flores y los adornos del follaje, como más refinada, espiritualizada que la realidad. Esta imagen, casi idéntica a la de la verdadera Pearl, parecía comunicar parte de sus cualidades intangibles y vagas a la propia niña. Era muy extraña la manera como Pearl permanecía allí, mirándolos tan fijamente a través de la atmósfera borrosa del bosque sombrío, iluminada por un rayo de sol que parecía caer sobre ella como impulsado por una rara afinidad. En el arroyuelo, más abajo, había otra niña —otra, pero siempre la misma— con el mismo rayo de sol. Hester se sintió, de una manera indefinida que la mortificaba, como una extraña ante Pearl; como si la niña, en su solitario deambular por el bosque, se hubiese alejado de la esfera en que ella y su madre moraban juntas y estuviese ahora tratando vanamente de volver a ella.

Había tanto de verdad como de mentira en esta impresión; la madre y la niña se habían distanciado una de otra, pero la culpa no era de Pearl, sino de Hester. Desde que la primera se alejó de su lado, otra persona se había introducido dentro del círculo de los sentimientos de su madre, modificando de tal modo el aspecto de todos, que Pearl, al volver, no podía encontrar su antiguo lugar y apenas sabía dónde estaban.

—Se me ocurre una extraña fantasía —dijo el ministro llevado por su exacerbada sensibilidad—: que este arroyuelo es el límite entre dos mundos, y que nunca podrás encontrarte de nuevo con tu pequeña Pearl. ¿Es ella, acaso, uno de esos espíritus mágicos a los que, según las leyendas de nuestra niñez, les está prohibido cruzar un arroyo? Por favor, dile que se dé prisa; esta demora me pone muy nervioso.

—¡Ven, querida! —dijo Hester animándola y estirando hacia ella sus brazos—. ¡Qué lenta vas! Nunca tardas tanto. Aquí estoy con un amigo mío que será amigo tuyo también. Serás doblemente amada desde ahora en adelante, el doble de lo que tu madre podía quererte. Salta el arroyuelo y ven a nosotros. ¡Tú sabes saltar como un cervatillo!

Pearl, sin responder a estas cariñosas palabras, permaneció en silencio al otro lado del arroyuelo. De pronto fijaba sus pequeños ojos, brillantes y atrevidos, en su madre, de pronto en el clérigo, y de pronto incluía a ambos en la misma mirada, como para captar y explicarse a sí misma la relación que tenían el uno con el otro. Por algún motivo inexplicable, cuando Arthur Dimmesdale sintió los ojos de la niña fijos en él, su mano —con aquel gesto que, de tan habitual, se había convertido en involuntario— se posó sobre su corazón. Finalmente, con un aire muy particular de autoridad, Pearl adelantó la mano y, con el pequeño índice, señaló el pecho de su madre. Bajo ella, en el espejo de la laguna, se reflejaba la luminosa imagen de la pequeña Pearl

engalanada de flores señalando también con su dedo índice.

—Pearl, extraña criatura, ¿por qué no vienes hacia mí? —exclamó Hester.

Pearl seguía apuntando con el índice, y frunció el ceño. Gesto tan adusto impresionaba doblemente al dibujarse en una frente tan infantil y bella. Mientras su madre seguía llamándola con una serie de expresiones festivas e insólitas sonrisas, la niña daba pataditas en el suelo con gestos imperiosos. El arroyuelo reflejó nuevamente la fantástica belleza de la imagen, su ceño adusto, el índice acusador y los gestos imperiosos, magnificando a la pequeña Pearl.

—¡Date prisa, Pearl, o me enfadaré contigo! —gritó Hester Prynne, quien, aunque ya estaba acostumbrada a ese tipo de comportamiento, no quería permitir que no fuera más formal—. ¡Salta el arroyo, niña mala! ¡Y ven acá! ¡Si no, iré yo a buscarte!

Mas Pearl, completamente sorda tanto a las amenazas de su madre como a sus cariñosos ruegos, se dejó llevar por un ataque de rabia, gesticulando violentamente y haciendo con su dedito las contorsiones más extravagantes. Y acompañaba este despliegue caprichoso con gritos estridentes que resonaban por todo el bosque, con lo cual, aunque estaba sola, parecía que este ataque de furia irracional fuera fomentado por una multitud que le diera la razón y la azuzara. Una vez más, en el arroyuelo se veía la imagen de la furia de Pearl coronada de flores, pateando el suelo y gesticulando violentamente; y, junto con todo esto, apuntando con su pequeño índice el pecho de Hester.

—Ya sé lo que le pasa a la niña —susurró Hester dirigiéndose al pastor y poniéndose muy pálida a pesar de los esfuerzos que hacía para esconder sus problemas y su fastidio—. Los niños no aceptan ni el más leve cambio en el aspecto habitual de las cosas que diariamente tienen ante sus ojos. Pearl extraña algo que siempre me ha visto llevar.

—Te ruego —contestó el pastor— que, si de alguna manera puedes tranquilizar a la niña, lo hagas inmediatamente. Exceptuando la furia histérica de una vieja como mistress Hibbins —agregó, tratando de sonreír—, nada hay que me aterre más que un acceso de furia como éste en un niño. Tanto en la infantil belleza de Pearl como en la arrugada vieja, produce un efecto sobrenatural. ¡Tranquilízala, si me quieres!

Hester se dirigió de nuevo a Pearl con las mejillas rojas, luego de mirar intencionadamente al clérigo y suspirando profundamente; mientras, aun antes de que tuviera tiempo para hablar, el rubor de sus mejillas cedió a una palidez mortal.

—Pearl —dijo tristemente—, mira hacia abajo. Junto a tus pies. Allí mismo. Delante de ti. ¡En este lado del arroyo!

La niña dirigió la vista al sitio indicado; y allí estaba la letra escarlata, tan cerca de la orilla del agua, que el bordado de oro se reflejaba en ella.

—¡Tráemela! —dijo Hester.

—¡Ven tú a cogerla! —contestó Pearl.

—¡Habrased visto alguna vez una niña semejante! —comentó Hester dirigiéndose al pastor—. Mucho tengo que hablarte de ella. Pero, en verdad, respecto a esta odiada prenda, tiene razón. Debo soportar esta tortura un tiempo más aún, hasta que hayamos abandonado este lugar y podamos mirar hacia atrás como si lo hubiéramos soñado. ¡El bosque no puede ocultarla! ¡El amplio océano me la arrebatará de las manos y se la tragará para siempre!

Al decir estas palabras avanzó hacia la orilla del arroyo, cogió la letra escarlata y la sujetó de nuevo sobre su pecho. Llena aún de esperanzas, sólo unos momentos antes, Hester habló de ahogarla en lo más profundo del mar, y sin embargo ahora sentía que las manos del destino volvían a posar sobre sus hombros el peso de la fatalidad, al recibir de nuevo el símbolo maldito. Lo había arrojado al espacio y durante una hora respiró libremente, pero he aquí que la desgracia escarlata brillaba de nuevo en el mismo lugar. Siempre es así, sea o no éste un ejemplo típico de que un acto pecaminoso adquiere las características de la fatalidad. Seguidamente, Hester recogió las pesadas guedejas de su cabello y lo escondió bajo la cofia. Como si la triste letra tuviera el poder de marchitarlo todo, su belleza, el calor y la opulencia de su femineidad desaparecieron como la declinante luz del sol y una sombra gris pareció cubrirla. Dándose cuenta del triste cambio, adelantó su mano en dirección a Pearl.

—¿Conoces ahora a tu madre, Pearl? —preguntó con un tono suave, pero a la vez de reproche—. ¿Cruzarás ahora el arroyo y reconocerás a tu madre, ahora que lleva nuevamente su vergüenza en el pecho, ahora que está triste?

—¡Sí; ahora lo haré! —contestó la niña, saltando sobre el agua y estrechando a Hester en sus brazos—. ¡Ahora sí que eres de verdad mi madre! ¡Y yo soy tu pequeña Pearl!

Con un acceso de ternura, raro en ella, atrajo hacia sí la cabeza de su madre y besó su frente y sus mejillas. Entonces, con una especie de compulsión que siempre llevaba a esta niña a acompañar cualquier efusión de afecto reconfortante con una punzada de angustia, Pearl alzó la cabeza y besó también la letra escarlata.

—¡Qué mala eres! —dijo Hester—. Apenas me demuestras un poco de amor, te burlas luego de mí.

—¿Por qué está sentado allí el pastor? —preguntó Pearl.

—Está esperándote para saludarte —contestó su madre—. ¡Ven a pedirle su bendición! ¡Te quiere mucho, mi pequeña Pearl, y también quiere mucho a tu madre! ¿Lo querrás tú también? ¡Ven! ¡Está deseando abrazarte!

—¿Nos quiere a las dos? —preguntó Pearl, alzando la mirada hacia su madre—. ¿Volverá con nosotras al pueblo, cogidos los tres de la mano?

—Ahora no, niña querida —contestó Hester—. Pero dentro de unos días caminará de la mano con nosotras. Tendremos una casa y un hogar propio, y tú te sentarás en sus rodillas, y te enseñará muchas cosas y te amará tiernamente. Tú también lo querrás, ¿no es así?

—¿Y siempre tendrá la mano sobre su corazón? —preguntó Pearl.

—Niña tonta, ¿qué preguntas son esas? —exclamó su madre—. ¡Ven a pedirle su bendición!

Pero, ya sea influida por los celos que instintivamente sienten los niños muy mimados ante un rival peligroso, o por algún capricho de su extraña personalidad, Pearl no fue amable con el clérigo. Sólo con un gran esfuerzo logró la madre hacer que se le acercara, pues ella se recataba y manifestaba su recelo haciendo toda clase de muecas extrañas. Desde su más tierna infancia, fue capaz de contorsionar su rostro con una gran variedad de gestos y transformar su fisonomía dándole una serie de aspectos diferentes, llenos de malicia todos y cada uno en particular. El pastor, dolorosamente azorado, pero con la esperanza de que un beso fuera el talismán que lograra ablandar la reticencia de la niña y ganarle su afecto, se inclinó hacia delante y estampó un beso en su frente. Entonces, Pearl se deshizo de los brazos de su madre y, corriendo hacia el arroyuelo, se inclinó sobre él y empapó su frente para lavar las huellas de aquel beso hasta diluirlo por completo en el pequeño torrente de agua. Luego permaneció alejada de ellos, observando a su madre y al clérigo en silencio mientras ellos hablaban, concertando los planes apropiados a su nueva posición y el proyecto que muy pronto llevarían a cabo.

Y así terminó aquella aciaga entrevista. El rincón del bosque donde se llevó a cabo quedó solitario en medio de sus árboles viejos y oscuros, cuyas múltiples lenguas murmurarían sin cesar sobre lo que allí pasó sin que sirviera de escarmiento a mortal alguno. Y el melancólico arroyuelo tendrá una historia más que contar mientras se desliza susurrando sus tristes misterios sin cesar.

XX. LAS DUDAS DEL PASTOR

Al irse el pastor, adelantándose a Hester Prynne y a la pequeña Pearl, echó

una última mirada hacia atrás, como esperando ver sólo las borrosas imágenes de la madre y la niña. Le costaba aceptar la realidad de un acontecimiento tan importante como insólito en su vida. Pero allí estaba Hester vestida de gris, de pie junto al tronco del árbol, abatido muchos años antes y que el tiempo había ido cubriendo de musgo para que estos dos seres, predestinados a llevar sobre sus hombros la carga más pesada, pudieran sentarse allí un día y disfrutar de una hora de alivio y solaz. Y allí estaba también Pearl, bailando alegremente a la orilla del arroyo, ahora que el intruso se había ido y ella había recuperado su lugar de siempre junto a su madre. ¡No; el ministro no se había quedado dormido, no fue todo un sueño!

Para liberar a su mente de la duplicidad y vaguedad de las impresiones que la perturbaban, recordó y trató de definir más claramente los proyectos que Hester y él esbozaran para arreglar su partida. Decidieron que el viejo mundo, con sus grandes ciudades y multitudes, les brindaba un refugio más apropiado que las tierras vírgenes de Nueva Inglaterra o de cualquier parte de América, con sus alternativas de poblados indígenas y unos cuantos poblados europeos desparramados a lo largo de la costa. Esto sin contar con la salud del clérigo, tan poco adecuada para soportar las dificultades de la vida al aire libre. Sus dones naturales y su cultura le garantizaban, sin lugar a dudas, un sitio en un medio culto y civilizado; mientras más refinado fuera el sitio, mejor se adaptaría a él. Además, daba la coincidencia de que había un barco anclado en el puerto; uno de esos navíos de dudosos propósitos y procedencia, muy frecuentes en aquel entonces, los cuales, sin merecer enteramente la categoría de bandoleros del mar, vagaban por su superficie con sorprendente irresponsabilidad. Este navío acababa de llegar de las colonias españolas y dentro de tres días zarparía hacia Bristol. Hester Prynne, gracias a su labor, que la consagraba como una especie de hermana de la caridad, conocía al capitán del barco y a su tripulación, y podía agenciárselas para conseguir los pasajes de dos personas mayores y un niño, conservando el secreto de las identidades, que las circunstancias hacían imprescindible.

El ministro había preguntado a Hester, con mucho interés, la hora precisa en que partiría el barco. La salida estaba fijada para dentro de cuatro días a contar del presente. «¡Eso sí que es suerte!», se dijo a sí mismo. Ahora bien, nos cuesta revelar por qué Arthur Dimmesdale consideró tan afortunada esta circunstancia. Sin embargo —para no ocultar nada al lector—, diremos que era porque dentro de tres días le tocaba predicar el sermón del día de las Elecciones, y como ésa era una de las fechas más importantes en la vida de un clérigo de Nueva Inglaterra, no podía haber encontrado un momento y una manera más apropiados para terminar su carrera profesional. «¡Por lo menos, podrán decir de mí —pensaba este hombre ejemplar— que no dejé ninguna función pública sin cumplir o siquiera mal cumplida!». Lástima, realmente, que un acto de introspección tan profundo y agudo como el de este pobre

clérigo estuviera tan completamente equivocado. Hemos dicho de él, y puede que aún podamos decir, cosas peores, pero ninguna tan lastimosa; ninguna prueba a la vez tan pequeña como irrefutable de la sutil enfermedad que desde hacía mucho tiempo roía la verdadera sustancia de su personalidad. No hay hombre que logre presentar un rostro ante sí mismo y otro ante la multitud, durante mucho tiempo, sin que finalmente llegue a dudar de cuál es el verdadero.

La excitación de los sentimientos del doctor Dimmesdale, al retornar de su entrevista con Hester, le prestó una energía física rara en él y lo impulsó a caminar rápidamente. El sendero del bosque le pareció más rústico y salvaje con sus duros obstáculos naturales, notando menos que a la ida la huella de la planta del hombre. Saltó los charcos, atravesó los matorrales, subió las cuestas, descendió a las hondonadas y, en resumen, venció todas las dificultades del camino con una agilidad que a él mismo lo dejó atónito. No podía menos de recordar la debilidad y las numerosas pausas para tomar aliento con que había hecho el mismo recorrido dos días antes.

Al acercarse al pueblo, tuvo la impresión de que los objetos familiares habían cambiado completamente. Le parecía que no hacía un día, ni dos, ni tres, sino muchos, o quizá años, desde que los viera por última vez. Allí estaba, sin lugar a dudas, el habitual trazado de las calles, con la cantidad de aleros en punta, las veletas, todo en el sitio con que se le había grabado en la memoria. A pesar de ello, dejó de sentir esta sensación de que todo había cambiado. Lo mismo era verdad respecto a las amistades y relaciones con quienes se encontraba en el camino, y sobre todas las formas de vida tan bien conocidas, en el recinto del pequeño pueblo. No se veían ni más viejos ni más jóvenes; las barbas de los mayores no estaban más blancas, y tampoco la criatura que antes gateara caminaba ahora; era imposible describir las mutaciones que se habían operado en todas estas personas, ni en qué se diferenciaban de aquellos individuos a los que había echado una indiferente mirada de despedida poco antes; y, sin embargo, una sensación muy profunda en el interior del espíritu del ministro parecía demostrarle aquel cambio. La misma impresión lo golpeó fuertemente al pasar junto a las paredes de su propia iglesia. El edificio tenía un aspecto tan extraño y a la vez tan familiar, que la mente del reverendo Dimmesdale oscilaba entre dos ideas: que lo había visto antes sólo en sueños o que lo estaba soñando ahora.

Este fenómeno, con sus diversos aspectos, no correspondía a un cambio externo, sino a un cambio tan súbito e importante en el espectador, que las escenas familiares, durante las horas pasadas en un solo día, operaron en su conciencia un cambio digno de un lapso de muchos años. La voluntad del ministro, junto con la de Hester, y su nuevo destino produjeron esta transformación. Era el mismo pueblo de siempre, pero no era el mismo pastor

el que volvía del bosque. Podía muy bien haber dicho a sus amigos que lo saludaban al pasar: «¡No soy el hombre por el que me tomáis! Lo dejé atrás, en el bosque, escondido en un rincón secreto, cerca de un tronco de árbol cubierto de musgo y junto a un arroyuelo melancólico. Id a buscar a vuestro ministro y comprobaréis que su delgada figura, sus pálidas mejillas, su blanca frente surcada de arrugas quedaron allí, abandonadas, como un vestido usado». Sus amigos habrían insistido, sin duda: «¡Sí, eres el mismo de siempre!», pero habrían sido ellos los equivocados, no él.

Antes de llegar a su casa, el ser interior de Arthur Dimmesdale le dio nuevas pruebas de la revolución operada en la esfera de sus sentimientos y pensamientos. En realidad, un cambio total de los valores y los códigos morales de su fuero interno era lo único que podía justificar los impulsos que ahora sentía el infortunado a la vez que atónito clérigo. A cada paso sentía los más extraños impulsos, caprichosos y perversos, a la vez involuntarios e intencionados, que a pesar de sí mismo surgían de un ser más profundo que el que intentaba combatir esos impulsos. Por ejemplo, cuando se encontró con uno de sus diáconos. El buen anciano se dirigió a él con el afecto paternal y el ascendiente patriarcal que su edad venerable, su virtud y su posición en la Iglesia le permitían usar, y unido a todo esto el profundo respeto, casi adoración, que tanto las dotes personales como profesionales del ministro le merecían. Nunca hubo un ejemplo más hermoso de como la majestad de la edad y la sabiduría eran compatibles con el respeto y la obediencia debidos, por un inferior, a un rango social más elevado y una posición más importante. Esta vez, durante los dos o tres minutos que duró la conversación entre el reverendo Dimmesdale, y su excelente diácono de luengas barbas blancas, aquél sólo pudo contenerse y no hacer ciertos comentarios blasfemos que surgieron en su mente respecto a la ceremonia de la comunión, gracias a un gran esfuerzo y dominio de sí mismo. Temblaba como el azogue y se puso pálido como la muerte temiendo que su lengua se soltara y emitiera esos terribles conceptos sin que él conscientemente se lo permitiera. Y, a pesar del terror que sentía en su corazón, no pudo menos que echarse a reír al imaginarse al anciano diácono, patriarcal y virtuoso, totalmente petrificado ante la impiedad de su ministro.

Y sucedió otro incidente parecido. Caminando presuroso por la calle, se encontró Arthur Dimmesdale con su feligresa más anciana, una señora muy piadosa y de conducta ejemplar: pobre, viuda, muy sola y con un corazón tan lleno de recuerdos de su finado marido, de sus hijos muertos y de los viejos amigos muertos también mucho tiempo antes, que era como un cementerio lleno de lápidas con inscripciones. Sin embargo, todo esto, que podía haber sido una carga abrumadora de tristezas, era casi motivo de solemnes alegrías espirituales para esta devota anciana, gracias a los consuelos de la religión y a las verdades de las Escrituras, que la habían alimentado durante los últimos

treinta años. Y desde que el doctor Dimmesdale la tomó a su cargo, el mayor consuelo terrenal de la buena señora —que, de no haber sido también un consuelo celestial, habría dejado de serlo— era encontrarse con su pastor, ya sea por casualidad o con un propósito definido, y sentirse vivificada con una palabra cálida, fragante, evangélica, de inspiración celestial, que emergía de sus bienamados labios para penetrar en sus oídos torpes pero arrobados de atención. En esta oportunidad, hasta el momento mismo en que Arthur Dimmesdale acercó sus labios a los oídos de la anciana, el gran enemigo de las almas le impidió recordar ningún texto de las Escrituras, ni nada más, fuera de un corto, enérgico y, a su parecer, irrefutable argumento contra la inmortalidad del alma humana. De penetrar estas sentencias en la mente de la anciana feligresa, habrían sido causa de su muerte repentina, como si hubiese ingerido un veneno. No recordó lo que en realidad le dijo. Quizá sus frases fueran, por suerte, pronunciadas en forma tan desordenada, que no lograron transmitirle un concepto suficientemente claro para que la anciana viuda lo pudiese captar, o bien la Providencia hizo que las interpretara a su manera. En todo caso, al mirar hacia atrás, el ministro captó en el rostro de la anciana una expresión de éxtasis y de divina gratitud que parecía el reflejo de una visión celestial sobre su rostro ceniciento y arrugado.

Y luego, después de despedirse de su anciana feligresa, se encontró con la más joven de sus ovejas: una doncella que, gracias al sermón del reverendo Dimmesdale del domingo siguiente a su vigilia, había decidido trocar los inciertos placeres de este mundo por la esperanza celestial, que iría adquiriendo mayor cuerpo y brillantez mientras la vida fuera oscureciéndose a su alrededor, iluminando las tinieblas eternas con la luz de la eterna gloria. Era hermosa y pura como un lirio cultivado en el Paraíso. El clérigo sabía perfectamente que a él lo tenía colocado sobre el altar de su virtuoso e inmaculado corazón; que colgaba sus níveos cortinajes alrededor de su imagen, prestando a la religión el calor del amor, y al amor la pureza de la religión. Aquella tarde el mismísimo Satanás fue quien indujo a la doncella a alejarse del lado de su madre, poniendo en su camino a este hombre que sufría en aquel momento los tormentos de la tentación; o, para decirlo mejor, a este pobre hombre desesperado y perdido. Conforme se acercaba, el espíritu maligno le sugirió que condensara en una frase bien pensada el germen de la maldad, a fin de verterlo en su tierno regazo, donde muy pronto florecería y daría antes de mucho tiempo sus negros frutos. Era tal la sensación del poder que le daba su ascendiente sobre esta alma virgen, ciegamente confiada, que el ministro se sintió capaz de envenenar todo el campo de su inocencia con una sola mirada perversa, y engendrar y desarrollar sentimientos completamente opuestos con una sola palabra. Así pues, luchando aún con más denuedo que hasta entonces, se embozó en su capa, escondiendo en ella el rostro y dejando a la joven feligresa que juzgara su afrenta como pudiera. La pobre joven hurgó

en su conciencia —que estaba llena de pequeñeces sin importancia, como su bolsillo o su cesta de labores—, y se echó en cara, pobrecilla, mil faltas imaginarias. Aquella mañana cumplió con sus deberes domésticos con los ojos enrojecidos por el llanto.

Antes de que el ministro tuviese tiempo de celebrar su victoria sobre esta última tentación, sintió otro impulso, más absurdo que los anteriores y casi tan espantoso. Y era —nos sonrojamos al relatarlo— el de detenerse en el camino y enseñar una serie de palabrotas feas y malas a un grupo de pequeños puritanos que estaban jugando y sólo habían empezado a balbucear sus primeras palabras. Negándose esta monstruosidad, tan indigna de su estado, siguió su camino y tropezó con un marinero borracho perteneciente a la tripulación del barco llegado de las colonias españolas. Esta vez, ya que había vencido las otras tentaciones con tanto valor, el pobre pastor suspiraba por estrechar al menos las manos de este alquitranado tunante y solazarse con algunas bromas de mal gusto de las que los disolutos marinos siempre tienen una buena provisión, con una sarta de sólidas blasfemias, rotundas y sacrílegas. Fue más bien gracias a su buen gusto y su sentido del decoro, que debía al estado sacerdotal, más que a sus buenos principios, el que le fuera posible sobreponerse a esta última crisis.

«¿Qué es esto que me acosa y me tiene así? —pensó el ministro finalmente, deteniéndose en la calle y golpeándose la frente con la mano—. ¿Me habré vuelto loco? ¿O me han atrapado las redes del maligno? ¿Habré hecho con él un contrato en el bosque, firmándolo con mi sangre? ¿Y éste me obliga ahora a cumplirlo instándome a cometer toda clase de perversidades concebibles sólo por su pervertida imaginación?».

Mientras el reverendo Arthur Dimmesdale dialogaba de este modo consigo mismo y golpeaba con la mano su frente, se dice que la vieja mistress Hibbins, la famosa dama-bruja, pasaba justamente por allí. Su aspecto era impresionante: llevaba un peinado alto, muy complicado, un rico vestido de terciopelo y una gola confeccionada con el famoso almidón amarillo cuyo secreto le fuera confiado por Ann Turner, su gran amiga, poco antes de que esta buena señora fuese ahorcada por el asesinato de sir Thomas Overbury. La dama-bruja pudo haber leído los pensamientos del ministro o no, el hecho es que se detuvo, lo miró fijamente, sonrió con aire ladino y, a pesar de que no acostumbraba conversar con el clérigo, le dirigió la palabra:

—Así pues, reverendo, ha dado usted un paseo por el bosque —dijo la dama-bruja haciendo oscilar su peinado—. La próxima vez le ruego sólo que me advierta con tiempo suficiente y tendré muchísimo gusto en acompañarle. Sin alabarme demasiado, puedo asegurarle que mis recomendaciones son muy eficientes para que los forasteros sean bien recibidos por el potentado de aquellos dominios.

—Le confieso, señora —contestó el clérigo, con una gran reverencia que el elevado rango de la dama merecía y los buenos modales del pastor le obligaban a hacer—, por mi honor y conciencia, que sus palabras me dejan completamente perplejo y no sé cómo interpretarlas. No fui al bosque en busca de ningún potentado; ni tampoco tengo la menor intención de ir allí en el futuro con el propósito de buscarle. Mi único propósito fue saludar a mi virtuoso amigo el apóstol Eliot y con él regocijarme por las muchas almas que ha rescatado del infierno.

—¡Ja, ja, ja! —cacareó la dama-bruja, agitando siempre su empingorotada cabeza—. ¡Bueno, bueno; así debemos hablar a plena luz del día! ¡Actúa usted como si tuviera mucha práctica! ¡Pero a medianoche, y en el bosque, conversaremos de modo muy diferente!

Siguió entonces su camino, majestuosa en su ancianidad pero volteando la cabeza a menudo para sonreírle, como quien quiere dar fe de la secreta intimidad que los une.

«¿Es verdad, entonces, que me he vendido? —pensó el ministro—. ¿Que me he vendido al maligno, a quien, si la gente dice la verdad, esta vieja hechicera vestida de terciopelo y gola amarilla ha escogido por amo y señor?».

¡Pobre ministro! ¡Él había hecho un pacto muy similar! Tentado por un sueño de felicidad, se entregó deliberadamente, como nunca antes lo hiciera, a lo que él sabía era pecado mortal. Y el infeccioso veneno de aquel pecado se diseminó rápidamente por todo su sistema moral, estancando todos sus buenos instintos y despertando vivamente todos los malos: desprecio, amargura, deseos gratuitos de hacer daño, ridiculizar todo lo que era bueno y santo; todo aquello despertó dentro de él tentándolo, aunque asustándole al mismo tiempo. Y su encuentro con la anciana mistress Hibbins, si es verdad que acaeció, confirmó su compenetración y compañerismo con los pervertidos mortales y con el mundo de los espíritus malignos.

A todo esto llegó a su casa junto al cementerio y, apresurándose a subir las escaleras, se metió en su estudio. El ministro se alegró de haber llegado a su refugio antes de delatarse ante el mundo cometiendo alguna de esas extrañas y perversas excentricidades a las que se viera continuamente impulsado al recorrer las calles del pueblo. Penetró en la habitación, tan familiar, y miró a su alrededor: sus libros, las ventanas, el hogar, y el acogedor aspecto de los muros colgados de tapicerías, con la misma sensación de extrañeza que lo persiguiera durante todo el camino desde el rincón aquel en el bosque hasta el poblado, y por las calles. Aquí había estudiado y escrito, aquí había hecho sus ayunos y vigiliass, emergiendo medio muerto, aquí se había esforzado por rezar; aquí padeció mil sufrimientos. ¡Allí estaba la Biblia, escrita en hebreo antiguo, y Moisés y el Profeta hablándole por medio de ella, y la voz de Dios

en todo! Allí, en la mesa, estaba la pluma aún manchada de tinta junto al sermón sin concluir, con una frase a medias en el lugar donde sus pensamientos se detuvieron y cesaron de expresarse sobre la página, dos días antes. Sabía muy bien que era él mismo, el delgado y pálido ministro, quien sufrió e hizo estas cosas, y escribió todo aquello para el sermón del día de las Elecciones. Pero estaba como distante, observando su antiguo ser con una curiosidad desdeñosa, compasiva, pero a la vez con cierta envidia. ¡Aquel ser había desaparecido! Del bosque volvió otro hombre más sabio, conocedor de misterios ocultos que la inocencia y simplicidad del anterior nunca habrían alcanzado. ¡Amarga sabiduría!

Mientras se hacía estas reflexiones, sintió que alguien golpeaba a la puerta de su estudio y el ministro dijo: «¡Entre!», no muy seguro de que no fuese algún espíritu maligno. ¡Y lo era! El viejo Roger Chillingworth abrió la puerta y entró. El ministro se quedó sin habla, muy pálido, con una mano sobre las Escrituras hebreas y la otra sobre el pecho.

—¡Bienvenido a casa, reverendo señor! —dijo el médico—. ¿Y cómo encontró usted a aquel santo varón, el apóstol Eliot? Pero me parece, estimado señor, que está usted muy pálido, como si la caminata por el bosque hubiese sido demasiado ardua para usted. ¿No necesita mi asistencia para darle fuerzas y ánimos para la prédica del día de las Elecciones?

—No, yo creo que no —contestó el reverendo Dimmesdale—. La caminata y la visita al santo apóstol, y el aire libre que respiré, me hicieron mucho bien luego de permanecer tanto tiempo encerrado en mi estudio. Creo que ya no volveré a necesitar sus drogas, mi buen doctor, por más buenas que sean y administradas por mano tan amiga.

Durante todo este tiempo, Roger Chillingworth observaba al ministro con la mirada seria y penetrante con que el médico observa a su paciente. Pero, a pesar de estas demostraciones externas, el pastor estaba convencido de que el viejo lo sabía todo, o que al menos sospechaba seriamente que se había entrevistado con Hester Prynne. El galeno se dio cuenta en ese momento de que ante los ojos del ministro ya no era el amigo de confianza, sino su peor enemigo. Al saberse todo esto, lo normal sería que parte de ello al menos se dijera. Es muy extraño, sin embargo, el tiempo que a menudo pasa sin que las palabras den cuerpo a las cosas, y con qué destreza dos personas que quieren evitar ciertos temas pueden acercarse al borde mismo de éstos y volver a retirarse sin tocarlos. Así pues, el ministro estaba seguro de que Roger Chillingworth no se referiría a la verdadera posición del uno respecto al otro. Sin embargo, el galeno, con sus oscuras maniobras, se arrastró hasta quedar peligrosamente cerca del secreto.

—¿No sería mejor —preguntó— que hiciese uso de mis pobres

conocimientos esta noche? De verdad, señor, tenemos que hacer todo lo posible para que esté usted fuerte y vigoroso en esta ocasión del sermón del día de las Elecciones. La gente espera grandes cosas de usted, temiendo que el año próximo su pastor no esté ya aquí y se haya ido.

—Sí; al otro mundo —dijo el ministro con piadosa resignación—. Quiera Dios que sea un mundo mejor; porque, la verdad sea dicha, no creo poder seguir junto a mi rebaño otro año más. Pero, por lo que respecta a sus medicamentos, estimado señor, en mi presente estado físico creo no necesitarlos.

—Me alegra mucho oírlo —contestó el médico—. Puede ser que mis medicinas, administradas en vano durante tanto tiempo, empiecen justamente ahora a hacer efecto. ¡Qué feliz sería yo, y cómo merecería la estimación de Nueva Inglaterra, de haber logrado esta cura!

—Se lo agradezco de todo corazón, mi bueno y cuidadoso amigo —dijo Dimmesdale con solemne sonrisa—. Se lo agradezco y sólo puedo retribuir sus buenas obras con mis oraciones.

—¡Las oraciones del justo son recompensa de oro! —contestó el anciano Roger Chillingworth mientras se despedía—. ¡Sí, la moneda de la Nueva Jerusalén, con el sello del mismo Rey!

Al quedarse solo, el ministro llamó a uno de los sirvientes de la casa y pidió comida, la cual al serle puesta delante, comió con un apetito voraz.

Entonces, arrojando las páginas ya escritas del sermón del día de las Elecciones, empezó otro inmediatamente, que escribió con tal fluidez y sentimiento, que se sintió realmente inspirado; y le asombró pensar que el Cielo encontrase apropiado transmitir la solemne e impresionante música de sus oráculos por medio de un instrumento tan viciado como él. Sin embargo, dejando que el misterio se solucionara por sí mismo, o no se solucionara jamás, siguió adelante con su labor con gran interés, emoción y éxtasis. Y así pasó la noche volando, como si fuese un corcel alado y él su intrépido caballero; llegó la mañana asomándose sonrojada a través de los cortinajes y fue a dar justo sobre los ojos deslumbrados del ministro. Allí estaba, con la pluma aún entre los dedos y un vasto, inconmensurable espacio escrito ante él.

XXI. DÍA DE FIESTA EN NUEVA INGLATERRA

Muy temprano por la mañana del día en que el nuevo gobernador había de recibir su cargo de manos del pueblo, Hester Prynne y la pequeña Pearl fueron a la plaza del Mercado. Ya estaba llena de artesanos y otros plebeyos,

habitantes de la ciudad; y entre ellos se veían algunos rudos personajes cuyas vestimentas de piel de venado indicaban que eran habitantes de los poblados del bosque que rodeaban la pequeña metrópolis de la colonia.

En este día de fiesta, como en todas las demás festividades de los últimos siete años, Hester Prynne iba vestida con un traje tosco de tela gris. Tanto por el tono de la tela como por alguna indescriptible peculiaridad en su forma, lograba que su vestido la hiciera desaparecer, esfumando sus contornos; pero la letra escarlata la recuperaba, haciéndola volver de esta penumbra del anonimato, revelándola bajo el aspecto moral de su propia iluminación. Su rostro, tan conocido por la gente del pueblo, mostraba la marmórea pasividad que todos estaban acostumbrados a ver en él. Era como una máscara, o más bien como la helada quietud de las facciones de una muerta; y este lúgubre parecido se debía, en efecto, al hecho de que Hester estaba realmente muerta, en cuanto a pretender que se le otorgase alguna muestra de compasión o simpatía, y se había alejado ya del mundo con el cual parecía aún alternar.

Podría ser que por esta única vez, en este único día, tuviese su rostro una expresión antes nunca vista, pero no era suficientemente vívida para poder ser captada a simple vista, a menos que algún observador superdotado hubiese podido leer primero en su corazón y buscado luego en su porte y semblante la expresión de lo sucedido. Tan agudo observador podría comprender muy bien que, luego de soportar la mirada de la multitud durante siete largos y tristes años, por necesidad, penitencia y la fuerza de una austera religión, por esta última vez la afrontara libre y voluntariamente, para convertir en un pequeño triunfo lo que durante tanto tiempo había sido un suplicio. «¡Mirad por última vez la letra escarlata y a quien la lleva! —habría podido decirles la pobre víctima, la esclava sin esperanza de remisión—. ¡Esperad un poco más y estaré fuera de vuestro alcance! ¡Unas horas más y el profundo y misterioso océano habrá extinguido y ocultado para siempre el símbolo que hicisteis arder en mi pecho!». Y no sería acertado calificar de incongruente a la naturaleza humana al suponer en Hester un sentimiento de tristeza en el momento de lograr la liberación de aquel dolor que tan profundamente había llevado incorporado a su ser. No sería raro que sintiese un irresistible deseo de apurar hasta la última gota el acíbar que había sazonado casi todos sus años de mujer madura. El licor de vida que desde ahora se brindaría a su boca sería sin duda sabroso, exquisito y estimulante en su copa de oro cincelada; produciendo en ella también una dulce languidez, luego de haber apurado las heces de la amargura, que la marearon como un licor muy fuerte.

Pearl estaba ataviada con una alegría vaporosa. Habría sido imposible adivinar que esta aparición, brillante y luminosa, debía su existencia a la sombría forma gris; o que una inventiva a la vez tan extravagante y delicada como la que se necesitaba para idear y confeccionar la vestimenta de la niña

era la misma que había logrado, produciendo un efecto más difícil quizá, otorgar una peculiaridad tan personal y especial al sencillo vestido de Hester. El vestido de la pequeña Pearl era tan apropiado a su carácter, que parecía una emanación o desarrollo inevitable y manifestación externa de su personalidad, tan inseparable de ella como lo son los tonos multicolores de las alas de una mariposa o el glorioso color de los pétalos de una flor. Lo mismo sucedía con la niña; su atuendo parecía ser parte de su propia naturaleza. En este día, sin embargo, estaba de un humor especialmente excitable e inquieto, parecido al brillo fulgurante de un diamante que centellea y relampaguea de acuerdo con las palpitaciones del pecho al cual está prendido. Los niños siempre captan y participan de la agitación de los mayores que están ligados a ellos; siempre tienen una percepción muy especial de cualquier inquietud o conmoción que sientan en el aire, sea de la clase que sea, o en sus circunstancias hogareñas; y por ello Pearl, que era la joya más preciada del perturbado pecho de su madre, dejó entrever por medio de la danza de su espíritu aquellas emociones que nadie pudo adivinar en la pasividad marmórea de la frente de Hester.

Esta efervescencia la hacía volar, más que caminar, con movimientos de pájaro, junto a su madre. Continuamente irrumpía con gritos inarticulados y salvajes, algunas veces dotados de una penetrante musicalidad. Cuando llegaron a la plaza del Mercado se puso aún más agitada al percibir el movimiento y el bullicio que animaban el lugar, el cual, por lo regular, más se parecía a un ancho y solitario prado, como el que había frente a la iglesia del pueblo, que al centro comercial de una comunidad.

—¿Qué sucede, madre? —exclamó la niña—. ¿Por qué toda la gente ha dejado hoy su trabajo? ¿Es día de fiesta para todo el mundo? Mira, ahí está el herrero. Se ha lavado el hollín de su cara y se ha puesto su traje de domingo. Parece estar dispuesto a divertirse, si alguien le pudiera enseñar cómo hacerlo. Y ahí está master Brackett, el viejo carcelero, sonriéndome y saludándome. ¿Por qué lo hace, madre?

—Te recuerda de cuando eras un bebé, hija mía —respondió Hester.

—No debía sonreírme y saludarme por eso, ese sombrío anciano de ojos tan feos —dijo Pearl—. Puede saludarte a ti, si lo desea, porque estás vestida de gris y luces la letra escarlata. Pero mira, madre, mira cuántos rostros extraños, y cuántos indios, y cuántos marineros. ¿Qué han venido a hacer aquí, a la plaza del Mercado?

—Están esperando que pase la procesión —dijo Hester—. Porque el gobernador y los magistrados deben pasar, y también los ministros, y toda la gente importante, marchando detrás de la música y los soldados.

—¿Y el pastor estará entre ellos? —preguntó Pearl—. ¿Y me tenderá las manos como cuando me llevaste donde él, junto al arroyo?

—Estará presente, hija mía —respondió su madre—, pero no te saludará hoy; y tú tampoco debes saludarlo a él.

—¡Qué hombre más extraño y triste es! —dijo la niña como hablando consigo misma—. En la oscuridad de la noche nos llama y toma tu mano y la mía como cuando estuvimos con él sobre el cadalso. Y en el fondo del bosque, donde sólo los viejos árboles pueden oír y un pequeño trozo de cielo puede verlo, habla contigo sentado sobre un montón de musgo. Y también besa mi frente, y el pequeño arroyo apenas puede lavar ese beso. Pero aquí, en este día soleado y entre toda esta gente, no nos conoce; y nosotras tampoco debemos conocerlo. Es un hombre extraño y triste, con una mano siempre sobre el corazón.

—¡Calla, Pearl! Tú no entiendes estas cosas —dijo su madre—. No pienses ahora en el pastor; debes observar todo lo que sucede alrededor tuyo y mirar qué alegre está hoy el rostro de todo el mundo. Los niños han salido de los colegios y los adultos de sus talleres y sus campos con el propósito de alegrarse. Porque hoy un hombre nuevo va a comenzar a gobernarlos; y así, como es costumbre desde que esta nación se fundó, la gente se regocija y alegra como si un año bueno y dorado se anunciara por fin al pobre y viejo mundo.

La explicación que Hester dio en lo que se refiere a la poco acostumbrada alegría que brillaba en los rostros de la gente era exacta. En esta ocasión festiva —como ya había sido antes y continuó siendo durante los dos siglos siguientes—, los puritanos comprimían la poca alegría y regocijo público que estimaban que la debilidad humana merecía, disipando así su acostumbrado retraimiento, de modo que durante ese único día de fiesta parecían apenas menos graves que otras comunidades durante un período de aflicción general.

Pero es posible que estemos exagerando el tinte negro, o grisáceo, que indudablemente caracterizaba el ambiente y las costumbres de ese tiempo. Las personas que ahora se encontraban en la plaza del Mercado de Boston no habían nacido dentro de la tradición puritana, habían nacido en Inglaterra, y sus padres habían vivido en la brillantez y riqueza de la época isabelina, época en que la vida de Inglaterra parece haber sido magnífica, fastuosa y alegre, más que en ninguna época anterior. De haber sido fieles a sus gustos hereditarios, los colonos de Nueva Inglaterra habrían ilustrado todos los acontecimientos de importancia pública con fogatas, banquetes, espectáculos y procesiones. No les habría sido imposible, en las ocasiones de ceremonia, combinar las recreaciones alegres con la solemnidad, y dar un tono divertido y brillante al atuendo que una nación acostumbra lucir en tales festividades. Se adivinaba como una leve intención de celebrar así el día en que comenzaba el año político de la colonia. El pálido recuerdo de esplendores pasados, una repetición descolorida y anodina de lo que habían visto en el viejo y orgulloso

Londres —no diremos durante las celebraciones de una coronación real, sino, quizá, para la investidura de un alcalde—, podía vislumbrarse en las costumbres de nuestros antepasados durante la institución anual del nuevo magistrado. Los padres y los fundadores de la nación —el hombre de estado, el clérigo y el militar— estimaban que era un deber asumir el aspecto exterior de la pompa y la majestad, el cual, de acuerdo con el antiguo estilo, se consideraba que era el adecuado a la eminencia pública y social. Todos acudieron para formar parte de la procesión que se desarrollaba ante los ojos del pueblo y prestar así la dignidad necesaria a la simple estructura de un gobierno recién organizado.

Entonces la gente tenía también ocasión —aunque esto no se estimulaba— de relajar un poco su ardua dedicación a las variadas aplicaciones de su sencillo trabajo, que para ellos formaba parte del espíritu y la materia de su religión. Es cierto que aquí no se veía ninguno de los espectáculos que en tiempos de Isabel de Inglaterra eran tan comunes. Y también en la época del rey Jaime. Jamás, siquiera, una simple representación teatral. Ningún trovador con su arpa y su balada legendaria; ni un juglar con un mono bailando al son de la música; ni un prestidigitador con sus trucos de falsa brujería; ni un Merry Andrew que animara a las multitudes con sus chistes, quizá centenarios, pero todavía efectivos por recurrir a las más simples fuentes de la alegría. Todos estos maestros de las variadas ramas de la jocosidad habrían sido severamente prohibidos, no sólo por la rígida disciplina de la ley, sino por el sentimiento que animaba a la ley. Sin embargo, la grande y honrada cara del pueblo sonreía, hoscamente quizá, pero también abiertamente. No era que faltaran diversiones parecidas a las que los colonos habían presenciado, y en las que habían tomado parte, mucho tiempo antes, en las ferias campestres y en los prados de los pueblos de Inglaterra. Y parecía ser una buena política mantenerlas vivas en la nueva tierra, a causa de la bravura y hombría que eran su esencia. Campeonatos de lucha, en los estilos de Devonshire o de Cornualles, se veían en diversas partes de la plaza del Mercado; en una esquina había un amistoso encuentro de lanzas; y sobre el cadalso, ya tan familiar para nosotros, atrayendo mayormente la atención de todos, dos maestros hacían demostraciones con el escudo y la espada. Pero, para gran desilusión de todos los ciudadanos, este deporte fue interrumpido por el alguacil del pueblo, quien no iba a permitir que la majestad de la ley fuera violada por tal abuso de uno de sus lugares más santos.

Quizá no sea exagerado afirmar, de una manera general, que aquellos ciudadanos —que se encontraban en los primeros estadios de un comportamiento sin alegría y eran hijos de aquellos otros que en su tiempo habían sabido ser alegres— se podían comparar favorablemente con sus descendientes en lo que se refiere a festejos, incluso con un intervalo tan largo como el que separa a ellos de nosotros. En la posterioridad inmediata, la

generación siguiente a la de los primeros emigrantes mostró la tonalidad más negra del puritanismo, y de tal manera oscurecía con ella el rostro de la nación, que todos los años siguientes no han sido suficientes para limpiarlo. Tenemos que volver a aprender el arte olvidado de la alegría.

El cuadro de la vida humana en la plaza del Mercado, aunque en él dominaban el triste gris café y el negro de los atuendos de los emigrantes ingleses, se veía, sin embargo, aliviado por cierta riqueza de colorido. Un grupo de indios —adornados con sus galas salvajes, con vestidos de ante curiosamente bordados y cinturones de abalorios rojos y ocre, tocados con plumas y armados con arcos y flechas, y lanzas con punta de piedra— se mantenían aparte, con rostros de inmutable gravedad, más graves aún que los de los puritanos. Sin embargo, por muy salvajes que fueran estos bárbaros pintarrajeados, no eran lo más vistoso de la escena. Esta distinción podía ser reclamada por algunos marineros —parte de la tripulación que venía del Caribe— que habían bajado a tierra para presenciar las festividades del día de las Elecciones. Eran forajidos de aspecto rudo, de rostros tostados por el sol y grandes barbas; sus pantalones, bombachos, estaban ceñidos al talle por cinturones, con anchas hebillas de oro, de los que pendía un cuchillo o una espada. Debajo de sus amplios sombreros de paja brillaban ojos que tenían una especie de alegre ferocidad animal. Sin temor ni escrúpulo, transgredían las reglas de comportamiento que existían para todos los demás; fumaban tabaco ante las narices del alguacil, aunque cada bocanada habría costado un chelín a cualquier habitante del pueblo; tragaban aguardiente o vino que llevaban en sus cantimploras, y las ofrecían sin escrúpulos a la multitud boquiabierta que los rodeaba. Era característico de la moralidad de la época, que estimamos muy rígida, el que se concedía gran licencia a los marineros no sólo para su comportamiento en tierra, sino para una conducta mucho más extremada aún cuando se encontraban en su propio elemento. Los marineros de esa época serían considerados como piratas en la nuestra. No sería raro, por ejemplo, que la tripulación de esa misma nave, aunque no se compusiese de miembros especialmente malos de la hermandad marinera, fuera culpable de infracciones que habrían puesto en peligro sus cabezas en cualquier tribunal moderno.

El mar, en aquellos tiempos, se encrespaba, se agitaba y echaba espuma como le venía en gana, siguiendo su propia voluntad y sometido sólo a los vientos tempestuosos, y ninguna ley humana podía regirlo. El filibustero de las olas podía renegar de su vocación y convertirse inmediatamente, si así lo deseaba, en un hombre probo y piadoso en tierra firme; pero ni siquiera en plenas funciones de su temerario oficio era considerado como persona deshonrosa con la cual no fuese lícito tratar.

Así pues, los patriarcas puritanos, con sus capas negras, almidonadas golas y sombreros en punta, sonreían con cierta complacencia ante el bullicio y el

tosco comportamiento de estos alegres marineros; y no produjo admiración ni repulsa el hecho de que un ciudadano tan respetable como el viejo Roger Chillingworth, el médico, entrase en el mercado conversando animada y familiarmente con el capitán del sospechoso navío.

Este último era, con mucho, la figura más vistosa y galana, en lo que se refiere al vestido, entre toda la multitud. Llevaba una profusión de cintas prendidas a su traje y encaje de oro en su sombrero, que estaba adornado con una cadena de oro y engalanado con una pluma. Llevaba una espada en el cinto y tenía una cicatriz en la frente, la cual, a juzgar por la forma como estaba arreglado su cabello, más parecía querer lucir que esconder. Un habitante del poblado no habría podido vestir dichas galas y mostrar aquel rostro, o hacer ambas cosas con un aire tan galano y atrevido, sin tener que dar cuentas ante magistrado, pagar probablemente una multa o ser llevado a la cárcel, o quizá ser exhibido en la picota. Sin embargo, en el capitán este atuendo se consideraba tan apropiado como en los peces sus relucientes escamas.

Luego de despedirse del médico, el capitán del barco de Bristol erró perezosamente por el mercado hasta acercarse casualmente al lugar donde estaba Hester Prynne; pareció reconocerla y no vaciló en dirigirla la palabra. Como siempre sucedía en el lugar donde ésta se encontraba, había a su alrededor un pequeño espacio vacío, una especie de círculo mágico dentro del cual, a pesar de que la gente estaba amontonada y a cierta distancia de allí se daban codo con codo, nadie se atrevía a entrar. Era una señal palpable de la soledad moral en que la letra escarlata envolvía a su desgraciada portadora; en parte debida a su propia reserva y en parte por el instintivo alejamiento de la gente, si bien, en honor a la verdad, debemos decir que éste, en los últimos tiempos, no estaba desprovisto de un sentimiento de bondad hacia ella. Ahora, si nunca antes, este círculo mágico cumplió con un buen propósito: el de permitir a Hester y al marino hablar sin que nadie los escuchara; y tan diferente era ahora la reputación de Hester Prynne ante la gente, que la matrona más rígida en asuntos de moral en el pueblo no habría considerado más escandaloso aquel coloquio que si hubiera sido ella misma quien participara en él.

—Así pues, señora —dijo el marino—, tengo que pedir al mayordomo que prepare una litera más, fuera de las que usted me pidió. Ahora, con el cirujano del barco y este otro doctor, no tendremos más peligros que las drogas y las píldoras; ya que tengo además una buena provisión que adquiriré en un barco español.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Hester más inquieta y asombrada de lo que dejaba entrever—. ¿Tiene usted otro pasajero?

—Pues ¿no sabe usted —exclamó el capitán del barco— que este médico, el que se hace llamar Chillingworth, quiere hacer el viaje con ustedes? Pero si tienen que saberlo muy bien... porque él me dijo que era de la partida y muy amigo del caballero del que usted me habló, aquel que corre peligro entre estos amargos y estrictos dignatarios puritanos.

—Sí, se conocen muy bien —contestó Hester, aparentando mucha calma, a pesar de estar consternada—; han vivido juntos mucho tiempo.

Nada más hablaron el marino y Hester Prynne. Pero en aquel instante Hester vio al propio Roger Chillingworth, de pie en el rincón más alejado de la plaza del Mercado, sonriéndole con una sonrisa que, en medio y a través de la amplia y bullente plaza, de las conversaciones y risas, de los diversos pensamientos y humores, y preocupaciones de la muchedumbre, le transmitía un secreto y espantoso significado.

XXII. LA PROCESIÓN

Antes de que Hester Prynne pudiera concentrarse y decidir qué sería mejor hacer ante este sorprendente aspecto que estaban tomando las cosas, oyó una música militar que se acercaba por una calle vecina. Era la procesión de magistrados y ciudadanos en camino hacia la iglesia, donde, siguiendo una tradición establecida desde muy antiguo y nunca abandonada, el reverendo Dimmesdale debía dar una plática para celebrar el día de las Elecciones.

Pronto se vio la cabeza de la procesión atravesando la plaza del Mercado, después de doblar una esquina, con paso medurado y ceremonioso. Primero venían los músicos. Había gran variedad de instrumentos, quizá no entonados con demasiada perfección ni destreza, pero obteniendo el resultado deseado al tocar el tambor y el clarín ante las multitudes; es decir, realzar y dar un aire más solemne a las escenas familiares. La pequeña Pearl, al principio, batió palmas, pero luego perdió por un instante la agitación que la había mantenido en continua efervescencia durante la mañana; miraba en silencio y parecía que los ampulosos y solemnes sonidos la encumbraran como a un ave marina. Pero pronto recuperó su anterior estado de ánimo debido al reverbero de los rayos de sol en las armas y brillantes corazas de los militares que aparecieron después de los músicos, y que formaban la escolta de honor de la procesión. Este cuerpo militar, que todavía existe y parece haber llegado hasta hoy manteniendo en alto su prestigio, no estaba compuesto por mercenarios. Sus filas estaban integradas por caballeros que sentían dentro de sí el fervor del espíritu militar y trataron de establecer un Colegio de Armas donde, como en una asociación de Caballeros Templarios, les fuera posible aprender la ciencia

y, tanto como se lo permitieran los tiempos de paz, la práctica de la guerra. La gran estima en que se tenía en esa época todo lo militar se revelaba en el solemne comportamiento de cada miembro del grupo. En realidad, algunos de ellos, por sus servicios en los Países Bajos y en otros campos de batalla europeos, habían llegado a merecer el nombre y el prestigio de lo militar. Toda la parada, incluyendo sus atuendos de brillante metal y las plumas balanceándose sobre los relucientes cascos, causaba una impresión tan deslumbradora, que ningún despliegue de tropas modernas puede igualar.

Y, sin embargo, los eminentes hombres del cuerpo civil, que seguían en pos de la escolta militar, merecían quizá más atención. Su estampa mostraba una majestad que hacía parecer vulgar el altanero paso de los militares, y hasta absurdo. Hablamos de una época en que lo que hoy llamamos talento tenía mucha menos importancia que ahora; en cambio, las sólidas cualidades que proporcionan estabilidad y carácter digno tenían mucha más. La gente llegaba a tener dignidad por derecho hereditario; y si ésta subsiste en alguno de los hombres públicos descendientes de aquélla, es en proporción limitada y con mucho disimulo. El cambio puede ser para bien o para mal, y quizá sea tanto para una cosa como para otra. En esos lejanos tiempos, el rudo colono de aquellas ásperas playas, habiendo dejado a su rey, a sus nobles y a todos los rangos de la dignidad detrás de él, y sin embargo con la necesidad de reverenciar todavía viva en él, confería su reverencia a las canas y a las frentes venerables de la ancianidad, a la integridad puesta a larga y dura prueba, a la solidez de la sabiduría y a la experiencia adusta; la confería a cualidades de ese orden grave y pesado, pero que transmite la idea de la permanencia y cae dentro de la clasificación general de la respetabilidad. Estos primitivos hombres de estado, como Bradstreet, Endecott, Dudley, Bellingham y sus pares, quienes fueron elevados al poder por la temprana elección del pueblo, parecen no haber sido siempre brillantes, y se distinguieron más por su sobriedad que por una actividad intelectual. Tenían fortaleza y confianza en sí mismos, y en tiempos de dificultad o de peligro se levantaban al unísono para proteger el bienestar del pueblo, como altos arrecifes contra la marea tempestuosa. Los rasgos que aquí he reseñado se encontraban bien representados en sus rostros cuadrados y en el gran desarrollo físico de los nuevos magistrados coloniales. En lo que se refiere a un comportamiento que expresa autoridad natural, la Madre Patria no habría tenido por qué avergonzarse si estos prohombres de una nueva democracia se sentaran en los bancos de la Casa de los Lores o del Consejo Privado del Rey.

Después de los magistrados venía el joven clérigo, distinguido y eminente, de quien la población esperaba escuchar la plática religiosa apropiada a la festividad.

En esa época, era en la profesión eclesiástica, más que en la vida política,

donde la habilidad intelectual se lucía de veras; porque, dejando de lado motivos más elevados, ofrecía una seducción tan potente, en forma de veneración rayana en adoración de toda la comunidad, que atrapaba a los jóvenes ambiciosos. Hasta el poder político, como en el caso de Increase Mather, estaba al alcance de un pastor con éxito.

Los que ahora lo observaban se decían que jamás, desde que el reverendo Dimmesdale puso pie en las playas de Nueva Inglaterra, había mostrado más energía que la que ahora proclamaba su manera de caminar, y tanta prestancia como la que marcaba su paso en la procesión. No demostraba debilidad alguna, como otras veces: su cuerpo no se veía encorvado, ni su mano se posaba ominosa sobre el corazón. Sin embargo, si se observaba bien al clérigo, se veía que su fuerza no era la fuerza del cuerpo. Parecía más bien espiritual, haberle sido regalada por cuidados angélicos, aunque también podía ser debida a la exaltación producida por el fuerte licor destilado en la fragua de la sincera y prolongada meditación. O quizá su temperamento, tan sensible, recibía energía de la música, penetrante y sonora, que subía al cielo y parecía elevarlo hacia las nubes en sus ondas ascendentes. Sin embargo, era tan abstraído su aspecto, que sería muy posible que Dimmesdale ni siquiera escuchara la música. Su cuerpo avanzaba con un ímpetu poco usual en él. Pero ¿dónde estaba su pensamiento? Lejos y muy profundamente enterrado en su propia región, ocupado, con anormal actividad, en ordenar la secuencia de elevados pensamientos que pronto debían ser expresados; de manera que no vio nada, no oyó nada, no supo nada de lo que sucedía alrededor de él, ya que el elemento espiritual ocupaba completamente su endeble cuerpo y lo arrastraba, inconsciente de la carga, desmaterializándolo. Algunos hombres de inteligencia poco corriente y algo morbosa poseen ocasionalmente este poder de efectuar un enorme esfuerzo en el cual expenden la vida de muchos días, y después se quedan sin vida por otros tantos.

Hester Prynne, al mirar fijamente al clérigo, sintió que una sensación terrible se apoderaba de ella; pero por qué o de dónde emanaba, no lo supo; a no ser que fuera porque se dio cuenta de que él estaba tan distante de su propia esfera, tan lejos de su alcance. Se había imaginado que por lo menos una mirada de reconocimiento se cruzaría entre ellos. Recordó el bosque sombrío, con su pequeño valle de soledad, de amor, de angustia, y el musgoso tronco donde, sentados juntos, con una mano en la mano del otro, habían intercambiado sus tristes y apasionadas palabras, mezclándolas con el melancólico murmullo del arroyo. ¡Con cuánta profundidad se habían llegado a conocer en ese instante! ¿Era éste el mismo hombre? Ahora, apenas lo reconocía. Él, pasando orgulloso frente a ella, como envuelto en la riqueza de la música, junto con la procesión de majestuosos y venerables patriarcas; él, tan imposible de alcanzar en su posición ante el mundo, y aún más ahora, hundido en sus adustos pensamientos, a través de los cuales ella ahora lo

contemplaba. Su espíritu se encogió ante la idea de que todo debía de haber sido un engaño, y que, por muy vívidamente que lo hubiera soñado, no podía haber existido jamás un lazo de unión entre el clérigo y ella. Y Hester era tan mujer, que apenas podía perdonarlo —menos que nunca ahora, cuando el grave paso del destino que se les acercaba podía ser oído más y más— por su capacidad de retraerse en forma tan total de su mundo mutuo; en la oscuridad de su pensamiento, sus manos lo buscaron ávidamente sin encontrarlo.

Sucedió que Pearl vio y se hizo cargo de los sentimientos de su madre, o bien sintió ella misma la lejanía insalvable que ahora rodeaba al clérigo. Mientras pasaba la procesión, la niña estaba nerviosa y agitada como un pájaro a punto de emprender el vuelo. Cuando terminó de pasar la procesión, miró a Hester.

—Madre —dijo—, ¿fue ése el mismo clérigo que me besó allá, junto al arroyo?

—¡Calla, pobre hija mía! —murmuró su madre—. No debemos hablar en la plaza del Mercado de lo que nos sucede en el bosque.

—No estaba segura de que fuese él; ¡se veía tan extraño! —continuó la niña—. Si hubiese estado segura, habría corrido para pedirle que me besara ahora, delante de todo el mundo, como lo hizo allá, entre los viejos árboles oscuros. ¿Qué habría dicho el ministro, madre? ¿Se habría colocado la mano sobre el corazón, o fruncido el ceño, o me habría dicho que me fuera?

—¿Qué te podría decir, Pearl? —respondió Hester—. Sólo que éste no es el momento más apropiado para besar; que no se dan besos en la plaza del Mercado. Bien hiciste, niña, en no hablarle.

Otro matiz del mismo sentimiento, en lo que se refiere al reverendo Dimmesdale, fue expresado por una persona cuya excentricidad —o cuya locura, como se la quiera llamar— la llevó a hacer lo que pocas personas del pueblo se habrían atrevido a llevar a cabo; es decir, iniciar en público una conversación con la portadora de la letra escarlata. Se trataba de la señora Hibbins, quien, ataviada con gran aparato, con una golilla triple, una faja bordada, una falda del más rico terciopelo y un bastón con empuñadura de oro, había salido a ver la procesión. Como esta anciana dama tenía la reputación (que después le costó la vida) de ser personaje principal en todas las actividades de necromancia que continuamente se desarrollaban en la colonia, la multitud se abrió a su paso, casi temerosa de ser tocada por sus vestiduras, como si llevara una plaga entre sus ricos pliegues. Vista junto a Hester Prynne, a pesar de los sentimientos de bondad que ahora muchos comenzaban a abrigar respecto a esta última, el temor que inspiraba mistress Hibbins se redobló, siendo causa de un movimiento general en aquel sector de la plaza del Mercado donde se encontraban ambas mujeres.

—¿Qué imaginación podría haber concebido algo así? —susurró confidencialmente la vieja dama a Hester—. ¡Ese clérigo! ¡Ese santo en la tierra, que la gente cree que es y que, debo confesarlo, parece ser! ¿Quién de los que acaban de verlo en la procesión se imaginaría que hace poco salió de su despacho (y seguro que fue mascullando un texto de las Escrituras en hebreo) para darse un paseíto por el bosque? ¡Ajá! ¡Nosotras sabemos qué significa eso, Hester Prynne! Pero la verdad es que me resulta difícil identificarlo como el mismo hombre. Muchos miembros de la Iglesia que iban tras la música han bailado los mismos bailes que yo cuando alguien tocaba el violín, y puede ser que un powpow indio o un hechicero lapón también bailaran con nosotras. Esto no tiene ninguna importancia cuando una mujer sabe lo que es el mundo. ¡Pero este ministro! ¿Estás completamente segura, Hester, de que se trata del mismo hombre con que te encontraste en el sendero del bosque?

—¡Señora, no sé de qué me habla! —respondió Hester Prynne, segura de que la señora Hibbins tenía la mente enferma; y, sin embargo, le causó un extraño temor la confianza con que afirmaba una conexión personal entre tantas personas (y ellas también) y el Maligno—. No me toca a mí hablar ligeramente de un sabio y piadoso ministro de la Iglesia como Arthur Dimmesdale.

—¡No seas tonta, mujer! —exclamó la anciana, sacudiendo un dedo ante las narices de Hester—. ¿Crees que yo, que he ido al bosque tantas veces, no he adquirido la suficiente sabiduría como para distinguir a las personas que también han ido? Sí, sé distinguirlas aunque no quede prendida en sus cabellos ni una sola hoja de las guirnaldas silvestres que lucieron mientras bailaban. Te conozco, Hester. Sé distinguir la marca. Todos podemos verla a la luz del sol. Y en la oscuridad resplandece como una llama roja. Tú la luces ante la vista de todo el mundo, de modo que no hay modo de equivocarse. Pero este ministro... Déjame decírtelo al oído: cuando el Oscuro ve a uno de sus servidores, firmado y sellado, con tanto miedo de reconocer sus relaciones como Dimmesdale, tiene su manera de arreglárselas para que su marca sea revelada a la luz del día ante los ojos de todo el mundo. ¿Qué es lo que el ministro trata de esconder con una mano sobre el pecho? ¡Ja, ja, Hester Prynne!

—¿Qué es, buena señora Hibbins? —preguntó ansiosa la pequeña Pearl—. ¿La ha visto usted?

—¡No te preocupes, querida! —respondió la señora Hibbins, haciendo una profunda reverencia a Pearl—. Tú misma la verás un día u otro. Dicen, hija mía, que perteneces a la estirpe del Príncipe del Aire. ¿Quieres salir a volar conmigo una noche clara, para ir a visitar a tu padre? Entonces sabrás por qué el ministro siempre lleva una mano sobre el corazón.

Riendo en voz tan alta que toda la plaza del Mercado la oyó, la anciana dama se fue.

Por entonces ya se habían rezado las oraciones preliminares en la iglesia y la voz del reverendo Dimmesdale estaba comenzando su discurso. Un sentimiento irresistible mantuvo a Hester clavada en su sitio. Como el edificio sagrado estaba demasiado lleno para entrar en él, se colocó junto al cadalso. Estaba lo suficiente cerca para oír todo el sermón que predicaba con su suave y característico acento la voz del ministro.

Este órgano vocal era en sí un rico instrumento; tanto, que quien lo escuchara sin entender el lenguaje en que el predicador hablaba, podía mecerse con las cadencias de su voz. Como toda música, transmitía pasión, patetismo, emociones elevadas o tiernas, con un vocabulario natural del alma humana, independiente del lenguaje utilizado. El sonido, atenuado por los muros de la iglesia, lo escuchó Hester Prynne tan atenta y emocionada, que todo el sermón tuvo para ella un significado enteramente distinto al de las palabras, que no era capaz de distinguir. Quizá éstas, de haberlas oído con más precisión, habrían resultado un medio más grosero y entorpecido lo espiritual. De pronto sentía un tono muy bajo, como si el vendaval se aquietara; luego ascendía con él mientras resurgía a través de distintas capas de dulzura y de fuerza, hasta que su volumen parecía envolverla con una atmósfera de asombro y solemne grandeza. Y, sin embargo, a pesar de que la voz de pronto se hacía majestuosa, siempre conservaba su carácter quejumbroso. Una alta o profunda expresión de angustia: el susurro o el aullido, según se lo imagine uno, de la humanidad dolorida, que tocaba la fibra sensible escondida en todos los pechos. Había momentos que esta profunda nota patética era todo cuanto se podía oír, y oír apenas, como suspirada en medio de un silencio desolado. Pero incluso cuando la voz del ministro se levantaba, alta y perentoria, cuando surgía poderosa hasta lo más alto, cuando asumía su mayor amplitud y envergadura, llenando la iglesia de tal modo que parecía hacer estallar los sólidos muros para difundirse por el aire, siempre, si el que escuchaba lo hacía con cuidado y con un verdadero propósito, podía detectar el quejido de dolor. ¿Qué era? La queja de un corazón humano apesadumbrado, quizá culpable, comunicando su secreto, de tristeza o de culpa, al gran corazón de la humanidad, implorando un poco de perdón y simpatía a cada momento, en cada acento, y nunca en vano. Era este profundo y continuo tono desesperado lo que daba al clérigo su poder más característico.

Durante todo este tiempo, Hester estuvo quieta como una estatua al pie del patíbulo. Si la voz del ministro no la hubiera mantenido allí, el sitio mismo lo habría hecho con un magnetismo que la atraía, puesto que allí transcurrió su primera hora de ignominia. Ella sentía algo —demasiado ambiguo para poder transformarlo en pensamiento, pero que pesaba sobre su mente— que le decía

que toda la órbita de su vida, tanto antes como después, estaba centrada en ese lugar, haciendo de él el único punto que le prestaba unidad.

Mientras tanto, la pequeña Pearl se había alejado de su madre y jugaba a su gusto por la plaza del Mercado. Su aspecto móvil y deslumbrante parecía prestar algo de alegría a la sombría multitud. Parecía un pájaro de alegre plumaje cuya presencia bastaba para iluminar todo un árbol de follaje tenebroso, saltando de una rama a otra, a veces ofreciéndose a la vista, a veces escondido en la penumbra de los macizos de hojas. Poseía una manera ondulante, aunque a veces directa, de moverse. Indicaba la incansable vivacidad de su espíritu, que hoy redoblaba la inquietud de su danza sobre la punta de los pies porque jugaba y vibraba con la angustia de su madre. En cuanto Pearl veía cualquier cosa que excitara su curiosidad, siempre activa y vagabunda, volaba hacia ella, y era como si tomara posesión de esa persona o esa cosa simplemente porque la deseaba; pero todo esto sin perder en absoluto el control de sus movimientos. Los puritanos la contemplaban y sonreían a pesar de ellos mismos, diciéndose que la niña era un engendro del demonio debido al encanto peregrino de su belleza y su excentricidad, la cual, iluminando su figura entera, relumbraba con su actividad. Corrió a mirar a un indio cara a cara y él sintió que estaba ante una naturaleza aún más salvaje que la propia. De ahí, con una audacia natural pero también con cierto tipo de reserva que le era característica, se lanzó en medio de un grupo de marineros, hombres que regresaban después de cruzar los océanos, con rostros oscurecidos por el sol, como los de los indios después de cruzar la tierra. Ellos contemplaron admirados y pensativos a Pearl, como si un copo de espuma hubiera tomado la forma de la niña y ésta estuviera dotada de un alma surgida del fuego marino que relumbra bajo la proa de los barcos en la noche.

Uno de estos marinos, el mismo capitán que había dirigido la palabra a Hester Prynne, quedó tan sorprendido con el aspecto de Pearl, que trató de agarrarla con la intención de robarle un beso. Resultándole tan difícil tocarla como cazar un pájaro mosca en pleno vuelo, se quitó del sombrero la cadena de oro que lo circundaba y se la tiró a la niña. Pearl se rodeó inmediatamente con ella el cuello y la cintura, con tan feliz resultado que parecía formar parte de ella misma y resultaba difícil imaginarse a la niña sin la cadena.

—¿Tu madre es aquella mujer, la de la letra escarlata? —preguntó el marino—. ¿Quieres llevarle un mensaje de mi parte?

—Si me gusta el mensaje, lo haré —respondió Pearl.

—Dile entonces —siguió el marino— que hablé de nuevo con el viejo médico, el hombre inclinado y de rostro oscuro. Él se compromete a traer a su amigo, el señor del cual se ocupa, a bordo de mi barco. De modo que tu madre no tiene que ocuparse más que de ella misma y de ti. ¿Le dirás esto, niña-

duende?

—¡La señora Hibbins dice que mi padre es el Príncipe de los Aires! — exclamó Pearl con su sonrisa perversa—. Si me pones apodos desagradables te acusaré a él, y él arrastrará tu barco con una tormenta.

Cruzando la plaza del Mercado en zigzag, la niña volvió a donde estaba su madre y le dio el mensaje del marino. El espíritu de Hester, que era fuerte, tranquilo y capaz de soportarlo todo, casi se hundió, finalmente, al ver ante sí el terrible aspecto de una catástrofe inevitable que, en el momento preciso en que el barco parecía facilitarles al clérigo y a ella un pasaje que los sacara del laberinto de su sufrimiento, se colocaba, sin compasión, en medio de su camino.

Con la mente turbada aún por la terrible perplejidad ocasionada por la noticia del capitán, vino a afectarla una nueva prueba. Muchos de los presentes habían acudido del campo circundante; a menudo habían oído hablar de la letra escarlata y su espanto había sido exagerado por mil rumores falsos, pero nunca la habían visto con sus propios ojos. Estos personajes, ya aburridos con otros entretenimientos, se agolparon ahora en torno a Hester Prynne, ruda y brutalmente intrusivos. A pesar de ser poco escrupulosos, no se atrevían a acercarse hasta menos de unos cuantos pasos. Y a esa distancia se quedaron mirando, dándose cuenta de la presión de los espectadores; y, habiendo averiguado el significado de la letra escarlata, llegaron a mezclar sus rostros quemados por el sol, rostros de bandidos, con los de los pobladores. Hasta los indios parecieron sentir la sombra fría de la curiosidad del hombre blanco; y, cimbreadose, atravesaron la multitud, quedándose con sus negros ojos de serpiente fijos sobre el pecho de Hester, quizá pensando que la portadora de tan historiado emblema debía de ser una persona de alta alcurnia. Por último, los habitantes de la ciudad (ya que su propio interés en este gastado tema revivió lánguidamente como por simpatía con lo que veían que los otros estaban sintiendo) se acercaron lánguidamente al mismo lugar y atormentaron a Hester, quizá más que todos los otros, con sus frías miradas, bien informadas de su vergüenza. Hester vio y reconoció los mismos rostros del grupo de señoras que la habían esperado al salir de la puerta de la prisión, siete años atrás; todos aquellos rostros, salvo uno, el de la mujer más joven y compasiva, cuya mortaja Hester misma había confeccionado. En la hora final, cuando ya estaba pronta a deshacerse de la letra escarlata, por alguna extraña razón había llegado a ser más que nunca el centro de observación y excitación, y esto mismo le quemaba el pecho más dolorosamente que ningún día desde el primero en que la llevó.

Mientras Hester estaba de pie en medio del círculo de la ignominia, donde la hábil crueldad de su sentencia parecía haberla fijado para siempre, el admirable predicador miraba desde su sagrado púlpito a una congregación

cuyos espíritus había logrado dominar. ¡La mujer de la letra escarlata en la plaza del Mercado! ¿Qué imaginación podía ser tan irreverente como para suponer que el mismo estigma quemante los había marcado a los dos?

XXIII. LA REVELACIÓN DE LA LETRA ESCARLATA

La elocuente voz que encumbró hasta las nubes las almas de la congregación que escuchaba por fin cesó. Hubo un momento de silencio, tan profundo como el que sigue a los pronunciamientos de los oráculos. Luego hubo un murmullo y un tumulto apenas ahogado, como si los que escuchaban, liberados de pronto del embrujo que los había transportado a la mente de otro ser, volvieran a sí mismos, todavía embargados de asombro. Después la multitud comenzó a salir de la iglesia. Ahora que había llegado el fin, necesitaban otro aire, más adecuado para nutrir la grosera vida diaria en la cual habían vuelto a caer, que aquella atmósfera que el predicador había convertido en palabras de fuego y cargado con la potencia de su pensamiento.

Al aire libre, la congregación, admirada por la prédica del pastor, irrumpió en comentarios. La calle y la plaza del Mercado enteras parecían hablar, de un extremo a otro, alabando al ministro. Muchos de los que lo habían escuchado no podían quedarse tranquilos hasta haber contado a otros lo que éstos sabían mejor que ellos. Según el testimonio de todos, jamás hombre alguno había hablado con un espíritu tan sabio, tan sagrado, tan alto como el del pastor aquel día; ni jamás la inspiración había animado otros labios mortales con más lucidez que en esa ocasión. Era casi como si se pudiera ver la inspiración descendiendo sobre él y poseyéndolo, haciéndolo ir más allá del discurso escrito que tenía ante sí y llenándolo de ideas que con seguridad eran tan prodigiosas para él mismo como para su auditorio. Su tema fue el de las relaciones de Dios con las comunidades humanas, con referencia especial a esta Nueva Inglaterra que estaban plantando aquí, en tierras ignotas. Y, al acercarse al fin de su sermón, un espíritu profético se posesionó de él, obligándolo a proseguir con la misma fuerza con que fueron obligados los antiguos profetas de Israel, pero con la diferencia de que, mientras los videntes judíos habían profetizado ruina y catástrofes para su pueblo, la misión del reverendo Dimmesdale fue proclamar un alto y glorioso destino para los recién congregados hombres de Dios. Pero durante todo el acto y toda la prédica se había sentido una profunda nota de patetismo que no podía ser interpretada más que como la tristeza natural de alguien cuyo destino es morir pronto. Sí, el ministro a quien tanto amaban, y que los amaba tanto a ellos, que sólo podía desprenderse de su alma con una exhalación, estaba destinado a una muerte temprana, y pronto los dejaría solos con sus llantos. La idea de su paso

transitorio por este mundo subrayó el efecto que el predicador había producido; era como si un ángel, de paso hacia el Cielo, hubiese mostrado sus alas deslumbrantes al pueblo —produciendo una sombra además de un esplendor—, y, sacudiéndolas, hubiera rociado a la congregación con verdades de oro.

Para el reverendo Dimmesdale, había llegado ese momento —como suele llegar a la mayor parte de los hombres en sus distintas profesiones, aunque es un momento que rara vez se reconoce como tal hasta que ha quedado atrás— en que la vida es más brillante y triunfal que en ninguna época anterior y ninguna época futura. En este momento se encontraba en la posición más orgullosamente eminente a la cual la cultura, la inteligencia y la elocuencia, unidas a una reputación de la más inmaculada santidad, podían elevar a un clérigo en los primeros días de Nueva Inglaterra, cuando esa profesión misma era ya un alto pedestal. En esta posición se hallaba él cuando, al terminar el sermón del día de las Elecciones, apoyó su frente sobre los cojines del púlpito. Mientras tanto, Hester Prynne se encontraba junto al cadalso y con la letra escarlata quemándole el pecho.

Se escuchó de nuevo el estruendo de la música y, con paso rítmico, la escolta militar salió de la iglesia. La procesión debía dirigirse entonces al ayuntamiento, donde un solemne banquete completaría las ceremonias del día.

De nuevo la fila de venerables y majestuosos patriarcas se desplazó a lo largo del amplio camino abierto entre la multitud, que se retiró reverentemente a ambos lados, mientras el gobernador y los magistrados, los hombres sabios y ancianos, los santos clérigos, cuanto había entre la población de famoso y eminente, avanzó en pos de ellos. Cuando estaban casi en el centro de la plaza del Mercado, se elevó un grito. Este grito, aunque sin duda adquirió fuerza y volumen gracias a la pueril lealtad con que en esa época se recompensaba a los gobernantes, se experimentó como un irrefrenable estallido del entusiasmo, encendido en la concurrencia por el alto grado de elocuencia que todavía reverberaba en sus oídos. Cada uno sintió el impulso dentro de sí mismo e inmediatamente lo transmitió a su vecino. Dentro de la iglesia casi no había podido ser reprimido; ahora, bajo el cielo abierto, surgió hasta el cenit. Había suficientes seres humanos, muchos de ellos de entusiastas sentimientos, para producir ese sonido, más impresionante que las notas de un órgano o del trueno, más que el rugido del mar; esa poderosa influencia de muchas voces unidas en una sola voz por el impulso universal hace un solo corazón de muchos. Jamás había surgido del suelo de Nueva Inglaterra un grito parecido. Jamás en tierras de Nueva Inglaterra una congregación había cubierto de tantos honores a un predicador.

¿Qué sentía él? ¿No se vislumbraban las partículas brillantes de una aureola alrededor de su cabeza? Hecho tan etéreo por el espíritu, en la cima de

su apoteosis, ¿era verdad que, en la procesión, sus pasos realmente pisaban la tierra?

Mientras avanzaban las filas de los militares y magistrados, todas las miradas se tornaron hacia el ministro. El grito se transformó en un murmullo mientras una porción de la multitud, después de otra, lograba mirarlo. ¡Cuán débil y pálido se le veía en medio de su triunfo! La energía o, digamos, la inspiración que lo había mantenido firme hasta terminar el mensaje divino, que le aportó desde el Cielo su propia fuerza, fue retirada ahora, cuando con tanta fe había cumplido su cometido. El resplandor que acababan de ver ardiendo en sus mejillas se había apagado bajo las cenizas como una llama sin esperanza de volver a surgir. Apenas parecía el rostro de un ser vivo, tan mortal era su palidez; casi no parecía contener vida aquel que marchaba tambaleándose por el sendero, y sin embargo seguía, seguía sin caerse.

Uno de los clérigos, el venerable John Wilson, al darse cuenta del estado en que quedó el joven Dimmesdale después de haberse retirado la marea de su inteligencia y su sensibilidad, se acercó rápidamente a él para ofrecerle ayuda. Trémulo, el ministro rechazó con firmeza el ofrecimiento. Avanzaba aún, si es que se puede llamar así a sus movimientos, pero más parecían éstos los endebles pasos de un niño que ve unos brazos estirados tentándole a que avance. Y ahora, a pesar de que sus últimos pasos eran imperceptibles, había llegado junto al patíbulo de triste recuerdo, ennegrecido por el tiempo, donde hacía tantos años Hester Prynne se había enfrentado con la ignominiosa mirada del mundo. Y ahora estaba allí Hester con la pequeña Pearl de la mano. Allí se detuvo el ministro, aunque la banda todavía tocaba la solemne aunque regocijada marcha que impulsaba la procesión. Parecía indicarle que avanzara, que avanzara hacia el festival, pero allí se detuvo el ministro.

Bellingham lo había estado observando ansiosamente durante los últimos minutos. Entonces, dejando su sitio en la procesión, se dirigió hacia él para ayudarlo, ya que, por el aspecto de Arthur Dimmesdale, no se podía pensar sino que estaba a punto de caer. Pero algo en la expresión del pastor advirtió al magistrado que no se acercara, aunque éste no era de la clase de hombres que obedecen fácilmente las vagas sensaciones que se transmiten de un espíritu a otro. La multitud, mientras tanto, observaba perpleja y asombrada. Para ellos, la debilidad física, terrenal, del ministro no era más que otra fase de su fuerza espiritual y celestial; y no les habría parecido un milagro excesivo si hubieran presenciado su ascensión, viéndolo hacerse cada vez más pequeño pero más brillante al alejarse, confundiéndose por último con la luz del cielo.

Se volvió hacia el patíbulo y estiró los brazos.

—Hester —dijo—, ven aquí. Ven aquí, mi pequeña Pearl.

Ella contempló con una mirada llena de temor, pero con algo así como una

ternura extrañamente triunfante en su expresión. La niña, con uno de esos movimientos como de pájaro que la caracterizaban, voló hacia él y abrazó sus piernas. Hester Prynne, lentamente, como impelida por un sino inevitable que doblegaba su voluntad, también se acercó, pero se detuvo antes de llegar a él. En ese mismo instante el viejo Roger Chillingworth se acercó por entre la multitud; o quizá, ya que se le veía tan oscuro, perturbado y siniestro, pareció surgir de las regiones infernales para obligar a su víctima a llevar a cabo lo que él se había propuesto. El viejo se adelantó y tomó al ministro del brazo.

—¡Señora, deténgase! ¿Qué pretende hacer? —preguntó—. ¡Que alejen a esta mujer! ¡Que quiten a la niña! Todo irá bien. ¡No manche su reputación inmaculada para morir cubierto de deshonra! Todavía puedo salvarlo. ¿Quiere acaso desacreditar su sagrada profesión?

—¡Ah, tentador, has llegado demasiado tarde! —replicó el ministro, enfrentando la mirada de sus ojos con los suyos, temerosos pero firmes—. ¡Ya no tienes el poder que antes tenías! Con la ayuda de Dios, me escaparé de ti.

De nuevo adelantó su mano hacia la mujer de la letra escarlata.

—Hester Prynne —exclamó con penetrante fervor—, en su nombre, en nombre de Aquel que es tan terrible y tan misericordioso, y que en este momento final me concede la gracia de hacer lo que para mi vergüenza no hice hace siete años, aproxímate ahora y une tu fuerza a la mía. Tu fuerza, Hester. ¡Pero que la guíe la voluntad que Dios me ha dado! ¡Este pobre anciano traicionado quiere oponerse a ello con todo su poder! ¡Con su poder y el poder del Demonio! Ven, Hester, ven. Ayúdame a subir al cadalso.

La multitud temblaba. Los hombres de rango y dignidad que estaban más cerca del clérigo se quedaron tan sorprendidos ante lo que sus atónitos ojos veían, incapaces de aceptar la explicación más obvia que se ofrecía ni de imaginar ninguna otra, que se quedaron estáticos y silenciosos ante el juicio que la Providencia estaba a punto de efectuar. Vieron al ministro, apoyado en el hombro de Hester y ayudado por el brazo de la mujer, que lo rodeaba, mientras se acercaba al patíbulo y subía sus peldaños manteniendo en la suya la pequeña mano de la niña nacida del pecado. El viejo Roger Chillingworth los seguía como alguien íntimamente relacionado con el drama de culpa y de sufrimiento en el cual todos habían sido actores, lo que les daba derecho a presenciar la última escena.

—Aunque hubieras buscado por todo el mundo —dijo Chillingworth fijando al clérigo con su sombría mirada—, no habrías podido encontrar un lugar más apropiado, por lo encumbrado y por lo vil, para escaparte de mí.

—Doy gracias a Él, que me ha conducido hasta aquí —respondió el ministro.

Sin embargo, tembló al volverse hacia Hester con una expresión de duda y perplejidad en sus ojos, que no desmentía la ligera sonrisa de sus labios.

—¿No es mejor esto —preguntó él— que todo lo que soñábamos en el bosque?

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —respondió ella rápidamente—. ¿Mejor? Sí, si ambos morimos y la pequeña Pearl muere con nosotros.

—Por ti y por Pearl, que se cumpla el deseo de Dios —dijo el clérigo—; y Dios es misericordioso. Déjame hacer ahora su voluntad; la veo claramente ante mis ojos. Porque, Hester, voy a morir. De modo que permíteme apresurarme para tener el tiempo necesario de asumir mi culpa.

En parte sostenido por Hester Prynne y con una de las manitas de Pearl en las suyas, el reverendo Dimmesdale se volvió hacia los dignos y venerables gobernantes, hacia los ministros que eran sus hermanos, hacia la multitud, cuyo gran corazón estaba completamente apabullado y, sin embargo, lleno de acongojada simpatía, como si supiera que alguna profunda enseñanza de la vida —que, a pesar de estar llena de pecado, lo está también de dolor y arrepentimiento— estuviese a punto de serles revelada. El sol acababa de cruzar el meridiano y brillaba sobre el clérigo, dando una luz especial a su figura en el momento de presentar su culpa ante el tribunal de la justicia divina.

—¡Gente de Nueva Inglaterra! —exclamó con una voz que surgió por sobre todos ellos, alta, solemne, majestuosa y, sin embargo, temblorosa, como a punto de quebrarse en un grito, que parecía emerger desde las profundidades del arrepentimiento y el dolor—. ¡Vosotros que me habéis amado! ¡Vosotros que me habéis creído un santo! ¡Miradme aquí, el más grande pecador del mundo! ¡Por fin! ¡Por fin! ¡Heme aquí, en el mismo sitio donde, hace siete años, yo debía haber tomado mi puesto junto a esta mujer cuyo brazo me ha ayudado más que mis propias escasas fuerzas para subir, y que en este momento me impiden caer para revolcar mi rostro, de vergüenza, por el suelo! ¡Ah, la letra escarlata que Hester lleva sobre su pecho! Todos habéis temblado ante ella. Dondequiera que haya encaminado sus pasos, dondequiera que, bajo tan miserable carga, haya ido en busca de tranquilidad, ha lanzado una cárdena luz alrededor de ella. Pero en medio de vosotros había alguien escondido, uno cuya marca de infamia no os ha hecho temblar.

Pareció que, llegado a este punto, el ministro iba a dejar el resto de su secreto sin revelar. Pero luchó contra la debilidad de su cuerpo y, más aún, contra el miedo de su corazón, que podían de un instante a otro dominarlo. Se desprendió de toda ayuda y, dando un paso, avanzó hasta quedar delante de la mujer y la niña.

—Él llevaba la marca —continuó con fiereza, tan decidido estaba a decir toda la verdad—. Los ojos de Dios la vieron. Los ángeles siempre la señalaban. El Demonio la conocía y la quemaba continuamente con la punta de su dedo ardiente. Pero el portador de la marca se escondió astutamente de los hombres y anduvo entre vosotros luciendo la máscara de un espíritu purísimo conturbado ante los pecados del mundo, aparentando echar de menos sus pares angelicales. Ahora, a la hora de la muerte, se atreve a pararse frente a vosotros. Os pide miréis de nuevo la letra escarlata de Hester. Os dice que, con todo su horror misterioso, es apenas una sombra de lo que él lleva sobre su propio corazón, y que el estigma rojo no es más que el modelo de aquel que ha quemado lo más profundo de su corazón. ¿Hay alguien aquí que desee poner en cuestión el juicio de Dios sobre un pecador? ¡Mirad! ¡He aquí un terrible testimonio de lo que digo!

Con un movimiento convulsivo, arrancó de su pecho la banda de ministro. ¡El secreto fue revelado! Por un instante las miradas de la multitud, paralizada por el horror, se concentraron en el espantoso milagro, mientras el ministro permanecía plantado allí con el rubor del triunfo ardiendo en su rostro, como uno que, en una crisis de la más penosa agonía, ha ganado una victoria. Luego cayó sobre el patíbulo. Hester logró levantarlo un poco y le sostuvo la cabeza contra su pecho. El viejo Roger Chillingworth se arrodilló junto a él con una expresión tan vacía, opaca, que parecía haberse agotado su vida.

—¡Te has escapado de mí! —repitió más de una vez—. ¡Te has escapado de mí!

—¡Que Dios te perdone! —dijo el ministro—. ¡Tú también has pecado!

Apartó su mirada del viejo y la fijó en la mujer y la niña.

—Mi pequeña Pearl —murmuró débilmente, y su rostro se iluminó con una dulce y suave sonrisa, como la de un espíritu que se está hundiendo en el más profundo reposo; ahora que se había descargado de su culpa, parecía que quisiera jugar con la niña—. ¡Mi amada Pearl! ¿Quieres darme un beso? No quisiste hacerlo allá, en el bosque. ¿Quieres hacerlo ahora?

Pearl besó sus labios. El encanto se rompió. La gran escena de dolor, en la cual la niña-duende tenía un papel, había hecho que se despertaran todas sus simpatías; y sus lágrimas, que caían sobre la mejilla de su padre, eran como una promesa de que crecería entre el júbilo y la tristeza humanas, no siempre dando una batalla contra el mundo, sino como una mujer plenamente en su medio. En relación con su madre, su papel como mensajero portador de angustia había terminado.

—Hester —dijo el clérigo—, ¡adiós!

—¿Ya no nos veremos más? —preguntó ella, inclinándose hasta que sus

rostros estuvieron juntos—. ¿No gozaremos unidos nuestra vida inmortal? ¡Estoy segura de que hemos pagado el precio de la libertad, el uno con el dolor del otro! Tú miras hacia allá, hacia la eternidad, con tus brillantes ojos moribundos. Dime entonces lo que ves.

—¡Calla, Hester, calla! —dijo él con trémula solemnidad—. ¡La ley que rompimos! ¡El pecado que aquí se ha revelado! ¡Que queden sólo estas cosas en tu pensamiento! ¡Temo! ¡Temo! Quizá cuando nos olvidamos de nuestro Dios, cuando violamos nuestro respeto, el de cada uno por el alma del otro, desde entonces mismo fue en vano que tuviésemos la esperanza de encontrarnos en el más allá, efectuando una reunión eterna y pura. Dios lo sabe. ¡Pero Él es misericordioso! Ha probado su misericordia, más que nada, en mis aflicciones, dándome este tormento ardiente para llevarlo en mi pecho. Enviando a aquel oscuro y terrible hombre para mantener mi llaga siempre abierta y viva. ¡Trayéndome aquí para morir esta muerte de ignominia triunfal ante el pueblo! Si me hubiese faltado alguna de estas agonías, habría estado perdido para siempre. ¡Loado sea su nombre! ¡Que se haga su voluntad! ¡Adiós!

El ministro emitió la última palabra con su último suspiro. La multitud, silenciosa hasta entonces, prorrumpió en voces de asombro y perplejidad, que aún no podían formularse salvo en este murmullo que surgió pesado sobre la multitud en cuanto el espíritu del clérigo abandonó su cuerpo.

XXIV. CONCLUSIÓN

Luego de muchos días, cuando hubo pasado un tiempo suficiente como para que la gente ordenara sus pensamientos en lo que se refiere a la escena anterior, corrió más de una versión sobre lo que había sucedido sobre el cadalso.

La mayoría de los espectadores daban el testimonio de haber visto una letra escarlata, exacta a la que llevaba Hester Prynne, impresa sobre el pecho del malhadado ministro. Corrían varias explicaciones respecto a su origen. Todas ellas, sin duda, eran especulaciones. Algunos afirmaron que el reverendo doctor Dimmesdale, el día mismo en que Hester Prynne llevó por primera vez su ignominioso emblema, había comenzado a hacer penitencia, infligiéndose a sí mismo torturas espantosas. Otros opinaban que no se había originado hasta mucho tiempo después, cuando el viejo Roger Chillingworth, un poderoso hechicero, la hizo aparecer por medio de mágicas y venenosas pociones. Los de más allá, aquellos que estaban más capacitados para apreciar el tipo particular de sensibilidad del ministro y el maravilloso poder de su

espíritu sobre su cuerpo, proclamaban su convicción de que el terrible estigma era el resultado del dolor siempre activo del remordimiento, y la presencia de la letra la manifestación terrible del juicio del Cielo. El lector puede elegir entre estas teorías. Hemos informado lo más posible sobre este portentoso hecho y con gusto borraríamos su honda huella en nuestra imaginación, ahora que ya ha cumplido con su cometido, pero la larga meditación lo ha fijado en ella con indeleble precisión.

Sin embargo, es curioso que ciertas personas, que fueron espectadores de esta escena y juran no haber apartado la mirada del reverendo Dimmesdale, niegan que hubiera marca alguna sobre su pecho, el cual apareció más limpio que el de cualquier recién nacido. Y, según sus informes, tampoco habría reconocido, ni siquiera remotamente implicado, con sus palabras de moribundo, ninguna relación con la culpa por la cual Hester Prynne llevó tanto tiempo la letra escarlata. Según estos testigos, muy respetables por cierto, el ministro, consciente de que se estaba muriendo, y consciente también de que la multitud lo había colocado ya entre los santos y los ángeles del Cielo, había deseado, al exhalar su último suspiro en los brazos de una perdida, expresar a toda la humanidad cuán débil es el derecho de los hombres a la autosatisfacción. Después de gastar su vida haciendo esfuerzos para que la humanidad alcanzara el bien espiritual, había transformado su muerte en una moraleja para dejar impresa en el alma de sus admiradores la poderosa y triste lección de que, en vista de la Pureza Infinita, somos todos pecadores. Era para enseñarles que hasta el más santo, hasta el que ha logrado colocarse tan por encima de sus semejantes como para discernir la Merced que mira hacia abajo, puede repudiar los fantasmas del mérito humano para mirar en cambio hacia lo alto. Sin disputar una verdad tan apabullante, debemos arrogarnos el permiso para interpretar esta versión de la historia de Dimmesdale sólo como ejemplo de la empecinada fidelidad con la cual los amigos de un hombre, especialmente los de un clérigo, defienden a veces su reputación cuando las pruebas, brillando como la luz del día sobre la letra escarlata, probarían que es un falsario, una criatura ensuciada por el lodo del pecado.

Las principales fuentes a que nos hemos ceñido —un manuscrito antiguo que da fe de los testimonios verbales de individuos que en algunos casos conocieron personalmente a Hester Prynne, mientras otros sólo oyeron su historia por boca de sus contemporáneos— confirman plenamente la posición que hemos tomado en las páginas anteriores. Entre las muchas moralejas que nos sugiere la miserable experiencia del pobre ministro, sólo queremos formular ésta: «¡Sed verídicos! ¡Sed verídicos! ¡Sed verídicos! ¡Mostrad libremente al mundo, si bien no vuestros peores rasgos, por lo menos alguno por el cual se puedan inferir los peores!».

Nada más notable que el cambio que se operó, inmediatamente después de

la muerte del reverendo Dimmesdale, en el aspecto y comportamiento del viejo que hemos conocido como Roger Chillingworth. Todo su vigor y energía, toda su fuerza vital e intelectual, parecieron abandonarlo; tanto, que pareció marchitarse, encogerse, y casi desapareció de la vista de los mortales, como una maleza arrancada de raíz que queda pudriéndose al sol. Este desgraciado ser había hecho que el principal motor de su vida consistiera en la organización y ejecución de su venganza; y cuando, al consumarse en su forma más triunfal, ese principio maléfico quedó inutilizado, cuando ya no hubo más obra demoníaca en el mundo que le tocara a él realizar, sólo le quedó a este ser deshumanizado volver al seno de su señor para que éste le encontrara otras misiones que cumplir y él pudiera cobrar su salario. Pero debemos ser compasivos con esos seres sombríos como Roger Chillingworth y sus compañeros, conocidos nuestros desde hace tanto tiempo. Sería un curioso tema de investigación y observación el de si, en el fondo, el amor y el odio no son la misma cosa. Ambos hacen que un individuo dependa de otro en lo que se refiere al alimento de su espíritu; ambos dejan, al amante apasionado o, igualmente, al que odia con pasión, desoladamente solitario cuando su objeto desaparece. Considerando las cosas filosóficamente, por lo tanto, ambas pasiones parecen ser esencialmente idénticas, excepto en que una existe en medio de la luz celestial, mientras que la otra se ve sólo rodeada de un fulgor cárdeno. En el mundo espiritual, tanto el viejo médico como el ministro, víctimas el uno del otro, pueden, sin haberse dado cuenta, haber encontrado que su terrenal dosis de antipatía y de odio se trasmutaban en amor.

Dejando atrás esta divagación, tenemos otros asuntos que comunicar al lector. Cuando murió el viejo Roger Chillingworth —lo que acaeció antes de que se cumpliera un año desde la muerte del pastor—, y según su testamento, del cual el gobernador Bellingham y el reverendo Wilson fueron albaceas, dejó en herencia propiedades de un valor considerable, tanto aquí como en Inglaterra, a la pequeña Pearl, la hija de Hester Prynne.

De tal manera, Pearl, la niña-duende, ese engendro del demonio, como alguna gente de esa época se empeñaba en llamarla, llegó a ser la heredera más rica de su época en el Nuevo Mundo. Era previsible que esta circunstancia, como ocurrió, cambiara la actitud del pueblo; y, si la madre y la hija se hubiesen quedado aquí, la pequeña Pearl, llegada a la edad de casarse, habría mezclado su sangre apasionada con los linajes más devotamente puritanos. Pero poco después de la muerte del médico la portadora de la letra escarlata desapareció, y Pearl con ella. Durante muchos años, a pesar de que a veces alguna noticia de ellas atravesaba el océano como un trozo de madera a la deriva con sus nombres escritos sobre él y que llegaba a la playa, ninguna noticia fidedigna sobre la existencia de ambas llegó a Nueva Inglaterra. La historia de la letra escarlata se transformó en leyenda. Su embrujo, sin embargo, se mantuvo potente y mantuvo, tanto al cadalso como a la cabaña

junto a la playa que había habitado Hester Prynne, rodeados de una aureola misteriosa y sombría. Cerca de la cabaña, una tarde, unos niños se encontraban jugando, cuando vieron a una mujer alta y vestida de gris que se acercaba a la puerta. Nadie la había abierto en todos esos años. Pero ella la abrió con una llave, o la madera podrida y el hierro cedieron ante su mano; y, como una sombra que traspasa todos los impedimentos, la mujer entró.

Se detuvo en el umbral y volvió la cabeza, porque quizá la idea de volver a entrar ahora, completamente sola y con todo tan cambiado, al escenario de su vida anterior, tan intensa, era más terrible y desoladora que lo que incluso alguien como ella era capaz de soportar. Pero su vacilación duró sólo un instante, durante el cual los niños pudieron ver una letra escarlata sobre su pecho.

Hester Prynne había vuelto a ocupar su hogar abandonado durante tanto tiempo, asumiendo su vergüenza. Pero ¿dónde estaba la pequeña Pearl? Si vivía aún, debía de estar ahora floreciente, con los encantos de la juventud. Nadie supo, ni jamás se pudo certificar en forma total, si la niña-duende había bajado prematuramente a una tumba virginal, o si su naturaleza, tan rica, tan bravía, se había apaciguado hasta hacerla capaz de aceptar la apacible felicidad que es el destino de una mujer. Pero durante el resto de la vida de Hester Prynne se vieron algunos indicios que significaba que alguien, en otras tierras, se preocupaba por el bienestar de la reclusa de la letra escarlata. Llegaban cartas selladas con escudos de nobleza, aunque con símbolos desconocidos para la heráldica inglesa. En la cabaña había objetos que indicaban comodidad y hasta lujo, que Hester jamás habría necesitado, pero que sólo la fortuna, además de una preocupación afectuosa por su bienestar, podía haber comprado para ella. También había pequeñeces, adornos, bellas demostraciones de recuerdo constante, realizadas por unos dedos afectuosos y los impulsos de un corazón lleno de amor. Y una vez se vio a Hester bordando ropa de recién nacido, con tal despliegue de riqueza en sus ornamentos dorados, que si algún bebé hubiera aparecido vestido con ella en la sombría comunidad de Nueva Inglaterra, habría causado un tumulto entre la gente.

Por fin, podemos decir que las habladurías de la época aseguraban —y Mr. Pue, que hizo las investigaciones un siglo más tarde, también estaba seguro de ello, tan seguro como lo está hoy su sucesor en el cargo— que Pearl no sólo estaba viva, sino casada y feliz, y preocupada por el bienestar de su madre; y que la habría hecho más feliz aún tener a su madre junto a ella en su hogar.

Pero para Hester Prynne la vida tenía más sentido y realidad aquí, en Nueva Inglaterra, que en las tierras extrañas donde Pearl había establecido su hogar. Aquí había cometido su pecado, éste era el escenario de su dolor, y aquí todavía le quedaba tiempo para cumplir su penitencia. Por lo tanto, había regresado, y ostentaba de nuevo, por deseo propio —ya que ni siquiera el

magistrado más severo de la época le habría impuesto tal castigo—, aquel símbolo sobre el cual hemos contado esta historia tan triste. La letra escarlata jamás volvió a desaparecer de su pecho. Pero durante el tiempo que le quedó de vida, una vida llena de trabajo, meditación y entrega de sí misma, la letra escarlata dejó de ser un estigma causante del amargo desprecio del mundo y llegó a ser algo digno de compasión, considerado con cierto temor, pero también con cierto respeto. Y como la vida y el trabajo de Hester Prynne no tenían fines egoístas, ni ella vivía en ningún sentido para su propia ganancia y placer, la gente acudía a ella con todas sus dudas y dolores, pidiéndole consejo, por ser alguien con gran experiencia del dolor. Especialmente las mujeres —en sus frecuentes pruebas y dolores debidos a la pasión herida, malgastada, engañada o descarriada, o con la pesada carga de un corazón que no se entrega porque no ha sido valorado y buscado— venían a la cabaña de Hester a preguntarle por qué eran tan desgraciadas y cuál era el remedio. Hester las consolaba y aconsejaba como mejor podía. También les comunicaba su propia convicción de que en un futuro mejor, cuando el mundo ya estuviera maduro para ello y el Cielo lo quisiera, nuevas verdades serían reveladas para establecer todas las relaciones entre hombres y mujeres sobre un terreno más firme y para la felicidad de unos y otras. Más temprano en su vida, Hester había imaginado que quizá sería ella la profetisa destinada a propagar tales cambios, pero hacía ya mucho tiempo que había reconocido la imposibilidad de que cualquier misión de verdad divina y misteriosa fuera confiada a una mujer manchada por el pecado, inclinada bajo la vergüenza, cargada con el dolor de toda una vida. El ángel, el apóstol de la nueva revelación debía ser, en verdad, una mujer, pero digna, pura y bella; y con una sabiduría adquirida no por medio del dolor sombrío, sino por la alegría etérea; y demostrando cómo el sagrado amor puede y debe hacernos felices, viviendo una existencia consagrada a este fin y consiguiéndolo.

Así decía Hester Prynne, bajando los ojos para mirar la letra escarlata. Y después de muchos, muchos años, una nueva tumba fue cavada junto a otra muy antigua y ya casi sumergida, en el cementerio cerca del cual ya se había construido la capilla que allí permanece. Sí, junto a esa vieja tumba hundida, aunque dejando un espacio entre ellas, como si los restos polvorientos de ambos durmientes no tuvieran derecho a mezclarse. Sin embargo, un solo monumento fúnebre unía a las dos tumbas. Lo rodeaban otros monumentos, algunos con escudos de armas; y en esta simple lápida de humilde pizarra — como puede comprobar incluso hoy cualquier curioso, y quedar perplejo con el significado— también se discierne la forma de un escudo. Lleva símbolos heráldicos y unas palabras que bien podrían servir como divisa y breve descripción de nuestra leyenda, que ahora concluimos; tan sombría es, aliviada su oscuridad por un solo punto de luz que resulta más triste aún que la sombra:

EN UN CAMPO DE SABLE, LA LETRA A, DE GULES

Freeeditorial 